Susan Orlean

El ladrón de orquídeas



ANAGRAMA
Colección Compactos

Índice

Para mis padres, Arthur y Edith

AGRADECIMIENTOS

Deseo dar las gracias a los innumerables amantes de las orquídeas, a los dueños de los viveros, a los historiadores de Florida, a los jardineros, abogados, ladrones, excursionistas, paseantes, aventureros, botánicos, naturalistas, indios de la tribu seminola, empleados del Loxahatchee, del Big Cypress y del Fakahatchee, y a los coleccionistas que tanto han contribuido para que escribiera este libro y que, en muchos casos, no aparecen nombrados en el texto.

Estoy especialmente agradecida a la Sociedad Americana de Orquídeas por su ayuda. Gracias a Ned Nash, miembro de esa sociedad, que revisó la exactitud de toda la información botánica; y quiero dedicar un agradecimiento especial a James Watson, que tanto me ayudó y fue tan generoso con su tiempo durante los años en que germinaba este proyecto.

Tengo una gran deuda con Tina Brown, que fue la primera en animarme a escribir esta historia para el New Yorker, luego me permitió que me ausentara muchas veces de mi trabajo para poder dedicarme al libro y, después de todo ello, siguió alentándome en la recta final.

En cuanto a Jon Karp, editor sin igual y fuente de buenos consejos, ánimo y confianza, aunque le diera un millón de gracias no sería suficiente. Y un millón de gracias más a Ann Godoff y a muchas otras personas de Random House que han colaborado en la realización de este libro.

A Richard Pine, con mi deseo de que logre la Trifecta. Y, entretanto, muchas gracias por todos estos años.

Quedo en deuda con toda mi familia, mis amigos, mi jefe y todos mis compañeros por su celo, tolerancia, constancia, por haber creído en mí y, sobre todo, por su incansable comprensión. Por cierto, Debra Orlean es una magnífica fotógrafa de ranas.

Y aún sigo pensando en cómo darle las gracias a Peter, mi marido, que me ha ayudado en todas y cada una de estas páginas y ha sido una fuente constante de inspiración.

EL INVERNADERO DEL MILLONARIO

John Laroche es un chico alto, más flaco que un palo, de ojos claros, cargado de espaldas y tremendamente guapo, a pesar de que le faltan todos los dientes de delante. Ofrece el aspecto de un espagueti al dente y emana esa tensión nerviosa típica de las personas que se dedican mucho a los vi deojue gos. Tiene treinta y seis años. Hasta hace poco trabajaba como empleado de la tribu seminola de Florida, organizando un vivero y un laboratorio para la reproducción de orquídeas en la reserva que la tribu tiene en Hollywood (Florida).

A mucha gente Laroche le parece un excéntrico. Los seminolas, por ejemplo, le han puesto dos motes: Buscapleitos y Blanco Loco. En una ocasión en la que me estaba hablando de su infancia, me dijo: «Uy, yo sí que fui un niño raro.» Porque, que él recuerde, siempre fue extremadamente apasionado e impulsivo. Cuando tenía nueve o diez años sus padres le dijeron que podía tener una mascota. Decidió hacerse con una tortuguita. Luego quiso diez tortuguitas más. Y, poco después, decidió que se iba a dedicar a criar tortugas y empezó a vender tortugas a otros niños y entonces ya no podía pensar en nada más que en las tortugas y decidió que su vida carecería de sentido mientras no consiguiera tener un ejemplar de todas las tortugas conocidas, incluidas las de las Galápagos, que tienen el tamaño de un sofá. Pero, luego, de repente, se desenamoró de las tortugas y se enamoró perdidamente de los fósiles de la época glaciar. Los coleccionaba, los vendía, decía que vivía para ellos, pero más tarde los abandonó por otra cosa –creo que por las piedras– y después abandonó las piedras y su única obsesión consistió en coleccionar espejos antiguos y reazogarlos. Las pasiones de Laroche aparecían sin previo aviso y terminaban de un modo tan explosivo como una bomba con un coche. Cuando yo le conocí, lo único que le interesaba eran las orquídeas, especialmente las orquídeas silvestres del Fakahatchee Strand (Florida). Me pasé la mayor parte de los dos años siguientes yendo con él de acá para allá y, pasados esos dos años, dijo que estaba harto de todas y cada una de las orquídeas que tenía y juró que no volvería a tener ninguna más en toda su vida. Normalmente cumple su palabra. Hace años, entre el periodo de los fósiles de la era glaciar y el de los espejos antiguos, pasó por una fase de obsesión por los peces tropicales. En el momento cumbre llegó a tener sesenta peceras en casa y solía ir a bucear para coger peces. Pero, de pronto, aquello se acabó. No es que fuera perdiendo interés de forma gradual, sino que bruscamente renunció a los peces y juró que nunca más los coleccionaría y que nunca jamás volvería a meterse en el mar. Eso fue

hace diecisiete años. Ha vivido toda su vida a unos metros del Atlántico pero, desde entonces, no ha metido en sus aguas ni siquiera los dedos de los pies.

Laroche parece un sabihondo, pero no ha recibido una formación académica rigurosa. Solamente fue a la escuela pública de Miami Norte y, en cuanto a todo lo demás, es autodidacta. De vez en cuando se queda pensando melancólicamente en la vida que cree que podría haber llevado si hubiera estudiado de forma convencional. Piensa que probablemente habría sido neurocirujano y que habría hecho grandes descubrimientos y que se habría convertido en un hombre rico y famoso. Sin embargo, vive con su padre en un viejo bungalow destartalado en Florida, y siempre ha logrado sobrevivir realizando trabajos poco comunes. Una de sus mayores cualidades es el optimismo, lo que quiere decir que siempre encuentra un lado provechoso a casi todas las situaciones, incluso a las más desastrosas. Hace unos cuantos años le cayó un pesticida tóxico en una herida que tenía en la mano y eso le produjo problemas de corazón y de hígado crónicos. Pero, según él, gracias a eso logró vender un artículo sobre aquella experiencia («¿Sería usted capaz de morir por sus plantas?») a una revista de jardinería. Cuando le conocí, estaba trabajando en un manual para cultivar plantas en casa. Me dijo que iba a anunciarlo en High Times, la revista de la marihuana. El anuncio no incluiría la información de que las plantas de marihuana cultivadas según su manual no llegarían a madurar y, por lo tanto, nunca podrían producir efectos psicoactivos. Aquel manual fue uno de sus proyectos favoritos. Según él, iba a reportarle montones de dinero (algo que siempre es maravilloso) y además iba a fomentar que los chavales cultivaran plantas (cosa muy positiva) y además, al ocultar la información sobre la inocuidad de las plantas que cultivaran, impediría que esos chavales se colocasen (algo de incalculable nobleza). Era de este último aspecto del proyecto del que estaba más orgulloso, porque opinaba que los chavales que comprasen el manual se darían cuenta de que estaban tirando el dinero intentando hacer algo ilegal –es decir cultivar y fumar maría– y, gracias a él, John Laroche, también se darían cuenta de que el delito no es rentable. Semejantes esquemas, que relacionan la virtud y el delito con la rentabilidad, son la especialidad de Laroche. Cuando está a punto de llegar a la conclusión de que no es más que un sinvergüenza, desvela una razón oculta y en cierto modo altruista, aunque siempre de índole lucrativa, para su sinvergonzonería. Le gusta decir de sí mismo que es un hijo de puta muy astuto. Le encanta hacer las cosas del modo más difícil, sobre todo si eso significa hacer lo que quiere y que los demás se queden preguntándose cómo se las habrá arreglado para salirse con la suya. Es

una persona poco común y, además, también es la persona amoral más moral con la que me he topado.

Conocí a John Laroche hace algunos años en el juzgado del condado de Collier, en Naples (Florida). Me encontraba allí porque había leído en la prensa un artículo sobre la detención de un hombre blanco, Laroche, y tres indios seminolas que habían robado especies raras de orquídeas en una zona pantanosa de Florida denominada Reserva Estatal del Fakahatchee, y quise saber más sobre aquel asunto. La noticia de la prensa era breve pero tenía cierto atractivo. Describía el Fakahatchee como una zona pantanosa salvaje, cercana a Naples, repleta de plantas y árboles excepcionales, donde había algunas especies que no se daban en ningún otro lugar de los Estados Unidos e incluso algunas que no se daban en ninguna otra zona del mundo. Actualmente, todas las orquídeas silvestres se consideran especies en peligro de extinción y es ilegal cogerlas de cualquier bosque, y peor todavía es cogerlas de una propiedad estatal como el Fakahatchee. Según la prensa, Laroche era el cabecilla de aquellos cazadores furtivos. Les dio a los agentes que le detuvieron todos los nombres botánicos exactos de las plantas robadas y les explicó que estaban destinadas a un laboratorio en el cual se clo narían a millones y luego se venderían a los coleccionistas de orquídeas de todo el mundo.

Leí un montón de periódicos locales. Especialmente los breves y, más especialmente aún, todos los articulillos que combinaran palabras fascinantes. En este caso de las orquídeas me interesaba ver relacionadas palabras como «pantano», «orquídeas», «seminolas», «clonación» y «delito» en algún artículo breve. A veces este tipo de historias contiene más de lo que parece, algún destello de vida que se expande como esas bolas de papel japonesas que se ponen en agua y, tras unos instantes, se convierten en flores; unas flores tan maravillosas que resulta increíble que lo único que uno tenía delante un momento antes era una bola de papel y un vaso de agua. La jueza encargada del caso de las orquídeas había fijado la vista para unas semanas después de cuando yo leí el artículo, así que organicé todo para ir a Naples a ver si esta bola de papel se convertía en una flor.

Cuando dejé Nueva York estábamos en lo más crudo del invierno; en Naples, sin embargo, el tiempo era bochornoso y desde el avión divisé gruesos nubarrones de tormenta que surcaban el cielo. Me dirigí a un hotel grande que había junto a la playa y aquella misma noche me senté en el balcón y vi cómo se desencadenaba la tormenta sobre el mar. La vista del caso estaba fijada para el día siguiente a las nueve de la mañana. Al salir del aparcamiento del hotel el vigilante me

recomendó que condujera con prudencia.

–Mire, en Naples hay que ir con cuidado –me dijo, apoyándose en la ventanilla. Desprendía un olor parecido al del daiquiri. Probablemente era protector solar–. Aquí, cuando llueve –prosiguió– los coches empiezan a volar.

En Naples hay más campos de golf por persona que en ningún otro lugar del mundo y, a pesar del calor sofocante que presagiaba tormenta, en los alrededores del hotel todo el mundo iba vestido para jugar y calzado con esos zapatos con clavos que dejan huellas sonoras, «clic-clac, clic-clac», en las aceras.

El juzgado estaba a pocos kilómetros al sur de la ciudad, en un edificio que daba impresión de frescor, hecho de una piedra blanquecina, con conchas marinas incrustadas. Cuando llegué había poca gente dentro, nadie hablaba, no se oía ningún ruido aparte del crujido de la madera de los bancos y el carraspeo de algún chico de la primera fila. Un momento después reconocí a Laroche por la fotografía que había visto en el periódico. No se había vestido especialmente para la ocasión. Llevaba gafas de sol Mylar con cinta elástica, una camiseta de poliéster con un dibujo impreso, una gorra de béisbol del equipo de los Hurricanes de Miami y unos pantalones grises gastados que le hacían una bolsa en el trasero. Me pareció que buscaba un cigarrillo. Estaba empezando a levantarse cuando entró la jueza y se sentó en su sillón. Él volvió a sentarse y lanzó una mirada contrariada. A continuación se levantó el fiscal y leyó los cargos que se le imputaban: que el 21 de diciembre de 1994 él y tres ayudantes seminolas habían arrancado ilegalmente más de doscientas plantas de orquídeas y bromelias del Fakahatchee y que habían sido detenidos cuando abandonaban la zona pantanosa con cuatro almohadones de algodón llenos de flores. Se les acusaba de posesión ilegal de especies en peligro de extinción y de haberlas arrancado de una propiedad estatal, cargos ambos que pueden conllevar penas de prisión y multa.

La jueza escuchaba con una mirada carente de expresión. Cuando el fiscal acabó, llamó a testificar a Laroche. Él se levantó haciendo mucho ruido y se dirigió sin prisa al centro de la sala con la cabeza ladeada y los pulgares enganchados en las presillas del cinturón. La jueza le echó una mirada de soslayo y le pidió que dijera cómo se llamaba y dónde vivía y que explicara cuál era su relación con el mundo de las plantas. Laroche movió un pie y se encogió de hombros.

–Bien, señoría –dijo–, soy asesor de horticultura. Durante doce años me he dedicado profesionalmente a la horticultura y he tenido

varios viveros con gran número de plantas de enorme valor, tanto comercial como etnobiológico. Tengo una gran experiencia en todo lo que se refiere a las orquídeas y su microrreproducción asexual en condiciones asépticas. –Se calló unos instantes y sonrió. Después echó una mirada alrededor y añadió–: Francamente, señoría, creo que soy la persona que más sabe de esto.

Yo nunca había oído hablar del Fakahatchee ni de sus orquídeas silvestres hasta que supe de la existencia de John Laroche, a pesar de que he estado en Florida millones de veces. Crecí en Ohio, y durante muchos años mi familia pasó las vacaciones de invierno en Miami Beach, en hoteles de esos que tienen redes de pesca y flotadores para decorar las paredes del hall y palmeras enanas que hacen las veces de árboles de Navidad. Ya entonces tenía una opinión ambivalente sobre Florida. Me encantaba pasear por delante de los hoteles art déco de Ocean Drive y de la calle Collins, me encantaban las enormes tiendas de platos preparados y la piel enrojecida de los primeros días de sol, pero me horrorizaban las medusas y el aspecto que adquiría mi pelo con la humedad. El calor me altera y el paisaje de Florida, con sus grandes espacios abiertos y calurosos, me resulta tan ajeno como Marte. No me considero una amante de Florida. Pero también tiene, indiscutiblemente, un lado seductor que no he encontrado en casi ningún otro lugar. Todo puede parecer recién hecho, fabricado por la mano del hombre, pero cuando ves algún sitio como los Everglades o el pantano de Big Cypress o Loxahatchee, te das cuenta de que Florida es también el último territorio conquistado de los Estados Unidos. La zona salvaje de Florida es realmente salvaje y la zona domesticada es realmente domesticada. Ambas zonas están, sin embargo, en constante cambio. Las zonas construidas no son más que claros en medio de la jungla, pero como ésta es de una fertilidad tan imparable, intenta recuperar todos los días parte de lo que le han quitado. Al mismo tiempo, la zona salvaje va desapareciendo ante la vista: en los Everglades cada día se desecan veinte hectáreas de terreno salvaje, emergen casas nuevas sobre dunas de arena y, cada año, se levanta un cinturón de autopistas nuevas. Nada tiene aspecto sólido ni permanente; todo cambia o desaparece sin cesar. La transición y la mutación se mezclan entre sí, hay una fusión de humedad y sequedad, orden y desorden, naturaleza y artificio. Las cualidades singulares muy marcadas resultan atractivas, pero los híbridos como Florida son más imponentes por lo excepcionales y poco frecuentes que son. Una vez vi cerca de Miami a un hombre pescando en una charca junto al aparcamiento de un Burger King que había al lado de una autopista. La charca era de una redondez perfecta, con los bordes bien

delimitados, por lo que deduje que no se trataba de un fenómeno natural sino de una construcción artificial, simplemente un «hoyo» hecho para coger tierra durante la construcción de la autopista y abandonado después tal cual. Cuando se terminó de hacer la autopista y abrió sus puertas el Burger King, aquel hoyo debió de llenarse con agua de lluvia o, quizá, de filtraciones subterráneas y, quién sabe cómo, algún pez se introdujo en el agua, llevado tal vez por un pájaro o serpenteando por entre las fisuras del subsuelo, y en poco tiempo aquel hoyo se convirtió en una charca seminatural. Lo salvaje había vuelto a recuperar en parte su sitio. Eso es lo que me impresiona de Florida, que está en cambio continuo, sus paisajes naturales siempre a punto de que los disequen y construyan en ellos, y los lugares más cuidados sólo a un paso de volver a convertirse en una jungla. Hace pocos años establecí nuevos vínculos con Florida: mis padres compraron un apartamento en régimen de propiedad compartida en West Palm Beach para pasar algunos días en invierno. Junto a su edificio hay un campo de golf cuidadísimo, con una hierba tan verde y bien cortada que parece una alfombrilla de baño, los ángulos perfectos e igualados. Todo tan impecable como un esmoquin. Pero, a pesar de ser así, en los últimos tiempos han empezado a aparecer caimanes en los estanques que hay en el campo y en los vestuarios han tenido que poner unos carteles que dicen: SEÑORAS, ¡CUIDADO! ¡HAY CAIMANES EN EL GREEN!

El estado de Florida no incita a la gente. Le da ideas. Y ellos no pasan por aquí, vienen a propósito, tal vez a empezar una nueva vida porque Florida parece ofrecerles la posibilidad de comenzar de nuevo, o vienen para premiarse tras una vida de trabajo duro, ya que lo consideran un lugar lujoso y exuberante, o tal vez porque tienen nuevas ideas, nuevos planes y Florida les resulta un sitio en el que se puede intentar cualquier cosa, un sitio en el que durante siglos a los empresarios se les ha hecho la boca agua. Es amoldable, reinventable. Es un territorio que ha sido sumado, restado, drenado, irrigado, pavimentado, dragado; se le ha puesto regadío, se ha cultivado, se ha ganado a la selva, ha vuelto a la selva, se ha inundado, se ha parcelado, se ha incendiado. En Florida siempre se está sacando o metiendo algo de contrabando. El flujo y el reflujo es tan constante que los límites territoriales cambian día a día. Hay una mezcla de cosas que nadie pensaría que podían darse a la vez en el mismo sitio, régimen de propiedad compartida y panteras, bosques vírgenes e hipermercados, junglas con monos y grandes avenidas, enormes autopistas y plantas carnívoras, parques temáticos y palmeras reales e hibiscus y esas zonas pantanosas de hectáreas y hectáreas que nadie ha podido ni siquiera abarcar con la vista, todo tostándose bajo el

mismo velo soleado del cielo de Florida. Aquí hasta las orquídeas son exageradas. Los bosques están llenos de más especies autóctonas que ningún otro sitio del país, pero también hay montones de junglas de fabricación humana, los invernaderos de Florida, repletos de flores asombrosas creadas en laboratorios, criadas en tubos de ensayo y multiplicadas artificialmente hasta el infinito. A veces creo que he logrado comprender el orden del universo, pero luego me encuentro en Florida, inmersa en la incongruencia y la paradoja, y tengo que empezar de nuevo.

Cuando todo el mundo había acabado de testificar en la vista del caso de las orquídeas, el rostro de la jueza denotaba una gran perplejidad. Dijo que era uno de los casos más interesantes que había oído, aunque creo que lo que quiso decir fue que era muy extraño, y después anunció que desestimaba la petición de los acusados de que les fueran retirados los cargos y fijó el juicio para febrero. Después ordenó que los acusados –Laroche, Rusell Bowers, Vinson Osceola y Randy Osceola– se abstuviesen de entrar en la Reserva Estatal del Fakahatchee hasta que el caso se diera por concluido. Entonces mandó que todos los relacionados con el caso de las orquídeas se retirasen y dedicó su atención a un hombre de aspecto contrito, acusado de posesión de drogas. Alcancé a Laroche justo delante de la puerta del juzgado. Estaba fumando junto a otros tres hombres: el abogado de la tribu, Alan Lerner, el vicepresidente financiero de la sociedad de la tribu, Buster Baxley, y uno de los acusados, Vinson Osceola. Los otros dos seminolas no habían acudido a la vista; según Alan Lerner, uno estaba enfermo y al otro no habían logrado localizarle.

Buster parecía de mal humor.

–Juro por Dios que ahora mismo me voy al pantano con una motosierra –dijo–. ¡Maldita sea!

Laroche tiró el cigarrillo.

–¿Sabes? Me siento como si me hubieran dado por culo –dijo–. Como si me hubieran crucificado, ¡joder!

Alan Lerner se cambiaba el maletín de una mano a otra.

–Mira, Buster –dijo–, he intentado exponer nuestro punto de vista. Le he recordado a la jueza que los indios fueron los propietarios del Fakahatchee, pero obviamente ella no pensaba lo mismo. No os preocupéis. Solucionaremos todo en el juicio. –Buster frunció el

entrecejo y se alejó. Vinson Osceola hizo un gesto con los hombros para despedirse de Alan y se fue tras Buster. Alan miró a su alrededor, me dijo adiós y siguió a Buster y a Vinson. Laroche se quedó allí un minuto más, acariciándose la barbilla y luego dijo:

–Esos guardas forestales de los pantanos son un timo. Ninguno sabe nada sobre las plantas que hay allí. Algunos son tontos, quiero decir tontos de verdad. Tuvieron suerte al detenerme porque así pude darles los nombres de las plantas. Creo que si no, no hubiesen sabido cuáles eran. La verdad es que me importa un bledo lo que pase en el juicio. He estado mil veces en el Fakahatchee y volveré otras mil más.

John Laroche creció en un barrio al norte de Miami por el que pasa la carretera de Miami a Fort Lauderdale. La parte en la que vivían los Laroche era semiindustrial, pero estaba muy cerca de los pantanos y de los bosques. Cuando era pequeño solía ir con su madre en el coche a caminar por el Big Cypress y el Fakahatchee sólo para buscar cosas raras. El padre no iba nunca con ellos porque no le gustaba mucho el campo y, además, se había roto la columna cuando trabajaba en la construcción y estaba parcialmente discapacitado. Laroche no tiene hermanos, pero me contó que había tenido una hermanita que murió siendo pequeña. En una ocasión, en medio del relato de la historia de los Laroche, me dijo: «¿Sabes? Ahora que lo pienso, me parece que éramos una familia a la que le tocó mucho dolor y sufrimiento.» Durante los meses que pasé en Florida sólo coincidí con el padre de Laroche muy brevemente. Me hubiera gustado conocer a la madre, pero ya había fallecido. Laroche la describía como una mujer gorda y anticuada y decía que era judía de nacimiento pero que, a lo largo de su vida, había sido ferviente seguidora de diversos credos religiosos. Era entusiasta y fanática en sus devociones. Nunca era ella la que ponía fin a una excursión o se acobardaba cuando Laroche y ella tenían que adentrarse en grutas o agujeros. Le encantaban las orquídeas. Si pasaban por algún sitio donde había una orquídea en flor, insistía en colocarle una etiqueta y volver meses más tarde para ver si la planta había producido semillas.

Cuando Laroche era adolescente tuvo una época de pasión por la fotografía. Decidió que tenía que fotografiar todas las especies de orquídeas en flor que había en Florida, así que todos los fines de semana cargaba a su madre con cámaras y trípodes y los dos emprendían arduas caminatas por los bosques que duraban varias horas. No se contentó mucho tiempo con el simple hecho de fotografiar las orquídeas, enseguida decidió coleccionarlas. Dejó de llevar cámaras en sus caminatas y empezó a llevar almohadones y bolsas de basura para meter las plantas. Pronto consiguió reunir una

colección considerable. Empezó a pensar en abrir un vivero. Tras acabar el instituto se puso a trabajar en la construcción para ganarse la vida, pero, como su padre, se cayó, se lesionó la espalda y le dieron una baja por incapacidad. Consideraba que haberse lesionado la espalda había sido un golpe de suerte, pues eso le había allanado el camino para poder dedicarse por completo a las plantas. Se casó en 1983 y abrió un vivero en Miami Norte con la que hoy es su ex mujer. Lo llamaron La Bromelia y se especializaron en orquídeas y bromelias, esa familia de plantas secas y con espinas que vive en los árboles. Laroche se concentró en las variedades más extrañas y singulares. Llegó a reunir cuarenta mil plantas en sus invernaderos, y decía que algunas eran ejemplares únicos en su especie. Como la mayoría de los propietarios de viveros, Laroche y su mujer ganaban sólo para ir tirando, pero él no estaba satisfecho con eso. Lo que quería era encontrar alguna planta especial que le convirtiera en millonario.

Algunos días después de la vista, Laroche me invitó a ir con él a una exposición de orquídeas en Miami. Pasó a recogerme en una camioneta oxidada. Cuando abrí la puerta y le saludé, me interrumpió diciendo:

–Quiero que sepas que esta camioneta es una mierda. En cuanto consiga un golpe de suerte con las orquídeas me voy a comprar un coche impresionante. ¿Qué coche tienes tú?

Le dije que mi padre me había prestado su Aurora.

–Es impresionante –dijo–. Creo que me voy a comprar uno de ésos.

Me subí. Trepé entre toda clase de cosas intentando llegar al asiento del copiloto y luego me senté en el borde, que era lo único que quedaba libre, y apoyé los pies sobre una bolsa de tierra para tiestos que se había rasgado y había desparramado su contenido por todas partes. Laroche arrancó tan violentamente calle abajo que pensé que a lo mejor me había producido un problema en las cervicales. Cada vez que la camioneta se encontraba con un bache chirriaba y daba bandazos. Cientos de cachivaches como palas, destornilladores, macetas de barro, latas de Coca-Cola y chismes misteriosos rodaban por el suelo como las bolas de acero de una máquina del millón.

Yo mantenía los ojos clavados en la carretera porque pensaba que sería mejor que por lo menos uno de nosotros lo hiciera.

–Mira, toda mi vida, quiero decir toda mi vida en el mundo de los

viveros, he estado buscando una maldita planta que fuera lucrativa –dijo–. Yo tenía un amigo en Sudamérica, que ya ha estirado la pata, bueno, pues ese tipo era uno de los principales cultivadores comerciales y tenía ingentes sumas de dinero y quería una bromelia fantástica que tenía yo, así que le dije que se la cambiaría por una semilla o un esqueje de la planta más valiosa que tuviera. Le dije «Oye, mira, no me importa si la planta es preciosa u horrorosa.» Lo único que yo quería era ver la planta que le había proporcionado aquella gran vida.

–¿Y cómo era? ¿Qué aspecto tiene una planta tan lucrativa?

Laroche se rió y encendió un cigarrillo.

–Me envió una caja grande. Dentro de esa caja había otra caja pequeña y dentro de ésa otra más pequeña, y luego otra y en la última había una pulgada de césped. Entonces pensé: ¡Joder! ¡Que bromista es este tipo! Le llamé por teléfono y le dije: «Oye, hijo de puta, ¿qué coño es esto?» Bueno, pues resultó que era un césped especial de color verde pero con unas rayitas blancas en el borde. ¡Ésa era la cosa! Me dijo que yo era un gilipollas y que debería haberme dado cuenta del tesoro que tenía entre las manos. Y, si te pones a pensarlo, tenía razón, ¿sabes? Porque si encuentras un césped realmente bonito, de una clase nueva, y consigues suficientes semillas como para comercializarlo, entonces eres el amo del mundo. Estás totalmente salvado.

Tiró el cigarrillo y sostuvo el volante con la pierna mientras encendía otro. Le pregunté qué había hecho con el pedacito de césped.

–Ah, yo no me dedico al césped –dijo–. Creo que lo regalé.

En 1990 la vida de Laroche cambió. Ese año el Certamen Mundial de Bromelias se llevó a cabo en Miami. A esos certámenes mundiales de plantas asisten coleccionistas, cultivadores y horticultores de todo el mundo. En la mayoría de las exposiciones los cultivadores muestran sus plantas en stands y compiten para llevarse premios que reconozcan la calidad de las plantas y el ingenio en el modo de exponerlas. Puede que hubiera una época en que exponer no fuese algo complicado, pero hoy en día los stands han de reflejar un tema concreto y, por lo general, eso conlleva la realización de unas instalaciones de considerable tamaño, con montones de plantas y accesorios tales como maniquíes, canoas, montañas de espuma de poliestireno y muebles de verdad.

Laroche pensó que tenía habilidad para realizar stands y estaba seguro de que poseía las mejores bromelias del mundo, así que decidió participar en el concurso. Diseñó un stand de 3,5 por 7,5 metros con puntales de madera dura y vigas, pintura fosforescente, una luz negra para que la pintura fosforescente brillara, cadenetas de luces de Navidad colocadas formando constelaciones y docenas de especies de bromelias que parecían estrellitas. El stand atrajo muchísima atención. Para Laroche supuso un momento crucial. Como resultado de su participación en aquel certamen se hizo muy conocido en el mundo de las plantas, lo cual le decidió más todavía a tener un vivero espectacular. Empezó a llamar todos los días a todas partes del mundo para que le enviaran plantas raras; su cuenta de teléfono era de miles de dólares cada mes. Por su mano pasaban montones de dinero pero la mayor parte iba a parar directamente al vivero. Tendía a la extravagancia. En una ocasión se gastó quinientos dólares en un cajón con aire acondicionado para un helecho pequeño que había conseguido a través de un tipo de la República Dominicana. A pesar de todo, el helecho se murió, pero Laroche sigue diciendo hoy en día que no se arrepiente de aquel gasto. Siempre quería lo mejor. Tenía una colección de Criptanthus, un género de bromelias brasileñas, de la que decía que era la mayor de todo el país. Compró un espectacular Anthurium veitchii de un metro y medio de alto, con una hojas onduladas increíbles. Aún disfruta cuando lo recuerda. Dice que era «un hijo de puta magnífico, magnífico».

Cuando estábamos a unos diecisiete kilómetros de Miami, Laroche llegó en su narración a la parte de su vida que tenía que ver con las orquídeas. Su mujer y él llegaron a tener cientos de ellas, y aunque había habido una época en que estaba completamente fascinado con las bromelias, las orquídeas acabaron seduciéndole. Reproducirlas se convirtió en una obsesión. Sobre todo le gustaba trabajar con híbridos cruzando diferentes tipos por polinización para crear nuevas orquídeas híbridas.

–Cada vez que lograba un híbrido nuevo me sentía genial –dijo–. Me sentía un poco como un dios.

Muy a menudo seleccionaba semillas germinadas y las bañaba en sustancias químicas de uso doméstico o las introducía un minuto en el microondas para que mutasen y se transformasen en algo realmente interesante, con formas o colores nuevos y raros, jamás vistos hasta entonces en el mundo de las orquídeas. Supongo que yo me quedé un tanto sorprendida mientras él me describía el proceso, porque cuando me miró y vio mi expresión, soltó las dos manos del volante y las

movió haciéndome un gesto desdeñoso.

–¡Pero bueno! –dijo–. ¡Si la mutación es algo fabuloso! ¡La mutación es divertidísima! Realmente es un pequeño gran hobby, ¿sabes?, la mutación por pura diversión y por dinero. Es algo genial. Consigues cosas geniales y cosas espantosas. Cosas que nadie ha visto jamás. Es algo grandioso.

Le pregunté qué sentido tenía aquello.

–Pero bueno, la mutación es la respuesta a todo –dijo irritado–. Mira, ¿por qué crees que hay gente más lista que otra? Obviamente porque sufrieron una mutación cuando eran bebés. Estoy seguro de que eso fue lo que me pasó a mí. Es probable que, cuando era pequeño, estuviese expuesto a algo que me mutó y eso hizo que ahora sea listísimo. La mutación es algo grandioso. Es la forma en que avanza la evolución. Y creo que es bueno para el mundo que se fomente la mutación como hobby. ¿Sabes? Hay una increíble cantidad de vidas desperdiciadas por ahí y gente que no tiene nada que hacer. Éste es un tipo de actividad interesante a la que podrían dedicarse.

Cuantas más orquídeas coleccionaba, más coleccionistas conocía. Se encontraba en el centro del mundo de las orquídeas pero, al mismo tiempo, no formaba parte de él. En Florida las orquídeas están por todas partes, las silvestres y las cultivadas, las naturales y los híbridos, las que crecen en los jardines traseros y las de los umbráculos, las importadas y las exportadas a todas partes del mundo. La Sociedad Americana de Orquídeas, fundada en 1921, tiene su sede central en la antigua propiedad de un ávido coleccionista de West Palm Beach y la mayoría de los mejores viveros dedicados a las orquídeas y los más grandes –R. F. Orchids, Motes Orchids, Fenell Orchid Company, Krull-Smith Orchids– se encuentran en Florida. Algunos de ellos existen desde hace décadas y hay cultivadores en Florida que son ya la tercera o cuarta generación de una familia dedicada a eso. Las orquídeas han crecido en los pantanos y montículos de Florida desde que los pantanos y los montículos existen y se han cultivado en los invernaderos desde principios del siglo XIX. A comienzos del siglo XX los propietarios de las grandes fincas de Palm Beach y Miami tenían colecciones propias y especialistas que trabajaban para ellos. Entonces las orquídeas se consideraban accesorios románticos y de lujo, pequeños cautivos refinados, una brizna del mundo silvestre dentro de una cajita de celofán.

Laroche no era ni rico ni romántico ni refinado, así que no encajaba en absoluto en el mundo de los amantes de las plantas de

Palm Beach, pero poseía una fortuna en orquídeas. La gente se dejaba caer por su vivero día y noche para consultarle sobre orquídeas, para admirar su colección y quedarse impresionados con él. Llegaban y se quedaban por allí mirando sólo para estar entre sus maravillosas plantas o le llevaban alguna flor especial a cambio de que les llevase de excursión por el Fakahatchee o le invitaban a ir a ver sus colecciones y le pedían consejo o le ofrecían montañas de dinero para que les ayudase a conseguir las plantas más imposibles de encontrar en el mundo. Él pensaba que algunos iban a verle únicamente porque se sentían solos y querían hablar con alguien, especialmente con alguien que compartiera con ellos un mismo interés. El recuerdo de la soledad pareció intimidarle. Dejó de hablar de aquello y empezó a explicarme por qué le encantaban las plantas. Me dijo que le parecía admirable su capacidad de adaptación y mutación y cómo se las habían arreglado para sobrevivir en un mundo tan hostil. Me dijo que entre las plantas había una variación de tamaños mayor que en ninguna otra especie de seres vivos, y después me preguntó si yo conocía la planta que tiene la flor más grande del mundo, una que vive de modo parasitario entre las raíces de un árbol y que, al crecer, devora lentamente el árbol hasta matarlo.

–Pues cuando yo tenía el vivero, a veces me daba la sensación de que todos los que se apiñaban a mi alrededor iban a comerme vivo. Me daba la sensación de que eran como esa planta parasitaria gigantesca y yo como el árbol moribundo.

Cerca de la entrada de la reserva de los seminolas de Hollywood (Florida) hay una escultura grande, en madera, de un seminola patizambo y con los dientes hacia afuera luchando con un caimán. Laroche me contó una vez que su padre había hecho de modelo para aquella escultura. Me pareció poco verosímil porque los Laroche no tienen ni gota de sangre india, pero me dijo que el escultor era amigo de su padre y le propuso que posara porque pensaba que el viejo Laroche tenía una constitución que era la quintaesencia de lo seminola. Aquella explicación no acabó de convencerme, así que volví a preguntarle a Laroche sobre ese asunto en varias ocasiones, entre otras en una en que estábamos hablando por teléfono y él me acababa de decir que su padre estaba con él en la misma habitación. Yo contaba con que su padre actuase como un detector de mentiras, pero lo que ocurrió fue que se enzarzaron en una especie de discusión sobre si la escultura del seminola era de tamaño natural o más grande, sobre si tenía pene o no y sobre si el tamaño del pene de la escultura se correspondía con el del padre de Laroche. Aquello no era lo que yo pretendía, así que dejé el tema y no volví a sacarlo nunca más.

Antes de ir a trabajar con los seminolas, Laroche sólo había estado en la reserva en contadas ocasiones, cuando casualmente pasaba por allí o cuando iba a comprar cigarrillos a las tiendas libres de impuestos que tiene la tribu. En cierto sentido fue la mala suerte lo que le llevó a dedicar todo su tiempo a la reserva. Los años anteriores habían sido desastrosos. Tuvo un accidente de coche terrible, a consecuencia del cual murieron su madre y su tío, su mujer estuvo en coma varias semanas y a él se le rompieron los dientes de delante. Poco tiempo después, él y su mujer se separaron. Al año siguiente hubo unas tremendas heladas en el sur de Florida que acabaron con un montón de plantas en todos los viveros, incluido el de Laroche. En 1991 se supone que un lote contaminado de un fungicida llamado Benlate de la marca Du Pont fue el causante de la muerte de numerosas plantas en los viveros de la región. Parece que las orquídeas eran especialmente sensibles al contaminante del Benlate y en Florida hubo varios viveros que sufrieron tales pérdidas que tuvieron que cerrar. Muchas de las plantas de Laroche que no se habían helado se envenenaron. Y, como remate, en agosto de 1992 el huracán Andrew pasó por Florida. La zona más afectada fue el condado de Dade, al sur de Miami, en el que había una gran base militar, fincas dedicadas a los cítricos y viveros que producían más de la cuarta parte de las orquídeas que se vendían en todos los Estados

Unidos. Los pueblos de Homestead, Naranja y Florida City quedaron casi reducidos a polvo. La mayor parte de los viveros se esfumó en un minuto: los invernaderos quedaron aplastados, los toldos salieron volando, los tiestos con flores cayeron rodando y se hicieron añicos. Antes del huracán, Laroche tenía algunas de las plantas que habían sobrevivido a las heladas en su casa y el resto en tres invernaderos alquilados en Miami y Homestead. Dos de ellos desaparecieron totalmente con el huracán. El tercero quedó como después de una explosión. Pocos días después de que el Andrew hubiera pasado, Laroche se encontró con un revoltijo verde en una calle a unas tres manzanas de donde estaba el invernadero. Se paró a examinarlo y se dio cuenta de que era una de sus plantas. Le daba miedo acercarse hasta el invernadero. Cuando llegó, no encontró ninguna planta viva, el agua salada que la tormenta había arrastrado tierra adentro había acabado con todas las que no habían volado por los aires. Laroche se había dedicado al negocio de las plantas durante doce años. Había llegado a ser conocido y, de pronto, se encontraba solo, sin casa y sin plantas. En aquel momento y en aquel lugar comprendió que, si volvía a tener un vivero y tenía que pasar por lo mismo otra vez, se le partiría el corazón.

La tribu de los seminolas de Florida consta de mil seiscientas personas, cinco reservas que suman treinta y seis mil hectáreas, diez mil cabezas de ganado de raza Hereford, diez mil hectáreas de tierra de pastoreo, cuatrocientos ochenta de limoneros Burriss, seiscientos acres de pomelos rojos y blancos, una piscifactoría de bagres, un criadero de gambas y otro de tortugas. La tribu es también propietaria de casinos y negocios de tabaco. La mayoría de esas empresas marchan bien. Hace pocos años producían unos beneficios anuales de 65 millones de dólares. Lo que tiene más éxito es el casino. Actualmente se limita al juego del póquer, las máquinas tragaperras y una sala de bingo, pero a la tribu le gustaría añadir juegos de los que hay en Las Vegas, con máquinas como la Superpick Lotto y la Touch 6 Lotto. Hasta el momento el gobernador de Florida se ha opuesto al proyecto, a pesar de que la tribu ofrece pagar cien millones de dólares anuales al estado para que se les permita esa ampliación en sus instalaciones. Cada vez que la gente cae en la cuenta de que la tribu de los seminolas tiene mucho dinero, se les ocurre una gran idea. Y, entonces, por lo general entran en contacto con la tribu para proponerles inversiones, como plantas de reciclaje de neumáticos usados o la construcción de un hipódromo para trotones o de un centro comercial. Normalmente los seminolas rechazan amablemente la proposición, pero hay ocasiones en las que se asocian con gente que

no pertenece a la tribu. Por ejemplo, la primera vez que visité la reserva, Buster Baxley, que era el vicepresidente, estaba reunido con un grupo de empresarios japoneses tratando sobre la posibilidad de crear una plantación de limones con capital japonés y seminola. Pero, en la mayoría de los casos, llevan las empresas ellos mismos, aunque es frecuente que contraten a algún experto de raza blanca para que monte y ponga en marcha un negocio. El desempleo entre los seminolas alcanza un 40 %. Así que cuentan con que esos encargados blancos contraten como ayudantes a miembros de la tribu y les enseñen todos los pormenores del negocio. Y cuando la cosa marcha y los seminolas ya han adquirido experiencia, pueden prescindir de los encargados blancos.

Los seminolas ya habían estado dando vueltas a la idea de organizar un vivero. Era natural. La tribu era propietaria de miles de hectáreas de tierra cubierta con plantas indígenas de Florida, palmeras sabo, colas de zorra, hierba dedillo y fresnos, esa clase de plantas locales que se les pide a los promotores inmobiliarios que utilicen en todos los proyectos de Florida, ya sean estatales o privados. Por todos los alrededores había viveros que funcionaban con éxito, algunos incluso en tierras arrendadas a la tribu. Las reservas de los seminolas en Florida están ubicadas en Hollywood, Brighton, Immokalee, Tampa y Big Cypress. La más urbana de todas ellas es la de Hollywood, pero Buster conocía un pedazo de tierra cerca de la oficina central de la tribu y pensaba que sería un enclave perfecto para un vivero. Era un terreno de una hectárea cerca de una gran franja comercial, en el que lo único que había eran unas torres de electricidad de la Compañía Eléctrica de Florida. El consejo de la tribu estuvo de acuerdo, así que Buster llamó al periódico local e insertó un anuncio buscando un encargado para dirigir un vivero. Laroche estaba en las últimas cuando vio el anuncio. Apenas se había repuesto después de lo del huracán. Se alegró cuando consiguió aquel empleo, aunque ahora le guste decir que no sabe por qué.

Poner en marcha un vivero puede ser algo relativamente sencillo, pero Laroche se las arregló para hacerlo complicado. No podía soportar la idea de tener un vivero normal y corriente con cactus, palmeras en macetas y árboles de Navidad. Quería que el vivero de los seminolas fuese impresionante y estuviese lleno de plantas extraordinarias. Quería tener plantas raras de todo el mundo: arbustos de enebro en espiral, rosas pimpollo, arbustos confetti y palmeras osito. Quería tener cientos de variedades de lo que él llamaba «verduras acojonantes»: espinacas trepadoras, calabazas africanas que pueden convertirse también en trepadoras, zanahorias de las que

crecen en tiestos, calabazas chinas peludas, judías verdes de un metro de largo y pimientos picantes del Zaire, que son de color rosa y tienen forma de pene.

En cuanto a las orquídeas, tenía grandes planes. Les explicó a los de la tribu que quería construir un laboratorio en el que poder desarrollar cincuenta o sesenta variedades diferentes.

–Ya sé que los seminolas podrían ir simplemente a la parte trasera del jardín y arrancar hierbas y ramitas y venderlas en el vivero –dijo en una ocasión–. Pero ¡vaya un negocio! En cambio, lo de un laboratorio sí que es una gran idea. Es una idea superior, ¡joder! Ya les expliqué a los de la tribu que si tienes un laboratorio y coges una o dos plantas, puedes obtener miles de millones a partir de ellas. Una vez que el laboratorio esté en funcionamiento podremos clonar un número enorme de orquídeas y venderlas. Podré tener aquí a cientos de personas de la tribu trabajando y aprendiendo cosas sobre la clonación y la reproducción. ¡Podríamos conseguir híbridos nuevos realmente impresionantes! Y podríamos trabajar con orquídeas de Florida y dejar alucinado a más de uno. Me gustaría que fuera un sitio con categoría. ¡A la mierda los arrayanes! ¡A la mierda la hierba serrucho! Un laboratorio sí que es un buen medio para hacer dinero y no las simples hierbitas.

A muchas orquídeas silvestres no les gusta vivir lejos de los bosques. Florecen y producen semillas solamente si se hallan en su pequeño universo, con la combinación de agua, luz, temperatura y brisa exactas, con la corteza de árbol adecuada, en el ángulo perfecto, con una especie determinada de insectos, con una especie determinada de desechos sobre sus raíces y sus flores. Muchas especies de orquídeas silvestres no se comercializan, bien porque no son bonitas o bien porque nadie ha dado exactamente con lo que quieren y necesitan para sobrevivir. En el Fakahatchee hay varias especies de orquídeas que o viven en la jungla o se mueren. La más hermosa de ellas es la Polyrrhiza lindenii, que en botánica también se conoce como Polyradicion lindenii y vulgarmente es conocida como la orquídea fantasma. En este país la orquídea fantasma no crece en ningún sitio más que en el Fakahatchee. Si alguien lograse cultivar orquídeas silvestres en vivero, especialmente algunas que fuesen hermosas, probablemente se haría rico. Podría cultivarlas en un invernadero y luego clonarlas en un laboratorio y así obtendría por ejemplo cientos y cientos de una variedad que nadie más tendría en todo el planeta. Sería como si hubiera descubierto cómo multiplicar tigres siberianos o piedras preciosas. Todos esos aficionados a las orquídeas a los que les gusta tener el mayor número de especies

posible en sus colecciones andarían tras él, y también los criadores de orquídeas que intentan obtener nuevas combinaciones de genes. La gente que les comprara plantas podría multiplicarlas por esquejes, pero ellos seguirían siendo conocidos como los maestros en el arte de obtenerlas a partir de semillas, y tendrían una ventaja de siete años, siete años de monopolio, porque se tarda siete años para que una nueva orquídea dé sus primeras flores. El mayor impedimento que tiene todo esto es que en la actualidad es ilegal coger cualquier clase de orquídeas silvestres. Están protegidas por la ley estatal de Florida sobre especies en peligro de extinción y también por una ley federal y, además, las que crecen en los parques y cotos de Florida se hallan protegidas por regulaciones administrativas sobre las tierras estatales. La compra-venta internacional de orquídeas silvestres se halla severamente restringida por el Convenio de Comercio Internacional sobre Fauna y Flora en Peligro de Extinción. Algunas personas han alcanzado un éxito a pequeña escala en el cultivo de orquídeas silvestres cogidas antes de que la ley entrara en vigor, pero en la actualidad los que quieren una orquídea silvestre han de robarla de los bosques o comprarla en el mercado negro.

Laroche tenía en mente un típico plan Laroche. Sabía que los indios de Florida estaban exentos del cumplimiento de las leyes estatales para la protección de especies en peligro de extinción y creía que, una vez que empezara a trabajar para la tribu, también él estaría exento. Iría de excursión al Fakahatchee con algunos de los seminolas que trabajaban en el vivero y, una vez allí, les señalaría las plantas que quería y haría que su equipo las recogiera para no tener siquiera que tocarlas él. Esto último por precaución, pues, en caso de que no gozara de la misma exención que los indios, siempre podría utilizar la coartada de que él ni siquiera había tocado las plantas y, si algún guarda forestal les detenía, podía alegar que sólo había acompañado a los indios en su excursión, pero que él no había arrancado absolutamente nada. Una vez que consiguiese los especímenes, los llevaría al laboratorio de los seminolas y comenzaría a clonarlos. Llevaba años dándole vueltas al asunto de las orquídeas fantasma y afirmaba que era la única persona en el mundo capaz de resolver el enigma de su clonación y reproducción. En cuanto se corriera la voz de que había logrado cultivar la Polyrrhiza lindenii, todos los expertos en plantas le aplaudirían. El vivero vendería millones de plantas y ganaría millones de dólares, cosa que a él le agradaría y dejaría impresionada a la tribu. El éxito que lograría con las orquídeas también serviría para acabar con el mercado negro que existía en torno a ellas, ya que, una vez que esa especie se comercializase, no

cabría ninguna razón para adquirir las que hubiesen sido arrancadas furtivamente de los bosques. Esto último respondía al tradicional altruismo de Laroche. Y, además, el plan contaba con un gran final: todo estaba calculado para que coincidiese con la sesión legislativa de Florida, de tal forma que, tan pronto hubiese logrado lo que pretendía, se dirigiría a los legisladores y les recriminaría por mantener una leyes tan poco estrictas que no lograban salvaguardar la vida de especies pro tegidas ante tipos tan astutos como él. Y, entonces, los legisladores, avergonzados, modificarían las leyes según las indicaciones de Laroche, los bosques se volverían lugares totalmente inacce sibles y nunca jamás volvería a desaparecer otra orquídea fantasma. Los defensores del medio ambiente, que le habían despreciado por robar plantas, no tendrían más remedio que admirarle. Al principio pensarían que era un demonio, pero acabarían considerándolo un santo. Y, lo mejor de todo según Laroche, era que, cuando las cosas se aclarasen, él habría conseguido, por fin, la planta del millón de dólares.

En cuanto comenzó a trabajar para la tribu, la nueva pasión de Laroche fue el estudio de las leyes de los indios. Dedicaba algunas horas al día a ordenar los materiales para el laboratorio y a limpiar las zonas en las que se construirían los invernaderos, pero el resto de la jornada la pasaba en la biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad de Miami estudiando la historia legal del estado de Florida y su relación con los indios norteamericanos. Hubo dos casos en particular que le animaron. En tres ocasiones el estado había procesado a indios mikasuki por robar hojas de palmera. Los mikasuki y los seminolas utilizan las hojas de palmera para construir el techo de sus chozas. Las palmeras son una especie protegida, pero el estado perdió el caso porque los jueces dictaminaron que esa utilización de las hojas de palmera era parte de la cultura tradicional de los mikasuki y, por lo tanto, tenían derecho a ello. El otro caso que proporcionó grandes esperanzas a Laroche fue el de El estado de Florida contra James E. Billie. El jefe Billie es el presidente de la tribu seminola desde siempre. En 1983 le detuvieron por matar una pantera de Florida en la reserva de Big Cypress. Las panteras son animales protegidos tanto por las leyes estatales como por las leyes federales. El tema del derecho a la caza por parte de los indios y el de la libertad de culto complicaron el caso durante años hasta tenerlo paralizado y, finalmente, ni el estado ni el gobierno federal pudieron condenar al jefe indio.

Aquellos casos, tanto el de las hojas de palmera como el de la pantera del jefe Billie, animaron a Laroche. Descubrió también algunas contradicciones bastante burdas en el código estatal que

daban como resultado que pareciese que las leyes para la protección de ciertos animales y plantas del territorio de Florida quedaban invalidadas por las leyes que permitían que los indios de Florida cogieran plantas y animales en peligro de extinción para su propio uso. Según Laroche, era el instrumento que había estado buscando. Quedó convencido de que el embrollo de leyes existente le permitiría ir con su equipo de seminolas a donde le diera la gana y coger todo lo que quisiera.

Unos días después de que Laroche y yo hubiéramos ido a la exposición de orquídeas de Miami, cogí el coche y fui hasta Hollywood a visitarle a su vivero. Encendí la radio e intenté encontrar una música que me gustara pero terminé escuchando un programa en el que daban consejos sobre cómo hacer que mascotas tales como serpientes e iguanas se sintieran felices. Y cuando acabó ese programa, estuve escuchando un informe comercial de una hora de duración sobre unos cursos de administración financiera por correspondencia. El locutor tenía la voz fuerte y cavernosa y cada pocos minutos exclamaba: «¡Amigos, estáis a punto de entrar en el paraíso de la independencia financiera!» Pasé por delante de enormes tiendas de alfombras, grandes jugueterías y concesionarios de coches, por delante de la salida hacia Alligator Alley y del paso elevado que conduce al estadio donde a veces se juega la Super Bowl, y por delante de las señales que anuncian todas esas ciudades de Florida con nombres de ensueño, como Plantation, Sunrise, Coconut Creek y Coral Springs. La mediana de la autopista era como una nube de hibiscus de color rosado. Los arcenes estaban repletos de retamas, zumaques y milenramas y los propios carriles parecía que fuesen a combarse y a agrietarse de un momento a otro para acabar desapareciendo a causa de todo lo que crecía por encima y por debajo de ellos, haciendo ceder el firme. En la autopista crecen cosas increíbles. Una vez Laroche encontró una especie de orquídea extrañísima a los lados de la vía de salida de la I-95 que, hasta el momento, no se ha encontrado en ningún otro lugar del mundo.

La reserva se encuentra a medio camino entre la casa de Laroche y la sede central de la Sociedad Americana de Orquídeas, en un terreno que hay a pocos kilómetros al oeste de la I-95. Es probable que la gente que pasa en coche por allí ni siquiera sepa que está en el territorio de la tribu. El único indicio lo constituyen unas pocas tiendas de tabaco libres de impuestos y unas gasolineras que pertenecen a la reserva, así como el casino de los seminolas situado en un edificio gris de una sola planta que ocupa toda una manzana. Desde la carretera no se ven las oficinas centrales de la tribu, ni el

ruedo para los rodeos ni la serie de inmaculadas casitas blancas donde viven la mayor parte de los indios. Durante mis viajes a Florida fui muchas veces a la reserva, pero, a pesar de ello, siempre estaba a punto de pasarme la entrada.

Empecé a tener sentimientos encontrados respecto a Laroche. No me gustaba ir en el coche con él pero disfrutaba oyendo la versión que daba de su vida. La nuestra no era una amistad por afinidades. Él era un tipo trasnochador, fumador, consumidor de comida basura y transgresor de la ley, cosas todas ellas que yo no soy. Pero sí soy de esas personas que encuentran atractivo a ese tipo de gente. Muchas de las cosas que contaba eran increíbles, asombrosas, disparatadas o totalmente inverosímiles, pero nunca eran aburridas. Tenía un discurso mental y un comportamiento que se asemejaban más a la resaca marina que a la corriente de los riachuelos. No me importaba mucho si lo que me contaba era verdad o mentira, era ese continuo fluir lo que me parecía irresistible. Ese día en que fui a buscarle quería que me enseñase los viveros y él me había prometido hacerlo, pero cuando llegué me estaba esperando cerca del portón de entrada y me dijo que era fundamental que saliéramos de inmediato porque tenía que hacer una cosa urgente. Aparqué mi coche, me subí a su camioneta y le pregunté dónde estaba el fuego. Lanzó un gruñido y dijo que tenía que ir a visitar a un amigo al que le había dado algunas plantas hacía unos años porque acababa de decidir, sin razón aparente, que quería recuperarlas.

Arrancamos y mientras conducía comenzó a hablarme de las orquídeas y, de repente, se salió hacia el arcén, se detuvo debajo de una palmera, puso la camioneta en punto muerto y tiró del freno de mano. Se palpó la camisa en busca de cigarrillos, después se agachó y rebuscó a los lados y por debajo del asiento y volvió a incorporarse con una sonrisa triunfal en el rostro y un paquete de Marlboro aplastado en la mano. Se oyó el chasquido de la cerilla. Las hojas de la palmera golpeaban el techo de la camioneta.

–Oye –dijo al cabo de un rato–, no es que yo crea que un puñado de indios pueda andar correteando por el Fakahatchee arrancando plantas, quiero decir gente como Buster, bueno, es que Buster es bastante agresivo. Pero, mientras se resuelve ese asunto, a alguien se le puede ocurrir cómo aprovecharse de las leyes que existen ahora mismo y a mí se me ocurrió que ese alguien bien podía ser yo.

Se volvió sobre su asiento y se recostó contra la ventanilla con las piernas a ambos lados del volante. Tenía los muslos más largos y huesudos que había visto en mi vida.

–Pensé que podíamos coger lo que necesitáramos de aquel pantano y que después los legisladores ya modificarían las leyes. Eso es lo que quise decir en el juicio: que el estado tiene que protegerse a sí mismo. Yo trabajo para los seminolas, pero en realidad estoy a favor de las plantas. ¿Es ético lo que hice? No lo sé. Yo soy un hijo de puta muy astuto. Podría ser un gran delincuente. Podría ser un gran estafador, pero es más interesante vivir la vida dentro de los límites de la legalidad. Representa un desafío mayor el hacer lo que uno quiere pero intentar hacerlo de modo que pueda justificarse. La gente ve lo que yo hago y piensa: ¿Es eso moral?, ¿está bien? Bueno, ¿y es que las grandes cosas no son el resultado de ese tipo de lucha? Piensa, por ejemplo, en la energía atómica. Puede ser algo diabólico o puede ser una bendición. El bien o el mal. Bueno, pues en ese límite de la ética hay un punto de flexibilidad. Y es exactamente ahí donde me gusta vivir.

Puso en marcha la camioneta y fue conduciendo calle abajo hasta el aparcamiento de un vivero. Me dijo que el dueño era un hombre que conoció cuando él y su mujer todavía tenían La Bromelia y que era gay.

–No tendrás nada en contra de los homosexuales, ¿verdad? –me preguntó.

–Pero ¿qué dices? –le contesté–. ¡Por supuesto que no!

–Sólo quería saberlo –dijo–. Porque, pienses lo que pienses, cuando se está en el negocio de las plantas uno se da cuenta de que los gays son sus amigos.

Después del huracán, Laroche no tenía dónde guardar las pocas plantas que le habían quedado y no le apetecía ponerse a cuidarlas, así que se las había dado al dueño de aquel vivero. Entre ellas no había ninguna orquídea. Todas las orquídeas habían muerto. Eran, sobre todo, hoyas, una especie de planta de hoja dura y carnosa y tallos trepadores largos y serpenteantes. A Laroche no le gustaban especialmente las hoyas cuando tenía el vivero y tampoco le gustaban en aquel momento, pero, por alguna extraña razón, había decidido que quería recuperarlas. Parecía que no le resultaba raro ir a reclamarlas. Bajamos de la camioneta y recorrimos un sendero de grava que crujía bajo nuestros pies, hasta que llegamos a un umbráculo. A los lados del sendero había árboles tropicales enormes con cortezas llenas de bultos y flores de color chicle, los típicos árboles que uno dibujaría en un cómic sobre el trópico. Las hoyas estaban colgadas en un pequeño umbráculo destinado sólo a ellas y

con un candado en la puerta. Se me pasó por la cabeza que tal vez al propietario nunca se le había ocurrido que Laroche podía aparecer algún día a reclamarlas. Esperamos junto al umbráculo mirando las hoyas y matando mosquitos. Las plantas estaban en macetas que colgaban del techo y las puntas de los tallos llegaban hasta el suelo.

–La verdad es que siempre han sido unas plantas muy agradecidas –dijo Laroche–. Parece que están muy contentas aquí.

El calor se había vuelto pegajoso. Hacía una tarde pesada y la luminosidad allí dentro parecía suspendida y extraña, como si estuviera apresada dentro de una burbuja. Y todos los sonidos (el crujir de la grava, el susurro de las hojas mecidas por el viento, el rechinar de puertas, los sonidos abstractos de animales tropicales, golpecitos, grititos y trinos) eran claros pero apagados al mismo tiempo, como sonidos provenientes de un cuenco cubierto. No sé cuánto tiempo estuvimos allí hasta que apareció el dueño del vivero montado en uno de eso carritos de golf que casi todos ellos utilizan para inspeccionar sus propiedades. Pareció alegrarse de ver a Laroche.

–Pero bueno, John –exclamó–. No me puedo creer que seas tú.

Paró el cochecito, se apretó los dedos hasta que le sonaron los nudillos y se bajó. Era un tipo calvo, musculoso, con una barba recortada y la piel bronceada por el sol. Laroche le saludó y le dijo que el vivero tenía un aspecto espléndido y que yo le acompañaba porque estaba escribiendo un libro sobre él. El dueño del vivero pareció alarmado y dijo que no quería que su nombre apareciese en ningún libro sobre Laroche. Laroche soltó una carcajada y luego se volvió hacia las plantas y dijo que quería visitarlas por razones sentimentales. El hombre rebuscó en un llavero lleno de llaves y abrió el candado del umbráculo. Un tucán posado en una percha que estaba junto a la puerta nos clavó sus ojos amarillentos y, sin abrir el pico, emitió un chillido como el ruido de un martillo neumático. Laroche entró en el umbráculo y enroscó el dedo en el largo tallo de una hoya.

–Por cierto –dijo–, he venido para llevarme mis plantas. Incluso estoy dispuesto a pagarte por ellas o lo que quieras.

–No, no me interesa –dijo el dueño, mientras acariciaba una hoja.

–He venido a recogerlas –repitió Laroche–. Venga, hombre...

Pero el otro siguió acariciando la hoja y dijo:

–No, John. Ahora les he cogido cariño. Y, realmente, a estas alturas

ya son más mías que tuyas.

Discutieron durante unos minutos. Al final Laroche le convenció de que le diera algunos esquejes un par de meses después y eso pareció satisfacerles a ambos. Salimos del umbráculo y atravesamos otro que olía a plátano maduro. El dueño iba dándoles golpecitos cariñosos a las plantas cuando pasaba junto a ellas.

–Oye, John –dijo–. Ya casi no tengo orquídeas, ¿sabes? Es que llegué a la conclusión de que los que compran orquídeas están demasiado locos. Vienen aquí, compran una orquídea y después la matan. Vienen, compran y matan. No puedo soportarlo. Los que compran helechos son casi peores, pero los de las orquídeas son demasiado..., ¡bueno, ya sabes! Se creen superiores. –Miró a Laroche–. ¿Coleccionas algo en este momento, John?

–Pues no –dijo Laroche–. Por el momento no quiero coleccionar nada. Realmente tengo que controlarme, sobre todo con las plantas. Incluso ahora, con sólo estar aquí, ya siento esa sensación que nos entra a los coleccionistas. Ya sabes a qué me refiero. Veo algo y de pronto empiezo a sentir esa sensación. Es como si no me bastara con poseer algo, tengo que tenerlo y estudiarlo y cultivarlo y venderlo y dominarlo y tener millones de ejemplares. –Sacudió la cabeza y removió la gravilla con un pie–. Es que, ¿sabes?, cuando veo algo, lo que sea, no puedo evitar pensar: ¡Dios mío! ¡Esto sí que es interesante! Apuesto a que podría conseguir montones.

Hay que querer algo muy apasionadamente para ir a buscarlo a la zona del Fakahatchee. Es una reserva de veinticinco mil hectáreas de tierra costera en el extremo suroeste de Florida, a unos cuarenta kilómetros al sur de Naples, en esa parte del condado de Collier en la que los prados satinados y los campos de golf dan a un mar de hierba con los bordes tan afilados como guadañas. Hay una zona que es puramente pantanosa, otra que está poblada de cipreses, otra que está cubierta de bosques húmedos, otra que es marisma de ría e incluso hay una zona de pradera agostada. El subsuelo de piedra caliza tiene una antigüedad de seis millones de años y está recubierto de roca dura, arena, limo, margales y arcilla grisverdosa. En términos generales, el Fakahatchee es tan plano como la palma de la mano. Los surcos y los baches se llenan rápidamente debido a las filtraciones de aguas subterráneas. Los bosques son densos y oscuros. En los espacios abiertos la tierra se extiende como una suave alfombra de hierba y hasta las más pequeñas protuberancias e irregularidades del terreno se distinguen con toda facilidad. La mayor parte está sólo a unos dos o tres metros por encima del nivel del mar y luego desciende milímetro a milímetro hasta llegar al nivel del agua. El Fakahatchee es de una belleza particularmente extraña y excepcional. Bajo la luz del sol las praderas de hierba parecen un gran manto de seda salvaje. Los troncos altos y rectilíneos de palmeras y cipreses se alzan en la planicie como géiseres. Es de una belleza igual a la de las alfombras persas, gruesas, intrincadas, suntuosas, casi monótonas en su fastuosidad.

Hay gente que vive en el Fakahatchee y en sus alrededores, aunque es un lugar absolutamente inhóspito. En 1872 un agrimensor escribió en sus notas de campo: «Es una laguna impracticable encerrada entre una bahía y una zona pantanosa con cipreses. Una laguna llena de caimanes monstruosos. Me puse a contarlos, pero cuando llegué a cincuenta, lo dejé.» De hecho, las horas que pasé en el Fakahatchee siguiendo los pasos de Laroche fueron probablemente las más amargas de toda mi vida. La parte pantanosa es calurosa, húmeda, está llena de bichos, de víboras, serpientes de cascabel, caimanes, tortugas mordedoras, plantas venenosas, jabalíes y cosas que se te clavan y te pican y se meten volando en los ojos y en la nariz. Cruzar la zona pantanosa es toda una odisea. Es como meterse en un túnel de lavado de coches. Hay pozas de hasta dos metros de profundidad llenas de agua estancada y alrededor de ellas el aire tiene la densidad pesada e inerte del terciopelo húmedo. Parece como si los troncos de los árboles sudaran. Las hojas están resbaladizas por la humedad, el lodo te

succiona los pies e intenta retenerlos; si no lo logra, se queda al menos con los zapatos. El agua del pantano está teñida de negro por el tanino de la corteza de los cipreses, una sustancia tan corrosiva que se utiliza para curtir el cuero. En el Fakahatchee lo que no está húmedo está muerto. El sol azota las praderas sin árboles y la sequedad de la hierba es tal que la fricción de las ruedas de un coche puede provocar fuego y acabar envolviendo el coche en llamas. El Fakahatchee estaba plagado de coches quemados, abandonados por aventureros que estuvieron a punto de quedarse fritos. Un botánico que lo atravesó en la década de 1940 recordaba en una entrevista que lo que más le había impresionado era la variedad de ardillas que había en la zona, así como el gran número de Ford T calcinados. El silencio, la oscuridad y la espesura del pantano pueden destrozarte los nervios. En 1855 un marinero que participaba en una expedición para buscar plumas escribió en su diario: «El lugar tiene un aspecto salvaje y solitario. Hacia las tres de la tarde a Henry le dio un ataque de nervios, rompió a llorar y no podía decirnos el porqué. Simplemente estaba muy asustado.»

Los sitios que dan miedo suelen estar asociados con la muerte, pero el Fakahatchee bulle de seres vivos. Desde lugares tan lejanos como Cuba llegaban cazadores de pájaros para volver cargados con suficientes plumas como para decorar miles de sombreros para las damas de la época. En el siglo XIX hubo un grupo de esos cazadores que llegó a llevarse ocho toneladas de huevos de diferentes aves y al final de ese mismo siglo un viajero escribió que durante su viaje se había sentido maravillado por la abundancia de los pantanos. Había cogido cien kilos de langosta, que se fue tomando para desayunar en días sucesivos, y se había topado por casualidad con una colonia de grajos y había recogido «una considerable cantidad de huevos de cormoranes y garzas azules con los que intenté hacer tortillas». Aquella noche se había preparado una cena a base de garza azul frita y palmitos. Hace años en el Fakahatchee había una alfombra de saltamontes tan gruesa que conducir un coche resultaba peligroso y tantas orquídeas que los visitantes describían el olor dulzón como algo nauseabundo. La primera vez que fui al pantano vi lirios de agua y sauces llorones y zumaques y juncos y helechos que brotaban de un árbol caído y muerto; vi robles, pinos, cipreses, saúcos y alcanfores. Cuando empecé a internarme, una lechuza me dirigió una mirada altanera y más tarde, cuando salí, tres caimanes diminutos cruzaron el sendero rozándome. Fui a dar a un paraje rodeado de altos cipreses. Los guardas forestales lo llaman la Catedral. Cerré los ojos y me quedé un momento allí de pie, en medio de aquella calma, casi sin respirar, y cuando los volví a abrir y miré hacia arriba, vi docenas de bromelias

colgando de las ramas de casi todos los árboles que me rodeaban. Eran de un rojo y un verde brillantes y tenían la forma de horribles pelucas. Algunas apenas tenían el tamaño de una araña pero otras eran tan grandes como yo. El sol que se filtraba a través de la bóveda formada por las ramas resplandecía sobre las brillantes hojas. Las bromelias que colgaban de las ramas no parecían plantas. Más bien parecían un montón de animales observando todo lo que ocurría debajo.

Yo había decidido ir al Fakahatchee después de la vista oral porque quería ver por mí misma qué era lo que tanto deseaba Laroche. Le pedí que viniese conmigo, pero como la jueza le había prohibido ir al pantano hasta que acabara aquel asunto, tuve que buscar otra persona. Supongo que podía haber ido sola, pero había oído decir que el Fakahatchee era un lugar lleno de riesgos e incluso los botánicos más valientes con los que había hablado me habían comentado que no les gustaba entrar allí solos. Al final me presentaron a un guarda forestal llamado Tony que se ofreció a acompañarme. Pasé los siguientes días mentalizándome de que no había ninguna razón para tener miedo. Unos días antes del fijado para la partida, Tony me llamó y me preguntó si estaba realmente segura de querer hacer la excursión. Le dije que sí. En realidad soy bastante fuerte. He corrido una maratón y he viajado sola a lugares exóticos y he mantenido conversaciones con un montón de desconocidos, y cuando mi valentía flaquea recurro a un olvido intencionado para seguir adelante. Pero por otra parte, una de las cosas que más asco me han dado en toda mi vida fue tocar el fondo blandengue del lago durante las clases de natación en un campamento de verano y sentir cómo el limo lleno de hierbajos se aplastaba bajo los dedos de mis pies. Así que la sola idea de atravesar el pantano andando suponía para mí un horror añadido. Al día siguiente Tony me llamó y volvió a preguntarme si realmente estaba preparada para ir al Fakahatchee. En ese momento dejé de intentar ser valiente y todos los ratos pasados en el lago del campamento Cardinal volvieron a mi memoria y, cuando por fin me encontré con Tony en el puesto de los guardas forestales, casi me pongo a llorar.

Pero estaba resuelta a ver las orquídeas, así que Tony y yo nos internamos en el Fakahatchee con la intención de encontrarlas. Estuvimos caminando desde la mañana hasta última hora de la tarde con muy poca fortuna. Hacía calor y el aire era irrespirable. Me dolían las piernas, me dolía la cabeza y no podía soportar la pegajosa sensación de mi propia piel. Me empezaron a rondar desesperadamente pensamientos secretos de deserción y pensé qué haría Tony si, de pronto, me sentaba y me negaba a seguir caminando. Él iba a unos cuatro metros por delante de mí, de lo cual deduje que

se sentía estupendamente. Saqué fuerzas de flaqueza y le alcancé. Mientras íbamos caminando, Tony me contó cosas de su vida y me dijo que él también coleccionaba orquídeas y que tenía un pequeño laboratorio en casa en el que estaba intentando conseguir un híbrido que tuviera un labelo envolvente como el de la Encyclia pero con el color de una Cattleya, que es marrón con unos puntitos de color verde lima. Me dijo que en siete u ocho años sabría si lo había logrado, cuando los híbridos obtenidos de las nuevas semillas florecieran. Yo no dije nada durante los siguientes dos kilómetros. Cuando nos detuvimos para descansar y Tony intentó averiguar qué le pasaba a su brújula, le pregunté qué creía que tenían las orquídeas para atraer a los seres humanos tanto como para llegar a robarlas, a adorarlas, a intentar cultivar nuevos especímenes y a esperar casi una década a que floreciesen.

–Supongo que el misterio, la belleza, lo desconocido – dijo, encogiéndose de hombros–. Aunque también creo que la verdadera razón es que la vida no tiene sentido. Quiero decir que no tiene un sentido obvio. Te despiertas, te vas a trabajar, haces cosas. Creo que todo el mundo busca siempre algo que se salga de lo común para entretenerse y que le ayude a pasar el tiempo.

En realidad lo que yo quería ver era la Polyrrhiza lindenii, la orquídea fantasma. Laroche había conseguido otras especies de orquídeas y bromelias cuando iba de furtivo, pero la que más deseaba era la orquídea fantasma. La Polyrrhiza lindenii es la única realmente hermosa que hay en el Fakahatchee. Técnicamente pertenece a la familia de las Vandaneae y a la subfamilia de las Sarcanthinae; Polyrrhiza es el género (aunque a veces también se le llame Polyracidion). Es una especie carente de hojas denominada así en honor al botánico belga Jean-Jules Linden, que fue quien la descubrió en Cuba en 1844. En Estados Unidos se vio por primera vez en 1880 en el condado de Collier. La orquídea fantasma suele crecer alrededor de los troncos del fresno, del manzano de los pantanos y del chirimoyo. Florece una vez al año. No tiene follaje, solamente raíces, una maraña de raíces verdes y planas del ancho de un tallarín, enroscada alrededor de un árbol. Las raíces hacen la función clorofílica, lo que quiere decir que hacen tanto de raíces como de hojas. La flor es de un precioso color blanco. Tiene el intrincado labelo característico de todas las orquídeas, pero especialmente pronunciado y protuberante, y las comisuras se estrechan hasta convertirse en unas colitas largas y vibrantes. Vista en fotografía la flor recuerda el rostro de un hombre con un bigote a lo Fu Manchú. Las colitas son tan delicadas que la más ligera brisa las mueve y la blancura es tan extraordinaria como un foco de luz en medio de la grisura y el verdor

del pantano. Como no tiene follaje y sus raíces son casi invisibles sobre la corteza del árbol, parece que la flor está suspendida en el aire por arte de magia. La gente dice que una orquídea fantasma en flor es como una rana blanca volando, una rana blanca voladora etérea y hermosa. Carlyle Luer, autor de Las orquídeas originarias de Florida, dijo de ella: «Si se llega a tener la suerte de ver una de esas flores, todas las demás quedan eclipsadas.»

Cerca de un gran surco Tony me señaló unas franjitas verdes que había en un árbol joven y dijo que eran orquídeas fantasma que ya habían florecido ese año. Seguimos caminando durante otra hora y me señaló más de aquellas raíces verdes de orquídeas fantasma en otros árboles. La luz se iba desvaneciendo y yo estaba de barro hasta las orejas, llena de rasguños y con la piel abrasada por el sol. Por fin, dimos la vuelta y caminamos unos cinco mil kilómetros hasta llegar al jeep de Tony. Había sido un día muy duro y no había logrado ver lo que había ido a ver. Seguí dándole vueltas a la cabeza mientras regresábamos, preguntándome si aquella orquídea fantasma tan difícil de encontrar, que casi nadie había visto, de una hermosura irresistible, e imposible de cultivar, no sería más que una simple fábula y no existiría en realidad. Tal vez fuese un fantasma de verdad. No hay duda de que en el Fakahatchee hay fantasmas: los fantasmas de los guardas forestales asesinados hace años por cazadores furtivos de pájaros y los fantasmas de leñadores cortados en pedacitos en medio de una pelea y dejados así para que se pudrieran en la tierra. Y durante muchos años también se ha visto una aparición deambulando por los pantanos, el Simio del Pantano, del que se dice que mide dos metros de altura y que pesa trescientos kilos, que tiene el cerebro como el de los humanos, el aspecto de los simios, el olor corporal de las mofetas y una predilección especial por los frijoles. También existe un ser humano fantasmal y anónimo a quien los guardas forestales denominan la Apisonadora Fantasma, que de vez en cuando, lleva al pantano materiales de construcción de verdad –no imaginarios– y limpia los caminos de los tallos y ramas que los cubren.

Si la orquídea fantasma era en realidad un simple fantasma, se trataba de uno tan subyugante que podía seducir a la gente para que lo buscara año tras año y kilómetro tras kilómetro. Y, si era una flor real, yo estaba dispuesta a seguir yendo a Florida hasta lograr verla. No es que yo amase las orquídeas. Ni siquiera me gustan especialmente, pero quería ver aquello que atraía a la gente de un modo tan singular y poderoso. Todo el mundo que conocí relacionado con el robo de orquídeas había organizado su vida de tal manera que giraba alrededor de su gran obsesión (Laroche padecía locas inspiraciones; los amantes de las orquídeas, una intensa devoción a

sus flores; y los seminolas, una dedicación ardiente a su historia y a su cultura); una obsesión que les proporcionaba respuesta a cuestiones tales como la organización de su tiempo y de su dinero, la elección de sus amistades, el lugar al que viajar y qué hacer una vez allí. Era una religión. Yo deseaba amar algo tanto como aquella gente amaba las plantas, pero no va con mi carácter. Creo que la gente de mi edad se siente incómoda con los excesos de entusiasmo y cree que volcar una pasión excesiva en algo es una ingenuidad. Creo que la pasión que yo tengo no me incomoda en absoluto: quiero saber qué se siente cuando algo te apasiona tanto. Aquella noche llamé a Laroche y le dije que acababa de regresar de mi excursión en busca de la orquídea fantasma por el Fakahatchee pero que no había visto nada más que simples raíces. Le dije que no sabía si es que ya me había perdido la floración de aquel año o que tal vez el único lugar en el que florecía la orquídea fantasma era en la imaginación de la gente que caminaba demasiado tiempo por los pantanos. Lo que no le dije fue que las grandes pasiones siempre me han provocado cierto escepticismo. Lo que tampoco le dije fue que me parecía que su vida estaba llena de cosas que eran iguales a la orquídea fantasma: maravillosas de imaginar y de las que uno puede enamorarse fácilmente, pero más bien increíbles, fugaces y fuera de todo alcance.

Le oí tragar saliva y dar una chupada al cigarrillo. Después dijo:

–¡Pero por Dios bendito, pues claro que hay orquídeas fantasma en ese pantano! ¡Si yo mismo las he robado, joder! Sé exactamente dónde están. –Durante un instante no se oyó nada al otro lado del teléfono y después se aclaró la garganta y dijo–: Deberías haber ido conmigo.

Las orquidiáceas son una extensa y antigua familia de plantas perennes con un estambre fértil y una flor de tres pétalos. Uno de ellos es diferente de los otros dos. En la mayoría de las especies ese pétalo es mayor y forma un labelo que constituye la parte más llamativa de la flor. Existen unas cuarenta mil especies conocidas y debe de haber miles más que todavía no se han descubierto y puede que en el pasado hayan existido miles que hoy en día se han extinguido. Los seres humanos han creado otros cien mil híbridos mediante la fertilización de especies, cruzándolas entre sí o cruzando diferentes híbridos en laboratorios.

Las orquídeas están consideradas unas de las plantas más evolucionadas de la tierra. Presentan formas y colores de una belleza inusual, tienen un perfume muy intenso, una estructura compleja y son diferentes de cualquier otra familia de plantas. La razón de su exotismo ha sido siempre un misterio. Hay quienes afirman que su evolución se debe a que crecían en una tierra que sufrió radiaciones naturales debido a la caída de un meteorito o a la existencia de un yacimiento mineral y que fueron esas radiaciones las que las hicieron mutar creando miles de formas increíbles. Presentan gran variedad de rasgos distintos de los de las demás flores. Hay una especie que recuerda a un perro pastor alemán con la lengua fuera; otra recuerda a una cebolla; otra, a un pulpo; otra, a una nariz; otra, a las babuchas de un rey de un cuento; otra se parece a Mickey Mouse; otra, a un mono; otra parece marchita. En el Registro Botánico de 1845 se describía el aspecto de una de ellas como «un tocado antiguo que asomase por encima de uno de esos cuellos altos y almidonados que usaban las damas en la época de la reina Isabel; o el bocado de un caballo decorado con cintas de colores llamativos». Hay especies que parecen mariposas, murciélagos, bolsos de señora, abejas, enjambres de abejas, avispas, almejas, raíces, jorobas de camello, ardillas, monjas con sus tocas o viejos borrachos. El género Dracula es de color rojo negruzco y parece un vampiro. La Polyrrhiza lindenii, la orquídea fantasma del Fakahatchee, parece un fantasma pero también se ha descrito como un bailarín patizambo, una rana blanca o un hada. Muchas de las orquídeas silvestres de Florida reciben el nombre por el aspecto que presentan: espolón torcido, marrón, rígida, girada, de hoja brillante, cuerno de vaca, labiada, víbora, picuda sin hojas, de cola de rata, oreja de mula, bruja nocturna, araña acuática, falsa araña acuática, cabellera de dama y falsa cabellera de dama. El botánico Jakob Breyne escribió en 1678: «Las múltiples formas de estas flores

provocan gran admiración. Presentan forma de pajaritos, de lagartijas, de insectos, de hombres, de mujeres. A veces pueden parecer un luchador siniestro, y otras, un payaso que nos provoca la risa. Pueden recordarnos a la perezosa tortuga, al sapo meláncolico o al mono ágil y charlatán.» Siempre se ha considerado a las orquídeas flores hermosas pero extrañas. Una guía de flores silvestres publicada en 1917 se refería a ellas como «esos extraños monstruos».

Las orquídeas más pequeñas son microscópicas y las más grandes tienen montones de flores del tamaño de balones de fútbol. Hay informes de botánicos en los que afirman haber visto orquídeas cuerno de vaca en el Fakahatchee con flores de tamaño normal y con treinta y cuatro pseudobulbos, que son brotes con forma de tubérculo que crecen en la base de la planta, donde se almacena la energía, de veinticinco centímetros de longitud. Algunas orquídeas tienen pétalos tan suaves como la seda y otras tienen flores rígidas y viscosas como cámaras de neumático. Raymond Chandler escribió que las orquídeas tienen la misma textura que la carne humana. Sus colores son exóticos. Las hay punteadas, moteadas, veteadas o de un solo color, que puede ir desde el fosforescente hasta el blanco inmaculado. La mayoría tiene más de un color: las hay con pétalos de color marfil y labelo rosa intenso, de pétalos verdes con franjas burdeos, de pétalos amarillos con puntitos color oliváceo y de labelo púrpura con una pizca de rojo por debajo. Algunas presentan unas combinaciones de colores que uno no se pondría ni muerto. Las hay que parecen el resultado de la caída de varios botes de pintura. Las hay blancas pero jamás se ha encontrado una de color negro, a pesar de que siempre ha habido gente que ha soñado con una orquídea negra. Era justamente extracto de orquídea negra lo que necesitaba Basil St. John, el novio de Brenda Starr, personajes ambos de un cómic, para controlar la extraña enfermedad de la sangre que padecía. En una ocasión pregunté a Bob Fuchs, propietario de R. F. Orchids, en la ciudad de Homestead (Florida), si creía que alguna vez se descubriría una orquídea negra o si se podría obtener por hibridación. Me contestó que no. «En el mundo real no. Sólo en las historias de Brenda Starr.»

Muchas plantas se autopolinizan, cosa que garantiza su reproducción y la conservación de la especie. La desventaja que tiene esa polinización directa es que actúa siempre con el mismo material genético, con lo cual esas especies resisten pero no evolucionan ni mejoran. Las plantas que se autopolinizan no pasan de ser simples hierbajos. Las plantas complejas sólo se consiguen mediante la fertilización cruzada. El polen ha de ser transportado de una planta a otra, ya sea por el viento, los pájaros, las mariposas o las abejas. Las plantas obtenidas como resultado de la polinización cruzada tienen

formas complejas. Tienen que tener una forma tal que el polen se almacene en una zona de la que se lo pueda llevar el viento o tienen que resultar atractivas para los insectos que participan en su polinización o deben ser tan especiales y llamativas que constituyan el único alimento de un insecto en particular. Charles Darwin sostenía que, en la lucha por la existencia, los seres vivos producto de la fertilización cruzada prevalecen siempre sobre los que utilizan la polinización directa, puesto que tienen hijos con nuevas mezclas genéticas y poseen por tanto más posibilidades de adaptarse a los cambios del mundo circundante. La mayoría de las orquídeas no se autopolinizan, aun cuando se les aplique artificialmente su propio polen en el estambre. De hecho hay especies que se envenenan y mueren si su propio polen llega al estambre. Existen otras plantas que tampoco se polinizan directamente, pero ninguna de ellas protege tanto sus flores contra la autopolinización como la orquídea.

La familia de las orquídeas podría haber muerto como los dinosaurios si los insectos hubiesen preferido alimentarse de plantas más simples. No se habrían polinizado y sin ese proceso jamás habrían producido semillas, mientras que las plantas simples, que se autopolinizan, habrían producido semillas constantemente y se habrían extendido como locas y habrían consumido cada vez más espacio, más luz y más agua y, con el paso del tiempo, las orquídeas habrían sido relegadas a los confines de la evolución hasta su total desaparición. En cambio, las orquídeas se han multiplicado y diversificado hasta convertirse en la familia de plantas con flor más numerosa del mundo vegetal porque cada una de sus especies ha sabido hacerse irresistible para los insectos. Muchas de ellas han llegado a parecerse tanto a sus insectos preferidos que éstos se confunden, creen que es una hembra de su especie y, cuando aterrizan sobre la flor para hacerle una visita amorosa, el polen se les queda pegado. Cuando repiten el error y aterrizan sobre otra flor, el polen de la primera queda depositado en el estambre de la segunda. Dicho de otro modo: la orquídea se fertiliza gracias a que es más lista que el insecto. Hay otra especie de orquídeas que imita la forma de ciertos bichos que el insecto polinizador quiere matar. Los botánicos denominan a este fenómeno pseudoantagonismo. El insecto ve a su enemigo y lo ataca, es decir, ataca a la orquídea, y en el transcurso de esa lucha inútil el insecto queda impregnado con el polen de la orquídea y lo esparce al repetir su error. Otras especies toman la forma del macho de su polinizador de tal forma que la hembra intenta copular con una orquídea y luego con otra (pseudocopulación) y esparce el polen en cada intento fallido. Las orquídeas zapatilla de dama tienen un labelo que se cierra, atrapa a las abejas y las obliga a

pasar a través de hilos pegajosos de polen mientras intentan escapar por la parte trasera de la planta. Otras orquídeas segregan un néctar que atrae a pequeños insectos. Cuando éstos liban el néctar van cayendo lentamente hacia un estrecho tubo interior hasta que sus cabecitas tocan la parte inferior del rostelo. Allí reciben una lluvia de pequeños dardos de polen que se les quedan firmemente adheridos a los glóbulos oculares, de donde caerán más tarde al meter la cabeza en otra orquídea. Hay orquídeas que tienen un aspecto inofensivo, pero son engañosas. Seducen con su perfume. Algunas huelen a carne en descomposición, cosa que gusta mucho a los insectos. Otras huelen a chocolate; otras, a ese bizcocho que llaman pastel de ángel; hay algunas que imitan el perfume de otras flores muy solicitadas por los insectos y otras que sólo exhalan perfume por la noche para atraer a las mariposas nocturnas.

Nadie sabe si las orquídeas evolucionaron para adaptarse a los insectos, si lo hicieron independientemente de éstos o si, de algún modo, esas dos formas de vida evolucionaron simultáneamente, lo cual explicaría la mutua dependencia de dos seres vivos totalmente diferentes. La armonía entre la orquídea y su polinizador es tan perfecta que constituye casi un misterio. A Darwin le encantaba el estudio de las orquídeas. En sus escritos se refería a ellas como «mis amadas orquídeas», y estaba tan convencido de que eran el pináculo de la transformación evolutiva que llegó a decir que sería «un increíble absurdo mirar una orquídea como si hubiera sido creada en un principio tal como la vemos actualmente». En 1877 publicó Las diferentes artimañas a las que recurren las orquídeas para ser fertilizadas por los insectos. En uno de sus capítulos describe una orquídea muy rara que había encontrado en Madagascar, una Angraecum sesquipedale, con flores en forma de estrella, de un color blanco cerúleo y «un estambre verde con forma de látigo de una sorprendente longitud». El estambre tenía casi veinticinco centímetros de largo y todo el néctar estaba concentrado en el fondo. Darwin planteó la hipótesis de que tenía que existir un insecto que pudiera alcanzar ese inalcanzable néctar y, al mismo tiempo, fertilizar la planta porque, de otro modo, esa especie no podría existir. Tal insecto tendría que tener una forma igualmente extraña. Darwin escribió que «en Madagascar tiene que haber unas mariposas con una trompa capaz de extenderse hasta alcanzar una longitud de ¡veinticinco centímetros! Algunos entomólogos han ridiculizado mi teoría, pero, gracias a Fritz Muller, sabemos que en el sur de Brasil hay un insecto-esfinge con una trompa de una longitud casi suficiente pues cuando la extiende alcanza los veinte centímetros. Cuando no la proyecta, la mantiene recogida en una espiral que puede llegar a tener veinte vueltas ... Una

mariposa enorme con una trompa espectacularmente larga podría absorber hasta la última gota de néctar. Si esas mariposas se extinguieran en Madagascar, seguro que la Angraecum también se extinguiría.» Darwin se hallaba muy interesado en averiguar cómo hacían las orquídeas para liberar el polen. Hizo experimentos pinchándolas con agujas, pelos de camello, cerdas, lápices y con sus propios dedos. Descubrió que había partes que eran tan sensibles que lanzaban el polen al menor contacto, pero que «cierto grado de violencia» carecía de efecto en las partes de menor sensibilidad, de lo cual concluyó que las orquídeas no lanzaban el polen de un modo azaroso sino que eran lo suficientemente listas como para guardarlo para aquellas ocasiones en que se les acercaban los insectos adecuados. «Parece como si las orquídeas hubiesen sido modeladas de un modo absolutamente caprichoso, pero no cabe la menor duda de que eso es debido a nuestra ignorancia de sus necesidades y condiciones de vida. ¿Por qué desarrollan las orquídeas tantas artimañas para su fertilización? Estoy seguro de que otras plantas ofrecen adaptaciones análogas, pero parece que en el caso de las orquídeas se da en más casos y con mayor perfección que en la mayoría de las restantes plantas.»

Los sistemas que utilizan las orquídeas para atraer a los polinizadores son refinados pero escasos. Recientemente los botánicos han realizado un estudio que ha durado quince años con mil orquídeas silvestres, y durante todo ese tiempo sólo veintitrés plantas han sido polinizadas. Las posibilidades son bajas, pero las orquídeas las compensan. Si en alguna ocasión son fertilizadas, producen vainas repletas de semillas. La mayoría de las demás especies producen solamente unas veinte semillas cada vez, mientras que las vainas de orquídeas pueden contener millones y millones de semillas diminutas, del tamaño de una mota de polvo. Cada vaina tiene suficientes semillas como para abastecer las pecheras de las damas del mundo entero durante toda la eternidad.

Algunas especies de orquídeas crecen en el suelo y otras no tocan el suelo jamás. Aquellas que no pueden desarrollarse en el suelo se denominan epifitas y viven pegadas a las ramas de los árboles o a las rocas. Las semillas de las epifitas se instalan en un lugar que les resulte cómodo, germinan, crecen y dejan que sus raíces cuelguen al aire. Llevan una vida ociosa, absorbiendo el agua de lluvia y alimentándose de hojas en descomposición y luz. No son parásitas. No le dan ni le quitan nada al árbol excepto un poco de sitio para instalarse. Muchas epifitas crecen en las junglas tropicales donde hay tantísimos seres vivos compitiendo por un espacio en el suelo que

muchas especies pierden la batalla y mueren. Las orquídeas han logrado multiplicarse en la jungla gracias a que han desarrollado la capacidad de vivir en el aire en vez de hacerlo en el suelo, instalándose por encima de las demás plantas, en las ramas de los árboles, donde tenían la luz y el agua asegurados. Es decir, se han multiplicado porque ser retiraron de la batalla que se libraba en el suelo. Si todo eso hace que las orquídeas parezcan unas plantas muy listas es porque lo son. Hay algo de inteligente e impropio de una planta en su determinación de sobrevivir y en su habilidad especial para sacar provecho del engaño y en su talento para seducir a los seres humanos durante cientos y cientos de años.

Las orquídeas crecen lentamente y languidecen. Dan una flor, tal vez una vaina, y después descansan durante meses. Una semilla de orquídea polinizada tarda unos siete años en convertirse en una planta capaz de dar flor. Con el paso del tiempo, las orquídeas pueden marchitarse por la parte trasera pero seguir creciendo por delante. No tienen más enemigos naturales que el mal tiempo y los virus extraños. Son unos de los pocos seres que hay en el mundo que pueden vivir eternamente. Las cultivadas que no mueren a manos de sus propietarios pueden sobrevivirles, a ellos y a varias generaciones más. Muchos coleccionistas nombran herederos para sus plantas en sus testamentos, pues saben que vivirán más que ellos. Bob Fuchs, de R. F. Orchids, tiene algunas plantas en su vivero descubiertas por su bisabuelo en América del Sur a finales del siglo XIX. Thomas Fennell III, de Fennell Orchids, tiene plantas que coleccionó su abuelo cuando era un joven buscador de orquídeas en Venezuela, y algunas de las orquídeas del Jardín Botánico de Nueva York llevan viviendo en los invernaderos desde 1898.

Al principio las orquídeas se daban en los trópicos, pero hoy en día crecen por todo el mundo. La mayoría proceden de semillas que fueron transportadas desde las zonas tropicales por corrientes de aire. Un huracán puede arrastrar miles de millones de semillas a cientos de kilómetros de distancia. Hay semillas que, llevadas por el viento desde América del Sur hasta Florida, caen en piscinas, en barbacoas, en canchas de juegos, en gasolineras, en las azoteas de edificios de oficinas, en los caminillos de entrada a los restaurantes de carretera, en la arena caliente de la playa o en el pelo de la gente. Son barridas, pisadas o desaparecen en el agua sin que nadie se dé cuenta. Pero otras, muy pocas, caen en algún lugar apropiado, húmedo y cálido, y hasta puede ocurrir que logren alojarse en la confortable horquilla de un árbol o en la grieta de alguna roca. Si una de ellas encuentra algún hongo que pueda utilizar como alimento, germinará y crecerá. Cada vez que un huracán azota Florida los botánicos se preguntan qué

nuevas orquídeas habrá traído. En la actualidad los botánicos están esperando a ver qué ha traído el huracán Andrew. Tendrán la respuesta cuando se cumplan siete años de esa tormenta, cuando las semillas que aterrizaron hayan germinado y crecido.

Los sentimientos que despiertan las orquídeas no pueden explicarse desde un punto de vista científico. Parece que las orquídeas vuelven loca a la gente. Los que las aman, las aman con locura. Provocan más pasión que cariño. Son las flores más sexys de la tierra. Su nombre deriva de la palabra latina orchis, que significa testículo, lo cual hace referencia no sólo a la forma de testículo de sus pseudobulbos sino también al hecho de que, durante mucho tiempo, existió la creencia de que las orquídeas surgían del semen derramado por los animales durante el apareamiento. El Herbario Británico de 1653 aconsejaba que las orquídeas se utilizasen con discreción, pues «su manipulación produce calor y humedad, se hallan bajo el dominio de Venus y exacerban la lujuria». En la Inglaterra victoriana la pasión por las orquídeas fue tal que a veces se denominó «orquidelirio». Bajo su influencia mucha gente de apariencia normal, tras entusiasmarse con ellas, se iba convirtiendo en gente menos normal y más parecida a John Laroche. Incluso hoy en día hay algo delirante en el hecho de coleccionarlas. Todos los amantes de las orquídeas con los que me he ido topando me han contado la misma historia: de tener una plantita en la cocina pasaron a tener una docena, después un invernadero en el jardín, después, en algunos casos, varios invernaderos, después pasaron a emprender viajes a Asia y África para conseguir más ejemplares, a gastarse en ellas un presupuesto cada vez mayor y a sufrir un intenso deseo de poseer ejemplares raros cuya recompensa es tan mínima que sólo un auténtico coleccionista es capaz de apreciarla, como ocurre con la Stanhopea, que no florece más que una vez al año y durante un periodo máximo de un día. Un coleccionista guatemalteco me dijo: «Te pica el gusanillo. Para dejar de beber puedes ir a Alcohólicos Anónimos, pero si te has metido en lo de las orquídeas, no puedes hacer nada para dejarlo.» Yo no tenía ni una sola orquídea cuando fui a Florida, pero Laroche siempre me tomaba el pelo y me decía que era imposible que estuviera un año con gente de aquel mundillo sin engancharme. Pero yo no quería engancharme. No tenía ni el espacio ni la paciencia necesarios para tener plantas en mi apartamento y, además, supongo que tampoco quería que Laroche se sintiera demasiado orgulloso de sus poderes de vaticinio. La verdad es que casi todos los cultivadores de orquídeas con los que hablé en aquella época insistían en regalarme una planta, pero yo temía tanto verme atrapada por ellas que las regalaba inmediatamente.

En la actualidad el comercio internacional de orquídeas mueve más de diez mil millones de dólares anuales y alguna planta rara ha llegado a venderse por más de veinticinco mil dólares. Tailandia es el mayor exportador del mundo. Envía flores para hacer ramos y para prender en vestidos por valor de más de treinta millones de dólares a todos los rincones del planeta. Las orquídeas pueden ser muy caras tanto a la hora de comprarlas como a la de mantenerlas. Existen cuidadores de orquídeas a domicilio, médicos de orquídeas y residencias para orquídeas, que son viveros donde se dejan las plantas cuando aún no han dado flor, allí las cuidan y avisan a sus propietarios cuando han florecido para que puedan llevárselas a casa y exhibirlas. Hace poco leí en una revista que un coleccionista tenía tantas plantas en una de esas residencias de San Francisco que pagaba dos mil dólares mensuales por ellas. En Internet hay docenas de direcciones relacionadas con las orquídeas. Durante una temporada entré en la página que se llama «Dr. Tanaka's Homepage». El doctor Tanaka se define como «un enamorado de las Paphis» y como alguien «tan feo que es mejor que no enseñe mi foto». Su página de Internet está plagada de historias sobre «las espléndidas y/o maravillosas Paphiopedilums expuestas en la Última Exposición de Orquídeas de JAPÓN», así como de fotografías de su invernadero y de su familia. Entre ellas hay una de su hija Paphiopedilum. Al pie de la foto de la sonriente jovencita Paphiopedilum Tanaka puede leerse «primer año en el instituto». Hablando de ella dice: «Está en una edad muy difícil, pero he puesto su nombre a casi todos los clones especiales de mis Paphis. Al primero lo llamé "Maki" y a los siguientes, "Maki Soñadora", "La Felicidad de Maki", etc.» Sobre Kayoto, su mujer, el doctor Tanaka dice «su edad es un secreto. Le preocupa tener esa curva de la felicidad, típica de cierta edad, como la que tengo yo. Nunca se queja de mi dedicación a las orquídeas, a mis Paphiopedilums, y me deja hacer lo que quiero ... Antes de tener una hija, ponía el nombre de mi mujer a todos los clones especiales de mis Paphis, pero desde que fui padre, me he olvidado totalmente de su nombre.»

Durante la época que pasé con Laroche, oí innumerables historias sobre la intensa devoción que despiertan las orquídeas. Oí hablar de un coleccionista que tenía dos invernaderos en la azotea de su casa de Manhattan donde guardaba tres mil orquídeas muy especiales. Los invernaderos tenían ventilación automática, calefacción, un sistema para la formación de nubes artificiales, otro para la creación de brisa y, al igual que otros muchos coleccionistas, él y su mujer se tomaban las vacaciones por separado para que siempre hubiera alguien en casa para cuidarlas. También oí hablar de Michihiro Fukashima, el

fundador de las Japan Airlines, a quien el mundo de los negocios le parecía tan despiadado que se retiró siendo aún joven, puso todas las acciones a nombre de su mujer, cortó todos los vínculos con su familia y se trasladó a vivir a Malasia con sus dos mil orquídeas. Había estado casado dos veces y en una ocasión le dijo a un periodista que creía que «había hecho muy desgraciadas a sus mujeres a causa de su obsesión por las orquídeas». Charles Darrow, el inventor del juego del Monopoly, se jubiló a la edad de cuarenta y seis años gracias al dinero que había ganado con ese juego, y se dedicó por completo a coleccionar y cultivar orquídeas silvestres. Un joven coleccionista chino llamado Hsu She-hua se definía hace poco como un fanático y decía que, aunque había tenido que soportar cuatro juicios por posesión de orquídeas silvestres, valía la pena.

El coleccionismo puede ser como una enfermedad amorosa. Si se coleccionan seres vivos, se persigue algo que nunca será perfecto, pues aunque se logre encontrar y poseer esos seres vivos que uno desea, no hay garantía de que no mueran o cambien. Hace pocos años a un coleccionista de Palm Beach que tenía treinta mil orquídeas se le murieron todas. Echó la culpa al gas metano procedente de una planta de tratamiento de aguas residuales cercana. Demandó al condado y consiguió una indemnización, pero aun así, inició «una caí da en picado», según palabras de su familia. Primero le detuvieron por agredir a su padre, más tarde por disparar con una escopeta de calibre dieciséis a la casa de un vecino y, finalmente, por llevar escondidos un cuchillo, una pistola y una escopeta. «Todo se debe a la muerte de las orquídeas», declaró su hijo a los periodistas. «Ahí empezó todo.» La belleza puede ser dolorosamente tentadora, pero en el caso de las orquídeas no se trata simplemente de una cuestión de belleza. Muchas tienen una apariencia rara, extraña, y cuando no han dado flor, todas son feas. Son unos seres vivos complejos y antiguos que se han ido adaptando a diferentes tipos de medio ambiente. Han sobrevivido a los dinosaurios y es muy probable que sobrevivan al género humano. Pueden someterse a hibridaciones, mutaciones, cruces y clonaciones. Son a un mismo tiempo extravagantes y estructuralmente lógicas, fuertes y delicadas, una joya sobre un almiar. La complejidad botánica de las orquídeas y su mutabilidad las convierte en los seres vivos coleccionables quizá más atractivos y enloquecedores. Hay miles y miles de especies y cada día se descubren otras nuevas o se crean artificialmente en los laboratorios, pero también hay algunas que ya prácticamente no se pueden encontrar pues se dan en pequeñas cantidades y en lugares remotos. Así que resulta imposible evaluar el número de orquídeas existentes en el mundo, ya que está en constante cambio. El deseo que despiertan las orquídeas es un deseo que nunca

se verá satisfecho, que nunca podrá satisfacerse del todo. No cabe la menor duda de que un coleccionista que desease tener un ejemplar de todas las orquídeas existentes moriría sin haber logrado acercarse ni remotamente a su objetivo.

William Arnold, el gran buscador de orquídeas de la época victoriana, murió ahogado durante una expedición por el Orinoco. Schroeder, contemporáneo de Arnold, halló la muerte al despeñarse durante una expedición a Sierra Leona. Y Falkenberg también perdió la vida en una expedición por Panamá. David Bowman murió de disentería en Bogotá. Klabock fue asesinado en México. Brown, en Madagascar. Endres murió de un disparo en Río Hacha. Gustave Wallis murió de unas fiebres en Ecuador. A Digans le dispararon los indígenas brasileños. Osmers desapareció sin dejar rastro en Asia. El lingüista y coleccionista Augustus Margary sobrevivió a las infecciones de muelas, al reumatismo, a la pleuresía y a la disentería sufridos mientras navegaba por el Yang-tzê en solitario, pero encontró la muerte cuando ya había completado su misión y había pasado Bhamo (Birmania). Coleccionar orquídeas es una ocupación mortal, lo cual siempre ha formado parte de su atractivo. Laroche amaba las orquídeas, pero llegué al convencimiento de que amaba la dificultad de obtenerlas casi tanto como a las propias flores. Cuanto peor lo pasaba en el pantano, más entusiasmado estaba con las plantas que había logrado conseguir.

Ese perverso placer por el sufrimiento que sentía Laroche es característico de los buscadores de orquídeas. Un artículo publicado en 1906 en una revista decía: «La mayor parte del encanto relacionado con el culto a las orquídeas se halla en ir a buscarlas al lugar en el que crecen, que bien puede tratarse de un pantano en el que se contraen todo tipo de fiebres o bien puede tratarse de un país lleno de indígenas hostiles dispuestos a matar y, muy probablemente, a comerse al intrépido aventurero.» En 1901 ocho buscadores de orquídeas organizaron una expedición a Filipinas. En el espacio de un mes a uno de ellos se lo comió un tigre; otro, empapado de aceite, se quemó vivo; cinco desaparecieron y sólo uno logró sobrevivir y salió de la selva llevando consigo cuarenta y siete mil ejemplares de Phalaenopsis. Un joven al que en 1889 el coleccionista inglés Sir Trevor Lawrence encargó que buscara Cattleyas, caminó entre el fango de la selva durante catorce días y después ya no se supo más de él. Docenas de exploradores fueron aniquilados por la fiebre, los accidentes y la malaria o murieron asesinados. Otros se convirtieron en trofeos de cazadores de cabezas o en presas de horribles criaturas como las lagartijas amarillas voladoras, las serpientes de cascabel, los jaguares, las garrapatas y la marabunta de hormigas mordedoras. Algunos fueron asesinados por otros buscadores. Todos ellos viajaban

mentalizados de que tendrían que hacer frente a la violencia. Albert Millican, que participó en una expedición al norte de los Andes en 1891, escribió en su diario que lo más importante que llevaba consigo eran los cuchillos, machetes, revólveres, dagas, rifles, pistolas y el tabaco para un año. Ser buscador de orquídeas siempre ha sido sinónimo de ir a lugares horribles en busca de cosas hermosas. Cuando la búsqueda de orquídeas estaba en su apogeo, entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, los lugares horribles eran realmente horribles. Cualquier hombre que se presentase como buscador había de ser duro y listo y tenía que estar dispuesto a morir lejos de casa.

Algunos coleccionistas de la época victoriana fueron en persona a los trópicos, aunque la mayoría se quedaba en casa y pagaba a buscadores profesionales para que fueran a buscar plantas por todo el mundo. Por tanto, tener orquídeas tropicales significaba que se era lo suficientemente rico como para contratar a un hombre que estuviera dispuesto a arriesgar su vida para cumplir con la tarea. Tan pronto como unos ingleses se interesaron por las orquídeas silvestres, aparecieron otros ingleses que organizaron negocios relacionados con ellas. Esos comerciantes dependían absolutamente de los buscadores. En aquella época ningún inglés era suficientemente experto para cultivarlas, así que los buscadores constituían la única forma de conseguir ejemplares para los viveros y, por supuesto, de obtener nuevas especies. Los grandes viveros empleaban equipos completos de buscadores. Por ejemplo, en 1894 el gran cultivador de orquídeas Frederick Sander, dueño de sesenta viveros en su finca de St. Albans, tenía veintitrés empleados buscando plantas para él por todo el mundo: un hombre en México, dos en Brasil, dos en Colombia, dos en Perú, uno en Ma dagascar, uno en Nueva Guinea, tres en la India y uno en Singapur. Uno de los mejores buscadores que trabajaba para Sanders era Benedict Roezl, un checo de ruda apariencia. Roezl se había cortado accidentalmente la mano izquierda en La Habana durante la demostración de cómo funcionaba una máquina que había inventado para extraer la fibra del cáñamo; el garfio de hierro que llevaba en lugar de la mano incrementaba su siniestra apariencia. Roezl peinó toda América del Sur y descubrió ochocientas especies de orquídeas nuevas durante su viaje. En el punto culminante de la fiebre victoriana por las orquídeas había montones de buscadores que cruzaban el mundo de punta a punta para proveer a diversos cultivadores. Entre los pasajeros de un barco que se dirigía a los Andes en 1863 se contaban John Weir, de la Real Sociedad de Horticultores; John Blunt, que trabajaba para John Lowe, el rival número uno de Frederick Sander; y un hombre llamado Schlim, que trabajaba para

Jean-Jules Linden, un distinguido caballero belga propietario de varios viveros. Estos tres personajes se dirigían exactamente al mismo lugar de los Andes y buscaban exactamente la misma planta, la Odontoglossum peruana, y todos ellos habían prometido a su patrón que serían el primero en proporcionársela. El ancho mundo estaba plagado de buscadores de orquídeas. Cuando los caminos de hombres que trabajaban para patrones rivales se cruzaban, a veces llegaban casi a matarse. William Arnold, el buscador que acabaría ahogándose en el Orinoco, era un joven alemán que solía trabajar para Frederick Sander. Era un hombre provocador e irritable, que alcanzó cierta celebridad por ser un maniático de las armas, con las que siempre viajaba. Parece ser que hasta llegó a alardear delante de otros buscadores de que había rechazado un trabajo porque un patrón le había ofrecido un montón de dinero pero las armas que le daba eran de segunda mano. En una ocasión Sander envió a Arnold a Brasil en busca de Cattleyas. Durante la travesía de ida se enfrentó con otro buscador que también viajaba a Brasil a buscar Cattleyas para John Lowe, el rival de Sander. Ambos iban armados hasta los dientes y eran muy agresivos. Después de muchas fanfarronadas, amenazas y despliegues de armas casi acaban batiéndose en duelo. Nada más llegar a Brasil, Arnold escribió a Sander contándole el incidente. Según Arthur Swinson, biógrafo de Sander, éste le respondió: «Esta noticia me emociona muchísimo y me produce un gran placer porque me encantan esas peleas.» Le ordenó a Arnold que dejara inmediatamente de buscar orquídeas y se dedicara a seguir al empleado de Lowe para ver qué plantas recogía y que se quedara con aquellas que se le pasaran por alto. También le recomendó que orinara sobre las plantas de su competidor cuando ya estuvieran preparadas para embarcar, ya que la orina haría que las plantas germinaran antes de tiempo y se murieran durante la travesía de regreso.

Los buscadores trabajaban en solitario y, evidentemente, eran muy poco dados a confraternizar. Nunca viajaban con otros buscadores, pero a veces llevaban consigo grandes equipos humanos. El séquito de Joseph Hooker estaba compuesto por sesenta hombres, entre los que se contaban un ayuda de cámara, porteadores, recolectores de semillas, cocineros, trepadores a los árboles, un taxidermista y un especialista en secado de plantas. Pero, sin duda, se sentían muy solos. Cuando Augustus Margary añoraba su hogar salía fuera de la tienda y cantaba «Polly Wolly Doodle» y «My Darling Clementine». Sin embargo, si se topaba con otro buscador en medio de la selva, jamás se hablaban más de lo imprescindible y, por supuesto, jamás mencionaban nada sobre sus orquídeas o, si lo hacían, daban informaciones falsas y hablaban de colinas imaginarias, alfombradas

de flores, e incluso, a veces, elaboraban mapas ficticios con hábitats inexistentes de plantas para encaminar a sus rivales hacia direcciones equivocadas. Eran orgullosos, ambiciosos o las dos cosas al mismo tiempo. La mayoría cogía todas las especies que encontraba. El buscador checo Roezl le envió a Sander en una ocasión un cargamento desde América del Sur que pesaba ocho toneladas. Como los buscadores no podían soportar la idea de que otros encontraran alguna planta que a ellos se les hubiera pasado por alto, peinaban una zona y luego le prendían fuego. Incluso los buscadores que trabajaban para el mismo patrón tenían una competencia brutal entre sí. Era una competencia tan horrorosa que hasta llegaban a olvidarse de las orquídeas. Cada vez que los buscadores de Sanders se encontraban, dejaban de preocuparse de las plantas y se pasaban días y hasta semanas persiguiéndose por la selva sin razón aparente.

Los buscadores tenían que viajar a lugares lejanos y peligrosos, pero eso no los disuadía. Se dice que a Benedict Roezl le robaron en diecisiete ocasiones durante sus viajes. El buscador inglés Joseph Hooker se pasó dos años caminando por el Himalaya sin otra protección que sus gafas y una chaqueta de caza de cuadros escoceses. No iba provisto de equipo de montaña, sólo llevaba unos calcetines de lana y una visera hecha con un trozo de velo que la mujer de un amigo le había regalado. Pero, durante sus escaladas, a Hooker no le faltaban galletitas, ni té, ni un buen brandy. Llevaba también un escritorio portátil de roble macizo y baúles forrados de metal. Su libro de cabecera era el El viaje del Beagle de Darwin, que guardaba bajo su almohada. Rara vez dormía de un tirón porque los yaks que utilizaba como animales de carga no dormían apenas y eran tan curiosos que metían la cabeza en la tienda y le resoplaban encima hasta que le despertaban. En los siete meses que pasó en Assam padeció lluvias torrenciales, sin embargo perseveró y al final de su odisea había logrado reunir miles de especies nuevas y había llegado a mayor altura que ningún otro europeo anterior a él en la escalada del Kanchenjunga, la tercera montaña más alta del mundo. En 1865, tras haber dado fin a esa aventura, fue nombrado director del Real Jardín Botánico de Kew.

Los comerciantes de plantas no dudaban jamás en enviar a buscadores a cualquier lugar por muy peligroso que fuese. Probablemente sí que les importaba perder a un hombre en algún percance, pero no tanto como perder la oportunidad de conseguir alguna planta. Carl Roebelin fue otro gran buscador victoriano. Era alemán, de gran fortaleza psíquica y muy valiente. Contratado por Sander, viajó a una pequeña isla de Filipinas donde, nada más llegar, le sorprendió un terremoto que puso toda la isla patas arriba y casi

pierde la vida. En cuanto estuvo a salvo envió un telegrama a Sander comunicándole que regresaba a Inglaterra ya que la isla había quedado totalmente devastada. Pero al final del telegrama decía que, antes de que la isla quedase arrasada, había visto unas lilas sorprendentes que olían a canela. Si realmente quería volver a casa, aquello era justo lo que no tenía que haber dicho. Sander le respondió a vuelta de correo exigiéndole que volviese a la isla y consiguiese aquellas lilas o que, si no, se buscase otro patrón que le pagara el billete de regreso. Al principio Roebelin se negó y las amenazas de Sander fueron cada vez más enérgicas. Al final Roebelin se dio por vencido. La planta que logró sacar de entre los escombros era una especie nueva a la que más tarde se dio el nombre de Vanda sanderiana. Se exhibió en el Real Jardín Botánico de Kew y, cuando floreció, fue un espectáculo tal que atrajo a miles de personas. Muchas de las Vandas que hoy en día se comercializan descienden directamente de las plantas salvadas por Roebelin.

El mejor buscador contratado por Sander fue otro alemán llamado William Micholitz. Era infatigable, muy astuto y su rendimiento era excepcional. Gran parte de la fama de Sander como comerciante de plantas se debe a los descubrimientos realizados por Micholitz. Aun así, Sander nunca demostró sentir gran aprecio por él. En una ocasión en que Micholitz volvía a Inglaterra desde Ecuador, el barco en el que viajaba se incendió. Las orquídeas que había reunido para Sander se quemaron y Micholitz estuvo a punto de morir. Envió a Sander un telegrama que decía: «¡Barco incendiado! ¿Qué hago?» Sander le respondió: «¡Vuelve a Ecuador!» Micholitz replicó: «Demasiado tarde. Estación de lluvias.» Y Sander repitió: «VUELVE A ECUADOR.» En 1899 Micholitz desapareció durante siete meses, cosa que aparentemente más que preocupar a Sander, le contrarió. En una carta que escribió a un amigo se quejaba diciendo: «Puede que a Micholitz se lo hayan comido, no sabemos nada de él.» Pero a Micholitz no se lo habían comido y, finalmente, reapareció. Sander le dio la bienvenida y, a continuación, le ordenó que saliera inmediatamente hacia Colombia a buscar unas plantas a pesar de que ese país estaba en plena revolución. En otra ocasión le envió a las islas Tanimbar, unos pequeños pedazos de tierra al suroeste de Nueva Guinea. Unos meses después Sander escribió a Micholitz preguntándole qué orquídeas había encontrado en las Tanimbar. Éste le respondió explicándole que había localizado algunas y que había conseguido que algunos nativos le ayudasen a recogerlas, pero que se había topado con ciertos inconvenientes: «Ha habido una gran batalla entre ellos. Al anochecer la gente regresó con sus muertos y sus heridos. Tres habían sido decapitados por el enemigo y a uno le habían cortado las manos, los

pies y el pene, que colgaba, junto con una de las manos, sobre el portón de entrada al poblado. Después de la batalla la gente no ha querido seguir recolectando plantas.»

Sander y Micholitz formaban una pareja patética pero les unía una pasión común. Para ellos todo era menos importante y menos interesante que las orquídeas, muerte y guerra incluidas. Cuando la Primera Guerra Mundial estaba a punto de estallar, Micholitz escribió a Sander diciéndole que estaba preocupado por la inminencia del conflicto, pero sólo por una razón que, sin duda, Sander comprendía muy bien: «Supongo que si esto llega a transformarse en una guerra mundial, habrá muy poca demanda de orquídeas.» Pocos años después Sander se encontraba en su lecho de muerte. Justo antes de caer en el coma final, envió una nota al director de unos jardines de Frankfurt en la que se despedía con unas palabras que hubiesen sido del agrado de Micholitz: «Esta enfermedad acabará con mi vida. Dígame, ¿cómo están las plantas que le envié? ¿Siguen vivas?»

Algunos buscadores viajaban durante tanto tiempo que acababan por acostumbrarse a la selva y se sentían extraños en su propio país. Carl Roebelin mantuvo romances con las nativas, conocía muchos de los idiomas de los países que exploraba y tras unos años se quedó a vivir en Birmania con una birmana y enviaba a Inglaterra por barco las plantas que conseguía. Charles Waterton, autor de un libro titulado Viajes por América del Sur, dijo que durante aquellos recorridos le había cogido «una aversión insuperable a Picadilly» y se quedó a vivir para siempre con los indios del Orinoco. No existen datos sobre qué pensaban las gentes de lugares como Tanimbar, Assam y Belice acerca de los buscadores europeos que llegaban como caídos del cielo y se hacían con todas las flores locales. Solían trabajar para ellos sirviéndoles de guías. Decir que la mayor parte de los buscadores les respetaba por algo más que no fuese su habilidad para encontrar flores sería mentir. Joseph Hooker, por ejemplo, despreciaba a los indígenas. De los bothias decía que eran «muy raros e insolentes»; de los lepchas, que eran «unos verdaderos cobardes», y de los khasi, que eran unos compañeros «malhumorados e intratables». Por lo general, la fiebre de las orquídeas prevalecía sobre la decencia. Se trataba de la misma arrogancia y el mismo sentido de superioridad de los colonizadores europeos, aunque en menores proporciones. A finales de la década de 1880 un inglés descubrió en un cementerio de Nueva Guinea una variedad de orquídeas hasta entonces desconocida. Sin preocuparse de obtener el permiso legal necesario, removió las tumbas y se llevó las flores. Aunque luego, como desagravio y para convencerles de que le ayudaran a llevar las plantas hasta el puerto, se le ocurrió regalarles

unas cuentas de cristal a aquellas personas cuyos parientes había desenterrado. Después de que el cargamento procedente de las tumbas llegase a Londres se vendió en una casa de subastas de lujo por una suma de dinero sin precedentes. Otro buscador encontró en Nueva Guinea algunas orquídeas magníficas que crecían entre restos humanos. Recogió las plantas y las envió a Inglaterra pegadas aún a costillas y tibias. Ese mismo año la casa Protheroe's de Londres subastó una Dendrobium procedente de Birmania pegada a la calavera humana sobre la que se había encontrado.

En algunas ocasiones las especies de orquídeas descubiertas y llevadas a Europa no pudieron volver a hallarse en la selva. Se las conoce como orquídeas perdidas y lo único que querían tanto los amantes de esas flores como los comerciantes ambiciosos y los orgullosos buscadores era encontrar una. La Paphiopedilum fairrieanum era una de esas orquídeas perdidas. Se había descubierto en el norte de la India a principios del siglo XIX y después había desaparecido. Los buscadores recorrieron todos los rincones de la India y Birmania buscándola sin el menor éxito, pero sus patrones no se daban por vencidos y continuaban enviándoles allí. Los que trabajaban para Frederick Sander lograron en una ocasión encontrar algunas plantas que se parecían tantísimo a la Paphiopedilum que Sander creyó haber dado en el clavo. Envió las plantas a William Reinchenbach, decano de los botánicos, quien las examinó, las identificó como Cattleyas en vez de Paphiopedilum y escribió una nota desagradable y despectiva a Sander en la que le decía: «No me haga perder el tiempo con una estúpida Cattleya, ¡no vale la pena!» Cuarenta años más tarde, y por pura casualidad, un buscador volvería a encontrar una Paphiopedilum fairrieanum en el Himalaya. Hubo un tiempo en el que las Cattleya labiata vera eran muy comunes en los viveros europeos, pero fueron muriendo una a una misteriosamente hasta que no quedó más que una sola planta en toda Europa occidental. Ni los dueños de los viveros ni los patronos de los buscadores recordaban dónde se había encontrado la flor original. Y entonces el vivero en el que estaba la única especie superviviente se quemó y, con él, la Cattleya labiata vera cultivada en Europa. Durante setenta años los buscadores se esforzaron por encontrar otra sin éxito alguno y, al fin, abandonaron la búsqueda. Una noche, siete décadas después del incendio del último ejemplar, un diplomático británico divisó a una dama en una cena en París que llevaba una orquídea prendida en el vestido que le recordó a la Cattleya labiata vera. Se enteró de que aquella flor procedía de Brasil, confirmó que era la tan llorada Cattleya y pronto los buscadores pudieron reabastecer los viveros europeos. Sin embargo, la mayor parte de las demás orquídeas

perdidas no volvieron a verse nunca más.

Hacia mediados del siglo XIX los botines que obtenían los buscadores de orquídeas fueron incrementándose, en parte por su voracidad y su falta de visión y en parte también porque las condiciones de los traslados en barco eran tan malas que la mayoría de las plantas llegaban muertas, de modo que se necesitaba reunir una cantidad enorme para lograr que, al final del viaje, algunas llegaran vivas a Londres. El dueño de un vivero decía en una carta que envió en 1819 a la Real Sociedad de Horticultura que sólo unas pocas de los miles de plantas que le habían enviado habían sobrevivido a la travesía. En 1827 un cirujano de Whitechapel llamado Nathaniel Bagshaw Ward colocó una oruga en un frasco de vidrio para que se convirtiera en crisálida, pero se olvidó de ella. Es probable que en el fondo del frasco hubiese algo de tierra, porque meses después, cuando Ward volvió a acordarse de la oruga, se dio cuenta de que en el frasco había unos brotes de hierba y un helecho diminuto. Llegó a la conclusión de que las plantas podrían florecer si se las mantenía en un contenedor de vidrio sellado con algo de humedad y protegidas del aire contaminado de Londres y que, de esa manera, cualquiera podría llegar a cultivar plantas exóticas incluso en viviendas oscuras. Tomó entonces un frasco más grande y metió dentro más plantas. Con el tiempo aquello se convirtió en un jardín en miniatura tan extraordinario que los diseñadores de jardines y los horticultores iban a admirarlo a su casa. La noticia de la selva artificial del doctor Ward corrió como la pólvora y pronto las «cajas wardianas» llenas de helechos se convirtieron en elemento característico de los salones victorianos. El propio Ward creó la más elaborada de todas ellas, que contenía un estanque con peces, un jardín de helechos, un camaleón y un sapo de Jersey.

El doctor Ward pensó que sus frascos de cristal podrían acabar con los problemas típicos del transporte de plantas y en 1834 construyó un prototipo, lleno de helechos ingleses, y lo envió a Nueva Gales del Sur en un barco que tardaba seis meses en cubrir la travesía. Los helechos aguantaron magníficamente. Entonces organizó otro envío de retoños de helechos australianos a Inglaterra en una caja sellada que también sobrevivieron. Publicó un artículo en una revista en 1839 en el que describía las cajas denominadas con su nombre. En 1842 lo amplió hasta darle la forma de un libro que tituló Sobre el cultivo de plantas en cajas de cristal cerradas. Los jardineros europeos adoptaron inmediatamente el sistema de cajas wardianas. Entonces, en vez de sobrevivir una de cada mil plantas en una travesía, llegaban vivas unas novecientas. Las cajas wardianas hicieron posible el nacimiento de una nueva economía relacionada con el mundo de la botánica. Las

plantas muy rentables como los arbolillos del té, el tabaco, el alcornoque y los arbustos del café pudieron empezar a trasladarse desde los continentes de los que eran originarios a otros continentes o de una región a otra dentro del mismo país. Las fronteras naturales desaparecieron y el mundo quedó reducido al tamaño de un frasco de vidrio para orugas. Dentro de una caja wardiana Joseph Paxton logró enviar una Amherstia nobilis desde la India hasta Chatsworth Hall y Joseph Hooker logró enviar un cargamento de árboles argentinos de considerable tamaño desde Tierra del Fuego a los Reales Jardines Botánicos de Kew.

Pero, a pesar de que las cajas wardianas mejoraron el transporte, el saqueo de plantas y los botines desmesurados continuaron, así que las revistas de jardinería inglesas empezaron a publicar artículos advirtiendo sobre los peligros que entrañaba desvalijar la selva. Algunos de los lugares más concurridos ya estaban tan desprovistos de flores que para encontrar alguna orquídea o dar con nuevas especies los buscadores se veían obligados a viajar a selvas cada vez más remotas en Surabaya, las colinas Naga, la zona del río Irrawaddy, Yap y Fakfak. Peinaron las Indias orientales isla a isla. Un botánico malayo escribió un artículo en un periódico denunciando que ya casi no quedaban orquídeas en su país. En 1878 un botánico suizo escribió: «No satisfechos con llevarse trescientos o quinientos especímenes de orquídeas maravillosas, [los coleccionistas] arrasan todo el país y no dejan nada en muchos kilómetros a la redonda… Estos coleccionistas modernos no perdonan nada. A esto ya no se le puede llamar coleccionismo, se trata más bien de un saqueo gratuito.» Un coleccionista que regresó de Colombia dijo que los lugares en los que antes florecía la Miltonia se encontraban «tan devastados como después de un incendio». Incluso los rincones más inaccesibles se hallaban plagados de buscadores de orquídeas. Joseph Hooker escaló las montañas Khasia en Assam y se encontró con que allí había una muchedumbre de gente. En una carta a su padre decía: «Con los buscadores de Jenkins y Simon aquí, más los veinte o treinta de Falconer, los de Lobb, mis amigos Raban y Cave y los amigos de Ingli, los caminos se están quedando pelados como las selvas de Penang y el aspecto que ofrecen a lo largo de kilómetros y kilómetros es desolador, como si un vendaval hubiera sembrado el camino con ramas y orquídeas podridas. El otro día los hombres de Falconer embarcaron mil canastas.» Los primeros envíos por barco desde los trópicos a Inglaterra consistían en unas cincuenta plantas. El vidrio era tan caro que la mayoría de los invernaderos no eran muy grandes. Para un invernadero de pequeño tamaño cincuenta plantas ya eran algo. Pero en 1845 Gran Bretaña suprimió los impuestos sobre el

vidrio, inaugurando así la era de los invernaderos de gran tamaño, como el Palm House de Kew Gardens, con sus trece mil metros cuadrados de paneles de vidrio verde pálido. Los coleccionistas y los dueños de los viveros cada vez querían mayores cantidades de todo. En 1869 se inauguró el Canal de Suez, lo cual hizo que los viajes a África, Madagascar y Asia fuesen más cortos y seguros. Las condiciones de trabajo de los buscadores mejoraron y hacia 1870 los cargamentos ya contenían miles, e incluso decenas de miles, de flores. Durante una expedición para buscar Odontoglossums en Colombia se talaron cuatro mil árboles y se arrancaron unas diez mil orquídeas. Pero incluso esa cifra fue pronto superada. El 4 de mayo de 1878 William Bull, un cultivador inglés, anunció que estaba a punto de recibir un cargamento sin precedentes de dos millones de plantas.

Casi nada se sabe sobre las vidas de los buscadores excepto para quién trabajaban, las especies que descubrieron y cómo hallaron la muerte si es que fue durante su trabajo. Un buscador escribió una vez a su patrón que, a pesar de todos sus descubrimientos, esperaba morir como un ser anónimo «salvo en lo referente a la dudosa inmortalidad de figurar en un catálogo de semillas». La mayoría de los buscadores eran alemanes, holandeses o ingleses. Solían ser jóvenes y muy pocos tenían familia. Ningún diario de la época dice exactamente dónde crecieron, por qué se dedicaron a esa profesión ni qué tipo de estudios tenían, si es que los tenían. No hay ninguna mención que refleje cómo se orientaban en sus viajes, en una época en que hacerlo no era nada fácil, ni cómo aprendieron a identificar plantas prácticamente desconocidas. Parece obvio que tenían espíritu aventurero y unas condiciones físicas excepcionales. También parece que tenían un buen sentido de la orientación, dominaban algunos idiomas extranjeros y soportaban bien la soledad. Lo que es seguro es que se trataba de hombres que eligieron vivir una vida carente de las comodidades habituales. Puede que no tuvieran siquiera un hogar y hasta es muy posible que contaran con poco dinero. Tal vez huyesen de los convencionalismos de la clase media. Elegían a cambio una vida que les llevaba a los confines del mundo, donde veían cosas que quizá ningún otro ser humano llegase a ver, cosas que a ellos les parecían más misteriosas, diferentes y bellas de lo que uno podría imaginar. Los grandes viajeros del siglo XVIII habían perseguido las maravillas del mundo civilizado, aquellos logros humanos que habían sometido a la naturaleza. Pero en el siglo XIX la curiosidad había cambiado. Puede que fuera el momento en que se inició el cinismo. La revolución industrial estaba poniendo en evidencia que no todos los avances humanos eran perfectos e incluso que muchos de ellos eran horribles. En una ocasión, Alfred Wallace, compañero de Darwin, denunció que

la clase obrera inglesa vivía en una miseria desconocida entre los hombres «primitivos» que él había estudiado en el Amazonas. Por contraste, la naturaleza resultaba algo puro y cautivador. Los grandes viajeros dieron la espalda a la civilización y se fueron a explorar el mundo salvaje. La fascinación ante lo que podían crear los seres humanos dio paso a la cuestión de cómo había sido creado el propio ser humano y qué era lo que distinguía a la humanidad del resto de los seres del mundo natural.

Las islas británicas tenían un número limitado de especies originarias de plantas y animales, mientras que los lugares que exploraban los buscadores británicos poseían una inimaginable profusión de seres. Los victorianos eran infatigables denominadores y clasificadores y se dedicaron a establecer categorías para la diversidad de seres vivos que iban encontrando en otros continentes. Esa empresa tuvo su origen en el intento de localizar, identificar y clasificar las orquídeas, que constituyen la familia más numerosa dentro del mundo de las plantas. Como el mundo moderno se había tornado caótico y salvaje, los victorianos volvieron la mirada al universo buscando un orden, una estructura que sirviera para organizar el conocimiento que tenían sobre los seres vivos y, tal vez al mismo tiempo, para encontrarle sentido a la existencia.

Los buscadores de orquídeas tuvieron unas vidas de trascendental importancia, aunque, en última instancia, fueran seres anónimos. Descubrieron cientos de especies de plantas pero a pesar de ello nadie los recuerda. Fueron los primeros en recorrer muchas partes del mundo pero ninguna de ellas lleva su nombre ni tiene una placa en la que se conmemore su llegada. Hoy nadie recuerda que viajaron a través de esos lugares mucho antes que los exploradores enviados por los reyes, a quienes se les atribuyeron los descubrimientos. Lo que ellos trajeron de las selvas más intrincadas no fueron sólo cosas asombrosas y magníficas sino también cosas esenciales para el avance de la ciencia. Vieron más mundo que la mayoría de los hombres de su tiempo, pero el mundo los ha olvidado. Yo pensaba que John Laroche era irascible, independiente y lo suficientemente emprendedor como para haber sido un perfecto buscador victoriano, pero creo que le habría fastidiado muchísimo que nadie recordase su nombre.

La primera orquídea tropical que floreció en Inglaterra no había sido recogida por un buscador profesional. Se trataba de una Bletia verecunda que un comerciante de tejidos cuáquero, llamado Peter Collinson, había encontrado en las Bahamas en 1731, cien años antes de que se desatara la fiebre de las orquídeas. Cuando Collinson regresó

a Inglaterra regaló la Bletia a un amigo que se llamaba Sir Charles Wager, quien la colocó en su jardín y la cubrió con mantillo y corteza para protegerla en invierno. La planta tenía un aire enclenque y seco, pero al verano siguiente dio una preciosa flor. Durante las siguientes décadas fueron llegando a Inglaterra más orquídeas traídas como recuerdo por los administradores de las colonias y por los misioneros que regresaban a su tierra. El capitán del Bounty, buque de la Armada Real, volvió con algunos ejemplares de sus expediciones a Jamaica. La Cattleya labiata llegó a Inglaterra en 1818, cuando el horticultor William Cattley encontró y cultivó unas plantas de aspecto extraño que se habían utilizado para sujetar un cargamento de líquenes y musgo. En China las orquídeas habían constituido un pasatiempo propio de las clases aristocráticas durante unos tres mil años. Chinos son también los dos primeros libros sobre las orquídeas que se conocen: uno es de 1228, año en que Chao Shih-ken escribió su Guía de las orquídeas para los Kuei y los Chang-chou, y el otro es de 1247, cuando Wang Kuei-hsueh escribió la Guía de las orquídeas de Wang. Durante la dinastía Ming las orquídeas se utilizaban para tratar enfermedades venéreas, diarreas, forúnculos, neuralgias y para curar a los elefantes. Desde hacía mucho tiempo los antillanos comían algunas de estas especies para combatir las intoxicaciones por ptomaína, procedente del pescado en mal estado, y también utilizaban los pseudobulbos como pipas. Los naturales de Malasia utilizaban las Dendrobiums para curar las erupciones cutáneas, la hidropesía y los dolores de cabeza. Los zulúes las utilizaban como vomitivo. Los nativos de Swagi prescribían el uso de orquídeas para ciertas enfermedades infantiles. En América del Sur la Cyrtopodium, comúnmente conocida como orquídea puro, se utilizaba como pegamento para zapatos y lubricante para las cuerdas de los violines. Sin embargo, en los primeros años del siglo XIX, en Inglaterra las orquídeas constituyeron una absoluta novedad. Cuando aparecieron las primeras, se las consideró algo más que meras curiosidades. En 1813 Kew sólo tenía en su colección cuarenta y seis ejemplares de orquídeas.

El cambio se produjo cuando en 1833 William Spencer Cavendish vio una Oncidium en una pequeña exposición en Londres y decidió comenzar una colección. Cavendish era el sexto duque de Devonshire. Era sordo y padecía una depresión crónica. Se supone que era bastardo pues su padre había tenido relaciones con su mujer y con la mejor amiga de ésta, dejando embarazadas a ambas. De todos modos heredó el título de la familia. Vivió siempre solo y se le conoció como el Duque Solterón. Fue un coleccionista apasionado y exigente. Reunió una importante biblioteca y poseía los primeros cuatro infolios de

Shakespeare y treinta y nueve ediciones en cuarto del mismo autor. Le encantaban las plantas y en 1820 le nombraron presidente de la Real Sociedad de Horticultura. Su jardinero era hijo de un granjero llamado Joseph Paxton y fue nombrado jefe de jardinería de Chatsworth, propiedad del duque, cuando sólo contaba treinta y tres años. Paxton era una especie de genio a la hora de hacer que las cosas funcionaran. Poco después de que Cavendish lo contratara, construyó una veintena de invernaderos en Chatsworth, entre los que había uno, llamado la Gran Estufa, que era el mayor invernadero del mundo. Medía cien metros de largo y más de treinta de ancho. Se calentaba por medio de una red de tuberías de más de once mil metros. En su tiempo libre Paxton inventó un artilugio de malla al que llamó miriñaque de fresa, pues era una especie de falda para evitar que las babosas trepasen a las plantas. En su honor se le dio su nombre a una clase de fresas muy populares que se siguieron cultivando hasta bien entrada la década de 1950. A una variedad de plátano enano la bautizó con el nombre de Musa cavendishii, y fue una variedad que alcanzó tal éxito que Paxton recibió una medalla de la Real Sociedad de Horticultura. Parece que la idea de criar un plátano enano se le ocurrió después de haberse fijado en que una de las salas de Chatsworth estaba empapelada con un papel chino con un dibujo en el que había unos plátanos diminutos. Todos los plátanos británicos de hoy en día descienden de los de Joseph Paxton.

Recibió el título de caballero tras obtener un enorme éxito con un nenúfar gigante descubierto en 1837 en la Guayana Británica. Se creía que era la planta con flor más grande del mundo. Un botánico victoriano lo describió como «una maravilla vegetal». Después de su descubrimiento todos los horticultores ingleses se pusieron a competir para ver quién conseguía cultivar el primer Victoria amazonica en suelo británico. Ganó Paxton. Su nenúfar flotaba en un estanque especial de Chatsworth. Tenía unas hojas de dos metros de diámetro, una flor mayor que una calabaza y un olor parecido al de la piña. El florecimiento de la planta fue un hecho tan memorable que la reina Victoria y el príncipe Alberto fueron a Chatsworth a contemplarla. En una ocasión, para divertirse, Paxton y el Duque Solterón disfrazaron de hada a Annie, la hijita de Paxton, que tenía siete años, la colocaron sobre una de las enormes hojas del nenúfar gigante que flotaba en el estanque y le hicieron una fotografía. La imagen de Annie Paxton sobre el nenúfar causó sensación. El escritor Douglas Jerrold publicó un poema que comenzaba diciendo: «Sobre una hoja extendida y con vestido de hada, / reflejándose en el agua, / extasiando corazones y miradas, / está Annie, la hija de Paxton.» Los nenúfares invadieron los empapelados de los salones, las porcelanas, las telas y los candelabros

y una niña sobre la hoja de un nenúfar se convirtió en un motivo fotográfico. Pero Paxton no se contentó solamente con haber logrado que la hoja sostuviera a su hijita. Se dio cuenta de que aquella hoja podía soportar el peso de cinco niños mayores o su equivalente de unos ciento cincuenta kilogramos de peso muerto. Tras haber estudiado concienzudamente la hoja descubrió que podía soportar todo aquel peso gracias a las nervaduras que formaban una especie de armazón voladizo. En 1850 diseñó un edificio de cristal espectacular, el Palacio de Cristal, destinado a la primera feria mundial, la Gran Exposición de las Obras de Industria de todas las Naciones. Para su Palacio de Cristal tomó como modelo la estructura de la hoja del nenúfar gigante. Era un salón para exposiciones que ocupaba una superficie de setenta mil metros cuadrados, con una estructura de vigas de hierro entrecruzadas que sostenía unos trescientos mil paneles de cristal. Nunca hasta entonces se había construido nada semejante. Era la culminación del uso del hierro en arquitectura con un propósito tanto estético como estructural. La gran bóveda de cristal era una maravilla de la ingeniería. Lo que se exhibía en su interior era impresionante: la enorme orquídea Grammatophyllum speciosum, que ostentaba el récord mundial con su peso de dos toneladas, el diamante Koh-i-noor dentro de una jaula de oro para pájaros, esculturas de desnudos, cerámicas exóticas, relojes, tejidos, muebles y una colección de ranas alemanas disecadas, que adoptaban posturas de seres humanos, que según se dice encantó a la reina Victoria. Algunos de los objetos que se exhibían eran de índole práctica –por ejemplo, Francis Parkes dio a conocer una horqueta de acero que había inventado y que permitía a los agricultores remover la tierra con mayor facilidad–, pero la mayoría fueron considerados por parte de los diseñadores de la época «la reunión de basura del peor gusto jamás vista». En cambio el Palacio de Cristal de Paxton fue alabado como el gran triunfo del diseño. Se convirtió en el modelo de los arquitectos e ingenieros victorianos y hay elementos de su estructura que todavía se siguen utilizando en los edificios contemporáneos. Sin el estudio del armazón voladizo de la hoja del nenúfar que llevó a cabo Paxton jamás se habría podido llegar a construir aquel palacio de hierro y cristal.

Una vez que el Duque Solterón quedó prendado de la Oncidium, decidió dedicarse a las orquídeas y pidió a Paxton que reuniera una colección para él. A lo largo de diez años Paxton reunió la mayor colección de toda Inglaterra. Encargó a un jardinero de su equipo que fuera a buscar orquídeas. En 1837 el joven envió desde Assam unas ochenta o noventa plantas que nunca se habían visto en Europa. La mayor parte eran orquídeas, pero también había entre ellas un género excepcional de árbol de la India, el Amherstia nobilis de Calcuta. La

pasión que aquel árbol provocó en el duque fue tal que Paxton le dijo a su mujer en una carta: «Y, después, vino la solemne presentación al duque de mi gran amor, el Amherstia. No te puedo dar todos los detalles de cómo fue esa importante presentación, baste decir que el duque ordenó que le llevaran el desayuno al Salón Pintado en el que se hallaba la planta y me pidió que me sentara y me explayara hablando de mi amor por aquella joya mientras él desayunaba a su lado.» Para el Amherstia, Paxton mandó construir un invernadero especial en el que creció pero nunca dio flores. A pesar de ello, la reina Victoria lo visitó en 1843. Debió de ser una de las noches más maravillosas del mundo. La Reina y el Príncipe recorrieron en su coche de caballos la Gran Estufa del Duque Solterón que Paxton había iluminado para la ocasión con doce mil luces.

La obsesión del Duque Solterón dio pie a que se extendiera la moda de las orquídeas entre la alta sociedad inglesa, moda que continuó durante varias décadas. Se consideraban símbolo de riqueza, refinamiento y sofisticación; significaban el dominio de zonas remotas e inexploradas. Su inapreciable valor las convertía en un bello objeto exclusivo de las clases altas. Cada día se descubrían tantas variedades nuevas que ningún coleccionista podía descansar tranquilo. Eran una preocupación continua. Implantada la moda, los precios que se pagaban por las plantas, las medidas que había que tomar para obtenerlas y la importancia que se les daba adquirieron visos de locura. Esa obsesión victoriana, ese «orquidelirium», era un deseo voraz. Su intensidad fue semejante a la manía por los tulipanes que nació en Holanda en la década de 1630 y que alcanzó su apogeo en 1637, cuando los derechos sobre un bulbo denominado Viceroy se subastaron por el precio de una granja y seis medidas de grano, cuatro bueyes, ocho puercos, doce ovejas, vino, cerveza y mil libras de queso. Los tulipanes más preciados eran los que tenían vetas brillantes y franjas de color, que por aquel entonces se consideraban símbolo de distinción y que hoy en día los botánicos han identificado como la manifestación de un virus devastador extendido por áfidos. El mercado holandés de los tulipanes creció hasta convertirse en algo más que un asunto de jardinería, se transformó en una burbuja especulativa de alta rentabilidad en el mercado de futuros que no tardó en estallar.

El inglés medio no podía permitirse coleccionar orquídeas ni tener un invernadero o un jardinero o un buscador profesional que se las proporcionase. Poseer orquídeas era privilegio de los ricos, pero el deseo de tenerlas no distingue clases, y el inglés medio también quería tener orquídeas. En 1851 un tal Benjamin Williams escribió una serie de artículos reivindicando la posesión de orquídeas para todo el

mundo. Se titulaba «Orquídeas para todos», y alcanzó tal popularidad que los artículos se recopilaron en un libro que hubo de reeditarse siete veces.

Al principio los ingleses eran unos nefastos cultivadores de orquídeas y acababan matando toda planta que caía en sus manos. El director del Real Jardín Botánico de Kew estaba tan exasperado que en 1850 declaró que Inglaterra era «la tumba de todas las orquídeas tropicales». Aunque en el cambio de siglo viveros como Black & Flory, Stuart Low & Co., Charlesworth & Co., McBean's y también Saner & Son eran mausoleos, eran mausoleos magníficos, cubiertos con paneles de vidrio soplado y surcados de parterres delimitados con hierro forjado. A finales del siglo XIX el conocimiento científico sobre las orquídeas había progresado lo suficiente como para que su cultivo tuviese mayor margen de seguridad y, por fin, los invernaderos ingleses empezaron a florecer. Se dejó de plantar entre maderas y hojas en proceso de putrefacción y se empezaron a utilizar medios más sanos. Joseph Paxton fue el responsable del avance probablemente más importante: los ingleses creían que las orquídeas tenían que desarrollarse en un entorno semejante al de la selva, así que mantenían los invernaderos, lo que ellos denominaban «estufas», con una temperatura y un vapor sofocantes. Pero en realidad las orquídeas prefieren la temperatura de los lugares elevados, como árboles y rocas. Hasta que Paxton llevó a cabo experimentos con viveros más frescos y secos, las orquídeas murieron en Inglaterra recocidas. En 1865 floreció la primera planta híbrida conseguida artificialmente. Era una planta obtenida por medio del cruce de especies diferentes. Aquella orquídea «mula» fue una especie de shock para el mundo de la botánica. Se dice que, después de verla, el cultivador John Lindley exclamó: «¡Dios mío! ¡Vas a volver locos a los botánicos!» Todos los cultivadores, botánicos, buscadores y coleccionistas eran hombres. Las mujeres victorianas tenían prohibido poseer orquídeas, pues se consideraba que la forma de la flor resultaba demasiado provocativa sexualmente para su recato y, además, los cuantiosos gastos, los peligros y la independencia necesaria para viajar a los trópicos estaban totalmente fuera del alcance de aquellas mujeres. Las inglesas y las orquídeas mantuvieron durante mucho tiempo una relación conflictiva. De hecho, en 1912, las sufragistas destruyeron la mayoría de las especies que había en el Jardín de Kew. Sin embargo, a la reina Victoria le apasionaban. Creó el cargo de Cultivador Real de Orquídeas y designó al célebre Frederik Sander para desempeñarlo. Durante la celebración de su cincuentenario, Sander le presentó un ramo de orquídeas de dos metros de alto y metro y medio de ancho y, en su honor, el coleccionista Loher llamó Dendrobium victoria-regina

a una especie recién descubierta. La afición de la reina Victoria por las orquídeas les otorgó un mayor glamour, tanto en Inglaterra como en el resto del mundo. En 1883 el vizconde Itsujin Fukuba mandó construir el primer invernadero de Asia. Se decía que era tan grande como una mansión y el vizconde lo llenó de orquídeas que los cultivadores británicos, y en especial Frederick Sander, le habían enviado a Japón. En 1891 los Romanov, que habían logrado reunir una inmensa colección gracias a Sander, le nombraron barón del Santo Imperio Ruso. Poco después, el propio Sander se concedió un título: empezó a referirse a sí mismo como el Rey de las Orquídeas.

En 1838 James Boott envió una orquídea tropical desde Londres a su hermano John Wright Boott, que vivía en Boston. A John le gustó tanto que le pidió a su hermano que le enviara más. Su hermano así lo hizo, y en pocos años Boott consiguió reunir una notable colección de orquídeas en su casa de Boston. Al morir legó su colección a John Amory Lowell, de Roxbury (Massachusetts), quien la acrecentó y en 1853 se la vendió al arrendatario que tenía en su casa de campo. Éste dejó que la mayor parte muriera. De las que sobrevivieron, unas cuantas fueron a parar a la señorita Pratt de Watertown y otras a un señor de Boston llamado Edward Rand, quien volvió a acrecentarla, cultivó una Cattleya de la que se dice que alcanzó el tamaño de un la vabo y en 1865 vendió sus fincas y donó la colección a la Universidad de Harvard. Así fue como llegaron las orquídeas tropicales a los Estados Unidos. De buenas a primeras los nor teamericanos se convirtieron en unos admiradores tan fervientes como los europeos y pronto rivalizaron con los coleccionistas ingleses. Cornelius Van Voorst, de Jersey City (Nueva Jersey), había comprado su primera orquídea en 1855, y en 1857 ya había reunido casi trescientas especies, entre las que se contaba la Ansellia africana, que era tan grande que dos hombres juntos apenas podían levantarla. El general John Rathbone, de Albany (Nueva York), comenzó su colección en 1866 y en 1868 escribió a un amigo: «Me sentí tan cautivado por esas plantas que me entró la fiebre de las orquídeas, fiebre que estoy feliz de comunicarte se ha extendido por todo el país y que confío en que se convierta en epidemia. Para que esta maravillosa familia de plantas pueda crecer en las mejores condiciones, construí el año pasado una casa exclusivamente para orquídeas.»

En 1874 la señorita Jane Kenniburgh, de Carickfergus (Irlanda), se trasladó a Tallahassee (Florida), llevándose un montón de sus objetos favoritos y su Phaius grandfolius, una variedad de orquídea tropical que, a veces, también se denomina «lirio de monja». Antes de morir se la regaló a su amiga, la señorita S. J. Douglas, hija del gobernador de

Florida, y, pasado el tiempo, ésta se la regaló a su hija, señora de George Lewis. Las orquídeas llevaban una vida de lujo en casa de la señora Lewis. En invierno vivían en el invernadero y el verano lo pasaban bajo los robles del jardín trasero de la casa. El clima de Florida les sentaba bien y crecieron y se multiplicaron. No existen noticias de qué pasó con ellas, pero la Phaius de la señorita Kenninburgh está considerada como la primera orquídea de Florida cultivada en invernadero. A ésa le siguieron muchas más. Empezaron a surgir coleccionistas en Miami, Fort Lauderdale, Naranja y Homestead. Los propietarios de grandes fincas de Palm Beach y Miami construyeron edificios para orquídeas y contrataron jardineros especializados que residían allí mismo. En 1886 el doctor Charles Torrey Simpson, naturalista que habría de escribir la mejor guía de animales y plantas de Florida, compró un pedazo de selva en Biscayne Bay y plantó orquídeas en todos los árboles; alrededor de esta finca empezaron a surgir viveros comerciales como el de John Soar, de Little River. En ciudades como Palm Beach aparecieron empresas dedicadas a alquilar orquídeas en macetas para ocasiones especiales y también al cuidado de aquellas plantas cuyos propietarios estaban de viaje.

La búsqueda de orquídeas empezó a considerarse una actividad terrible y romántica. Un joven llamado Norman MacDonald, que era un niño de buena familia, escribió en 1939 un libro titulado Los buscadores de orquídeas, en el que narraba cómo él y un amigo habían pensando en coleccionar diversas cosas como monos, dividivis, resina de carnauba o pieles de caimán, pero habían rechazado todas esas posibilidades para decidirse, por fin, a buscar orquídeas en América del Sur. El libro empieza diciendo: «Advertencia para seres sin imaginación: no intenten seguir el rastro de los buscadores de orquídeas en el mapa [del libro]. Continuando con la tradición propia de esta profesión, que consiste en mantener la boca bien cerrada, los nombres verdaderos de ríos y ciudades se han cambiado deliberadamente. No porque se les vaya a ocurrir ir hasta allí, pero por si acaso...» Y sigue diciendo en el prólogo: «El viejo buscador de orquídeas se tumba sobre su almohada, su cuerpo renqueante...» Y acaba: «Echarás pestes de los insectos y echarás pestes de los indígenas... Durante el día te abrasará el sol y el frío te hará tiritar por las noches. Te verás sacudido por la fiebre y padecerás cientos de males, pero seguirás adelante, porque cuando un hombre se enamora de las orquídeas hace cualquier cosa por poseerlas. Es como perseguir a una mujer de ojos verdes o como tomar cocaína..., es una especie de locura...»

Los que dominaban la búsqueda de orquídeas eran los hombres de Florida. Peinaban América Central y América del Sur y volvían con barcos repletos de cargamento. Aunque también rebuscaban por bosques y pantanos a sólo unos kilómetros de sus casas. Por aquel entonces el Fakahatchee Strand era un lugar de abundancia, una especie de supermercado de orquídeas. Los buscadores las arrancaban a miles, las apilaban en carretas tiradas por caballos, las embalaban en cajas, las enviaban por barco y volvían a internarse en el Fakahatchee. En 1890 se hizo un envío por tren desde el Fakahatchee a Nueva York de dos mil orquídeas mariposa, seguido de trenes cargados de orquídeas dólar, cuerno de vaca y cabellera de dama. Una vez encontré una fotografía antigua, ya descolorida, de uno de esos viajes: dos caballos, cuatro hombres con sombreros para el sol y en manga corta, dos carretas de ruedas anchas cargadas hasta arriba de lo que parecían desechos de maleza pero en realidad eran montones y montones de orquídeas. Los buscadores de Florida empezaron a encontrarse en sus jardines con nuevas especies que cualquiera hubiera esperado hallar sólo en el Caribe. Probablemente aquellas especies habían viajado a través del océano empujadas por el viento o traídas por algún pájaro. El sur de Florida era lo más al norte que podían desarrollarse. En 1844 el botánico Jean-Jules Linden descubrió una interesantísima orquídea de un blanco níveo en Cuba. La planta carecía de hojas pero tenía gran cantidad de raíces, así que la llamó Polyrrhiza lindenii, es decir «planta de muchas raíces descubierta por Linden». En 1880 un explorador y botánico llamado A. H. Curtiss encontró esa misma especie cubana en el condado de Collier, muy cerca del Fakahatchee Strand. No cabía duda de que se trataba de la Polyrrhiza lindenii. Poco después esa orquídea adquirió un nombre muy común en Florida, se la empezó a conocer como la orquídea fantasma.

Una noche tórrida, estando yo en Florida, iba a celebrarse una gala de esmoquin y traje largo para conmemorar el setenta y cinco aniversario de la Sociedad Americana de Orquídeas. La fiesta iba a tener lugar en la Mansión Flager de Palm Beach, a sólo unos kilómetros de la oficina central de la sociedad, en la finca Vaughn de West Palm Beach y a sólo unos kilómetros de la zona que yo solía recorrer la mayor parte del tiempo cuando iba con Laroche. Supuse que gran cantidad de coleccionistas asistiría a la fiesta, así que me apetecía ir. También pensaba que era la primera ocasión desde que había llegado a Florida en que podría ponerme algo diferente de la ropa que utilizaba para ir a los pantanos –ropa que tiraba a la basura una vez que había cumplido su propósito– o de la ropa que utilizaba

para andar por los viveros: pantalones caqui y camisetas siempre cubiertas de polvo y lodo. Me había llevado una chaqueta de seda negra y un traje de cóctel que todavía ni siquiera había sacado de la funda de la tintorería. No sé cómo me había imaginado que iba a ser mi vida en Florida, pero supongo que contaba con que hubiera ocasiones de ir a algún cóctel. No fue así en absoluto. Vivía en el apartamento de propiedad compartida que mis padres tenían en West Palm Beach –la mayor parte del tiempo ellos no estaban allí– y todas las mañanas me levantaba, escuchaba las noticias del tiempo, que eran siempre iguales, me daba alguna crema solar y después bajaba hasta Homestead o cruzaba al Fakahatchee o iba a Miami, con una paradita en Hollywood para hablar con algún cultivador de orquídeas y visitar viveros, ver a algunas personas de la reserva seminola y dar un paseo por el bosque. Me parecía que no hacía nada más que pasarme el día recorriendo miles de kilómetros. El dedo índice de la mano derecha se me entumecía de tanto dar a la tecla de búsqueda de emisoras de radio y empecé a hacer todas esas cosas propias de los viajantes de comercio que recorren las zonas cálidas, como extender un mapa sobre el salpicadero cada vez que aparcaba, inclinar los parasoles formando ángulos rarísimos para conseguir la mayor sombra posible y llevar siempre alguna ropa para cambiarme en el coche. Tenía la nariz siempre impregnada del aroma dulzón de las flores, el aroma amargo de los fertilizantes y el aroma agrio del alquitrán derretido de la carretera. Por la noche volvía a West Palm Beach llena de barro, y a veces con una o dos plantas en el maletero que alguien había insistido en que me llevara. Primero buscaba a alguien que quisiera las plantas y después me iba a correr al campo de golf, mientras observa a los caimanes y pensaba en todo lo que había oído aquel día sobre las plantas, sobre Florida, sobre la vida y sobre lo que fuera. La mayoría de los restaurantes de West Palm Beach cerraban temprano, así que tenía que darme realmente mucha prisa para conseguir comer algo antes de que dejaran de servir. El que abría hasta más tarde era un japonés de un centro comercial desangelado, junto a un restaurante australiano especializado en carne, un café italiano y un bar tailandés. Gran parte del tiempo que estuve en Florida andaba como atontada, con esa especie de aturdimiento que les entra a los extranjeros cuando oyen, ven, huelen y tocan tantas cosas nuevas que todo empieza a mezclarse en un solo sentimiento de novedad y rareza al mismo tiempo. En Florida tengo amigos y parientes, pero apenas los vi durante mi estancia allí. La verdad es que me sentía como si estuviera en algún lugar exótico en el que no esperaba reconocer nada de lo que viese.

Aunque aquella gala de la Sociedad Americana de Orquídeas parecía una buena oportunidad comercial para Laroche, ya que en ella estarían justamente los coleccionistas que él esperaba que en algún momento acudieran en tropel a comprar las orquídeas fantasma que algún día lograría cultivar, yo sabía que Laroche no iría a una fiesta así ni aunque le pagaran un millón de dólares. De todos modos le llamé para invitarle a que fuese conmigo, sólo por pincharle un poco. También es verdad que no me apetecía ir sola. El día que le llamé estaba muy comunicativo.

–¿Qué vaya a esa fiesta? –contestó–, ¡y una mierda! Esa gente me odia. Creen que soy un delincuente. Me desprecian. Me consideran lo peor dentro del mundo de las plantas. –En su tono de voz se notaba que estaba encantado con lo que decía–. Quieren verme muerto. Hablo en serio. ¿Crees que estoy de broma? Pues no. Y, para ser sincero, yo pienso lo mismo de ellos.

–¿O sea que no vas a venir conmigo?

Resopló, no dijo absolutamente nada y, tras unos instantes, colgó el teléfono.

La Mansión Flager es un buen lugar para celebrar una gala. La construyó en 1902 Henry Flager, un financiero y petrolero que fue de los primeros promotores inmobiliarios de Miami. Es una casa tan enorme que hasta las alas tienen alas. Desde 1959 es Museo de la Historia, pero todavía puede apreciarse lo hermosa que debió de ser cuando era una casa particular. Es impresionante, en el pórtico se yerguen seis columnas. Ya dentro se ve que las habitaciones son amplias, de techos altos y con grandes vigas. Todo en la casa reluce: relucen las maderas barnizadas, reluce la plata pulida, relucen los arabescos dorados de paredes y suelos. Para la fiesta se había decorado el jardín de entrada a la mansión con luces amarillas que titilaban y, con el bochorno y la humedad de la noche, parecían puntos brillantes y borrosos. Cuando llegué, el camino de entrada, que tenía forma de media luna, estaba repleto de coches enormes y relucientes, y media docena de aparcacoches con camisas de un blanco inmaculado y pajarita iban a toda prisa a un aparcamiento algo alejado y volvían corriendo. Esperé mi turno y observé cómo de todos los coches que tenía delante bajaba primero una señora con vestido largo y estola por encima de los hombros y, después, un caballero de impecable esmoquin. Era una noche de luna preciosa. Las palmeras se inclinaban sobre el camino de entrada proyectando sombras de manos gigantescas. El rocío hacía resplandecer la hierba. Escondidos entre el césped, cantaban los grillos. De vez en cuando la puerta de la mansión

se abría de par en par dejando que una oleada de música orquestal escapara hacia el aire nocturno.

El interior también era deslumbrante. Unas doscientas personas se arremolinaban en el vestíbulo mientras otras avanzaban lentamente en cola hasta donde estaba el Comité de Recepción de invitados con los presidentes de la Sociedad de Orquídeas estrechando manos y haciendo las presentaciones a los presidentes honorarios de Inglaterra, los condes de Mansfield, Lord y Lady Skelmersdale, y el Honorable señor Alasdair Morrison y señora. Las dos damas inglesas llevaban unos fantásticos vestidos vaporosos de colores delicados y el pelo claro recogido. Había unas sesenta o setenta mesas redondas preparadas para la cena en el vestíbulo y a lo largo de la balaustrada que daba a la pista de baile. Cada una de ellas tenía un centro de orquídeas diferente, que habían sido donadas por los cultivadores de Florida, California, Tailandia, la isla de Jersey, Hawai y los Países Bajos. En el vestíbulo había tres plataformas elevadas, y en cada una de ellas, un cuenco de bronce del tamaño de una bañera completamente cubierto con orquídeas de color rosa, marfil, verde claro, azul lavanda, amarillo limón, anaranjado y blanco inmaculado. Habían llegado en avión aquella misma mañana procedentes de Singapur. Te colocases donde te colocases, el aire tenía un delicioso perfume. Un camarero aparecía y desaparecía entre el gentío con diminutos horsd’oeuvre en una bandeja de plata con orquídeas en el centro. Una señora que reconocí de una exposición de orquídeas a la que había asistido en una ocasión, me dio un golpecito en el hombro, me saludó y después me susurró que había oído que para postre iban a haber servido orquídeas de chocolate pero que se habían derretido unas horas antes.

La gente había donado cosas para que se subastasen después de la cena. Había una vieja máquina tragaperras, entradas para los Juegos Olímpicos, platos antiguos con orquídeas pintadas a mano, seis Paphiopedilums excepcionales, un dibujo de una Paphiopedilum de un famoso pintor de dichas plantas, un vale para que el pintor oficial de la Real Sociedad de Horticultura hiciera una pintura al óleo de tu orquídea favorita, el derecho a llamar una nueva orquídea híbrida con tu nombre o con el que eligieras. Elizabeth Taylor había donado seiscientos frascos de su nuevo perfume que se iban a repartir como regalo entre los invitados. Junto a los objetos de la subasta había un enorme retrato de ella en un caballete. La cola que formaba la gente para ver lo que iba a subastarse era ancha y larga, así que yo sólo pude ver un poco por encima de hombros y más hombros. Vi que alguien había hecho una oferta de 575 dólares por los platos con las orquídeas pintadas a mano y de 500 dólares por la pintura de su orquídea favorita.

De camino a mi mesa vi al conde de Mansfield apoyado contra la pared. Su mujer me había impresionado cuando la saludé al entrar por su belleza y la suavidad de sus manos, que recordaba la piel de los bebés. El conde tenía porte armonioso, el pelo blanco reluciente, gafas de montura negra y un aire alegre y distraído. Supuse que se había escapado de su puesto en el Comité de Recepción. En ese momento inclinaba un poco la cabeza, hacía muecas y movía los hombros sin que se derramase el contenido de su vaso. Le saludé, me miró con aire divertido y me dijo: «¡No hay nada como un buen martini americano para sentirse bien!», y me invitó a quedarme allí con él apoyados contra la pared. Un momento después me dijo que hacía poco que se había sometido a una pequeña intervención y que se estaba recuperando de ella. También me contó que acababa de hacer un viaje real mente delicioso, había estado de cacería con unos amigos fantásticos en España y después de cacería con unos amigos fantásticos en Suecia y después había ido a visitar a unos amigos fantásticos a Italia y después a visitar a unos amigos fantásticos a Barbados. Me preguntó qué especies coleccionaba yo y le contesté que era una simple observadora en aquel mundillo. Me contó que su obsesión por las orquídeas había empezado de un modo inocente con una Cymbidium de Harrods que le envió un amigo.

–Hasta ese momento yo no había tenido nada que ver con las orquídeas. Coloqué la Cymbidium en mi pequeño invernadero y lamento tener que decir que... pereció. Pero en 1971 me trasladé a Escocia y, bueno, allí fue donde empecé mi colección. Había heredado de mi padre un viejo jardinero al que le gustaban los espárragos y los tomates, pero las orquídeas no le gustaban en absoluto, así que tenía que estar siempre vigilándole.

Parecía que el conde estaba muy animado. Me contó que tenía una pequeña destilería en la que elaboraba el whisky de malta Royal Lochnagar, Reserva Especial. Un camarero pasó a nuestro lado. El conde le hizo señas y cambió su vaso de martini por otro. Durante el intercambio de vasos el camarero se mantuvo tieso como un palo y con aire de timidez, hasta que el conde le hizo un guiño y se volvió hacia mí.

–Desde que empezamos con las orquídeas todo ha marchado sobre ruedas –dijo–. Yo he llegado a estar casi enamorado de ellas, ¿sabe? Me gustan porque son ligeramente perversas y ligeramente misteriosas, ¿no le parece? Al principio me costaba que florecieran, pero cuando lo conseguía, era como un triunfo fantástico..., fantástico. Se enfadan, te ponen mala cara, te ignoran, es un desafío fantástico, ¡pero yo no he cejado en mi empeño! He construido un invernadero

especial en la finca, con tres tipos de clima, todo controlado por medio de ordenadores, y así puedo tener especies de todos los climas. Y tengo en el ordenador toda la información sobre cada una de las plantas, de dónde procede, cuándo florece y todos los demás detalles.

Le pregunté a Lord Mansfield a qué se dedicaba y me dijo que había sido ministro de Asuntos Exteriores con Margaret Thatcher hasta 1981 y miembro de la Cámara de los Lores.

–Ahora estoy lo que supongo que usted llamaría jubilado –dijo–. Si pudiera, me pasaría todo el tiempo en el invernadero con las orquídeas, pero siempre hay deberes que le reclaman a uno, ¿no es cierto?

Saludó con la mano en dirección al Comité de Recepción y, a continuación, estuvo comentando los arreglos florales del vestíbulo. El ruido de la gente moviéndose de un sitio a otro se iba amortiguando y los músicos de la orquesta empezaban a ocupar sus puestos, lo cual significaba que iba acercándose el momento de sentarse a cenar. El conde separó la espalda de la pared e hizo ese movimiento de ave que hacen los hombres para que la nuez no les roce el cuello de la camisa.

–Así que no tiene ninguna orquídea –dijo–. Pues una dama joven como usted puede empezar a hacer una colección ahora y cuando alcance mi edad habrá obtenido unos resultados fantásticos..., fantásticos.

Su colección no tenía ni treinta años y era la mayor de Escocia.

–¿Y alguno de sus hijos tiene orquídeas? –le pregunté.

Se rió y me dijo:

–Tengo un hijo de treinta y nueve años. No me cabe la menor duda de que le encantaría echarles el guante a mis orquídeas. Creo que está impaciente por que me muera.

Al día siguiente llamé a Laroche para contarle lo de la gala, las flores que había visto y la gente con que me había encontrado. Para entonces ya le conocía lo bastante para saber exactamente cómo iba a sonar su tono de voz y qué iba a decirme. Aquel día le llamé sobre las doce del mediodía. Pero no importaba qué hora del día fuese, Laroche siempre contestaba al teléfono con el tono de quien se acaba de despertar tras quedarse dormido en el sofá viendo un partido por la televisión. La verdad es que no creo que le despertase nunca. Era simplemente algo en su tono de voz, bajo y opaco, y en su modo de hablar apático, atravesado, desconfiado como un inspector de Hacienda. Luego, cuando ya se había dado cuenta de que era yo quien llamaba, comenzaba inmediatamente a hablar más alto y a quejarse de que no había cumplido la promesa de llamarle o de ir a verle o de encontrarnos en algún sitio. Sus quejas nunca tenían fundamento. Mientras estuve en Florida yo no tenía nada más que hacer que seguirle a todas partes y, además del hecho obvio de que él era la razón por la que yo estaba allí, sentía mucha nostalgia de mi casa y siempre que tenía algún plan estaba encantada y no se me olvidaban las citas. En realidad, era Laroche quien siempre me dejaba en la estacada. Al principio de conocernos sus acusaciones me desconcertaban, pero después aprendí a ignorarlas. Aquel día, cuando le llamé, me contestó con un hola poco entusiasta y, a continuación, empezó a abroncarme por no haber llamado antes. Cuando terminó con la regañina, me puse a contarle todo lo de la fiesta de la Sociedad de Orquídeas y, cuando acabé, se aclaró la garganta y me dijo:

–Esta tarde voy a ir a una pequeña exposición en Fort Lauderdale, ¿quieres venir? No es más que una exposición pequeña, pero es probable que haya alguna cosa bonita. –Y a continuación me explicó cómo llegar al War Memorial Auditorium, que era donde iba a celebrarse.

Cuando estaba de viaje por Florida siempre pensaba en la suerte que tenía de coincidir con algún evento relacionado con las orquídeas, pero en realidad no existe día en que no haya algún tipo de exposición o conferencia sobre plantas o alguna reunión sobre jardinería. El periódico de Miami publica cada semana una lista con todos los acontecimientos relacionados con el mundo de las plantas en esa zona. Aquella semana, por ejemplo, iba a haber una reunión de la Sociedad de Árboles Tropicales con Flor; una conferencia en la Sociedad de Helechos del Sur de Florida titulada «Cómo preparar los helechos para

una exposición»; una reunión de la Sociedad de Orquídeas de Fort Lauderdale; una conferencia del Consejo de Frutos Exóticos sobre «El trasplante de árboles frutales tropicales maduros»; una exposición en la Sociedad de Bromelias del Sur de Florida; reuniones de la Sociedad Costa de Oro de Orquídeas, de la Sociedad de Plantas Autóctonas de Florida y de la Sociedad de Orquídeas del Sur de Florida («Tendencias en las orquídeas de Florida»), además de la reunión del Garden Club de South Dade y la Velada del Garden Club de Fort Lauderdale. En Florida las plantas están por todas partes, como el dinero. Las plantas son dinero. Fuese por donde fuese con el coche, siempre pasaba por delante de invernaderos tan largos como estaciones de ferrocarril y por delante de camionetas oxidadas que vendían tiestos con palmeritas y por delante de fincas dedicadas a los árboles de Navidad y fincas dedicadas a las orquídeas y fincas dedicadas a las plantas de interior y fincas dedicadas al césped y por delante de empresas dedicadas al transporte de árboles y de carteles en los postes de la luz que decían VENTA DE PALMERAS BARATAS o A DOSCIENTOS METROS: ÁRBOLES DE MANGO Y PLÁTANO, y de camiones cargados con grandes palmeras apiladas y envueltas con anchas franjas de gasa blanca, de tal manera que parecían patas de caballos de carreras. Si a alguien no le gustan las plantas se sentirá muy solo en Florida.

Después de hablar con Laroche me arreglé, fui en el coche hasta el auditorio de Fort Lauderdale y me puse a esperarle. Como no le vi al llegar, crucé la calle y entré en una tienda de antigüedades en la que no había nada anterior a 1968. A través del escaparate de la tienda veía a los que entraban y salían del auditorio. Todos los que salían llevaban una bolsa o una caja de la que asomaba la parte superior de una planta. Por fin vi la camioneta de Laroche frenando un poco más allá de la señal de salida del aparcamiento y un poco más allá de los conos de color naranja que marcaban el fin de la zona para aparcar. A continuación se detuvo donde había sombra. Salí de la tienda y crucé la calle para reunirme con él. Cuando llegué estaba apoyado en la puerta de la camioneta con aspecto pálido y depauperado. Le dije hola y le pregunté si se encontraba bien.

–Por supuesto que no –me dijo con tono impaciente–. Si me estoy muriendo, ¡joder!

Se negó a explicarme qué era lo que le estaba matando, así que nos quedamos allí quietos hasta que acabó de fumarse el cigarrillo y después nos dirigimos a la puerta del auditorio. La entrada costaba seis dólares. Laroche me miró.

–¿No podrías conseguir las entradas gratis?

–¿Gratis? ¿Y cómo voy a conseguirlas gratis? –le contesté.

Laroche frunció el ceño y luego pasó delante de mí y le dijo al que vendía las entradas: «Eh, oye, ¿no nos podrías regalar dos entradas?» El tipo se rió y extendió la mano con la palma hacia arriba. «Estamos haciendo una investigación», insistió Laroche. La mano de aquel tipo no se movió. La puerta del auditorio se abrió y salió una pareja. El hombre llevaba una caja llena de plantas apoyada en la cadera. Cuando pasaron a nuestro lado él iba diciendo: «Es que yo no soy una persona a la que le vayan realmente las Cattleyas, Didí.» Y ella, moviendo la cabeza, contestó: «Bueno, yo no soy una persona a la que le vayan realmente las paphis, Phil.» Una ráfaga de aire caliente se llevó de la mesa uno de los programas de la exposición. Fue revoloteando hasta aterrizar en el suelo con un ligero susurro. Detrás de nosotros se estaba formando una cola impaciente. Saqué el dinero, conté doce dólares y se los puse en la mano al de la taquilla. Laroche cortó los extremos de las entradas, los metió en una urna para participar en el sorteo y después empujó la puerta de entrada.

Para la exposición se habían instalado puestos de venta de orquídeas alrededor del auditorio y en varias filas por en medio. En el centro del hall había dos islas en las que los vendedores habían colocado sus stands. Laroche me dijo que el tema de la exposición tenía algo que ver con el circo y señaló hacia un stand cercano que tenía montadas las orquídeas en una noria en miniatura y, agrupados alrededor, payasos y animales de circo de juguete. Empezamos a hacer el recorrido en el sentido de las agujas del reloj. El primer puesto por el que pasamos tenía un cartel que decía TENEMOS MUÑECAS BAILARINAS – BEBÉS SONROSADOS ESPECTACULARES – PLANTAS AROMÁTICAS, y una mesa muy larga atestada de macetas de plástico. La mayoría de las plantas eran diminutas, unas simples ramitas en miniatura. Al fondo había una alta con hojas grandes y arqueadas y una flor con la forma de un pequeño recogedor. Las hojas eran de color verde negruzco y la flor era de un amarillo brillante, ese amarillo de los taxis nuevos, recién encerados, y estaba salpicada con cientos y cientos de motas de color burdeos, ligeramente ovoides y apiñadas en líneas curvas de tal modo que parecía que se las habían pintado mientras la flor giraba. Mirar fijamente el dibujo que formaban las motas era mareante. Mirarlo fijamente durante un buen rato era hipnotizante. Al cabo de un rato sentí un cosquilleo en el fondo de los ojos. Laroche se inclinó y la miró con los ojos entrecerrados. Movió la flor de un lado a otro.

–Éstas son endemoniadamente bellas –dijo por fin–. Es como una explosión en una fábrica de pintura. ¿Sabes cómo se hace? Le joden

todos los cromosomas y así consiguen estos diseños mareantes. A los japoneses les encanta. Seguro que esta flor es un exitazo en Japón. –Respiró hondo y continuó–: Si pudiera conseguir una orquídea negra con un rayo púrpura que le cruzara los pétalos, no tendría que volver a trabajar nunca más.

Una mujer con pantaloncitos cortos apretados de color rosa se detuvo ante la mesa. Se quedó mirando boquiabierta la flor que Laroche tenía en la mano.

–¿Pero cómo consiguen eso? –le preguntó.

El vendedor del stand se acercó y la señora le dijo:

–Mire, tengo que preguntarle una cosa. Mis orquídeas están canijas. Es algo patético. ¿Qué estaré haciendo mal? Les he echado Bloom Booster y siguen canijas.

–No les eche demasiada comida. Lo que les pasa es que sufren un desorden alimenticio. Están empachadas –le contestó el dependiente.

–Pero yo pensé que el Bloom Booster...

–Bueno, la gente cree que el Bloom Booster hace milagros, querida, y no los hace –contestó con mala cara el vendedor.

Ella frunció los labios.

–De acuerdo, de acuerdo. Muchas gracias Y, además, vamos a ver, creo que aquí hay una orquídea en algún sitio que huele a chocolate y quiero saber dónde está para ir a verla.

Laroche le tocó en el hombro. Ella se dio la vuelta y, entonces, él le dijo:

–No es asunto mío, pero también hay una que huele a refresco de uva y ésa tampoco debería perdérsela.

Las orquídeas tenían nombres fabulosos, increíbles: Grial de Oro, Mama Cass, Markie Pooh, Delicia de Frambuesa Buda de Oro, Labio Grueso de Didí. Al principio, cuando las or quídeas llegaron de Inglaterra, se pensaba que pertenecían a una familia de plantas muy reducida y extraña. Pero luego, cuando las nuevas especies descubiertas llegaron a decenas de miles, hubo de reconsiderarse su naturaleza. De hecho, seguir el rastro de todas las nuevas orquídeas que se iban descubriendo se convirtió en una tarea imposible, así que

en 1895 se constituyó un registro oficial que lleva en la actualidad la Real Sociedad de Horticultura y que continúa siendo punto de referencia para los especialistas en orquídeas de todo el mundo. Las nuevas especies recibían el nombre de la persona que las descubría o el de la persona que patrocinaba al descubridor o, en el caso de los híbridos, el nombre de quien los había creado. En la actualidad el Registro Internacional de Orquídeas tiene inscritos más de cien mil nombres de especies e híbridos con sus respectivas explicaciones:

Carteria: Dedicada en 1910 al señor J. J. Carter de Pleasant Grove, que fue el primero en fijarse en ella.

Hofmeisteria: Dedico este género de orquídeas a uno de los hombres más amables y distinguidos, W. Hofmeister, porque creo que esta planta, tanto por su llamativo polen y sus hermosas celulillas en forma de espiral como por la maravillosa red de su perigonio que muestra tantas virtudes microscópicas, es algo muy propio y apropiado para el señor Hofmeister, especialista en microscopia.

Robiquetia: En honor de M. Pierre Robiquet, químico francés, por sus innumerables e importantes descubrimientos, entre los que se hallan el de la cafeína y la morfina.

Orleanesia: En honor del príncipe Gaston d’Orleans, conde d’Eu, distinguido aficionado y mecenas de la floricultura en el Brasil.

Algunas orquídeas han sido bautizadas por el aspecto que presentan. La orquídea fantasma tiene muchas raíces; el nombre oficial de ese género es Polyrrhiza, que en griego quiere decir «muchas raíces». Un género con la corola inclinada hacia abajo y los pétalos blandos fue denominado Corybas, que es el nombre griego que se daba a los seguidores de la diosa Cibeles que la acompañaban en sus danzas y orgías. El nombre de algunas orquídeas se debe a una venganza. A finales de la década de 1960 un estadounidense, al que denominaré John Smith, descubrió dos especies de Oncidiums en Brasil. Una de ellas era grande y hermosa; la otra era insignificante. Smith convenció a un brasileño para que recogiera las plantas e hiciera todo el difícil trayecto para transportarlas hasta el puerto con la promesa de que le pondría su nombre a una de las orquídeas. Así lo hizo. Pero le puso el nombre del porteador brasileño a la Oncidium insignificante y no a la esplendorosa. Unos años después los cultivadores de orquídeas brasileños utilizaron la Oncidium grande y hermosa de Smith para conseguir híbridos y a los dos primeros ejemplares los denominaron Gringo Codicioso y John el Malvado.

Algunos cultivadores profesionales denominan a los nuevos híbridos con los nombres de sus amigos, el de algún buen cliente o el de alguien famoso. El vivero de Virginia Chadwick & Son ha registrado hace poco un híbrido con el nombre de «Primera Dama, Hillary Rodham Clinton». En honor de Elizabeth Taylor, presidenta de la gala del setenta y cinco aniversario de la Sociedad Americana de Orquídeas, hay una Laelia anceps a la que se ha dado el nombre de «Los ojos de Elizabeth». La «Jackie Kennedy» es de un blanco níveo con ribetes púrpura; la «Richard Nixon» es de un color pardo con puntitos marrones. Existe una orquídea que se llama «Nancy Reagan» y un híbrido que lleva el nombre de la hija de la escritora Joan Didion. Otro híbrido se llama «El rubí del Rajah, Bebé de Babe». Debe su nombre a Babe Hermann, un timador de Brooklyn, que fue quien lo cultivó. Un cultivador de Illinois bautizó a un nuevo híbrido de Phalaenopsis «Shinichi Suzuki», en honor al violinista japonés que ideó un método de enseñanza musical para niños muy pequeños. En Florida conocí mucha gente que tenía orquídeas con sus nombres, encargadas a cultivadores de la zona como Bob Fuchs y Martin Motes. Una vez estaba yo en una exposición con un miembro del jurado llamado Howard Bronstein y, señalando una de las plantas, exclamó: «¡Santo Cielo! ¡Que «Howard Bronstein» más maravillosa!» O sea, que el propio Bronstein me comentó que era una de las mejores «Howard Bronstein» que había visto en su vida. Y había visto muchas, ya que es un híbrido muy popular que su amigo Bob Fuchs creó y bautizó con su nombre.

Mientras recorríamos la exposición, Laroche me iba haciendo comentarios.

–Hubo una época en que estuve muy enamorado de esas Oncidiums papilio…, orquídeas mariposa. Me volvían loco… Ésa es una concha de almeja, es una cosita de nada… Mira esta negruzca y rígida, es una Paphiopedilum. ¿Te imaginas que vivieras en la Inglaterra victoriana, donde la idea que tenían de una flor era la de una margarita, y tú tuvieras en tu casa esta cosa negra, como de goma, con una caperuza? Serías el amo… Ah, mira, aquí hay helechos. ¿No te parecen magníficos? Son magníficos. Hubo una época en la que coleccioné helechos. Son muy difíciles de mantener. Les gusta morirse. Eso es lo que más les gusta. Dicen: «¿Qué podemos hacer hoy? ¡Vamos a morirnos!» En las tierras de los seminolas hay muchísimos helechos enormes. Quiero llevarme algunos al vivero. Creo que podríamos ganarnos unos dólares… ¿Te gusta éste? Mi ex mujer solía cultivarlos, así que cada vez que los veo me entra una especie de náusea. ¿Por qué nos habremos separado? ¡Que me aspen si lo sé! ¿Por qué rompen las

parejas? Nosotros rompimos porque ella podía pasarse horas y horas escuchando a los Grateful Dead y yo no... ¡Venga, rápido! Dime qué es esto. Te lo he enseñado hace poco. Es la concha de almeja. Es muy fácil, fíjate en la forma del pétalo... Es rarísima. Mira este tubo tan largo. Hay una mariposa nocturna con una lenguaza enorme que es la única que puede polinizarla. Es como la orquídea fantasma. La polinizan unas mariposas nocturnas con unas alas inmensas, como de halcón. Son unas mariposas inmensas. En una ocasión, estando yo en el Fakahatchee, una salió volando de no se sabe dónde, me dio en la cara y me puse a gritar como una niña.

Nos paramos frente a una orquídea que tenía un pétalo superior redondeado, una protuberancia bulbosa y unos pétalos largos y delgados a ambos lados que estaban erguidos y retorcidos como un sacacorchos. Cada una de las partes de la flor tenía un tono diferente: cacao, óxido, dorado. A mí me parecía un caniche dentro de un coche con las ventanas abiertas de modo que el aire le echaba las orejas hacia atrás. Laroche pasó un dedo a lo largo de una de las orejas rizadas y me dijo:

–Imagínate que eres esta planta. ¿Por qué tienes unos pétalos así? Será por algo. Todo es por algo. Yo creo en la imaginación dentro del mundo de la botánica. Intento adoptar el punto de vista de la planta y entenderla. Las únicas que no tienen un propósito determinado son los híbridos, porque alguien las ha cruzado para obtener una cosa artificial. Eso es lo fantástico de la hibridación. Eres Dios. Creas el sexo de la planta. Es un hobby creado por el hombre.

–¿Hay algún híbrido que se dé espontáneamente?

–Casi ninguno –contestó.

–¿Y por qué?

Resopló antes de contestar.

–Bueno, es que ni siquiera en un ataque de aburrimiento se te ocurriría tener relaciones sexuales con un gorila, ¿no?

Laroche dijo que nos encontrábamos en una exposición de clones, una sala llena de ejemplares creados artificialmente ya que, aunque alguna de las orquídeas que estábamos viendo procedía de semillas o de esquejes, la mayoría habían sido fabricadas en laboratorios. Clonar plantas es algo muy común hoy en día, aunque es un método que sólo se utiliza desde finales de la década de 1950, cuando un botánico francés llamado Georges Morel lo desarrolló en un intento de

averiguar cómo cultivar patatas resistentes a los virus. Descubrió que, si ponía unas cuantas células procedentes de la parte más activa de una planta de patata en un medio apto para su desarrollo y les aplicaba una estimulación hormonal y química, esas células se multiplicaban. Las células de una planta son indeterminadas hasta que se orientan hacia la tierra o hacia el sol por la fuerza de la gravedad y el calor. Tan pronto como hallan la orientación, algunas se convierten en raíces, otras, en hojas, y otras, en tallos. Morel se percató de que si movía y giraba continuamente las bandejas del cultivo, las células se dividían pero permanecían indeterminadas y seguían subdividiéndose en más células básicas en vez de desarrollarse como plantas. Dejó que las células se dividieran en miles de células básicas y después dejó de mover las bandejas, separó las células en grupos más pequeños y colocó esos grupitos en otros medios de desarrollo sobre bandejas de cultivo inmóviles. Tras cierto tiempo los grupos maduraron formando miles de plantas y todas ellas resultaron ser copias genéticamente exactas –clones– de la planta original. Morel trabajaba con un grupo de alumnos, ya licenciados, que le ayudaban en sus experimentos con las patatas. Uno de ellos era un joven llamado Walter Bertsch, que era un enamorado de las orquídeas y además resultó que salía con una chica que trabajaba en una famosa compañía francesa de orquídeas. Bertsch intentó aplicarles la técnica de clonación que había aprendido con Morel y descubrió que muchas especies respondían bien. Así fue como las orquídeas se convirtieron en las primeras plantas ornamentales que se clonaron a gran escala.

Antes de la clonación, reproducir orquídeas requería muchísima paciencia. Desarrollarlas a partir de semillas era un proceso larguísimo, porque las plantas no suelen formar vainas y a las semillas les cuesta siete años madurar. Otro proceso para obtenerlas era el de la división, es decir, dividir la planta en dos o, como mucho, en tres, lo cual significaba que no se conseguía un gran rendimiento. La clonación cambió la naturaleza del coleccionismo de orquídeas. Empezó a ser posible reproducir la mayoría de las especies con rapidez, en gran cantidad y con una uniformidad genética perfecta, lo cual permitió, a su vez, que las plantas pudiesen adquirirse a un precio razonable. Antes, las orquídeas sólo podían encontrarse en la selva o en los invernaderos de los millonarios. Con la clonación se hicieron tan corrientes como las margaritas. Aunque las orquídeas más exquisitas siguen costando una fortuna. Una Phragmipedium besseae digna de exposición cuesta cinco mil dólares o más, y especies como la zapatilla de dama, resistente a la clonación, siguen siendo poco comunes y cuestan un potosí. Sin embargo hay muchas que pueden crearse en laboratorios en cantidades ingentes y con absoluta

uniformidad. Un cultivador de orquídeas puede ser una especie de aprendiz de brujo que multiplica una planta convirtiéndola en cientos o en miles de plantas iguales. En teoría no existe límite en el número de ejemplares que pueden crearse. Una planta hermosa puede clonarse y dar millones como ella.

Se llevó a cabo el sorteo con el número de la entrada y a nosotros no nos tocó el premio.

–Es cierto que hay una orquídea que huele a refresco de uva –dijo Laroche–, y realmente me gustaría encontrar a esa hija de puta.

Iba mirando stand por stand: Orquídeas Stewart, El Hombre de la Orquídea, Orquídeas Panorama de Montaña, Orquídeas de Alexandra, Orquídeas Campo de Oro, «¡Primera generación de esta maravillosa Brassia Naranja!». Un cultivador hawaiano tenía un anuncio que decía: TODAS CON UN DESCUENTO DEL 30%. ¡NO QUIERO LLEVÁRMELAS DE VUELTA A CASA! Un cultivador de Venezuela, con cattleyas por valor de cien mil dólares, decía: «Estas flores son muy sensibles. Se inclinan porque quieren regresar a Venezuela.» La gente se arremolinaba alrededor de los stands tocando tallos, hojas, pétalos, poniendo dinero y tarjetas de crédito sobre los mostradores, señalando hacia las plantas y diciendo: «¡Qué tentación! ¡Qué tentación!» o «No me dejes ni mirarla» o «A estas exposiciones habría que venir con camisa de fuerza»; había gente mayor, joven y de mediana edad; había parejas que se hablaban bajito con la mirada fija en una planta y mamás con cochecitos de bebé sobre los que se inclinaban para poder ver las plantas de las mesas. La gente iba vestida con cazadoras impermeables blancas y buenos zapatos, con chaquetas de punto con estampado de orquídeas, con corbatas de seda con dibujo de cientos de cattleyas pequeñitas; llevaban broches y pendientes de plata en las orejas con forma de orquídea o pantalones cortos y camisetas con el dibujo de una orquídea serigrafiada en la pechera. Examinaban las plantas acercándose y cerrando un ojo, tal como hacen los joyeros con las piedras preciosas, y después daban un paso atrás, erguían la cabeza y echaban una segunda ojeada, tal como hacen los restauradores ante un cuadro y, después, pagaban y se alejaban con esa desmedida sonrisa de oreja a oreja de quien ha ganado un premio.

Laroche se detuvo ante un pequeño stand que había en un rincón.

–Éstas son raras de cojones –me dijo señalando una hilera de macetitas diminutas, del tamaño de un pulgar, cada una con una pequeña maraña de raíces verdes grisáceas. No tenían ni una hoja ni

una sola flor. Laroche me dirigió una mirada rápida y dijo–: ¿No te parecen preciosas?

Supuse que estaba de broma. Las pequeñas raíces se estremecieron cuando cogió la macetita y me la acercó.

–Es una orquídea fantasma asiática. Tiene un aspecto lastimoso, pero es muy rara y, por lo tanto, objeto de deseo. Uno se obsesiona tanto con las puñeteras orquídeas que, al final, todas le parecen preciosas. Es parte de la locura –dijo.

Una joven rubia que llevaba un bebé a la espalda se detuvo frente al stand y junto a Laroche, barriendo con la mirada las plantas allí expuestas.

–Mire –le dijo Laroche alzando una de las macetitas–, ¿no es preciosa?

–Es magnífica –contestó ella.

Y entonces Laroche, señalando la orquídea fantasma, dijo en voz alta:

–Oh, estas plantas tienen un aspecto horroroso. ¡Deben de estar muriéndose!

El vendedor, que entretanto había estado tomando un encargo por teléfono en el otro extremo del mostrador, al oír aquello giró la cabeza y se quedó mirando fijamente a Laroche.

Él levantó las cejas y le dijo:

–Lo siento, colega.

La joven rubia giró la planta una y otra vez entre sus manos, acarició las raíces con un dedo y, después, las separó un poquito para ver si había algo más en la macetita.

Laroche la estaba observando y le preguntó:

–¿Le gusta mucho?

–Me encanta –contestó y, dubitatiba, añadió–, quiero decir que... es..., es un poco... rara. Pero me encanta.

–Le encanta aunque sea un alfeñique feísimo –dijo Laroche–. No tiene flores, no tiene hojas y probablemente seguirá teniendo ese

mismo aspecto cuando florezca. –Su voz era cálida. Ella asentía con la cabeza–. Yo sé por qué le gusta. No es más que parte de la locura.

Estar en un lugar así con Laroche resultaba esclarecedor. A la gente no le pasaba desapercibido. Físicamente era fascinante. Es probable que su rostro fuera el más pálido de todo el estado de Florida y su cuerpo, más que delgado, era enjuto. Aquel día de la exposición de Fort Lauderdale llevaba un mono de trabajo tan descolorido que era casi blanco y le colgaba del cuerpo como la ropa tendida en una cuerda. Sus ojos, casi transparentes, y su boca desdentada le conferían un aire espectral. Sin embargo, parecía que le caía bien a la gente. Iba hablando sin parar con todo el mundo. Algunas personas le reconocían por la fotografía que había salido junto con el artículo que escribí sobre él para el New Yorker y se le acercaban y le hacían algún comentario amistoso que le gustaba. Respondía cosas como: «Pues sí, soy yo. Fui yo el que robó todas esas orquídeas», refiriéndose con orgullo al asunto. O bien ofrecía sugerencias a los vendedores y a los compradores o hacía afirmaciones plagadas de palabrotas, en voz alta, que siempre atraían miradas y servían para iniciar una conversación. No paraba de hablar, de todo sabía algo o parecía saberlo, no cesaba de soltar nombres en latín o de hacer referencias botánicas y se tomaba un interés casi pedagógico en que yo aprendiera mientras hacíamos el recorrido. Era un desconcierto permanente. A mí siempre me sorprendía lo bien que le caía a la gente. Les gustaba a pesar de su redomada misantropía, de que no contaba con ninguna de las características que acompañan habitualmente a la popularidad (buen aspecto físico, buenos modales, carácter agradable), de que tenía un sentido del humor provocador y ligeramente obsceno, de que solía ser muy impuntual y de que constantemente incumplía sus promesas. Creo que les caía bien porque se tomaba las preocupaciones de los demás tan en serio como si fueran las suyas propias y porque tenía una seguridad en sí mismo contagiosa. Hacía que la gente sintiera que poseía una facilidad innata para hacer las cosas bien. Era capaz de persuadirte de que, incluso lo que estaba mal, podía estar bien si no había otra opción. Pocas semanas antes de la exposición de Fort Lauderdale estaba yo en casa de mis padres en West Palm Beach y quise hablar con Laroche, así que nos dimos una cita a mitad de camino entre West Palm y su casa de North Miami. Le dije que tenía que ser temprano porque mi madre estaba en Florida, yo iba a utilizar su coche y no quería dejarla desmotorizada todo el día. Laroche insistió en que él siempre se levantaba al amanecer y me dijo que podíamos quedar alrededor de las 7.30 de la mañana. También me prometió que pensaría en algún sitio fácil para encontrarnos y que me llamaría para comunicármelo. Incluso se ofreció a llamar para

despertarme. Me desperté por mí misma a las 6.30 y salí a correr un poco por el campo de golf. Regresé, me duché y me vestí. A las 10 de la mañana seguía sin noticias suyas, así que le llamé. Contestó su padre y me dijo que John estaba durmiendo y que se pondría furioso si le despertaba. Cuando me llamó ya eran casi las 11.00. Antes de tener la posibilidad siquiera de enfadarme, me anunció que había decidido que no era una buena idea que nos viésemos aquel día ya que mi madre había venido a visitarme.

–Quiero decir que es tu madre... O sea, que es algo importante –me dijo–. No ves a tu madre todos los días, ¿verdad? Pues mira, escucha, te voy a decir lo que vamos a hacer. Creo que lo mejor es que salgas por ahí con tu madre, que la lleves a un sitio bonito a tomar el aperitivo o a almorzar, que disfrutes con ella y ya me llamarás mañana y entonces te diré cómo van las cosas, hablamos y todo perfecto.

Estaba tan convencido de que ese plan era el mejor que me convenció de que era el mejor y el que yo quería llevar a cabo realmente.

Mientras íbamos recorriendo la exposición de Fort Lauderdale también decía cosas horribles. Por ejemplo, cuando le pregunté qué hacía la novia que tenía entonces, me contestó: «Es una puta», y un minuto después alardeaba de que era una mujer inteligentísima y de que había hecho unos cursos de medicina antes de entrar a trabajar como vendedora en Miami Subs. Por lo general era sarcástico con todo y con todos, pero podía ponerse poético y melancólico al describir la excursión que hizo con su difunta madre al Fakahatchee, en la que llegaron hasta un claro y, de pronto, los pantanos se abrieron dejando una espléndida vista: una laguna llena de nenúfares de un amarillo brillante, una nutria, un pájaro carpintero y una ibis escarlata que miraba fijamente su imagen reflejada en la laguna. Me iba acostumbrando a sus contradicciones, pero aun así no dejaba de desconcertarme. Siempre hacía cosas que minaban mi confianza en él para, después, sorprenderme con actitudes muy responsables, o provocaba que pensara que era un impresentable para, después, revelar algo que anulaba toda posibilidad de serlo. Al principio de conocernos, me dijo que había encontrado la única perla fósil que tenía categoría de piedra preciosa; un alarde tan concreto que no pude resistir la tentación de investigar y ninguna de las personas con las que hablé pudo confirmarme que tal cosa fuese cierta. Realmente sentía ganas de echárselo en cara, pero cuando volvió a sacar el tema en otra ocasión, y yo estaba a punto de enfrentarme con él, dijo:

–¿Sabes por qué me gusta tanto esa perla? Porque mientras la tenga, es como si siguiera conservando el momento en que la encontré. El lugar en que la encontré era una zona salvaje que ya no existe, todo está urbanizado, y los árboles han desaparecido. En aquel momento yo estaba con mi mujer, que ahora es mi ex mujer, y con mi madre, que ahora está muerta. Pero tener la perla es como conservar aquel momento. Mi madre sigue viva y yo estoy felizmente casado y el lugar en el que la encontré sigue siendo magnífico.

Nunca más volví a sacar el tema de la perla. No soy tan cruel. Simplemente cuestionar si era cierto o no que fuera la única perla fósil existente con categoría de piedra preciosa resulta una nimiedad comparado con lo que me dijo que representaba para él. Habría sido como decirle a alguien profundamente enamorado que su amada era fea y enana.

Ya era hora de tomarme un descanso. Tenía la vista cansada. Miraba demasiado fijamente el centro de las flores porque no dejaba de ver rostros en los pliegues y en las puntas: lengüecitas, ojos cerrados, labios regordetes, narices rotas de boxeador, langostas, ciempiés sonrientes. Cuando veía un rostro me quedaba mirándolo fijamente intentando pensar qué o a quién me recordaba hasta que me dolían los ojos. También hay que decir que tantos colores y dibujos me producían cierto vértigo que me atraía fatalmente, así que me quedaba con la mirada allí prendida hasta que Laroche se impacientaba y me arrancaba de delante de la flor. Tras una hora más o menos le sugerí que descansáramos. Nos dirigimos al bar y nos sentamos a una mesa de formica algo inestable. Yo me tomé un café con leche sin azúcar y Laroche tomó un perrito caliente, rodeados por el aire espeso de la cafetería.

–¿Quieres saber cuánto puede sacarse un vendedor en una exposición como ésta? –me preguntó Laroche cuando acabó de comer–. Puede levantarse un pastón. En las plantas hay mucho dinero. Las plantas son una materia prima como la tripa de cerdo. Mira un ejemplo: en el Fakahatchee y en el Parque Nacional de Collier, el de los seminolas, hay ocho millones de dólares en palmeras, ocho millones de dólares. Una palmera real se vende por cuatro mil dólares. A los diseñadores de jardines les encantan. El otro día estaba pensando que si uno robase una palmera por semana, podría hacer cincuenta mil dólares en un año.

Le pregunté si estaba pensando en dedicarse a robar palmeras.

–Por supuesto que no –contestó irritado–. Podría ser un pequeño gran negocio, pero, para ser breve, yo soy un defensor de las plantas. Mira, es como en el caso de la orquídea fantasma, yo quería ganar dinero, pero en el fondo lo que quería era evitar que las plantas se extinguiesen. E incluso entonces, cuando las estábamos sacando del Fakahatchee, en el fondo de mi ser, a pesar de mi poco sentido moral, me sentía culpable. –Se puso de pie y rebuscó en los bolsillos hasta encontrar el tabaco–. La gente se vuelve loca con las plantas. Una vez llevé a una mujer al Fakahatchee que quería ver..., ah, pues era justamente la orquídea fantasma lo que quería ver. Había estado soñando con esa planta. Yo sabía dónde había una que estaba floreciendo, así que fuimos a los pantanos, nos adentramos tres kilómetros atravesando lugares horribles, ella iba prácticamente corriendo, y de pronto yo veo algo que no me gusta y digo: «Eh, Baaarbara, es mejor que frenes», porque justo frente a ella había una serpiente de casi dos metros de largo. Ella se quedó petrificada, y yo le di a la serpiente unos machetazos. Yo ya no podía más, joder, era demasiado, y ella ya estaba otra vez en marcha y a todo correr. Es que no podía esperar más para ver aquella condenada flor. Me recordaba a un amigo mío que encontró una orquídea enorme y rarísima en Ecuador. De lo que no se había dado cuenta era de que estaba en zona militar. Así que la policía militar le paró y estaban realmente cabreados y querían que les entregara el saco con las plantas y entonces él les dijo: «Venga, adelante, disparadme. Sin las plantas no me voy, prefiero que me disparéis.» Le miraron como si estuviera absolutamente loco. Y lo estaba.

Algunas de las orquídeas robadas murieron y las demás se pegaron de nuevo a los árboles del Fakahatchee.

Los guardas forestales devolvieron a los bosques las orquídeas que le habían confiscado a Laroche esperando que sobrevivieran. No era la primera vez que yo oía hablar de pegar orquídeas a los árboles. Durante mi primer viaje a Florida, tras la detención de Laroche, conocí a Roger Hammer, un naturalista que se había internado en el Fakahatchee después del huracán Andrew y se había dedicado a pegar a los árboles que quedaban en pie todas las orquídeas que iba encontrando en el suelo con unas gotitas de un pegamento que se llama Clavos Líquidos. Las orquídeas toleran muy bien el pegamento. Por lo general suelen ser más resistentes de lo que la gente cree. Parecen tan frágiles como el cristal pero no lo son. Las orquídeas recién nacidas se transportan en barco por todo el mundo metidas en cajas, enredadas, aplastadas, sin aire apenas y comprimidas unas contra otras, y sin embargo la mayoría de las veces, al abrir las cajas, desenmarañar las plantitas y quitarles el polvo, están en perfecto estado. La primera vez que vi a un cultivador abrir un cargamento que había recibido procedente de Singapur eché una ojeada al revoltijo y me imaginé que el cultivador iba a poner una demanda; sin embargo, sacó unas pocas, se puso a admirarlas y les dijo: «¡Hola, pequeñinas!» Las orquídeas silvestres son muy sufridas. Tras el paso del huracán Andrew la gente se encontraba árboles que habían sido arrancados y estaban más muertos que un fiambre, pero seguían teniendo orquídeas enroscadas que aún florecían. Laroche me dijo una vez que su ex mujer y él iban con mucha frecuencia en su coche a rescatar orquídeas. Paraban en los lugares en que se estaba edificando y buscaban entre la basura para ver si encontraban orquídeas entre los árboles talados y apilados. Si podían llegar hasta las flores sin problemas, las cogían, se las llevaban a un bosque cercano y las pegaban a algún árbol que se mantuviera en pie.

Podría escribirse un libro sobre lo resistentes que son algunas plantas de Florida. Vi algunas de esas especies invencibles en el refugio del Loxahatchee en el condado de Palm Beach. El refugio está en zona pantanosa, a ras de tierra y la mayor parte de la vegetación de la zona consiste en arbustos, anea, hierba alta hasta la cadera y grupos de cipreses. Ninguna de esas plantas es más alta que la línea del horizonte, a excepción de tres pinos australianos que están en medio de la ciénaga. No es que sean árboles altos, pero en medio de tanta

horizontalidad destacan como rascacielos. En cuanto hay relámpagos por la zona, caen sobre esos árboles y, puesto que en el sur de Florida hay relámpagos continuamente, sufren sacudidas sin cesar. Tienen las ramas parcialmente rajadas y es probable que también tengan el interior chamuscado, pero se las ingenian de algún modo para permanecer en pie y seguir vivos. Entre las plantas que se resisten a morir en Florida hay una que es la campeona. Es la melaleuca, un árbol originario de Australia introducido en 1906 como planta ornamental para jardines. Las melaleucas alcanzan una altura de quince metros y tienen una corteza blanca y esponjosa y un aspecto parecido al de un eucalipto con pelo largo. Chupan tanta agua que pueden desecar hasta media hectárea de tierra al día, así que se utilizaron también en el drenaje de la zona considerada pantanosa e inútil de Florida. En la década de 1930 las empresas inmobiliarias esparcieron semillas de melaleuca sobre los Everglades lanzándolas desde aviones. A las melaleucas les gusta vivir en Florida. Desde que se introdujeron en esa zona se han multiplicado por miles, extendiéndose a razón de veinte hectáreas al día y ya han invadido más de medio millón de los 3 millones de hectáreas que ocupan los Everglades. Son árboles resinosos y arden con grandes llamas. En 1985 hubo en Florida un incendio forestal de melaleucas que dejó a dos millones de personas sin electricidad pues las llamas se elevaron tanto que alcanzaron los tendidos de alta tensión. Nadie siente simpatía por esa especie e incluso mucha gente considera que en la actualidad constituye un mal que se está extendiendo. El problema reside en que a las melaleucas no les gusta morirse. Si una melaleuca se da cuenta de que se va a helar, morir de hambre o de que la van a talar, quemar o envenenar, lanza veinte millones de semillas justo antes de morir y se siembra a sí misma, así que puede decirse que al final acaba más viva que muerta. El truco consiste en matar el árbol gradualmente porque lo que le hace lanzar tantas semillas es el shock que le produce la proximidad de la muerte. El guarda forestal que me guió en mi primer paseo por el Fakahatchee era un experto exterminador de melaleucas. Me contó que un diminuto gorgojo australiano regordete, conocido como escarabajo narigudo, vivía en las hojas y en las flores de la melaleuca y que se habían importado trescientos ejemplares y se habían soltado en los Everglades con la esperanza de que redujeran la población de dichos árboles. También me dijo que otra manera de matar los árboles sin producirles un shock es un método llamado «hachazo e inyección». Se da un pequeño hachazo en el árbol y se inyecta un poquito de herbicida; después de un tiempo se da otro hachazo y se inyecta otro poco de herbicida; y se siguen dando hachazos y administrando inyecciones hasta que el árbol languidece y muere.

Por lo general, los extranjeros se aclimatan bien en Florida. Un veinticinco por ciento de las plantas del estado procede de otros lugares. La orquídea más común de Florida, la orquídea de los prados, procede de la India. Sus semillas llegaron accidentalmente a Miami por barco mezcladas con un cargamento de semillas de hierba y acabaron por azar en miles de jardines. También se encuentran pimenteros brasileños por todas partes. Al igual que las melaleucas, se importaron como plantas ornamentales para adornar los jardines, pero después se extendieron, se apropiaron de la selva y, como tampoco les gusta morirse, se autorreproducen lanzando semillas siempre que los queman, los talan o los arrancan. En los Everglades se encuentran tan a gusto que han invadido enormes extensiones y los botánicos han llegado a la conclusión de que la única manera de librarse de ellos es retirando toda la capa superficial de la tierra en la que crecen. La hierba asiática más común se introdujo en Florida por medio de las semillas que llegaron incrustadas en el dibujo de los neumáticos de la maquinaria para la construcción de carreteras y entre el embalaje de los materiales. Las malas hierbas que se conocen como hierba caimán proliferaron descontroladamente desde que se introdujeron en Florida procedentes de América del Sur. El día que decidí ir al Fakahatchee para ver cómo eran las orquídeas robadas, leí un artículo en el periódico de Miami que decía que los granjeros vietnamitas habían recibido órdenes de destruir las cosechas de espinacas chinas. Las espinacas son un cultivo muy extendido en Asia. Pero para Florida tanto los granjeros vietnamitas como sus espinacas eran algo nuevo. En el artículo no se decía qué tal les iba a los granjeros vietnamitas, pero estaba claro que a las espinacas les iba ciertamente bien. De hecho, crecían de un modo tan feroz que estaban levantando todos los conductos de agua locales. Unas semanas más tarde leí la historia de otro inmigrante al que tampoco le iba nada mal. Se trataba de un sapo venenoso procedente de América del Sur que se introdujo en Florida para acabar con los parásitos de la caña de azúcar. Actualmente esos sapos han crecido hasta alcanzar los dieciocho centímetros de largo y llegan a pesar hasta un kilo y medio. Hace poco se les ha acusado de haber matado con su veneno a varias mascotas caseras y de asustar a los turistas con su monstruoso aspecto lleno de bultos.

Para ir desde mi cuartel general de West Palm Beach al Fakahatchee Strand, que está en el lado opuesto del estado, hay dos posibles caminos. Uno de ellos va hacia el oeste por Alligator Alley, pero yo prefería el otro, que va en zigzag cruzando el condado de Palm Beach y el condado de Hendry y rodeando la parte baja del lago Okeechobee. Corta a través de los Everglades, bordea las fábricas de

azúcar, cruza la reserva de los seminolas cerca de Immokalee, dejando atrás señales fantasma de puntos turísticos ya desaparecidos como Gatorama y Native Village. Es un camino de pequeñas carreteras comarcales llenas de curvas en ángulo recto que parecen trazadas con tiralíneas. Se circula despacio pero es mucho más interesante. El día en que me dirigí a ver las orquídeas pegadas sabía que tenía que llegar temprano a los pantanos, mucho antes de que el calor fuese intolerable, pero las carreteras secundarias me gustan demasiado como para tomar el camino rápido. Era una mañana ventosa y todas las palmeras tenían las ramas inclinadas hacia adelante, como hacen las modelos con la melena en las fotografías de moda. No había ni una sola persona por las calles. Justo al salir de Palm Beach vi por fin gente, un montón de gente que iba en fila india a un lado de la carretera llevando pancartas que no decían nada y palos muy largos con plumas de ave atadas en la punta. Al pasar junto a ellos, bajé la ventanilla para ver si cantaban o decían algo que explicase lo que estaban haciendo, pero iban en absoluto silencio y lo único que se oía era el sonido de cuarenta pares de pies aplastando la arena del arcén. Pasé por delante de la entrada del Lion Country Safari y junto a plantaciones de caña de azúcar de kilómetros y kilómetros de largo, pobladas de cañas tan altas como yo o de rastrojos en las zonas donde ya habían sido cortadas. Algunos camiones salían o entraban por los accesos a las fincas. De vez en cuando se veían algunas casas a tanta distancia de la carretera que parecían de juguete, pero no había seres humanos por ningún lado. Los campos de caña no se acababan nunca. Con kilómetros y kilómetros de caña a mis espaldas y otros tantos por delante, me detuve en una gasolinera y entré para comprar una Coca-Cola light, pero en aquel lugar no vendían ningún refresco edulcorado artificialmente.

Cerca del atracadero del lago Okeechobee, que se encuentra en un montículo, vi una señal que anunciaba un merendero en un paraje llamado Parque John Stretch. Me metí por allí para poder llegar a la parte elevada y ver el lago. Había seis taxis amarillos en la parte destinada a aparcamiento. Tres mujeres robustas, vestidas con saris de colores brillantes, subían trabajosamente por el sendero que conducía a la cumbre del montículo. En una zona techada enfrente del aparcamiento había unas veinte personas adultas y un montón de chiquillos correteando de un lado a otro. Algunos hombres preparaban las parrillas para la barbacoa y algunas mujeres preparaban las mesas para la comida. Todo el parque olía a comino. Trepé hasta el punto más alto y contemplé el enorme lago azul. Las tres mujeres robustas ya habían llegado a la cima y otras dos llegaron después que yo, subiéndose los saris un poco para no ensuciárselos. Cada vez que las

faldas volaban al viento, las lentejuelas con que estaban adornadas refulgían como puntitos luminosos. Todas miramos un rato la mancha azul del lago y luego descendimos juntas hasta la zona techada. Uno de los hombres que estaba preparando la parrilla me dijo que eran miembros de una gran familia paquistaní de Fort Lauderdale y que se habían reunido en aquel parque para comer todos juntos. Varios de los hombres de la familia eran taxistas en Fort Lauderdale y los taxis aparcados eran suyos. El de la barbacoa llevaba pantalones muy anchos, una camisa blanca y joyas grandes y brillantes. Mientras hablaba, iba dando la vuelta a unas hamburguesas que chisporroteaban sobre la parrilla.

–Son hamburguesas de cordero y chile –me explicó señalándolas con la espumadera–. Hamburguesas paquista níes. ¿Las ha probado alguna vez?

–Creo que no.

–Pues aquí tenemos un montón –me dijo–. ¿Por qué no se sienta con nosotros y las prueba?

Le dije que no podía quedarme porque ya iba muy justa de tiempo, lo cual pareció desilusionarle.

–Lo comprendo –dijo–. Hay mucha gente en Florida que tiene reparos ante nuestra comida.

Una vez pasado el Parque John Stretch, las carreteras atravesaban pueblos con nombres como Devil's Garden, Bean City, Citrus Center, Harlem y Flag Hole y bordeaban pantanos llamados Telegraph y Corkscrew, o lodazales como el Grassy y el Graham. El terreno era plano y liso como el mármol y se extendía sin una sola grieta hasta el horizonte. Mis ojos vagaban por la franja verde de la hierba y el cuenco azul del cielo y se posaban en un neumático abandonado, en un pájaro que emprendía el vuelo, en una vieja valla o en un barril oxidado. Apenas me crucé con algún coche ni vi ninguno por el espejo retrovisor durante todo el trayecto. Pasé junto a hectáreas y hectáreas sin cultivar y más allá seguía viendo más hectáreas y hectáreas sin cultivar. Por delante y por detrás de mí, la carretera vacía y, sobre mí, el cielo sin una nube. La inmensidad del mundo me hacía sentirme profundamente sola. El mundo es tan enorme que la gente se pierde en él. Existen demasiadas ideas, personas y cosas, existen demasiadas direcciones a las que ir. Empezaba a creer que la importancia de apasionarse por algo radica en que la pasión reduce el mundo a unas

dimensiones más manejables. Hace que el mundo no parezca tan enorme y vacío, sino un lugar lleno de posibilidades. Si yo hubiera sido un buscador de orquídeas, aquel espacio no me habría parecido un lugar vacío y desolador. Creo que lo hubiera visto como hectáreas y hectáreas de oportunidades esperando a que yo descubriese en ellas las cosas que amo.

A lo largo de todas las carreteras había cunetas poco profundas llenas de tierra, agua sucia y matojos de maleza. Parecía un lugar apropiado para caimanes. Cerca de una de las cunetas había una vieja valla publicitaria que ofrecía «¡CAIMA NES GARANTIZADOS!» a los turistas en grandes letras negras. Lo cual no era nada original, ya que en Florida los caimanes son tan comunes como los grillos. De hecho, todos los condados del estado tiene un Exterminador Oficial de caimanes al que se llama para que acabe con los reptiles cuando empieza a haber demasiados y pueden causar problemas. Durante mi último viaje al Fakahatchee me detuve en una gasolinera y, mientras estaba limpiando de insectos el parabrisas, cuatro crías de caimán cruzaron corriendo de una cuneta a otra, a veinticinco centímetros de mis pies. En aquel momento yo llevaba sandalias. Unos segundos más tarde ya me había puesto zapatos.

Antes de llegar a la carretera que conduce al Fakahatchee me detuve en una bifurcación para leer una señal. Yo me dirigía hacia la derecha. La señal indicaba hacia la izquierda: RESERVA SEMINOLA DEL BIG CYPRESS. ÁREA DE RECREO. SAFARI AL PANTANO BILLIE. ¡PASEOS EN BOTE! ¡CACERÍA DE JABALÍES! ¡TOURS ECOLÓGICOS! ¡RODEO EN EL BIG CYPRESS! El Billie anunciado en aquel safari era el jefe James E. Billie, cuya absolución en el caso de la pantera de Florida había inspirado las andanzas de Laroche. Los seminolas habían puesto en marcha el safari después de que el jefe Billie visitara una exótica reserva privada de caza mayor en Texas, donde lo pasó tan bien que pensó que su tribu debería contar también con una. Se pobló una zona de ochocientas hectáreas de la reserva del Big Cypress con gamos europeos, machos de antílopes negros de la India, ciervos de la China, ovejas corsas del Mediterráneo y oryx africanos de cuernos como cimitarras. Por el precio de mil dólares los turistas participaban en un safari guiado y podían llevarse a casa todos los animales que hubiesen matado. La protesta fue inmediata y rotunda. El jefe Bille le contó a un periodista que a los niños seminolas les insultaban en la escuela llamándoles asesinos de Bambis. Además, la tribu tuvo que construir unas vallas muy altas y muy caras alrededor de la zona del safari no para evitar que se escaparan los animales importados, sino para que no entraran en ella los animales nativos, pues las panteras y

los caimanes de Florida descubrieron que les encantaba el sabor de la carne exótica y mataron a docenas de los animales del safari durante las primeras semanas de su existencia. Al final, el jefe Billie comprendió que no merecía la pena tener que hacer frente a todos los problemas que estaba acarreando su idea y lo reconvirtió en un safari simplemente fotográfico. Laroche y el jefe Billie nunca se conocieron personalmente, pero sus historias tenían puntos en común: parece que a los dos les atraía meterse en líos y que tenían un talento innato para salir bien parados.

La carretera estatal 29 cruzaba el pueblo de Immokalee, pasaba por delante de Kuntry Kubbard, de una fábrica de Melon-Pac, de la planta de empaquetado de Citrus Belle, del rancho de ganado Brahma, por delante de naranjales y de la Institución Correccional Hendry. Más allá, todo era terreno salvaje a excepción de las señales de tráfico que advertían del paso de panteras, un par de cabañas y las pequeñas construcciones que conformaban la Cárcel del n.º 27 de Copeland Road. Junto a la cárcel había una tiendecita que parecía abandonada pero en cuya puerta vi a un hombre barriendo la entrada polvorienta, así que decidí probar suerte. Cuando salí de Palm Beach el termómetro marcaba veintiocho grados, pero ya había subido unos diez grados más y yo estaba desesperada por beber algo. La puerta de la tienda estaba encajada e hizo un ruido horrible cuando la empujé para abrirla. En el interior apenas había luz. Las maderas del suelo estaban todas levantadas. Los estantes estaban torcidos y en el refrigerador no había más que unas latas de refrescos, todas pegajosas, y unas botellas marrones de cerveza cubiertas de polvo. Dos mujeres bajas y fornidas estaban sentadas detrás de la caja registradora con una expresión agria en sus rostros. Compré una Coca-Cola y salí a bebérmela fuera, pero tenía un sabor raro y por un momento pensé que podía estar en mal estado, así que derramé el contenido en el suelo y volví a entrar para comprar alguna otra cosa. No vi nada que me gustase, pero me di cuenta de que había un contenedor de plástico con polos de frambuesa que me resultaron atractivos. Las mujeres me habían estado siguiendo con la mirada todo el rato. Ninguna se movió cuando saqué un polo y el monedero. Por fin la más gorda cogió el polo, le dio unas vueltas en la mano y acabó diciendo: «No, señora. No está a la venta.»

«Fakahatchee» es una palabra seminola que significa «río bifurcado» o «río de caza» o «río de enredaderas» o «río de arcilla» o «riachuelo de lodo». «Strand» es una palabra de la jerga local que se usa para referirse a una zona de bosque estrecha, larga y pantanosa. El Fakahatchee Strand es una cuña de terreno que contiene una docena

de franjas más pequeñas y una cadena de pequeños lagos unidos por canales naturales formados sobre el subsuelo calcáreo del sur de Florida y abastecidos por un sistema de drenaje de una longitud de noventa kilómetros, que baja desde el norte, desde el cenagal de Okaloacoochee y el río Caloosahatchee. El Fakahatchee es especial. Algunas pozas tienen más de treinta y cinco metros de profundidad. Pero la mayor parte del terreno es tan plano que en los puntos en que se eleva, aunque sólo sea tres o cuatro centímetros, el hábitat cambia completamente. Esa tierra más elevada conforma desde ciénagas de tierra blanda hasta terrones que se desmoronan. En esas superficies que emergen unos centímetros prenden los árboles e incluso forman grupos. Hay islas de cipreses, de robles, de pinos y montículos de palmeras reales. La altura determina el tipo de árboles que pueden congregarse en la elevación, dependiendo de la cantidad de agua que necesiten. Unos simples centímetros marcan la diferencia entre un grupo de mangles y un montículo de plátanos. Algunos de estos grupos están formados sólo por una docena de árboles, pero hay otros que congregan miles. Más de la mitad del terreno del Fakahatchee está poblada de árboles tropicales, pero en esencia se trata de un bosque de zona templada. Los dos entornos coexistentes ponen de relieve que en el Fakahatchee viven especies que habitualmente no se encuentran juntas; por ejemplo, es el único lugar del mundo en el que las palmeras reales, que son tropicales, y los cipreses, que son propios de regiones templadas, viven unos junto a otros. El montículo central de palmeras reales del Fakahatchee cuenta con tres mil ejemplares y es el montículo más grande y saneado del mundo con esas características. Las palmeras reales constituyen uno de sus tesoros. Son de un tipo muy raro, de inmenso tronco color gris cemento y con un penacho de hojas verdes y delgadas en la copa con forma de plumero y más de veinte metros de altura. Proceden de palmeras cubanas y están acostumbradas a los climas cálidos. El Fakahatchee es el punto más al norte en el que pueden vivir. Los exploradores comenzaron a mencionar las palmeras reales de esa zona a partir de 1860, pero no adquirieron fama hasta la década de 1920, cuando los dueños del Hipódromo de Hialeah, en Miami, trasplantaron algunos ejemplares del Fakahatchee a la zona central que circunda la pista de carreras. En el Fakahatchee también florecen las bromelias y en algunos de sus profundos cenagales todos los árboles están cargados de Guzmanias monostachias, un tipo de bromelia enorme, muy llamativa, con colores verde, marrón y rojo. Es la zona en la que se desarrolla el mayor número de variedades de orquídeas originarias de Norteamérica, entre las que hay once especies que no se hallan en ninguna otra parte.

Se trata de una zona que parece absolutamente salvaje, pero en realidad ha sido alterada por la mano del hombre. Se ha transformado y se ha invadido. Durante una época la gente limpió e intentó cultivar algunas de sus praderas húmedas plantando naranjos, pomelos, mandarinos, tomates, mangos y verduras de invierno. El pantano produjo pocos beneficios a los granjeros y, pasado el tiempo, éstos acabaron por marcharse, aunque dejaron allí su huella. Incluso hoy en día pueden verse bajo la hierba restos de los surcos de aquellos cultivos y algunos cítricos, azotados por los elementos, que han sobrevivido entre las palmeras y los cipreses. Las melaleucas, los pimenteros brasileños y los pinos australianos, todos ellos importados, se han introducido en el Strand y se han multiplicado. Del mismo modo lo han hecho los bagres, que han llegado hasta los lagos y se han quedado a vivir en ellos. Y también los armadillos, algunas de cuyas crías, que iban a utilizarse en los experimentos sobre la lepra en un hospital de Jacksonville, lograron escapar. Y lo mismo ocurrió durante una temporada con las vacas asilvestradas, que eran vacas que escaparon de los ranchos cercanos y vivían placenteramente en los pantanos hasta que el estado de Florida contrató en 1948 a unos cazadores para que acabaran con ellas. El mayor éxito que se ha dado en el Fakahatchee con animales no oriundos ha sido el de los cerdos. Los clubs de caza solían criar y engordar cerdos en las granjas locales, y luego los soltaban en el pantano para que los miembros del club se divirtieran siguiendo su rastro hasta matarlos. A algunos no se les dio caza jamás y se adaptaron a la vida del pantano. Hoy en día sus crías se reproducen sin cesar y han ido transformándose de inofensivos animales de granja en gigantescos y dañinos cerdos de los pantanos totalmente locos y salvajes.

El Fakahatchee sería inaccesible si no fuera por el Sendero Tamiami, carretera que une Fort Meyers con Miami cruzando el extremo sur de la reserva. Antes de su construcción, cruzar el Fakahatchee era una aventura plagada de obstáculos. En 1908 un viajero describió esa experiencia con las siguientes palabras: «Comenzamos el viaje en canoa, pero lo acabamos en un carro de bueyes. Remamos y nos bamboleamos a lo largo de trescientos kilómetros de lagos cubiertos de flores y atravesamos senderos cenagosos en los que perdíamos los mocasines. Fuimos en zigzag de un extremo a otro de los Everglades de Florida y nos arrastramos durante cinco días por franjas de tierra arenosa cubierta de pinos. Cruzamos praderas sumergidas y atravesamos las ciénagas del Big Cypress, pero no logramos alcanzar el gran lago del que nos separaban aún cuarenta kilómetros.»

El Sendero Tamiami logró abrirse tras dos intentos fallidos. El

primero fue en 1915, cuando una cuadrilla de obreros intentó atravesar el pantano pero fracasó. En 1923 un grupo que se autodenominaba los Abrecaminos comenzó la construcción desde Fort Meyers, afirmando que lograrían llegar al otro extremo. La mayoría de los veinticinco integrantes del grupo eran hombres de negocios que confiaban en que una buena carretera hasta Miami acabaría con el aislamiento comercial de la costa sudoeste. Creían que tardarían tres días en cubrir esa distancia. Pero, después de dos días, se esfumaron. Se supuso que habían sido capturados por los indios mikasuki que vivían en el pantano y consideraban a los Abrecaminos intrusos en sus tierras. Pero casi un mes más tarde aparecieron en un estado lamentable cerca de Miami. Hubo que esperar cinco años más hasta que una auténtica cuadrilla especializada en la construcción de carreteras lo consiguiera.

En 1947 la Compañía de Cipreses Lee Tidewater empezó a talar los cipreses del Fakahatchee. Para entrar en el Strand la compañía construyó docenas de funiculares a cincuenta metros uno de otro. Como tenían que estar elevados, se excavaba la tierra y se amontonaba formando un terraplén sobre el que se colocaban los rieles, lo cual significaba que cada funicular estaba rodeado de una especie de trinchera excavada. Todas esas trincheras se llenaron de agua. Parte procedía del agua de lluvia, pero en su mayoría era agua que se filtraba desde el pantano. Una vez construidos los funiculares e inundadas las trincheras, el nivel de agua del Fakahatchee descendió más de sesenta centímetros. Las cuadrillas de obreros iban y venían en pequeñas cabinas con motor. Cada vez que veían un ciprés ya maduro, lo talaban, lo serraban, lo arrastraban, lo levantaban con cadenas y lo transportaban hasta un aserradero de Perry (Florida) en el que se cortaba para fabricar paneles, tablones para los tejados, barriles y toneles para encurtidos. Los apuntaladores, leñadores, aserradores y arrastradores así como los componentes de las cuadrillas de transportadores vivían en tiendas de campaña al borde del pantano. Los leñadores eran en su mayoría seminolas. Los demás obreros eran negros y unos pocos eran blancos pendencieros. A algunos no les gustaba la vida en el pantano. Muchos de los aserradores afirmaban que se encontraban sin cesar con esqueletos en los bosques y hasta hubo algunos que abandonaron el trabajo porque decían que les daba pavor, a pesar de que con una paga de ochocientos dólares al mes resultaba un empleo muy lucrativo. De todos modos la empresa siguió adelante. Lee Tidewater sacaba del Fakahatchee cargamentos de millones de metros cúbicos de cipreses cada año.

En el año 1952 los cipreses del Fakahatchee casi habían desaparecido, así que Lee Tidewater cerró y abandonó la zona. En los

cinco años de tala los funiculares habían acabado con los bosques; las cunetas los habían desecado; los árboles habían aplastado los matorrales en su caída y el transporte de los troncos había abierto surcos largos y profundos en el suelo del pantano. Después de que Lee Tidewater se marchase, los agrimensores describieron el aspecto del Fakahatchee como «un infierno verde».

En 1966 Lee Tidewater vendió treinta mil hectáreas de tierra del Fakahatchee y sus alrededores. Los compradores fueron dos hermanos, Julius y Leonard Rosen, que fundaron una compañía con el nombre de Gulf American Corporation. Habían nacido en Baltimore y empezaron vendiendo pucheros y sartenes, pero a finales de la década de 1940 inventaron un champú de fabricación casera que denominaron Fórmula n.º 9 y del que decían que devolvía el pelo a los calvos. Empezaron a promocionarlo por televisión con anuncios que duraban entre cinco y treinta minutos. Fue una de las primeras campañas publicitarias de la historia de la televisión. El principal ingrediente del champú era la lanolina. La mayoría de los anuncios empezaban con Leonard Rosen encomiando las virtudes de la lanolina y diciendo «¿Ha visto usted alguna vez una oveja calva?» Los Rosen amasaron una fortuna con su Fórmula n.º 9 y, lo que es más importante aún, descubrieron lo fácil que era lanzar un producto al mercado masivo. Se asociaron con Milt Mendelsohn, que se dedicaba al negocio inmobiliario, quien les convenció de que la tierra podía lanzarse al mercado igual que se había hecho con el champú para calvos. Mendelsohn, como los Rosen, era un innovador. Había sembrado Florida de vallas publicitarias que decían: TERRENOS EN FLORIDA, 10 DÓLARES DE ENTRADA Y 10 DÓLARES AL MES. Gracias a ese método había vendido cientos de parcelas a un precio exagerado. Los Rosen decidieron asociarse con Mendelsohn para emprender una aventura similar. Leonard y Mendelsohn sobrevolaron el sur de Florida en busca de terrenos vacíos que pudieran comprar y vender. Cape Coral fue su primer proyecto. Se trataba de una península de 290 kilómetros cuadrados rodeada por el golfo de México y el río Caloosahatchee. Trazaron 138.000 parcelas y pavimentaron 3.000 kilómetros de carreteras, pero no planificaron escuelas ni tiendas ni abastecimiento de agua ni alcantarillado ni vertederos, aunque construyeron los Jardines de Cape Coral, una atracción turística cuyo principal reclamo era un estanque con marsopas, el Jardín de los Patriotas con los bustos de todos los presidentes de los Estados Unidos y una fuente que se llamaba El Vals de las Aguas, con chorros de agua que llegaban hasta una altura de veinticinco metros.

Durante la época en que los Rosen fueron los propietarios sólo se vendió un 25% de Cape Coral y sus jardines pronto fueron

abandonados, quedando reducidos a un montón de basura, aunque aquella experiencia les sirvió a los hermanos Rosen para amasar una inmensa fortuna y seguir comercializando la tierra de Florida. Llegaron a un acuerdo con la Compañía de Cipreses Lee Tidewater y se lanzaron a urbanizar la zona desertizada de la costa sudoeste que abarcaba la propiedad de Lee Tidewater y lo que hoy en día se conoce como el pantano del Big Cypress. En realidad, los Rosen nunca fueron propietarios de la mayor parte de la tierra que vendían (sólo compraban una porción y conseguían opciones de compra sobre el resto), pero se anunciaban como «los mayores agentes de compraventa de terrenos del mundo».

La Gulf American desecó tierras mediante la construcción de una red de canales de trescientos kilómetros. No resultó fácil: a diferencia de Cape Coral, que era básicamente un terreno arenoso, la propiedad de Lee Tidewater era pantanosa y con un sustrato de roca que no podía modificarse si no era dinamitándola. Luego la tierra fue medida por especialistas, subdividida en parcelas y se cubrió con una red de quinientos kilómetros de carreteras que recorrían todo aquel pantano desecado. El nivel freático bajó cuatro metros. Desprovisto de agua, el pantano pasó de ser una llanura cubierta de hierba y cipreses a presentar un ecosistema propio de las tierras altas, con monte bajo, árboles enclenques y especies invasoras de gran resistencia, como el pimentero brasileño. Los Rosen bautizaron una zona con el nombre de Propiedades Golden Gate y otra con el de Rancho Remuda. Cerca de Golden Gate la American Gulf construyó un hotel de doscientas habitaciones y un aeródromo. Pero no se construyó casa alguna ni en Golden Gate ni en el Rancho Remuda, aunque no era ésa la idea que uno sacaba de la lectura de sus folletos:

Vaya donde vaya encontrará en todo el vasto territorio de la Gulf American el ambiente selecto, atractivo y delicioso de un paraíso para gente acomodada al alcance de cualquier bolsillo.

Hermosas casas construidas a lo largo de amplias avenidas y bulevares. Lo que más llama la atención es que las casas de Golden Gate, al igual que la propia urbanización, se han creado y construido adaptándose a los ingresos de las familias de renta media.

Allí podrá visitar el Club de Campo del Golden Gate y disfrutar de un merecido descanso… Es uno de los clubs más selectos y tiene un campo de golf profesional, sede de importantes torneos. Podrá cenar en el Country Squire o en el elegante Le Petit Gourmet, o tomar una copa en la intimidad del Salón Beau Brummel. Podrá alojarse en el

Golden Gate Inn, un hotel de gran belleza. Podrá nadar, remar, pescar, jugar al tenis o participar en una amplia variedad de eventos sociales. En Golden Gate se ofrece un modo de vida enteramente nuevo y maravilloso.

El Rancho Remuda ofrece construcciones elegantes de estilo mediterráneo que se levantan sobre la línea del horizonte como castillos españoles..., ¡aunque ni siquiera en los de la famosa meseta española puede encontrarse tal calidad de vida!

De las dos propiedades la mayor era la de Golden Gate. Si la Gulf American hubiera llevado el proyecto a cabo, habría sido la mayor urbanización del mundo.

La Gulf American ofrecía terrenos de dos hectáreas que costaban mil doscientos cincuenta dólares y que podían pagarse a razón de diez dólares al mes. En el anuncio constaba que los terrenos daban a los lagos y tenían salida en barco al Golfo de México, cosa que no era cierta, a menos que se fuese remando hasta el golfo por la red de canales de drenaje. Los Rosen querían atraer a aquella gente que tenía pocas oportunidades de ir a inspeccionar el terreno antes de comprarlo, de tal manera que no pudieran comprobar lo lejos del agua que estaba realmente el terreno. El perfil del perfecto cliente de la Gulf American era una persona que no tuviera demasiado dinero, que viviera lejos de Florida, que fuera miembro de las fuerzas armadas destinado en el extranjero y, al regresar, pudiera beneficiarse de las hipotecas especiales para soldados profesionales o, simplemente, que fuese un soñador. Para atraer a esos posibles clientes la Gulf American había establecido una amplia serie de tácticas de venta. Regalaban casas en El precio justo. Abrieron oficinas de venta por todo el país y enviaron millones de invitaciones para «cenas informativas» a las que solía acudir alguna estrella deportiva o celebridad local. Algunas invitaciones daban a entender que la cena era para celebrar el aniversario de bodas, el cumpleaños o el ascenso profesional de aquellos que las recibían. Las invitaciones que se enviaban a los soldados decían que la Gulf American estaba afiliada a las Fuerzas Armadas estadounidenses. Aquellas cenas solían empezar con una película sobre la belleza y los precios asequibles de los terrenos de Golden Gate y sugerían que lo inteligente sería que el cliente comprase una parcela para construir la casa de sus sueños y algunas parcelas más como inversión. Según ellos, el valor de la tierra se iba a poner por las nubes gracias a la cercanía de Disney World y a los proyectos de construcción de aeropuertos y autopistas en la zona, o

sea que, en pocos años, los clientes podrían vender las parcelas obteniendo un gran beneficio. Incluso proporcionaban a los clientes más ambiciosos folletos informativos titulados Cómo obtener dinero de los terrenos de Florida o El camino hacia un próspero futuro.

Después de la cena un vendedor se sentaba junto a cada cliente y empezaba a trabajar con aire de tener mucha prisa. Decía que los precios de los terrenos aumentaban día a día y que muy pronto resultaría imposible comprar un terreno en Florida. La Gulf American se comprometía a llevar gratis en avión hasta allí a todo aquel que comprara una parcela durante la cena y a correr con todos los gastos de su estancia en el Hotel Gulf American. Cuando algún asistente a una de esas cenas se decidía a comprar, el vendedor que le había sido asignado se ponía de pie y gritaba: «¡La parcela número veintitrés está vendida!» También había personas contratadas por la compañía que, de vez en cuando, se ponían de pie y decían: «¡He comprado una!» Si alguien estaba interesado en una parcela pero no acababa de decidirse, el vendedor le ofrecía la posibilidad de reservársela mientras lo pensaba, pero minutos más tarde el encargado gritaba: «¡No puedo seguir manteniendo esa reserva!», lo cual forzaba al cliente a tomar una decisión de inmediato.

No todos los compradores hacían el viaje gratis a Florida. Algunos se sentían suficientemente satisfechos con haber visto la película y firmaban el contrato. Decidían que ya verían su parcela cuando estuviesen a punto de jubilarse y fuesen a disfrutarla. Los que sí hicieron el viaje gratis a Florida sobrevolaron los pantanos en una ruidosa avioneta acompañados por un vendedor que sacaba medio cuerpo fuera y lanzaba un saco de cinco kilos de harina para marcar la parcela de su cliente. Si éste veía otra parcela que le gustaba, el vendedor lanzaba otro saco de harina sobre ella. También había vendedores que llevaban al posible comprador en coche hasta el extremo más lejano del pantano y le amenazaban con que o firmaba el contrato o tenía que volverse por sus propios medios. Las habitaciones del Hotel Gulf American estaban plagadas de micrófonos ocultos, de modo que los vendedores podían escuchar las conversaciones de los clientes dubitativos y adaptar sus técnicas de venta a los problemas específicos de cada cliente. La Gulf American comercializó sus tierras desde mediados de la década de 1950 hasta 1970. Los bajos precios de la tierra, la posibilidad de vivir en la cálida Florida y la promesa de la buena vida que allí se llevaba ejercían una atracción fatal. Cuarenta y seis mil personas sobrevolaron el pantano y lanzaron un saco de harina sobre su parcela favorita. Se vendieron más de 180.000 hectáreas de terreno. La inversión inicial de los Rosen en Cape Coral había sido de 125.000 dólares. En pocos años el valor de su compañía

ascendía a 450 millones de dólares.

Nunca llegaron a construirse los elegantes edificios mediterráneos ni el Hotel Golden Gate Inn ni el restaurante Le Petit Gourmet. Puede que se levantaran unas treinta casas. La tierra estaba anegada, carecía de accesos, de tendido eléctrico y telefónico, estaba infestada de insectos, era arenosa y hostil. La tienda más cercana estaba a dieciséis kilómetros y el hospital más cercano a treinta y dos kilómetros. A pesar de todos los canales de drenaje, la mayor parte de la tierra estaba anegada seis u ocho meses al año, y cuando no era así, estaba tan seca que podía arder como el papel. Estar en Golden Gate era como estar en el fin del mundo, un lugar lúgubre y remoto, un entramado de calles que no conducían a ninguna parte y de casas que jamás llegaron a construirse. En una demanda interpuesta en 1970 contra la Gulf American, un cliente desengañado alegaba que la compañía le había prometido que la parcela que había comprado se hallaba en la futura zona de ensanche de la ciudad de Naples y eso significaba que su valor se incrementaría y que él lograría venderla en pocos años obteniendo «una fortuna». En su informe el juez dictaminó: «En realidad el terreno no se halla en la futura zona de ensanche de la ciudad de Naples, sino en el pantano del Big Cypress.» Y según la orden aprobada en 1974 por la Comisión Federal de Comercio: «Golden Gate no es una urbanización construida. Consiste primordialmente en parcelas vacías y sus instalaciones comerciales y turísticas son insuficientes e inadecuadas. Cuenta con muy pocos servicios públicos.»

La tierra de Florida es de una fertilidad inusitada. Una de las cosas que siempre ha crecido estupendamente son sus proyectos inmobiliarios. Hasta mediada la década de 1950 el estado ni siquiera había regulado la venta de tierras a gran escala. Por lo general existe la creencia de que el chanchullo inmobiliario ya había comenzado en Florida en 1824. Aquel año le fue regalada al general Lafayette una extensión de tierra cerca de Tallahassee por la ayuda prestada a la Revolución. Todo el mundo supuso que se la vendería a los granjeros locales, y así lo hizo. Pero pidió un precio que, por lo menos, era el doble de su valor real. En la década de 1830 un neoyorquino llamado Peter Sken ofrecía tierras cercanas a San Agustín «cubiertas de auténtica hierba de Florida». Logró que aquello sonara tan extraño y maravilloso que vendió cientos de hectáreas a pesar del hecho de no ser el propietario de la tierra que vendía. Después le tocó el turno a John Whitney, que vendió parcelas pantanosas a gente del norte después de asegurarles que en Florida «no hay muchos insectos y los que hay no causan problemas». Y después, a Hamilton Disston, que en

la década de 1880 vendió parcelas sumergidas bajo el agua en la zona de los Everglades y más tarde, cuando su proyecto se vino abajo, se suicidó de un disparo en la bañera. Y también tenemos a Richard Bolles, que comercializó sus parcelas sumergidas al final del siglo XIX con el lema de «Una buena inversión es mejor que una vida entera de trabajo». Y a Barron Collier, que se hizo con medio millón de hectáreas de una zona pantanosa con arbustos cercana al Fakahatchee y se lanzó a construir una réplica de París. Y a Charles Rodes, que como pensaba que no había suficientes terrenos de categoría para vender a la orilla de los lagos, construyó en 1920 unas lenguas de tierra artificiales que se adentraban en el agua y las vendió como propiedades en primera línea y después también construyó canales bastante anchos y vendió las tierras adyacentes como propiedades a la orilla del agua, práctica que acabó por conocerse como «creación de lenguas de tierra». Y, por supuesto, no hay que olvidar a Carl Fisher, un magnate de la industria automovilística de Detroit, que llegó a Florida nada más finalizar la Primera Guerra Mundial y vertió dos millones y medio de metros cúbicos de arena en una extensión de manglares y creó Miami Beach.

Los chanchullos y los proyectos inmobiliarios florecen porque la tierra de Florida no es como la de otros sitios. La razón es muy simple: la tierra de Florida es elástica. Se puede ampliar. La península de Florida ha sido la última zona de Norteamérica en emerger del océano. La mayor parte está todavía asentándose y hay zonas –los pantanos, las ciénagas y las tierras húmedas– que todavía no han acabado de aflorar. Con un cargamento de tierra y algunos canales se puede desecar un pantano a medio emerger y obtener una nueva parcela de tierra. Es cierto que la zona pantanosa de Florida puede transformarse en terrenos edificables. Gran parte del territorio del estado se ha conseguido gracias al trabajo del hombre. En 1850 un informe estatal estimaba que dos tercios de Florida estaban constituidos por tierras anegadas no aptas para la urbanización ni para el cultivo. Desde entonces se ha desecado un 75% de esas tierras anegadas y la mayor parte de esos terrenos ya están urbanizados o forman parte de proyectos de urbanización. En Florida hay más solares vacíos que en ningún otro estado. Actualmente existen dos millones de parcelas sin construir dentro de dos mil seiscientas fincas, la mayoría en tierras que no eran tierra hasta que alguien las desecó. Si todos esos terrenos disponibles se llegasen a edificar, la población del estado podría alcanzar los noventa y un millones de personas.

Lo que más atrae la atención en Florida no es la cantidad de tierra en constante aumento, sino la calidad que esa tierra representa. En el siglo XIX la agricultura era la actividad dominante de la economía

americana y Florida era el sueño de todos los granjeros estadounidenses por los bajos precios de la tierra y por el clima, que permitía contar con diez meses favorables para la agricultura. Al comenzar el siglo XX, a los estadounidenses les empezó a importar menos la agricultura y más «la buena vida» y Florida se adaptó a ese cambio. Seguía siendo el sueño de los granjeros, pero además también empezó a representar el sueño de la clase media, un lugar en el que encontrar buen clima, salud y ocio. Florida no era un sitio sucio, industrial, conservador ni cerrado. No estaba reseco ni era árido como el desierto, sino frondoso y fértil. Parecía nuevo y tenía aspecto de nuevo con toda aquella tierra recientemente conseguida y todas aquellas vallas publicitarias que anunciaban nuevas urbanizaciones y con toda aquella arena recién dragada y añadida a las playas. Florida significaba para los estadounidenses lo que Estados Unidos había sido para el resto del mundo: un lugar nuevo, libre y sin contaminar donde comenzar una nueva vida.

Florida es un lugar tropical, cálido y húmedo, sin características esenciales y, por lo tanto, transformable ad infinitum. Es tan dócil como alguien hipnotizado. Sus características esenciales se pueden reinventar una y otra vez La capa superior de la tierra que cubre el suelo de los Everglades, contaminada por los obstinados pimenteros brasileños, está siendo retirada para poder acabar con esos árboles invasores y después, una vez estéril, se va a apilar, a cubrir con nieve artificial y a convertir en una estación de esquí. Cualquiera de las zonas frescas y húmedas de los pantanos que tienen cipreses puede ser desecada y convertida en una finca que, a su vez, puede transformarse en un pueblo como los de la Toscana o como los de Nueva Inglaterra. Esa imitación de un pueblo toscano o de la ciudad de Vermont puede llenarse de gente procedente de Nueva York, Chicago o Haití, reconvertidos en «floridianos». La vasta planicie de Florida no se impone sobre la gente, y por eso la gente puede imponerle cualquiera de sus sueños.

En 1967 la Gulf American fue declarada culpable por «la utilización de métodos ilícitos, deshonestos, engañosos y falsos» en la venta de terrenos en Florida. Al año siguiente Leonard Rosen vendió la Gulf American a una financiera de Pensilvania que se llamaba GAC Corporation, de la que él y su hermano recibieron acciones por valor de sesenta y tres millones de dólares. Pasado el tiempo, Leonard abrió otro negocio inmobiliario para vender el páramo desértico de Nevada a inversores alemanes. En 1977 se le acusó de fraude fiscal, y el gran jurado investigó las cuentas secretas que tenía en el extranjero. No impugnó la sentencia y tuvo que pagar una multa de cinco mil dólares

y permanecer tres años en libertad condicional.

La GAC Corporation había dado a los Rosen acciones por valor de, al menos, 115 millones de dólares por la adquisición de la Gulf American, cuyas propiedades siguió comercializando hasta 1975. Para entonces su deuda se elevaba a 350 millones de dólares. La consiguiente bancarrota se produjo trece años más tarde y se considera la mayor y más compleja de las reorganizaciones en la historia corporativa de Florida. Fue un caso en el que estaban implicados más de nueve mil acreedores, veintisiete mil propietarios de parcelas y doscientas mil hectáreas de tierra. Tras la bancarrota, el hotel Gulf American se vendió a un grupo de quiroprácticos que tardó poco en sumirse también en la bancarrota. Después de eso se vendió a una compañía sudamericana denominada International Wholesale Products of Hollywood cuyos guardas de seguridad utilizaron el hotel para almacenar fardos de marihuana. El aeródromo que la Gulf American había utilizado para llevar a posibles compradores empezó a usarse como pista de aterrizaje para aviones en los que se transportaba la droga.

Como parte del acuerdo compensatorio por los terrenos que había destruido en Cape Coral, la GAC tuvo que donar unas cuatro mil hectáreas del Fakahatchee al estado de Florida. Fue entonces cuando el estado comenzó a comprar, hectárea a hectárea, las parcelas que los particulares habían comprado a la Gulf American. Con el tiempo esa tierra se convirtió en la Reserva Estatal del Fakahatchee Strand. Todavía hoy el estado continúa comprando a particulares miles y miles de parcelas que se hallan dentro de la reserva, aunque la mayoría de ellas no llegan a una hectárea, pertenecen a miles de propietarios y cada una de las compraventas requiere una negociación lenta con alguien que normalmente vive lejos. El proyecto para la adquisición se encuadra dentro del programa de conservación territorial más complejo, controvertido y lleno de pleitos de Florida. Un centenar de familias llegaron a instalarse en la urbanización Golden Gate. Viven en casas aisladas que carecen de teléfono, electricidad y agua corriente, y las parcelas vacías que existen a su alrededor se van reconvirtiendo lentamente en zonas pantanosas. Es probable que muchas de las personas que compraron tierras en Golden Gate jamás las hayan visitado y, la mayor parte, se alegró de librarse de ellas tan pronto como el estado ofreció comprárselas. Vivir en Golden Gate es sólo para individuos muy independientes. Muchos de esos individuos se han opuesto firmemente a los planes estatales de adquisición. Hace poco uno de los habitantes de la urbanización se nombró a sí mismo presidente y director de investigación del Comité para el Desarrollo de Propietarios del Condado de East Collier. El lema

de ese comité era: «Dios prometió que mataría con su espada a los funcionarios que arrebatasen la tierra a viudas y huérfanos.»

El trazado de las calles de Golden Gate aún se mantiene. Actualmente la gente las utiliza para organizar carreras, verter basura, aterrizar en avionetas cargadas de droga y esconder productos de contrabando. Y ahora que el pantano está volviendo a invadir las tierras, también se dedican a cazar osos y panteras y a pescar en los canales de drenaje. La mitad de las llamadas de emergencia a los bomberos del condado de Collier son para avisar de incendios que se producen en las antiguas tierras de la Gulf American. Algunos de esos incendios están causados por los rayos que caen durante las tormentas, y el resto, por lo que se denomina «los rayos de los cazadores», que son los fuegos provocados por los cazadores para quemar alguna zona de bosque y que en ella crezca hierba nueva que atraiga a los ciervos. El único camino para internarse por la zona desde la autopista es una carreterilla mal señalada que se llama Miller Road Extension. El condado de Collier no se ocupa de su mantenimiento, por lo que, abandonada a su suerte, lo normal sería que pronto la cubrieran las hierbas y los arbustos o la basura que se acumula debajo de ellos. Pero, desde hace años, algún desconocido llega todos los meses con un bulldozer o una apisonadora y la limpia, aplasta las plantas que la invaden y arrastra la basura hacia los lados. A ese bulldozer anónimo se le conoce como la Apisonadora Fantasma. La propiedad que limpia la Apisonadora Fantasma ya no se denomina Golden Gate ni Rancho Remuda. Hoy en día se conoce oficialmente como la Parcela 197 del condado de Collier y la gente que vive en sus alrededores la llama simplemente Los Bloques.

Me reuní con Mike Owen, el guarda forestal, en el cuartel general del Fakahatchee Strand y, antes de ir a ver las orquí deas robadas, dimos una vuelta por Los Bloques. Las carreteras estaban cubiertas de tierra y resquebrajadas por el calor. A ambos lados, los hierbajos formaban un muro que llegaba hasta la cintura y que impedía ver qué había detrás. Los Bloques eran rectos y cuadrados, como los de un auténtico suburbio urbano, y las calles eran amplias y blancas, igual que las calles de una urbanización, y en algunos de los cruces había semáforos, pla cas con nombres de calles y señales de stop que asomaban entre marañas de pinos, hierbas y hiedras venenosas. Conducir por Los Bloques no era como conducir a través de la selva sino como recorrer un suburbio del que se han esfumado todas las casas y toda la gente. De vez en cuando pasábamos por delante de un espacio de hierba segada en medio de la maleza que, probablemente, era el arranque de lo que debió de ser el camino de entrada a alguna

casa. Alguno de esos claros estaba salpicado de basura, viejas neveras oxidadas y sin puerta, un montón de neumáticos, una silla de jardín. En uno de ellos vi una camioneta que parecía en buen estado. Estaba cargada con una docena de cajas para la cría de abejas, pero no se veía a ningún apicultor en las cercanías. A lo lejos, en la línea del horizonte, algunos kilómetros calle abajo, vi un resplandor que se fue convirtiendo en un punto. El punto se hizo más grande y luego se transformó en un sedán negro que parecía crecer en vez de desplazarse. Un segundo más tarde ya estaba ante nosotros y un segundo después había pasado de largo y la carretera había vuelto a quedarse vacía. Era espeluznante aquello de no ver ningún coche ni ninguna persona, pero más espeluznante aún era acabar viendo uno. Era como un intruso importunando a otro intruso. Abrí la ventanilla y saqué la cabeza. Sólo se oían unos pocos sonidos y amplificados: el traqueteo del coche del guarda forestal, el zumbido de insectos invisibles, el silbido de algún pájaro. Era una tranquilidad inquietante y todo el lugar destilaba una sensación de vacío atestado de cosas. Era más fantasmal que un pueblo fantasma. En un pueblo fantasma lo único que falta es la gente. Allí también faltaban los edificios. No parecía un lugar lleno de paz en el que nunca sucedía nada, estaba repleto de sensaciones de millones de cosas planificadas que nunca habían llegado a realizarse.

Sobre un conducto que había encima de un canal de drenaje un hombre colocaba cañas de pescar, una al lado de otra, y junto a él un niño en cuclillas metía el brazo en un cubo con carnada. El guarda forestal aminoró la marcha al pasar junto a ellos y bajó la ventanilla:

–Hace mucho calor por aquí –le dijo al hombre. Del capó del coche ascendían oleadas de vapor.

–Sí, señor, mucho calor –contestó el hombre asintiendo con la cabeza. El niño se puso de pie y nos saludó con la mano llena de lombrices.

En la siguiente esquina el guarda forestal giró para regresar a la oficina central. Todas las señales de stop ante las que nos deteníamos estaban plagadas de docenas de agujeros de perdigones. Tras pasar un par de bloques adelantamos a un Ford Bronco. El conductor era un hombre grande con una barba negra muy larga. Detuvo su coche y saludó al guarda. Llevaba pantalones de color caqui y un cinturón con una hebilla reluciente, pero no llevaba camisa. Tenía la frente y el cuello empapados de sudor y su pecho parecía una masa húmeda hinchada hecha con levadura. Le contó al guarda que acababa de ver un oso negro perseguido por dos perros de caza y a un hombre que

llevaba un rifle. Mientras el barbudo estuvo hablando, el guarda no quitaba la mano de su arma. Tomó luego unas notas y preguntó:

–¿Y dónde dice que ha visto al oso?

El tipo se tiró de la barba e hizo una mueca como de estar pensando. Pasados unos instantes dijo:

–Honradamente, es bastante difícil precisar en esta jungla, pero creo que era en la intersección entre la calle Stewart y la De Soto.

Resultaba muy raro oír decir a alguien nombres de calles tan comunes para describir un punto del pantano por el que corría un oso. Pero resultaba aún más raro pensar que, años atrás, aquel punto podía haber sido la dirección de una persona.

Volvimos al cuartel general de la reserva y me preparé para adentrarme a pie en los pantanos. La primera vez que entré en el Fakahatchee no sabía qué ropa llevar. Sólo sabía que tenía que cubrirme la mayor parte posible del cuerpo, pero sin asfixiarme. Me decidí por una camisa de manga larga, unos leotardos de algodón y lycra, unos calcetines altos y unas zapatillas de deporte baratas. Aquel atuendo funcionaba bastante bien pero duraba poco. Al volver a la oficina de los guardas forestales, una vez acabada la excursión de aquel día, saqué alguna ropa de repuesto que llevaba en el coche, corrí hasta el lavabo, me estuve lavando la cara durante unos diez minutos y después me fui desprendiendo de mi atuendo y lo tiré todo a la basura. La camisa estaba empapada de repelente contra insectos y crema para el sol y los leotardos estaban rígidos de tanto barro. Las zapatillas y los calcetines estaban negros del limo que se me había adherido al atravesar las charcas. Me sentí tan feliz de desprenderme de todo aquello que no se me ocurrió nada mejor que tirarlo al cubo de la basura. En el camino de vuelta al hotel me detuve en Kmart y me aprovisioné de camisas de manga larga, zapatillas y leotardos baratos para utilizarlos en mis futuras incursiones al Fakahatchee. Cuando regresé a Nueva York y comentaba con la gente mis excursiones, todo el mundo me preguntaba qué ropa me ponía para ir a los pantanos, y parecían sorprendidos cuando les describía mi atuendo. Supongo que pensaban que habría utilizado ropa más resistente y que me protegiera más. Sería maravilloso poder caminar por los pantanos con un atuendo que te diera seguridad, como unas botas altas para pescar de esas que llegan hasta la cintura o un traje de neopreno desde el cuello hasta los pies, pero si uno los utilizase en esa zona moriría achicharrado de calor. Y si a uno se le llenasen las botas de agua, no sólo moriría achicharrado sino que también moriría

ahogado. Lo que se pone algún guarda forestal del Fakahatchee para recorrer los pantanos, además de su uniforme, son botas de cuero normales. Pero yo prefería las zapatillas de deporte a las botas porque, aunque éstas parezcan más seguras y resistentes, pensaba que llevando zapatillas notaría mejor si había caimanes en las charcas que cruzaba. Era un consejo que me había dado Laroche, pero cuando tuve que cruzar una charca por primera vez, caí en la cuenta de que no me había explicado qué había que hacer si realmente me encontraba con un caimán. La verdad es que los pantanos son un sitio en el que, por más cubierta que fuese, siempre me sentía desnuda. El agua estaba helada, los mosquitos se me colaban por las mangas de la camisa y por el cuello, todas las plantas con espinas se me enganchaban en los leotardos y el barro mezclado con arena de las charcas me atravesaba calcetines y zapatillas y se me pegaba a los tobillos y entre los dedos de los pies. Tenía picaduras de mosquito en el abdomen y en la cara y, hacia el final de mi primera excursión, me encontraba tan extenuada y nerviosa que tuve un ataque de urticaria por primera vez en mi vida.

Mike Owen, el guarda que me había acompañado a Los Bloques, iba a dejarme cerca del gran lago donde las orquídeas de Laroche habían sido devueltas a los árboles. Me dijo que no se internaría en el pantano conmigo sino que, como tenía otras cosas que hacer, me acompañaría Katherine, otra guarda forestal que estaba cerca del lago. También me dijo que era posible que Katherine estuviera acompañada por algunos trabajadores voluntarios que vendrían con nosotros a ver las orquídeas robadas. Después de cambiarme de ropa y ponerme la de ir al pantano, bajamos unos tres kilómetros por la única carretera que llegaba al Fakahatchee. Para mí todo el recorrido era igual: una masa profusa, verde e impenetrable. Después de unos minutos nos detuvimos y aparcamos en un lugar de aspecto también profuso, verde e impenetrable. Poco más tarde, de entre la jungla, surgió Katherine. Era de complexión fuerte, y tenía las mejillas sonrosadas y un cabello castaño rizado que formaba como un halo alrededor de su cabeza. Llevaba el uniforme de guarda empapado hasta la cintura. Detrás de ella iban dos hombres enormes; eran los hombres más grandes que he visto en toda mi vida. En una ocasión había leído que el Hombre Mono, que se supone que vive en el Fakahatchee, medía dos metros de alto y pesaba trescientos kilos. Aquellos hombres enormes llevaban uniformes de presidiario de color beige y unos trapos atados cubriéndoles el pelo. «Venga, acompáñanos», me dijo la guarda, haciéndome un gesto con la mano. Mike Owen me dijo que nos veríamos más tarde, se subió al coche y se fue.

Abandoné el arcén de la carretera y me interné en el pantano sin pensarlo dos veces; si lo llego a pensar, puede que no lo hubiese

hecho, ya que abandonar la tierra firme para meterme en un agua negra y profunda es algo que sólo puedo hacer si no lo pienso demasiado. Me hundí hasta las rodillas y luego más arriba todavía. Las hierbas y ramitas que flotaban en la superficie acuosa se me enredaban entre las piernas. El limo del fondo estaba blando pero la sensación que producía no era agradable. Parecía la masa que forman los cereales que llevan demasiado rato en un cuenco de leche. La guarda forestal empezó a caminar a toda prisa y los demás la seguimos en fila india, primero yo, después el gigante n.º 1 y después el gigante n.º 2. Katherine nos dijo que las orquídeas estaban en un lago que podíamos atravesar andando porque no era tan profundo como otros del Fakahatchee. El lago Deep, por ejemplo, tiene una profundidad de treinta metros. Fuimos caminando durante unos diez minutos hasta un lugar donde había un claro entre la maleza. Habíamos llegado al lago. En el centro había algunos manzanos y Katherine me hizo señas para que me acercara y viera las orquídeas que ella misma había colocado sobre los árboles. Había bastantes ramas cortadas amarradas al árbol con alambres. Laroche se había llevado las orquídeas cortando las ramas a las que estaban adheridas porque no quiso correr el riesgo de dañarlas al arrancarlas. Los guardas las habían vuelto a llevar al pantano, tras haberlas fotografiado como prueba del robo, y habían atado con alambre las ramas a las que estaban adheridas las plantas en los manzanos del lago. Las habían distribuido por diferentes rincones del pantano. Allí había dos orquídeas almeja, una orquídea mariposa y otra fantasma. Ninguna tenía flor. No eran más que unas pequeñas marañas de raíces y pseudobulbos con forma almendrada. Todas tenían unas hojas afiladas de color verde claro, menos la orquídea fantasma, que no tenía hoja alguna. Las ramas cortadas estaban sujetas a los árboles con varias vueltas de alambre para mayor seguridad. Era un invento de aspecto demencial, pero por lo menos las orquídeas no habían muerto.

Para conseguir una buena vista de las orquídeas tuve que caminar desde donde el agua me llegaba por los muslos hasta donde me llegaba a la cintura e incluso más arriba. En aquel momento recordé un párrafo del Plan Estratégico sobre el Fakahatchee que dice: «La reserva atrae a visitantes que sienten inclinación por las zonas absolutamente salvajes, gente que disfruta con las caminatas agotadoras y no se muestra reacia a adentrarse en el agua de la ciénaga aunque le llegue hasta la cadera.» Cuando los cuatro nos reunimos junto al árbol, la guarda forestal me presentó a los gigantes y me dijo que eran reclusos que tomaban parte en un programa de trabajo fuera de la Cárcel de Copeland Road, que estaba junto a la carretera y por delante de la que había pasado con el coche. Los dos

eran tímidos y hablaban con voz muy baja y entre dientes. Tras las presentaciones me di cuenta de que llevaban machetes de medio metro de largo. No sé cómo no me había dado cuenta antes, tal vez fue porque ellos habían ido caminando detrás de mí casi todo el rato. La verdad es que me desagrada enormemente ir de paseo con unos delincuentes que llevan machetes. Nos quedamos un rato en el lago y de cuando en cuando uno u otro y a veces los dos levantaban el machete y lo golpeaban contra el agua con gesto de aprensión o de terror. La velocidad con que lo hacían era tremenda y el sonido de los machetes al golpear el agua era como el de una bofetada. La guarda se acercó y me dijo bajito que se los había dado porque los dos sentían pavor ante la posibilidad de encontrarse con una serpiente y se habían negado a internarse en el pantano sin protección. Después de darles los machetes accedieron a ir, pero, incluso fuertemente armados, saltaban como conejos y mantenían las manos rígidas muy por encima del agua. Cada vez que una burbuja ascendía a la superficie del lago o una hoja caía de un árbol o un pájaro lanzaba un trino, a los gigantes y a mí nos entraba pánico. Cuando a mí me entra pánico me quedo helada. Cuando le entraba a uno de los gigantes daba un salto nervioso y, a continuación, el otro también daba un salto nervioso y el agua que desplazaban con su enorme peso formaba suaves olas que cruzaban el lago. El agua negra y fría me golpeaba el ombligo cada vez que daban uno de aquellos saltos. En el pantano hacía calor y reinaba el silencio. La única excepción era el sonido del chapoteo y el golpeteo de los machetes de los gigantes contra el agua. En un lugar como aquél uno podría desaparecer, desaparecer de verdad en una de aquellas charcas negras como tinta o en el tibio cieno que había bajo la maleza. Nadie te encontraría en un lugar así. Justo en ese momento me entró una enorme curiosidad, pero decidí esperar hasta haber salido del pantano y estar en un vehículo seguro, un vehículo gubernamental, antes de preguntarles a los gigantes por qué estaban presos.

Le conté a un hombre muy famoso del mundillo de las orquídeas de Florida, llamado Tom Fennell, el plan de Laroche para obtener y vender millones de orquídeas fantasma y me dijo que era una locura.

–No hay duda de que las orquídeas fantasma están muertas –me dijo–. No se pueden cultivar. Han evolucionado regresivamente y se han reducido hasta no ser más que raíces y flores. Sólo pueden sobrevivir en un microclima perfecto, imposible de reproducir.

Le dije que Laroche estaba seguro de que la orquídea fantasma le convertiría en millonario.

–Eso es otra locura –me dijo–. En los Estados Unidos puede que no haya ni cien chiflados que quieran una orquídea fantasma. Y, aparte de eso, no creo que se pueda vender en los supermercados por más de un centavo.

Por cierto, Tom Fennell era millonario aunque no a costa de sus orquídeas. En 1994, justo antes de que yo lo conociese, él y Trudy, su mujer, habían ganado casi siete millones de dólares en la lotería estatal de Florida. Dos semanas más tarde cerraron la Jungla de las Orquídeas, que la familia Fennell había dirigido durante más de treinta años cerca de Homestead. La Jungla de las Orquídeas era un terreno con un montículo cubierto de árboles que el abuelo de Tom había comprado en 1923. Construyó en él una casa y un vivero y dejó una parte selvática en la que colocó orquídeas tropicales en los árboles. Pretendía que fuese simplemente un jardín familiar de tamaño sobredimensionado e inusual, pero en 1926 el Miami Herald publicó un artículo sobre aquel lugar y, al día siguiente, se presentaron cerca de dos mil curiosos a verlo. Con el paso del tiempo los Fennell convirtieron la Jungla de las Orquídeas en una atracción turística. En sus mejores momentos llegaron a visitarla hasta cincuenta mil personas por temporada y el vivero llegó a vender sesenta mil plantas al año. Pero cuando a Tom y Trudy les tocó la lotería la Jungla atravesaba ciertos problemas. El huracán Andrew había destrozado los trece invernaderos y la mitad de los árboles de la parte selvática. Los turistas que solían llegar en autobuses en tours organizados a ver las atracciones locales como la Jungla de las Orquídeas, la Jungla de los Monos o el Castillo de Coral habían dejado de ir a Homestead.

Yo fui a Homestead un día caluroso después de mi paseo con los

delincuentes, cuando Tom me invitó a ver lo que quedaba de la Jungla y a visitar a algunos de sus vecinos que se dedicaban al cultivo de orquídeas. También quería que conociese a Snake Boy, un chico joven que había alquilado una cabaña en la finca de los Fennell, pero el día que fui Snake Boy no andaba por allí. Tom me contó que había llenado la cabaña de reptiles y arácnidos que había ido coleccionando. Me habló de ello de tal forma que me impresionó y sólo una parte de mí sintió no haberlo conocido. La idea de ir a una cabaña llena de reptiles y arañas no me entusiasmaba, pero la parte de mí que lo sintió fue la que empezaba a comprender en qué punto del universo encajaba Laroche. La primera vez que oí hablar de él pensé que se trataba de un fanático, un loco tan apasionado por las orquídeas que estaba a una gran distancia de lo que la gente normal siente por las plantas o por cualquier otra cosa. Pero después fui conociendo a gente y más gente del mundillo de las orquídeas de Florida que estaba totalmente entregada a sus plantas. Y, luego, empecé a oír hablar de gente como Snake Boy, que vive en una pequeña cabaña con sus serpientes y sus bichos, o del viejo del Sendero Tamiami, que tenía un museo privado de raíces de ciprés con formas extrañas, y del traficante de drogas Mario Tabraue, de Miami, que se dedicó a coleccionar ejemplares de todas las especies de plantas y animales en peligro de extinción. Tabraue tenía una empresa llamada Zoological Imports Unlimited, a través de la que importó una jirafa, dos guepardos, una pitón de dos cabezas denominada Medusa y docenas y docenas de pájaros raros, además de cocaína y marihuana por valor de 79 millones de dólares. Me hubiera gustado hablar con Tabraue sobre el entusiasmo que le provocaban las criaturas raras, pero muy poco antes de que yo fuese a Florida había cortado en pedacitos a un soplón y después había hecho una barbacoa con él en el jardín y, consecuentemente, le habían enviado derechito a la cárcel a cumplir una condena de cien años por mafioso y asesino. Le escribí a la cárcel, pero no me contestó. Pasado el tiempo, oí que había obtenido una reducción de condena por buen comportamiento, ya que había testificado en contra de un experto en loros y activo defensor de especies en peligro de extinción llamado Tony Silva, que, junto con su madre, había pasado de contrabando desde Brasil a los Estados Unidos cientos de guacamayos jacintinos muy raros dentro de cañerías de plástico perforadas. Parecía como si hubiese miles de sujetos inmersos en extrañas pasiones por el mundo natural. Seguía considerando a Laroche, con sus proyectos, un ser excepcional, o mejor más allá de lo excepcional, aunque ya estaba empezando a darme cuenta de que sólo era el punto culminante de toda una serie. Era la más excéntrica de todas aquellas personas fascinadas por seres vivos no humanos a los que siguen y persiguen como a amantes.

La residencia de los Fennell y lo que queda de la Jungla de las Orquídeas está junto a una carretera tranquila de Homestead, que carece de aceras. La casa es baja y muy amplia. Aunque el huracán había arrasado gran parte de la jungla, alrededor de la casa todo estaba arbolado, verde y lleno de follaje. Todas las plantas eran enormes. Una fronda de palmeras gigantes formaba una cortina que protegía la vivienda. Las plantas del jardín delantero tenían unas hojas de más de un metro de largo y eran tan anchas como mis muslos. Cuando se llega al portón de entrada de los Fennell parece como si la jungla estuviese a punto de devorar la casa. Tom me recibió en la puerta y me condujo al interior. Es el hombre más alto, o uno de los más altos, entre los especialistas en orquídeas que conocí en Florida. Tiene el porte de un patricio y tan buena planta que parece más alto todavía. Es un hombre de unos sesenta años, con una mandíbula contundente, una cabellera blanca y abundante y una manera pausada de hablar. Desde que se convirtieron en millonarios, Trudy y él han viajado mucho, han comprado cuadros excelentes para su casa y han abandonado para siempre la dolorosa tarea de cultivar una planta y conseguir lo mejor de ella sólo para ver cómo un cliente se la lleva en un carrito. Antes de ser millonario, hubo tiempos en que Tom no podía permitirse hacer remilgos, pero, aun así, no podía soportar ver cómo su planta favorita pasaba a manos de un cliente que no le gustaba nada, así que en el último minuto decidía que la planta no estaba en venta y despedía al cliente. Era un comportamiento que horrorizaba a sus hijos. Uno de ellos me contó que, cuando abrió un vivero propio, estableció la política de que «todas las plantas están a la venta siempre y para cualquier cliente», con la única excepción de una cattleya que su abuelo trajo hace varias décadas de América del Sur.

Antes de recorrer la propiedad, Tom me enseñó los alrededores de la casa y me fue señalando algunas de las mejores plantas, mientras me contaba la historia familiar de los Fennell. La historia comienza en Kentucky después de la Guerra Civil, donde el bisabuelo de Tom se dedicaba al negocio de la guarnicionería. Además era inventor y unos veinte o veintidós tipos patentados de correajes para las patas de los caballos son inventos suyos, igual que la correa de cola Fennell, arnés que se utiliza para mantener la cola de los caballos en alto. La mayoría de las cosas que inventó siguen usándose. La bisabuela Fennell cuidaba de su gran rosaleda, de su invernadero, de algunas plantas exóticas procedentes de México y de una orquídea que un misionero amigo suyo le había enviado desde Madagascar. Cuando su hijo Lee (el abuelo de Tom) era un adolescente, se ocupaba poco del jardín. Pero enfermó de tuberculosis y el médico le recomendó pasar más

tiempo en lugares húmedos como los invernaderos, así que empezó a ocuparse mucho de las plantas. Con el correr del tiempo llegaría a abrir un vivero propio en Cynthiana, un pueblo de la zona forrajera de Kentucky. Se especializó en las orquídeas, y llegó a convertirse en el primer cultivador con fines comerciales al oeste de los Alleghenies. Cuando comenzó el negocio en 1888 los cultivadores no podían encargar las plantas sino que tenían que ir ellos mismos a la selva a buscarlas. Lee hizo un viaje a Colombia y Venezuela ese mismo año y regresó con más de mil cattleyas. Aún emprendió otro viaje en 1891, pero después contrató a buscadores profesionales ingleses y alemanes para que le llevaran orquídeas de todo el mundo. En sus viajes a América del Sur descubrió muchas especies nuevas, pero se negó a comunicarlo al Registro Oficial de la Real Sociedad de Horticultura de Inglaterra porque era irlandés y se negaba en redondo a tener cualquier tipo de relación con los ingleses.

Los invernaderos de la Compañía de Orquídeas Fennell estaban situados al sur de la bifurcación del río Licking de Cynthiana, y quedaron seriamente dañados por varias inundaciones. Tras una, especialmente devastadora, Lee tuvo que declararse en bancarrota. En 1922 decidió trasladarse con su familia, sus orquídeas y sus bromelias a Florida. Convirtió tres camiones en furgonetas de transporte de orquídeas e hizo dos viajes desde Kentucky hasta Florida para llevarse todas sus plantas al sur. Cuando compró la tierra que se convertiría en la Jungla de las Orquídeas, el condado de South Dade aún era tierra salvaje. Lee abrió un claro entre la espesura y construyó allí su casa, un vivero y un laboratorio, en el que trabajó en diversas técnicas para conseguir que las orquídeas germinaran y, tras cierto tiempo, desarrolló el famoso método del molde de tarta y el de la toalla de felpa turca. Los Fennell son una familia de inventores. Algunos años después de que el bisabuelo patentara sus correajes para caballos y de que Lee pusiese en marcha el método del molde de tarta, su hijo Thomas desarrolló el pavo Butterball. En 1926 un tremendo huracán arrasó la zona de Homestead, causando destrozos en la casa de Lee y devastando la selva. La familia esperó a que la tormenta pasara metida en un Studebaker descapotable. Y luego el Miami Herald publicó aquel famoso artículo que provocó que la Jungla de las Orquídeas sufriera otra tormenta, pero ésta en forma de miles y miles de locos por las orquídeas. Lee Fennell murió en 1941. Dorothy, su viuda, estaba convencida de que había dejado dinero enterrado en alguna parte de la Jungla de las Orquídeas y se pasó diez años haciendo agujeros en la finca intentando encontrar el tesoro escondido. Su hijo Thomas, que por aquella época se hallaba trabajando en Haití para el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, estaba

convencido de que no había ningún tesoro escondido ni en el suelo de la Jungla de las Orquídeas ni en el suelo de ninguna otra parte, así que propuso que la familia vendiera la propiedad. Por aquel entonces Tom, el hijo de Thomas, al que yo estaba visitando aquel día, estudiaba en Harvard. En unas vacaciones en que fue a casa dijo que no podía soportar la idea de que la propiedad familiar se vendiese, así que abandonó la universidad durante unos años para ayudar a su madre a llevar el negocio. Volvió luego a Harvard y cambió las ciencias políticas por la biología y, por fin, en 1949 regresó a la Jungla de las Orquídeas para quedarse.

El retorno a casa de Tom se produjo justo cuando los norteamericanos empezaban a volverse locos por las orquídeas. Los soldados habían visto especies tropicales fantásticas en el Pacífico y muchos habían recibido en Hawai una guirnalda de orquídeas al marcharse tras la guerra. Fue el momento en que Rex Stout publicó su popular novela negra con el brillante detective Nero Wolfe, un enamorado de las orquídeas que visitaba dos veces al día, durante dos horas cada vez, los diez mil ejemplares que tenía en el tejado de su vieja casa neoyorquina de típica piedra rojiza, acompañado por Theodore Horstamenn, su especialista en botánica particular. En 1951 el Saturday Evening Post publicó un artículo de Philip Wylie con el título de «Todo el mundo puede cultivar orquídeas», en el que hablaba del «apabullante espectáculo» de la Jungla de las Orquídeas y, a continuación, describía el método fácil y barato del molde de tarta, inventado por Fennell para cultivar orquídeas, que convertía lo que había sido un hobby muy caro en algo accesible para cualquier bolsillo. En aquella época un artículo explicando que el cultivo de orquídeas no era terreno exclusivo de los ricos tuvo que ser tan sorprendente como uno que se titulase «Todo el mundo puede criar poneys para jugar al polo». Wylie decía que «Las ideas de Fennell se habían considerado heréticas ... hasta entonces, incluso un aficionado común y corriente gastaba más en el cultivo de orquídeas de lo que costaba por término medio criar a un hijo en los Estados Unidos.» Al periódico llegaron más cartas de los lectores que nunca, excepto cuando publicó un artículo sobre Pearl Harbour. Y los Fennell tuvieron que contratar a tres secretarias para contestar todas las cartas que recibieron.

–Todo el mundo quería saber cómo obtener orquídeas y cómo venir a la Jungla –me contó Tom–. Y casi un tercio de las cartas contenían cheques en blanco y una notita que decía «Por favor, envíeme algunas orquídeas, de la clase que sea.»

Tom me dijo que en primer lugar quería presentarme a sus vecinos y dejar el recorrido por la Jungla de las Orquídeas para el final. Atravesamos el jardín delantero y nos dirigimos a su coche. Es gracioso llamarle jardín delantero porque era simplemente una zona vacía en medio de un follaje frondoso, una calva en una alfombra. E incluso era una calva no tan calva. Por aquí y por allá entre la hierba bien segada se habían colado algunas plantas de increíble follaje. Eran tan enormes que parecían de ciencia ficción por el tamaño de sus hojas. En un momento en que Tom no me miraba intenté envolverme con una de ellas. Vimos al perro de Snake Boy retozando por el camino de entrada, así que Tom se detuvo junto a su cabaña para ver si había vuelto. Snake Boy no era hijo suyo, pero había algo paternal en la actitud de Tom hacia él. En el mundillo de las plantas hay muchos padres e hijos y hay otros que son como padres e hijos adoptivos. Puede que esa locura por las orquídeas se mantenga en una familia a lo largo de varias generaciones debido a que los padres inculcan a sus hijos el amor por esas plantas o puede que sea algo instintivo que se transmite de generación en generación como los cuentos tradicionales. Tom Fennell era hijo, nieto y bisnieto de hombres dedicados a las orquídeas, y su hijo, Tom III, también se dedicaba a lo mismo. Snake Boy, con su desmedida inclinación por los insectos y las plantas, parecía un miembro más de la familia. La cabaña estaba cerrada a cal y canto, así que, después de unos instantes, Tom se encogió de hombros y continuamos nuestro camino.

En Florida todo el mundo va en coche a todas partes, y si te dedicas a las orquídeas, pasas todavía más tiempo al volante. Durante el año Tom asistía a decenas de exposiciones de orquídeas que se celebraban a lo largo y ancho del país.

–Un año participé en diecisiete exposiciones –me dijo–. Me hicieron falta dos remolques para trasladar todas las orquídeas y el material para exponerlas. Y no me refiero a unos remolques pequeños, sino a esos grandotes de cinco metros de largo. Yo conducía uno, y Trudy, el otro. Conducíamos día y noche sin detenernos porque, si lo hacíamos, se acumulaba demasiado calor en los remolques y las orquídeas se morían. Y los accesorios para montar la exposición eran increíbles. Hoy en día se supone que hay un límite de metros cuadrados para los stands, aunque nadie lo respeta realmente, pero antes se podía hacer lo que se quisiera. Un año monté una exposición de ciento ochenta metros cuadrados con una cascada de tres niveles y docenas de mis mejores plantas. Una de ellas tenía mil seiscientas flores.

Le pregunté cuál era el stand del que se sentía más orgulloso. Se

puso a tamborilear sobre el volante mientras lo pensaba.

–Pues... un año organicé un stand fantástico con el tema del cuento de Juan y el guisante trepador –dijo por fin–. Esculpí un Juan con espuma de poliestireno y le puse la ropa de mi hijo Tom. Quedó realmente impresionante.

Íbamos dejando atrás señales que decían: VIVEROS DE ÁRBOLES AUTÓCTONOS HANCK – PLANTAS DECORATIVAS AL POR MAYOR, BROMELIAS KERRY, PECADO Y ARREPENTIMIENTO – LA MEJOR ELECCIÓN. No había ni un centímetro de tierra que no estuviera cubierto de algo: césped, árboles frutales, arbustos espesos o hierbas anónimas. Pasamos junto a hectáreas y hectáreas de ficus plantados en hileras como si fuera maíz. Esas plantitas pequeñas que normalmente se ven en las floristerías crecían allí en columnas de miles y eran cien veces mayores que las de las tiendas. Al llegar a una señal que decía MOTES ORCHIDS Tom se metió con el coche.

–Quiero que conozcas a Martin Motes –me dijo–. Es un especialista en Vandas buenísimo. Tiene ideas propias, algunas bastante controvertidas y es un poco... hippy, pero a mí me cae muy bien.

Motes Orchids era un complejo de umbráculos llenos de hierbajos con pequeñas construcciones anexas, al que había que añadir la casa, bastante destartalada, de Martin. Dos grandes perros de color pardo holgazaneaban en el jardín. En el camino de entrada a la casa había un BMW último modelo con una matrícula que ponía VANDA 1. Junto a él había una franja de fucsias y de lavandas detrás de las cortinas de sombreo que se agitaban con la brisa. Motes salió del umbráculo. Parecía un hombre de unos cincuenta años, era delgado y esbelto, con una barba muy bien afeitada y ese tipo de bronceado que parece que nunca se va a quitar. Toda su ropa era amplia y de color terroso y llevaba los brazos cubiertos de tierra desde las uñas hasta los codos.

–¡Señor Fennell! –dijo con tono alegre–. Me ha pillado en medio de mis cavilaciones. –Me miró y, dirigiéndose a mí, dijo–: Estoy elaborando un proyecto que me llevará veinte o treinta años. Es un desafío al tiempo, querida.

Tom rebuscó en el bolsillo.

–Te he traído una vaina de semillas, Martin –dijo sacando una cosa marrón con forma de hoz–. Lee Moore la ha traído de Perú para ti. También te quería traer algo que ha encontrado Snake Boy, pero no estaba en su casa.

Justo en ese momento entró un camión y se detuvo detrás del coche de Tom. El conductor bajó de un salto y empezó a sacar cajas de la trasera. Martin echó una mirada y dijo: «Oh, aquí que han llegado las joyas.» Tengo que decir que nunca he oído a nadie recibir tan ceremoniosamente a un camionero.

–He de informaros que soy un académico en vías de recuperación. Aún estoy combatiendo los efectos de mi tesis doctoral sobre la poesía del siglo XX.

Comenzó a recitar a Yeats y después se interrumpió, en mitad de un dístico, para abrir una de las cajas. En su interior había media docena de orquídeas con hojas de aspecto marchito. Martin nos dijo que procedían de Perú y que habían tenido que estar en cuarentena veintiún días en las dependencias del Ministerio de Agricultura de Miami, como les ocurre a muchas plantas procedentes del extranjero. Tras la cuarentena, las plantas se fumigan y ya pueden retirarse. Martin reanudó el recitado de Yeats y luego le dijo al conductor:

–Dile a tu jefe que no me gusta que mis plantas tengan este aspecto después de la fumigación. Estoy seguro de que, después de saberlo, las tratará con… mmm, más esmero.

El conductor se encogió de hombros, le entregó el albarán y un bolígrafo y dijo:

–Vale. Firme aquí.

Los umbráculos de Martin estaban llenos de Vandas, un género de orquídeas de pétalos redondeados, amplios y abiertos, y de hojas agrupadas como la parte superior de una piña. Tienen un aspecto inocente y un labelo que no es tan protuberante ni tan exagerado como el de otras especies. Presentan todos los colores posibles y sus hojas pueden ser moteadas, veteadas o lisas. Dio la casualidad de que aquel día muchas plantas estaban en plena floración. La mayoría tenía un tono púrpura o rosado y en la penumbra del umbráculo parecía que estaban iluminadas. Martin nos dijo que casi todas procedían de Tailandia. En el laboratorio estaba trabajando en algunos híbridos nuevos que iba a hacer germinar y cultivar él mismo. La hibridación es la parte más peliaguda del negocio de las orquídeas. Se trata de cruzar dos plantas de excelente calidad y obtener un híbrido que presente las mejores cualidades de sus progenitores. Hay más de sesenta mil especies de orquídeas y por lo menos otros sesenta mil híbridos registrados. A su vez esas ciento veinte mil plantas pueden cruzarse con especies naturales o con otros híbridos, de tal forma que

necesitaríamos una calculadora para saber la cantidad de posibles cruces que podrían llegar a hacerse. Algunos de esos cruces dan como resultado plantas raquíticas o mutantes sin ningún rasgo positivo. Otros, sin embargo, dan maravillosas flores con los magníficos colores de un progenitor y la resistencia y la forma delicada del otro. Es imposible saber de antemano qué cruces funcionarán y cuáles no. Un especialista en hibridación tiene que tener un instinto especial, buena suerte y un gran conocimiento sobre cada uno de los progenitores que va a utilizar, así como un montón de tiempo, ya que la planta resultante de un cruce no da flor antes de unos siete años.

Si un cultivador de orquídeas logra un buen cruce, obtendrá una flor que todo el mundo deseará poseer y tendrá que acudir a él para adquirirla. A partir de entonces cualquiera puede obtener ese mismo cruce ya que el parentesco deja de ser secreto, pero tendrá que esperar siete años para obtener una flor. En otras palabras, un cultivador que logre un híbrido nuevo contará con siete años de derechos de autor. Durante ese periodo tendrá el monopolio sobre su valor comercial y también el estatus que confiere ser el creador de un nuevo híbrido. Podrá registrarlo con el nombre de su vivero, presentarlo en los concursos de la Sociedad Americana de Orquídeas y ser reconocido por su maestría en el arte del cultivo. Incluso podrá ejercer cierta influencia sobre el futuro de la flor. Puede dedicarse a crear híbridos teniendo en mente una característica particular, y si ese híbrido se hace famoso y obtiene premios, es probable que otros cultivadores empiecen a trabajar en otros híbridos con las mismas características. Martin, por ejemplo, quiere cultivar Vandas que se parezcan a las de la época victoriana, cuando el buscador Carl Roebelin encontró la primera Vanda sanderiana en Filipinas tras un terremoto. Otros cultivadores, sin embargo, quieren hacer evolucionar a las especies en la dirección opuesta y conseguir híbridos más grandes, más esculturales, más brillantes y más exagerados. Quien logre el mayor éxito en las exposiciones de orquídeas y entre los críticos más influyentes dentro de ese mundillo establecerá las pautas de la Vanda del futuro.

Lograr un buen híbrido es igual de problemático que inventar una nueva receta. Muchos cultivadores no se preocupan en absoluto de ese asunto y se especializan, en cambio, en el cultivo de los mejores especímenes ya existentes. Martin me contó que creía que muchos de los cultivadores que afirmaban haber logrado nuevos híbridos, los habían comprado en realidad en los viveros de Taiwan y Tailandia y luego se habían llevado todos los laureles.

–Estoy absolutamente seguro de que algunos híbridos de los que se

oye hablar han desaparecido por arte de magia de lugares lejanos –me dijo–. Son demasiados los casos en los que algún cultivador anuncia en Florida que acaba de conseguir un nuevo cruce y por pura coincidencia vas a Tailandia y te encuentras con un cruce exactamente igual en un vivero. ¿No te parece raro? Hay millones e incluso miles de millones de posibles cruces de orquídeas desconocidos que se pueden obtener. Así que o bien el cultivador americano ha comprado el híbrido tailandés y se hace pasar por su creador, o se trata de la coincidencia más increíble de la historia de la creación humana.

Me contó que había muchos especialistas que querían obtener nuevas plantas para comercializarlas y conseguir el prestigio que eso conlleva, pero realmente estaban demasiado ocupados o eran demasiado vagos para trabajar en ello.

–Es la decadencia del sentido básico del honor. Conceptualmente es un robo. Es probable que el tipo que ha conseguido ese híbrido en Tailandia sea un budista y, por lo tanto, alguien que está en contra de las confrontaciones. Para un budista no sería espiritualmente admisible protestar contra la piratería intelectual, así que el cultivador que le compre esa planta y diga después que es una creación suya sabe que nadie va a contradecirle.

Mientras íbamos por los umbráculos, Martin y Tom contaban historias de orquídeas y discutían sobre los avances de la polinización por pseudoantagonismo frente a la polinización por pseudocopulación. Yo iba caminando unos pasos detrás de ellos, escuchándoles, y me detuve junto a una flor rosada muy sexy y me incliné para olerla. Olía a tarta de limón.

–Esa flor es muy bonita –dijo Martin–. Cuesta unos mil dólares.

Pasamos junto a una mesa con unas macetitas que tenían plantas diminutas sin flor. Martin cogió una, metió un dedo en la tierra aplastándola y movió la cabeza con gesto negativo. Tom arqueó las cejas y le preguntó:

–¿Qué es eso?

–Es un experimento fallido –contestó Martin–, así que la otra noche yo, el doctor Martin Motes, decidí que aquí había demasiado de este material, tío.

Ante la puerta de Motes Orchids se detenían sin cesar compradores de sofisticado aspecto. Aquella tarde, mientras Martin nos iba

enseñando todo lo que había alrededor, llegaron dos. Se llamaban Richard Fulford y Denise McConnell. Ambos eran jamaicanos elegantes y refinados, clientes habituales de Martin que poseían grandes colecciones de orquídeas. Richard se dedicaba a los negocios en Miami. Denise estaba simplemente de visita. Dijo que vivía en una finca gigantesca en Jamaica que se llamaba Bog Walk. Martin les estaba esperando, así que cuando oyó el coche de Richard se puso a recitar a gritos un pasaje de Romeo y Julieta y les hizo señas para que vinieran a reunirse con nosotros en el umbráculo. Ellos salieron del coche de un salto, subieron corriendo por el camino de entrada, se agacharon para pasar bajo la lona verde de la entrada y luego aminoraron el paso y se acercaron pausadamente. Pasaron por delante de un grupo de plantas con flores de color púrpura del tamaño de un grano de café. Por encima de las plantas púrpura colgaban unas canastas de tablillas de madera con plantas de flores brillantes blancas y rosadas. Cuando llegaron hasta nosotros ambos tenían en el rostro la misma expresión fascinada.

–¡Oh, Dios mío! Creo que me voy a volver loca –dijo Denise–. Richard, ayúdame a contenerme.

Le contó a Martin que había prometido a su marido que iba a intentar reprimirse. Su marido también estaba en Miami pero no había querido acompañarla.

–No es aficionado a las orquídeas –me explicó Martin.

–No, no es su hobby –dijo Denise–. Su hobby es comer.

–Denise ya ha comprado hoy una caja de plantas –dijo Richard.

–Ah, pero esa caja sólo tenía plantitas recién nacidas. Puede que hubiera cuatro o cinco mil, pero no eran más que unos bebés –dijo agitando una mano.

–Oh, Señor... –dijo Martin.

Richard y Denise empezaron a alejarse de nosotros hacia una mesa con flores amarillas moteadas.

–Tienes demasiadas cosas bonitas, Martin –dijo Denise.

–Conseguir ésa me ha llevado diez años –contestó Martin, señalando una de las flores amarillas que era más grande y brillante que las demás–. Diez años de la vida de un hombre.

–¡Mira este labelo! –dijo Richard.

De pronto se hizo un silencio. Un abejorro pasó volando de un lado a otro como si estuviera borracho. Se estrelló contra la flor amarilla, rebotó y fue a estrellarse contra otra. La flor se bamboleó por el impacto de aquel bichito tan gordo.

–Denise, deberías hacerte con esta planta –dijo Martin–. Una mujer de un gusto tan exquisito como el tuyo... «Todo hijo de sabio ha de recordar que al júbilo siempre ha de acompañarle la risa.» Mereces poseerla.

–No hay la menor duda de que me resulta tremendamente atractiva –dijo ella.

–¿Necesitas algo para rellenar una maleta y pasarlo de contrabando a Jamaica? –dijo Martin en tono de broma y guiñándole un ojo–. Porque si es así, querida, he aquí una miniatura deliciosa.

Cogió una maceta que contenía la planta más bonita del mundo. Yo había jurado que no compraría ni una sola orquídea en ninguno de mis viajes, pero pensé que me moriría si no conseguía aquélla. El fondo de los pétalos era de ese beige amarillento del papel de uso legal y sobre el fondo tenía espolvoreados unos puntitos minúsculos de color rosa fuerte; la flor se hallaba unida al resto de la planta por un tallo en espiral como los palitos de regaliz. Los pétalos eran gruesos, suaves y agradables al tacto. El centro de la flor parecía la carita de un lechón. Me dio la sensación de que la planta me miraba tanto como yo la miraba a ella. No es que fuese hermosa, es que era cautivadora. Tuve la sensación de que podía quedarme mirando el centro de aquella flor durante horas.

–Ay, Martin, yo no necesito hacer contrabando –dijo Denise. Su acento engolado le daba un toque romántico al nombre de Martin–. No tengo que esconder mis compras en la maleta. Tengo un permiso especial.

Richard y ella se encaminaron al fondo del umbráculo. Uno de ellos divisó una flor de color crema y rosa y la señaló. Los dos lanzaron un exclamación de asombro.

–Pero, Martin, ¿qué es esto? –dijo Denise–. ¡Me va a dar algo!

Él estiró el cuello para ver qué estaban señalando.

–Ah, sí, ésa es muy graciosa –dijo con voz cansina–. ¡Pobrecita!

Y a continuación fingió estar ocupado haciendo algo. Denise echó una mirada a Richard y le dijo en voz baja:

–Debe de ser algún cruce especial. No va a decirnos de qué se trata.

–Venga, venga –dijo Martin sin levantar la vista–. Ya sabes...: «No codiciarás los bienes ajenos...»

En ese momento uno de los perros color pardo de Martin entró corriendo en el umbráculo y me mordió con bastante fuerza. Yo grité lo suficiente como para que todos se dieran cuenta de inmediato. Martin agarró al perro y empezó a extenderse en lo extraño que le parecía aquello porque nunca jamás había mordido a nadie. Decidí que aquella conversación se estaba alargando demasiado así que, unos segundos después, me dirigí renqueando hacia la casa a buscar alguna medicina contra la rabia. Cuando regresé, Denise había hecho acopio de unas cuarenta plantas que quería comprar. Martin estaba haciéndole un recibo.

–Bueno, Denise –dijo mirando el recibo con ojos entornados–. ¿Hemos gastado ya todo tu dinero?

–Ay, Martin, desgraciadamente tenemos que marcharnos –dijo con voz quejumbrosa.

–Bien, muy bien. Y ahora, querida, tengo que anunciarte que el doctor Motes ha decidido añadir una de esas misteriosas Vandas de color rosa a las que les habías echado el ojo –dijo sonriendo ampliamente–. Yo creo en el undécimo mandamiento: «No negarás tus maravillosas Vandas nuevas a tus amados clientes y amigos.»

Se dirigió a la mesa de las flores anónimas. Denise y Richard le siguieron con la mirada. Denise parecía estar conteniendo la respiración. Martin alzó una de las macetas y se volvió hacia nosotros.

–Amada mía, ¿he compartido ya contigo mis puntos de vista religiosos?

El día se había ido deslizando hasta esa hora amarillenta en que el sol está suspendido sobre el horizonte con la esperanza de asarte vivo. Tom dijo que teníamos que irnos. Me despedí de Martin y quedé con él en vernos un día o dos más tarde. Cuando llegamos al coche, Tom se sentó y se puso a pensar durante unos minutos adónde deberíamos dirigirnos a continuación. Había cultivadores de orquídeas en todas

las direcciones. En el radio de kilómetro y medio a partir de la puerta de entrada a la finca de Martin había probablemente mil millones de orquídeas. Lo cierto es que en Florida nunca llegué a acostumbrarme a ver con toda naturalidad tantas plantas exóticas y apreciadas como las orquídeas, alineadas en largas hileras en los viveros y metidas en unos tiestecillos baratos. Hacía que parecieran una mercancía cualquiera. Me recordaba la época en que recorrí los talleres de joyería de Harry Winston y vi unos diamantes en forma de pera que valían doscientos mil dólares metidos en una caja vieja de puros. Realmente era más asombroso que verlos en un estuche de exposición forrado de terciopelo rojo. Tom me dijo que quería llevarme al lugar de máxima sobreabundancia botánica, un sitio denominado Bromelias Kerry. Consistía en una finca de once mil metros cuadrados de invernaderos en los que había tres millones seiscientas mil orquídeas y un millón cuatrocientas mil bromelias.

–Es un sitio enorme –dijo Tom mientras iba conduciendo hacia aquel lugar–. Realmente, es más que enorme.

El Bromelias Kerry original había sido arrasado por el huracán Andrew, así que cuando yo fui era un sitio-másque-enorme totalmente nuevo, con unas construcciones de placas metálicas más blancas que la nieve y unos carritos de golf blancos que iban de acá para allá. Aunque Kerry, el dueño, andaba por allí, no le vimos porque cuando Tom y yo llegamos estaba ocupado con el embarque de un millón de Phalaenopsis, así que el capataz se ofreció a darnos una vuelta por el lugar. Bromelias Kerry no es uno de esos sitios que se pueden recorrer a pie. Hay que utilizar un carrito de golf, la gente se comunica con walkie-talkie y está estructurado en sectores y subsectores. El capataz se llamaba Mike. Era un joven apuesto, vestido con pantalones cortos y un polo beige. Se subió a un carrito de golf y nos dijo que nos sentáramos detrás. Arrancó y nos dirigimos traqueteando hacia un invernadero del tamaño de un mamut.

Dijo que empezaría por enseñarnos algunas bromelias

–¿Cuáles en concreto? –preguntó Tom.

–Unas Neoregelias «Bola de Fuego» –contestó Mike–. Tenemos cerca de media hectárea llena.

Entró en el invernadero y bajó por uno de los pasillos entre los arriates, que llegaban a la altura de la cadera y tenían más de un metro de ancho. Los pasillos eran tan largos como tres pistas de tenis. Aquel invernadero tenía docenas de pasillos y los arriates contenían

miles y miles de plantas. En aquella estructura de arriates de acero inoxidable pulcros, ordenados y rodeados de silencio crecía una selva en miniatura de aspecto salvaje. Mike detuvo el carrito junto a uno de los arriates. Las plantas que contenía presentaban unas brácteas rojas y rígidas en el centro, rodeadas de hojas verdes y recias que colgaban arqueándose desde el tallo como la piel de un plátano a medio pelar. Eran las Neoregelias «Bola de Fuego». Había cientos de miles en el invernadero. Estaban a punto de ser embaladas y enviadas a las tiendas Home Depots, a los centros de jardinería y a los grandes almacenes Kmart de todo el país.

–Te voy a contar una historia –dijo Tom–. ¿Sabes de dónde proceden estas Neoregelias? Bueno, pues había un viejecito que vivía en un aparcamiento de caravanas muy cerca de aquí, en Goulds. Vivía solo, bueno, en realidad vivía con un perro y un pony. Era todo un personaje. Un día encontró una vaina de semillas, pequeñita y de aspecto raro, en una orquídea que le habían dado. Enterró las semillas en una cáscara de coco y se dedicó a cuidarlas y de allí creció una espléndida bromelia. Organizó un pequeño vivero propio y lo único que vendía eran los hijos de aquella bromelia. Debió de sacarle unos cincuenta mil dólares a la planta. Vivió de ella durante años. Aquella bromelia con la que se tropezó un buen día le arregló la vida.

–¡Qué increíble! –dijo Mike mientras arrancaba distraídamente las hojas secas de una planta que estaba junto al carrito.

–¿Y sabéis una cosa? Cuando el viejecito decidió dejar el negocio, fui a verle y le compré la famosa planta –dijo Tom–. Entonces era enorme. Después de comprarla, removí la tierra y la podé y, aunque no os lo creáis, sigue creciendo en la cáscara de coco original.

Mike puso el carrito en marcha y fuimos pasillo abajo, peinando las hojas que colgaban por fuera del borde de los arriates. Uno de ellos estaba atestado de macetitas de plástico que contenían unas plantas de aspecto mustio. Los demás estaban tan ordenados como un tablero de ajedrez, pero ése en concreto era un revoltijo desastroso. Mike, señalándolo con un movimiento de cabeza, dijo:

–Es un proyecto de Antherium fallido.

–¿De qué se trataba? –preguntó Tom, estirando el brazo para coger una maceta cuya tierra removió con un dedo.

–Es una Elaine –contestó Mike–. Una especie que se llama Elaine, creada por irradiación. La radiamos cuando estaba germinando porque

pensábamos que obtendríamos algunas mutaciones interesantes, pero no funcionó.

Pregunté qué iban a hacer con todas aquellas Elaines estropeadas.

–Cogeremos las diez mil y las tiraremos a un contenedor –respondió.

Me pregunté si le produciría tristeza tirar miles de plantas a la basura. No es que yo me estuviera poniendo sentimental, sino que simplemente me preguntaba qué se sentiría al crear diez mil nuevas formas de vida para acabar tirándolas a un contenedor. Mike me miraba de reojo, frunció los labios y, por fin, dijo:

–Por supuesto que me da pena. Mucha pena. No me gusta nada ver cómo se tira todo ese dinero por la alcanta rilla.

Aquel día se había hecho ya demasiado tarde para dar una vuelta por la Jungla de las Orquídeas con Tom, así que me invitó a que volviera un par de días después. Cuando lo hice, tomé un camino que cruzaba Homestead en zigzag para poder pasar de nuevo con el coche por los viveros. Al pasar junto a Bromelias Kerry pensé que probablemente las Elaines ya habrían desaparecido.

Del sur de Florida desaparecen plantas sin cesar. Lo mismo ocurre con otras cosas vivas. Un día después de mi visita a Bromelias Kerry y de que todas las Elaines hubieran desaparecido, el Miami Herald publicó una noticia que decía que los cazadores furtivos de ranas estaban operando intensamente en el pantano del Big Cypress, cerca del Fakahatchee, y que cada mes se llevaban dos toneladas de ranas «cerdo» de los Everglades. Aquello significaba cerca de una tonelada y media de ancas de rana para comer. Algunos de esos cazadores fueron entrevistados una noche en su campamento mientras desollaban el botín capturado. Dijeron que, si no fuera por el fango, cazar ranas era un buen modo de ganarse la vida. Y aunque el pimentón no es un buen modo de ganarse la vida, a un vecino de Tom Fennell le robaron de sus campos plantas por valor de veinte mil dólares. Se puso tan furioso que arrancó todos los pimenteros que habían quedado y dijo que nunca más volvería a cultivarlos.

Laroche no era el único en el negocio del robo de plantas. De hecho, los ficheros de la policía, aparte de los informes habituales sobre asaltos, tirones y robos de vehículos, están llenos de delitos relacionados con las plantas. Aquel invierno, en lugar de coleccionar plantas, yo me dediqué a coleccionar artículos sobre los delitos relacionados con la botánica:

6 DE FEBRERO DE 1992 – Unos ladrones intentaron atracar una casa en el edificio del 6500 de West 27 Court durante el fin de semana, pero como no pudieron abrir la puerta principal, rajaron el mosquitero de una dependencia trasera y robaron ocho orquídeas.

30 DE ABRIL DE 1992 – Una persona saltó la valla de la vivienda situada en el 700 de la calle 43 East y robó varias orquídeas por valor de más de 1.000 dólares.

18 DE JULIO DE 1985 – A Frank Labate le robaron plantas por valor de 1.800 dólares del patio de su casa. Labate dijo que le habían sustraído una palmera de dos metros y medio, un pájaro del paraíso de color blanco de un metro ochenta de altura, un helecho, seis orquídeas y dos bonsais.

2 DE SEPTIEMBRE DE 1984 – A Barry Burak le robaron plantas y mobiliario de jardín por un valor superior a 2.000 dólares. Burak denunció el robo de 35 orquídeas, cuyo valor ascendía a unos 1.400 dólares, un helecho de 200 dólares, diez plantas colgantes por valor de 150 dólares, cinco plantas en tiesto por valor de 200 dólares y tres sillas de metal por valor de 150 dólares.

6 DE MAYO DE 1984 – Un caimán de dos metros entró en el aparcamiento de los apartamentos Venice Gardens. Cuando llegó la policía se encontraron al caimán intentando morder a un hombre que quería pasarle una soga alrededor del cuello mientras otro le tiraba de la cola.

6 DE MAYO DE 1984 – Seis orquídeas de exhibición, valoradas en más de 700 dólares, fueron robadas del patio trasero de la casa de Barbara Carter.

10 DE ENERO DE 1991 – Unos ladrones excavaron en el jardín delantero de Ron Prekup y robaron una palmera enana. Un testigo dijo a la policía que vio a dos hombres hacer el hoyo en el jardín, sacar el árbol, ponerlo en la parte trasera de una camioneta y marcharse.

10 DE ENERO DE 1991 – ROBO DE ÁRBOLES.

12 DE FEBRERO DE 1995 – Robaron una palmera de 250 dólares de un patio. Alguien cavó un hoyo para hacerse con el árbol, luego volvió a rellenar el agujero y se marchó con una palmera de cuatro metros y medio.

27 DE JULIO DE 1991 – ROBO DE ORQUÍDEAS.

16 DE MAYO DE 1991 – ROBO DE ORQUÍDEAS.

10 DE MARZO DE 1991 – ROBO DE ORQUÍDEAS.

31 DE ENERO DE 1991 – ROBO DE ORQUÍDEAS.

20 DE SEPTIEMBRE DE 1990 – ROBO DE ORQUÍDEAS.

5 DE ENERO DE 1995 – Robaron una palmera y un contador de electricidad del exterior de una casa en el número 200 de la Avenida 22 S.W. El propietario se percató del robo al salir de su casa por la mañana.

20 DE AGOSTO DE 1994 – Un ladrón robó un tiesto con una palmera pigmeo del jardín delantero de una casa.

6 DE MAYO DE 1991 – La palmera sagú se ha convertido en el objetivo más preciado de los ladrones de la zona de DeLand. En lo que va de año se han producido robos de más de cuatrocientos sagús de los jardines de la zona oeste del condado de Volusia durante la noche. Dos de ellos fueron sustraídos de las oficinas de correos de DeLand.

20 DE JULIO DE 1997 – La oficina del sheriff del condado de Polk está investigando el robo de más de treinta orquídeas en dos atracos efectuados en el Vivero Starr Lake cerca de Lake Wales. Los agentes creen que los atracos tuvieron lugar entre las 9 de la noche del 20 de julio y las 6.00 de la mañana del día 21. El vivero sufrió otro robo a primera hora de la mañana del 26 de julio.

21 DE ABRIL DE 1994 – El pasado sábado, sobre las 10.45 de la noche, la policía vio a un hombre empujando un carrito de la compra con una enorme palmera dentro. Al aproximarse a él, éste dejó el carro abandonado e intentó ocultarse detrás de una furgoneta. Cuando la policía le detuvo confesó que había robado la palmera de una casa e iba a venderla para comprar crack.

A veces también he coleccionado artículos sobre delitos relacionados con las plantas en otros países. Los ingleses, sobre todo, demuestran una especial inclinación delictiva hacia a las orquídeas. El Jardín de Kew tiene que exponerlas tras un cristal a prueba de balas y rodeadas de cámaras de circuito cerrado, al igual que hace Tiffany's para proteger sus joyas. En 1993 floreció cerca de Londres una especie muy rara de orquídea mono de un metro ochenta de alto y con flores

de color rosa claro. La Sociedad de Naturalistas tuvo que contratar a dos guardias de seguridad para que vigilaran y protegieran la planta. El único robo de orquídeas extraterrestres del que tengo noticia se ha producido en la Unión Soviética:

MOSCÚ, ABRIL DE 1988 – La policía ha detenido a un biólogo aficionado por haber robado la orquídea «Cosmonauta», la única cultivada en el espacio. Según informó ayer un periódico soviético, el ladrón tenía intención de venderla en el mercado negro a un coleccionista de orquídeas. La «Cosmonauta», que se había cultivado en la estación espacial Salyut 6 y había sido devuelta a la Tierra en 1980, murió a consecuencia de la torpeza del ladrón, según afirma el periódico Industria Socialista. Se considera que su valor era incalculable debido a su origen espacial.

La policía detuvo al desafortunado biólogo aficionado Vladímir Tyurin, de 36 años. Tyurin, que había participado en la limpieza de la central nuclear de Chernóbil, era en la actualidad jardinero en la Academia de Ciencias de Kiev. Parece que ya tenía un comprador en Moscú para la «Cosmonauta» cuando la policía registró su apartamento y encontró ese ejemplar único en un estado lamentable. Según informa la prensa, la planta murió antes de que llegaran los expertos.

Por lo que se refiere a los delitos relacionados con las plantas, el interés desorbitado de Laroche era excepcional pero no carecía de rivales. El Fakahatchee, los Everglades, el Big Cypress y el Loxahatchee han sido desplumados desde el día en que fueron descubiertos. Cuando comenzaron las exploraciones de los pantanos, los buscadores de orquídeas se negaban a desvelar dónde habían encontrado nuevas especies, con la esperanza de proteger las plantas. Fred Fuchs hijo, un habitual del Fakahatchee, descubrió en 1956 una Bulbophyllum pachyrhachis en el Cenagal de Pond Apple, pero intentó mantener su localización en secreto. Pasado el tiempo los coleccionistas se imaginaron dónde podría encontrarse aquel tesoro y en 1962 habían dejado la zona totalmente pelada. Es ilegal coger plantas o animales de las reservas estatales o federales pero se sigue haciendo. Todos los días gentes que visitan las áreas protegidas de Florida arrancan las plantas aéreas de los árboles y, como resultado, ya no quedan bromelias en los árboles a los que se puede llegar estirando el brazo desde los caminitos entarimados del Fakahatchee. En los últimos tiempos ha habido una gran demanda de un helecho particularmente extraño del Fakahatchee que se llama helecho mano

porque parece exactamente una mano humana verde y delicada, con las esporas alrededor de lo que vendría a ser la muñeca. Los helechos mano crecen al pie de las palmeras repollo (en el ángulo en que las hojas salen del tronco) y se dan con mayor abundancia en el Fakahatchee que en ningún otro lugar de los Estados Unidos. Laroche me contó que sabía dónde había miles de esos helechos en la reserva de los seminolas y que, cuando pasase por allí, ya tendría en marcha un programa de mercadotecnia para los helechos mano. Son unas plantas muy difíciles de conservar porque mueren al trasplantarlas, así que la única manera de conseguirlas es obteniendo esporas y cultivándolas. Los guardas forestales del Fakahatchee prestan una atención especial a esos helechos. Una semana más o menos después de que Laroche fuera detenido con las orquídeas, desaparecieron dos grandes helechos que estaban a punto de desprenderse de sus esporas.

En el pantano del Big Cypress se dan con regularidad robos de cipreses enanos que luego se venden como bonsais. En 1970 un árbol de caoba espectacular fue derribado en Cayo Largo por alguien que quería hacerse con las orquídeas dólar que crecían en las ramas superiores. A los ladrones se les ha incautado todo tipo de helechos, arbustos de azaleas, toda clase de palmeras, cactus y otras plantas. En el Fakahatchee se detuvo a un hombre que llevaba veinte palmeras en un camión destinadas a un centro comercial en el que se les arrancarían las hojas, se les pondrían otras de seda y después se colocarían en el centro del patio de algún restaurante o delante de una boutique. En el Big Cypress cogieron in fraganti a dos hombres con sesenta kilos de helechos pie de oro que iban a llevarse a su tienda de santería de Miami, donde los iban a convertir en infusiones medicinales que, supuestamente, sirven para curar los problemas de próstata. Parece como si todas las cosas que crecen en los bosques fueran susceptibles de ser robadas porque muchas de ellas tienen un precio. En 1993 se detuvo a tres furtivos en los Everglades con un botín de mariposas de seda alpinas, una especie de la que en Japón llegó a venderse un par por treinta y siete mil dólares. En el Fakahatchee los guardas forestales siempre están ocupados deteniendo a cazadores de los llamados de «linterna y pistola», porque se dedican a cazar ilegalmente ciervos por la noche utilizando una linterna para deslumbrarlos. Y también los caimanes desaparecen continuamente. Hace poco detuvieron a dos hombres en el Loxahatchee por matar a un caimán. Le mataron de un disparo, le cortaron la cola, que medía setenta y cinco centímetros, y la cargaron en una canoa. Pero la canoa volcó y se pusieron a pelearse culpándose uno a otro. Cuando llegaron los guardas forestales y les dieron el alto seguían peleando.

Un par de noches después de conocer a Martin Motes fui a la Sociedad de Orquídeas de Palm Beach a oír una conferencia que iba a dar. El lugar se encuentra a kilómetro y medio del canódromo de West Palm en un extraño edificio construido ilegalmente junto a la pista de aterrizaje de West Palm Beach. Cuando llegué, ya había bastante gente dando vueltas, comerciando con plantas y comiendo galletitas. El presidente de la sociedad estaba de pie en el atril. De pronto dijo en voz alta: «¿Hay alguien aquí que tenga un Honda blanco con un mapache dentro? Se ha dejado las ventanas abiertas.» Unos minutos después dio unos golpecitos con el puño sobre el atril y dijo:

–Tan pronto como tomen ustedes asiento les presentaré al único profesor y orquideólogo inglés que recita poemas de Milton a sus plantas.

Antes de que Martin comenzase a dar su conferencia, me había presentado al director de una funeraria, coleccionista de orquídeas, y a un señor de setenta y cinco años que primero se dedicó a alardear de sus minicattleyas, para después seguir alardeando de que tenía una novia de treinta años. También me presentó a una señora que se llamaba Savilla Quick y que era famosa por la buena mano que tenía con las orquídeas fantasma. Savilla tenía unos ojos grandes y rasgados del tipo de los de Cleopatra, una naricilla pequeña y hablaba muy pausadamente. Me contó que era hija de un granjero y que había crecido al oeste de Miami cuando en esa zona no había más que un bosque de cipreses, hectáreas y hectáreas de hierba y una hacienda inmensa que se llamaba Rancho Flying Cow. Los domingos solía ir a caballo por los pantanos en busca de cosas interesantes, orquídeas sobre todo, y en particular de las especies carentes de hojas, como la orquídea almeja y la fantasma. En aquella época aún era legal coger orquídeas silvestres. En cuanto Savilla localizaba algo que le gustaba, se ponía de pie sobre la silla de montar para cogerlo.

–Los caballos sabían qué estaba haciendo y se quedaban totalmente quietos mientras yo me estiraba o me inclinaba para coger lo que fuera –me contó–. Sólo había una excepción, mi semental palomino. Siempre se movía cuando yo me ponía de pie.

Savilla se llevaba las plantas silvestres a casa y las pegaba a los árboles de su jardín. Eso fue hace varias décadas. Desde entonces los bosques que había al oeste de Miami han ido desapareciendo, Savilla se ha hecho mayor, se ha casado dos veces, se ha trasladado de vivienda en varias ocasiones, ha tenido hijos y se ha jubilado. Pero las orquídeas que recogió cuando era jovencita siguen creciendo en su jardín.

Me dijo que podía ir a su casa de Boynton Beach a ver sus viejas orquídeas fantasma, pero que tenía que ser al día siguiente porque ella y Bob, su marido, estaban haciendo las maletas para irse a pasar el verano a Arkansas. Yo estaba tan emocionada de pensar que por fin iba a ver una orquídea fantasma que no habría podido esperar más tiempo. Al día siguiente llegué a casa de Savilla tan temprano que creo que ha sido la primera vez en toda mi vida que he llegado a un sitio mucho antes de la hora prevista. Cuando llegué, Savilla estaba hablando por teléfono intentando quedar con un vivero de esos en los que se pueden dejar las orquídeas durante el verano. Su marido me abrió la puerta y me condujo al comedor. Se fue a otra habitación y salió unos minutos más tarde con unas plumas de escribir que había tallado en maderas exóticas y quería enseñarme. Cuando acabé de admirar la colección, me dediqué a mirar por la ventana del comedor hacia el umbráculo intentando ver si distinguía alguna de las orquídeas fantasma. El umbráculo tenía un tamaño similar al de un remolque de tractor y estaba atestado de plantas. La brisa mecía las cestas que estaban colgadas dentro y hacía que chocasen contra las lonas verdes de sombreo produciendo un sonido de claqueteo lento.

Cuando Savilla acabó su conversación telefónica, vino enseguida al comedor y se apoyó en el respaldo de una silla entrelazando los dedos.

–Así que quieres saber cosas sobre las orquídeas fantasma –me dijo–. No sé, ¿debo revelarte mi secreto? Supongo que sí. Es bueno para las orquídeas, ¿no? Todo el mundo quiere enterarse de cuál es mi secreto porque parece que soy una de las únicas personas que logra cultivarlas.

Bob estaba guardando sus exóticas plumas de madera.

–Cariño, no sé qué les haces, pero desde luego tienes un buen método.

–Pues el secreto es que he descubierto que a la orquídea fantasma le gusta el árbol de mango –continuó diciendo Savilla–. Coges una plantita recién nacida, la pones en un árbol de mango justo en el punto que rocía el aspersor y eso le encanta. Y cuando logro un poco de polen de una de las plantas, lo meto inmediatamente en la nevera. Y, además, hay una chica maravillosa en Júpiter que se ocupa de la germinación de mis semillas. A las fantasma pequeñitas también les encantan los manzanos de los pantanos. Justo ahora estoy cultivando uno de esos árboles en un tiesto para llevármelo a Arkansas. Todavía es muy pequeño, pero cuando haya crecido lo suficiente voy a ponerle mis orquídeas fantasma y así podré llevármelas en el coche cuando

vaya a Arkansas.

Mucha gente del mundillo de las plantas sabía de los éxitos de Savilla con las orquídeas fantasma, así que continuamente recibía llamadas de personas que querían comprarle alguna. Aquella semana había recibido una llamada de Tampa y otra de California. La señora que llamaba desde California le había dicho que estaba desesperada por conseguir una orquídea fantasma y le había preguntado cuánto pedía por una.

–Le contesté que cien dólares –me dijo Savilla–, pero, en realidad, podría haberle pedido mil porque tiene ¡un montón de dinero! y me dijo que estaba desesperada, pero me di cuenta de que sólo quería la planta para poder alardear de ella. Creo que era simplemente una cuestión de nivel social.

Le pregunté qué había hecho al final. Frunció el entrecejo:

–Pues le dije que la llamaría cuando tuviese algunas semillas y probablemente lo haré, pero apuesto a que nunca le enviaré ni una. Estoy segura de que es una de esas personas que aman locamente a su orquídea durante un minuto y luego la dejan morir.

A veces Bob y Savilla venden los excedentes de sus orquídeas en las exposiciones. Hace poco en una de esas exposiciones un hombre se detuvo junto al mostrador de los Quick y entabló una conversación con Savilla. Puede que hablase de orquídeas fantasma o puede que no. Puede que dijese que tenía un amigo que quería comprar una o puede que no. Lo cierto es que les compró una orquídea pequeña y se fue. Dos días más tarde llamó a Savilla a casa y le dijo que quería algunas orquídeas más. Ella decidió dejarle ver su colección privada.

–Había sido tan amable y tan simpático, y tan esto y tan lo otro, que le invité a venir a casa –me dijo–, a pesar de que sólo me había comprado una orquídea pequeñísima en la exposición.

Aquel hombre estaba especialmente interesado en las orquídeas fantasma, así que cuando llegó, Savilla le condujo directamente por el lateral de la casa y le enseñó las plantas que tenía en el árbol de mango. En aquel momento la mayoría carecía de flor, pero una había comenzado a formar dos vainas de semillas. Aquella misma tarde el hombre llamó a Savilla y le ofreció cien dólares por una vaina. A ella le costó decidir si vendérsela o no, pero al día siguiente le llamó y le dijo que sí se la vendería, pero le explicó que, como todavía no estaban a punto para poder arrancarlas, tenía que esperar un poco. Le

dijo que le llamaría cuando la vaina estuviese a punto. Se había quedado con una tarjeta del hombre en la que, curiosamente, sólo figuraba un busca en vez de un número de teléfono normal y un apartado de correos en vez de una dirección como Dios manda.

Unos días después Savilla decidió comprobar si las vainas de semilla de la orquídea fantasma habían progresado, así que fue hasta el árbol de mango y se inclinó para echar una ojeada. Las vainas habían desaparecido. En realidad una había desaparecido y la otra estaba en el suelo partida en dos. Una de las mitades aún seguía unida a las raíces de la planta y la otra mitad estaba sobre el césped al pie del árbol. Savilla se define como una persona tremendamente emocional. En la actualidad dice que le hubiera gustado no haberse puesto tan furiosa por aquello, pero la verdad es que se volvió loca. Se puso como un basilisco. Empezó a vociferar por toda la casa y el jardín. Luego cogió los pedazos de la vaina rota y se los llevó a Nancy Preiss, la que se encargaba de hacer germinar las semillas en Júpiter. Nancy les echó una ojeada y dijo que no tenían remedio, pero Savilla se negó a marcharse hasta que Nancy le prometió que las examinaría en el laboratorio para ver si había alguna posibilidad de salvación. Al regresar a casa llamó al hombre interesado en sus orquídeas para compartir con él su dolor. Le contó lo que había sucedido y, como recordaba que él había dicho que la vaina era para un amigo suyo, le preguntó si su amigo se impacientaría y no querría esperar a la siguiente oportunidad. El hombre le contestó que sentía profundamente lo de las semillas, pero que había un error pues no las quería para ningún amigo sino para él. Añadió que tal vez algún fanático de las orquídeas fantasma había oído que Savilla tenía vainas de semillas y se las había robado.

Justo después de aquel robo, alguien entró en el umbráculo de los Quick y les robó casi trescientas plantas. Entre ellas había veintitrés de una variedad que tiene más valor que belleza, algo que sólo un especialista en orquídeas podría apreciar. Los Quick instalaron cámaras de vídeo en el umbráculo y un sistema de alarma en el jardín. Pasado cierto tiempo, Savilla divisó al hombre que se había interesado por sus orquídeas en una exposición. Era la primera vez que lo veía desde la desaparición de las vainas. Apenas le reconoció, porque había cambiado totalmente de aspecto.

–Cuando le conocí era rubio, pero en la exposición tenía el pelo negro –me contó Savilla–. Cuando le conocí llevaba gafas, pero en la exposición llevaba lentillas. ¡Y hasta su forma de vestir había cambiado! Cuando le conocí llevaba ropa informal y en aquella ocasión llevaba un atuendo como de hortera atildado.

No se hablaron. De hecho, el tipo hizo como que no la veía y cambió de dirección para no encontrársela de frente.

Savilla dejó de hablar de aquello y propuso que fuésemos al umbráculo. En el jardín hacía muchísimo calor. Me contó que su hija se había trasladado de Florida a Anchorage, una ciudad de Alaska. Fuimos caminando entre los arriates de plantas, agachándonos de vez en cuando para evitar darnos con las canastas de orquídeas que colgaban del techo. Una tórtola había hecho nido en una de las canastas y nos miraba con sus ojillos redondos, zureando. Tenía en la cola una franja de color naranja fosforescente de aspecto artificial.

–Eso se lo hice yo –dijo Savilla señalando al ave–. Le pinté esa franja con un spray cuando empezó a hacer el nido, porque quiero controlarla y saber si retorna a la canasta. Ahora, con esa franja, no la confundiré con ningún otro pajarito.

Estuvimos allí un rato de charla. Savilla me iba señalando diferentes cosas: una Vanda premiada, un helecho iridiscente, una orquídea rizada que había encontrado cuando era adolescente. Todas las plantas me encantaron. Sus hojas tenían un aspecto sano y brillante como si las lavara con champú y crema acondicionadora. La luz del atardecer hacía que las flores blancas y púrpuras pareciesen fosforescentes y que las rojas pareciesen focos de emergencia destellantes. Por fin, Savilla dijo que deberíamos acercarnos a echar una ojeada a la orquídea fantasma y me entró tal emoción que creí que me iba a dar algo. Las verdosas raíces de la planta estaban extendidas sobre el tronco formando una enmarañada red de estrías como la que se forma cuando se lanza una piedra contra un cristal. Vi inmediatamente que ninguna de las plantas tenía flor y la desilusión casi me deja sin aliento. Una de las marañas de raíces tenía un bultito de color verde claro y Savilla me dijo que se convertiría en flor al cabo de uno o dos meses. Pasé los dedos una y otra vez por aquellas raíces carnosas y suaves y por la corteza nudosa del mango y después volvimos a la casa. Savilla abrió un pequeño fichero y sacó las tarjetas en las que anotaba toda la información sobre las plantas silvestres que había ido recogiendo. Me dio dos de aquellas tarjetas. Una decía: «Diminuta Harrisella porrecta fantasma, recogida mayo/89, Big Cypress», y la otra decía: «Polyrrhiza lindenii, recogida mayo/89, Big Cypress». Eran las plantas que estaban en el mango.

Volvió a colocar las tarjetas en su sitio y me dijo que aún me tenía que contar el último capítulo de la historia de las vainas de semillas. Las semillas de orquídea tardan unos ocho meses en germinar y, ocho meses después del robo de las vainas, Savilla recibió una carta del

hombre interesado en sus orquídeas.

–Era cerca de Navidad –me dijo–. Pero no era una tarjeta navideña. Era una simple nota. Lo primero que pensé es que era algo extrañísimo que no dijese ni siquiera Feliz Navidad. Solamente decía: «Estimada Savilla: Espero que hayas superado la trágica pérdida de tus semillas. Llámame cuando tengas otras.» ¿No te parece rarísimo?

Ella tenía la teoría de que, como había estado dudando antes de decidir venderle a aquel hombre la vaina, él pudo sospechar que tal vez cambiase de opinión, así que decidió robarla antes de que eso ocurriese. Se imagina que una noche entró en el jardín arrastrándose, robó una vaina y, accidentalmente, rompió la otra. Después intentó que las semillas germinaran, esperó ocho meses, se dio cuenta de que las semillas no prosperaban y entonces escribió a Savilla aquella nota para parecer amable y preparar el terreno para pedirle otra vaina en el futuro. Por supuesto que ella jamás le llamó, pero sigue conservando la tarjeta de visita clavada con una chincheta en la puerta de un armario de la cocina. Ha preguntado por él a muchas personas pero nadie de los que se dedican a las orquídeas ha oído nunca hablar de ese hombre y ella está convencida de que tampoco volverá a saber nada más de él en el futuro.

Uno de los delitos relacionado con las plantas que alcanzó más notoriedad en Florida tuvo lugar en la primavera de 1990. Alguien entró en uno de los umbráculos de R. F. Orchids y robó ejemplares premiados por valor de 150.000 dólares. Muchos eran irremplazables. Había plantas de exposición que habían alcanzado los mayores honores en la Sociedad Americana de Orquídeas y se utilizaban como reproductoras. Eran especímenes grandes y vigorosos, con pedigrí de lujo, y estaban destinados a la clonación y a engendrar otros. El robo fue todo un notición entre los cultivadores de orquídeas y los coleccionistas porque había sido la mayor sustracción de orquídeas en Florida y, tal vez, en todos los Estados Unidos, y desde luego, el mayor hurto de plantas premiadas. El hecho de que hubiera ocurrido en R. F Orchids lo convertía en una noticia de mayor interés, puesto que es uno de los mejores y más prestigiosos viveros del sur de Florida y su propietario, Robert Fuchs, es un cultivador a quien todo el mundo conoce.

Bob Fuchs se dedica al cultivo con fines comerciales desde 1985, pero la familia Fuchs lleva tres generaciones en el mundo de las plantas. El primer Fuchs en llegar a Florida fue el bisabuelo de Bob, un panadero de Milan (Tennessee), llamado Charles. En 1912, cuando

contaba cuarenta y ocho años, enfermó de malaria. El médico le aconsejó que se fuera al sur. Un amigo suyo iba a emprender un viaje para buscar tierras en el sur de Florida e invitó a Charles a que le acompañara, pero él declinó la invitación porque aquella semana llegaba el circo a Milan y no quería perdérselo. Pocas semanas después cambió de idea y se encontró con su amigo en Homestead (Florida). En 1912 Homestead no era un lugar muy desarrollado. Apenas había casas, no había restaurantes, ni neveras y sólo un par de teléfonos. Los cables telefónicos todavía se colocaban sujetándolos a los pinos. Charles y su amigo decidieron dar un paseo para inspeccionar la zona. El paseo duró diez días durante los cuales nunca dejaron de ver pinares. Charles se enamoró de aquella tierra, así que envió a su familia de Tennessee una caja de kumquats para demostrarles su entusiasmo. Nadie de la familia Fuchs había visto kumquats en su vida, así que creyeron que Charles les había enviado unas naranjitas enanas. Cuando Charles regresó a Tennessee, él y su mujer vendieron casi todas sus pertenencias, además de la panadería, y llegaron a Miami solamente con sus hijos, su ropa y dos pollos vivos. Charles había comprado una casa en Homestead durante su primer viaje. Cuando la familia llegó la encontraron tosca, oscura y plagada de hormigas y pulgas. Los caminos de los alrededores eran estrechos y estaban llenos de baches. Después de instalarse, los hijos mayores, Charlie y Fred, iban todos los domingos en motocicleta a hacer las compras al mercado. En una ocasión los chicos compraron algunos cocos y se los metieron bajo las camisas para tener las manos libres para conducir. Durante el trayecto de regreso chocaron con unos cocos silvestres que había en medio de la carretera. Se cayeron de las motos y se hicieron heridas con los cocos que habían comprado y llevaban bajo las camisas. Al principio Charles intentó ganarse la vida como granjero, pero el suelo de Homestead no era más que una fina capa de arena sobre dura roca coralina. Para plantar algo, lo primero que había que hacer era abrir un agujero con dinamita. Charles abandonó su proyecto agrícola, volvió al negocio de la panadería y en poco tiempo logró dar con una receta para elaborar un pan de sándwich blanco y muy tierno, que llamó Pan de Crema y que se convertiría en el más consumido de Florida. Pasado el tiempo el negocio de pan de los Fuchs llegaría a extenderse por todo el territorio nacional con el nombre de Panaderías Holsum.

En la década de 1920 cuando Fred, el hijo de Charles y abuelo de Bob Fuchs, empezó a vivir por su cuenta, la vida en muchos lugares de Estados Unidos empezaba a cobrar aires de modernidad, pero el sur de Florida seguía siendo una zona salvaje, más salvaje aún que el Oeste. Estaba sin explorar e invadida por la jungla. Las actas de la reunión

del Consejo de Administración de la Sociedad Americana de Orquídeas de 1921 registran que unos miembros «han dado cuentas de sus esfuerzos por localizar orquídeas originarias [de Florida] y de las dificultades para intentar sacarlas de la densidad de esos bosques que, en algunos casos, son inaccesibles para el hombre». Incluso los pantanos de Florida se contemplaban con temor, como si fuesen un animal que pudiera comerte vivo. Sólo veinte años antes se consideraba temerario intentar atravesar el sur de Florida. Cuando el aventurero Hugh Willoughby cruzó los Everglades en canoa en 1898 causó general estupor. En su diario dice que su cena consistía en garzas fritas, bogavante y ensalada de palmera repollo acompañados con bacon, limonada y chicle que había llevado consigo. Había pensado dormir en un colchón de aire pero la cosa no funcionó bien. «El experimento fue un fracaso y terminé durmiendo sobre el colchón pero sin hincharlo, pues cada vez que me daba una vuelta, hacía un ruido como el de un caimán y se abombaba por el centro de tal modo que me caía de él constantemente.» Que consiguiera salir con vida asombró a todos sus amigos. «Desde que regresé a casa me han hecho la misma pregunta con mucha frecuencia: "¿No has sufrido de fiebres? ¿No has contraído ninguna enfermedad en un pantano tan terrible y en el que seguro que hay malaria?" Y yo respondo que durante todo el invierno no tuve ni un solo dolor o molestia, exceptuando lo del accidente que tuve en los Arrecifes y en el que me rompí el hueso de la nariz.»

La naturaleza salvaje de Florida es de un tipo muy diferente a la del Oeste. Los pioneros que fueron al Oeste cruzaron anchas llanuras y cadenas montañosas de tal envergadura que resultaban infinitas para abarcarlas con la vista. Viajar al Oeste atravesando aquellos monumentales espacios vacíos hacía que los seres humanos se sintieran solos e insignificantes, como puntitos en una hoja en blanco. Pero los aventureros pioneros en recorrer el sur de Florida hacían un viaje hacia el interior, hacia un lugar tan oscuro y espeso como la lana de acero, un lugar que estaba repleto de seres vivos. Tenían que enfrentarse a lo que escondiera aquel mundo oscuro, espeso y de exagerada abundancia. Para explorar un sitio así, uno tiene que fundirse con él. Pienso que puede resultar más fácil resistir la soledad que resistir la simple idea de desaparecer sin dejar rastro.

Fred Fuchs era tan buen panadero como su padre y en algunas ocasiones ayudaba en el negocio, pero le gustaba mucho más trabajar al aire libre. Tan pronto como se independizó, se convirtió en granjero y se pasaba la vida al raso. Se dedicó a criar cerdos, a cultivar quingombós y dio con una especie muy resistente y deliciosa de

aguacate que se denomina aguacate Fuchs. Le gustaba ir de caza por los Everglades con los seminolas que vivían cerca. Era grande y fuerte y muy dado a comer carne de ciervo cruda. Junto con otros como Tom Fennell padre, Bill Osment, el capitán C. C. von Paulsen y Raleigh Burney forma el grupo de grandes exploradores de los pantanos de su época y pertenece a la última generación a la que aún le quedaba algo por explorar en el sur de Florida. Hoy en día, especialmente cuando estoy en la cola del peaje de la autopista de Florida y veo casas con techo de teja que cubren el paisaje en todas direcciones, me asombra pensar en la vida de Fred Fuchs y sus compañeros de aventuras, gente que dormía en colchones estupendos, tenía coches, iba al cine, pero seguía contando con la posibilidad de internarse en los pantanos, a sólo unos kilómetros de sus casas, y encontrar allí cosas nunca vistas o imaginadas. De hecho, Fred encontró en los pantanos muchas cosas singulares. En el Fakahatchee, por ejemplo, halló la bala de cañón que se supone acabó con la vida del jefe Tallahasee. En los Everglades encontró una grabación de «Yes, We Have No Bananas» en un viejo campamento indio junto a una plantación abandonada de caña de azúcar y plátanos. Alrededor de 1935 empezó a coleccionar orquídeas y, probablemente, sacó miles de los pantanos. Entre ellas había quince o veinte especies desconocidas. Encontró y dio nombre a docenas de plantas aéreas. También se dedicó a coleccionar caracoles y árboles. Le impresionaban especialmente las palmeras reales, esas palmeras coronadas por un penacho que crecen en el Fakahatchee y no se encuentran en ninguna otra zona del país. Puesto que es muy difícil que una palmera real se caiga, Fred decidió plantar catorce en fila en su propiedad. Durante el huracán de 1945 la mayor parte de la granja de Fred quedó destrozada. Él y su mujer sobrevivieron porque se amarraron a una de aquellas palmeras reales. En 1947, año que se conoce en Florida como «el año que no paraba de llover», cayeron cientos de litros de agua que dejaron la granja pelada, pero Fred no perdió ni una de sus palmeras reales.

Freddie, el hijo de Fred y padre de Bob, también tenía una habilidad especial para hacer descubrimientos. Una vez se hundió en un agujero muy profundo en Sykes Hammock, un bosque de madera dura que surgió al replegarse los océanos primigenios y dejar el sur de Florida al descubierto, hace unos doce mil años. Mientras Freddie estaba hundido en el hoyo advirtió que había allí un helecho que se suponía extinguido después que en 1903 el doctor Charles Torrey Simpson lo viera por última vez. Freddie llevaba acompañando a su padre a buscar orquídeas desde que aprendió a andar. Entonces Fred lo ataba con una cuerda por la cintura para no perderlo entre el cieno. Cuando era adolescente ayudaba a su familia en la granja rellenando

tripas con carne de cerdo picada y cuando se hizo mayor llegó a ser jefe de la oficina de correos de Naranja, un pueblo muy cercano a Homestead. Además dirigía un negocio de orquídeas. Por aquel entonces gran parte de los alrededores de Homestead se habían limpiado de árboles y arbustos, se habían cultivado y no se podía ni siquiera soñar con caminar diez días entre pinares vírgenes. Los buscadores de orquídeas que iban al sur de Florida tenían que internarse cada vez más en los bosques para encontrar algo poco común. Freddie era alto, fornido y aventurero. Se sentía feliz de recorrer las zonas interiores del Fakahatchee, del Big Cypress y de los Everglades a la búsqueda de orquídeas. Pasado el tiempo visitaría casi todos los países de América del Sur y de las Antillas para encontrar nuevas especies.

Bob Fuchs, su hijo, tiene en la actualidad cincuenta años. Empezó con las plantas cuando era un niño. Tenía un bancal propio en el invernadero de su padre y una colección de violetas africanas. Cuando tenía trece años hizo con su padre su primer viaje internacional a la búsqueda de orquídeas por la República Dominicana. Se suponía que partirían de Santo Domingo, pero al avión en el que iban le faltó combustible y tuvo que aterrizar en Santiago. Las autoridades sospecharon ante aquel aterrizaje imprevisto y enviaron soldados armados hasta los dientes para rodear el aparato. Cuando los Fuchs bajaron a la pista, Freddie ofreció a los soldados una caja de Kentucky Fried Chicken como gesto de buena voluntad. Parece que les gustó, porque autorizaron a Freddie y a Bob a quedarse allí recolectando plantas tres días. A los diecinueve años Bob descubrió una especie nueva en Nicaragua que registró en la Real Sociedad de Horticultura con el nombre de Schomburgkia fuchsii. Cuando acabó los años de instituto sus padres le regalaron un invernadero. Bob no se dedicó al negocio de las orquídeas inmediatamente. Fue a la universidad, obtuvo la licenciatura en arte y empezó a trabajar en el instituto de Homestead como profesor de arte. En 1970 organizó un pequeño negocio de orquídeas en Naranja, en la finca de sus abuelos, mientras seguía trabajando en la enseñanza. Lo llamó R. F. Orchids, pues su padre, Freddie, seguía con su negocio, que se llamaba Fuchs Orchids. En 1984 la Vanda Deva «Robert» de Bob ganó el gran premio de la Convención Mundial de Orquídeas de Miami y eso le proporcionó una enorme fama dentro de ese mundillo. Tras obtener aquel premio, Bob dejó la enseñanza y se dedicó sólo al negocio de las orquídeas.

Yo le conocí la noche antes de que se inaugurase la Exposición Anual de Orquídeas del Sur de Florida en el Centro de Convenciones de Miami. Aquella noche los participantes estaban montando sus stands. Yo había ido con Martin Motes y observaba cómo montaba el

suyo. Martin y Bob Fuchs no se caen bien, porque los dos se dedican a las Vandas y tienen filosofías distintas sobre cómo deben ser los pétalos y los tamaños, y también porque los que se dedican a los negocios son competitivos por naturaleza pero, sobre todo, porque sí. A pesar de eso, Martin me dijo que tenía que conocer a Bob, puesto que es un hombre muy importante en el mundo de las orquídeas. Durante un descanso en el montaje, Martin me acompañó hasta el stand de R. F. y me lo presentó. Bob me pareció una persona curiosa. Debía de medir por lo menos un metro noventa y tenía esa complexión fuerte y atlética de los defensas de los equipos universitarios de fútbol americano. Tenía un pelo abundante y del color de los melocotones, un mostacho sedoso y unos ojos azules con tendencia a bizquear. Fue la única persona del mundo de las orquídeas del sur de Florida al que siempre me describían diciendo que era muy guapo.

Y la verdad es que, en aquel momento, tenía varias mujeres alrededor intentando que les prestara atención. Una decía: «Bob, Bob, ¿sabes que la palabra "fucsia" procede de tu apellido?» Y otra decía: «Bob, Bob, necesito preguntarte algo sobre esta Vanda...» Pero Bob las ignoraba porque estaba observando a su madre que venía hacia nosotros arrastrando un trozo de madera de un metro de largo que él quería colocar en el stand. Las mujeres seguían parloteando y él seguía ignorándolas. Se dio la vuelta y, señalando un lateral del stand, dijo: «Madre, quiero esa madera aquí, por favor.»

Todo el mundo relacionado con las orquídeas conocía a Bob Fuchs. Algunos le idolatraban y le consideraban el rey de las orquídeas. Otras personas a las que les pregunté por él inspiraban hondo, soltaban el aire despacito y después decían que Bob era un tipo muy controvertido. Pasado un tiempo empecé a comprender que era una manera educada de decir que le odiaban o que les producía unos celos enfermizos. Enseguida me di cuenta de por qué le odiaban. Es malhablado, dogmático y en muchas discusiones pierde los papeles, y parece ser que su filosofía sobre el cultivo de orquídeas no es del gusto de todos. La lista de las razones por las que provoca celos es también muy larga. Procede de una familia de la aristocracia de las orquídeas de Florida, su negocio es muy floreciente, gana un montón de premios, a la gente le encantan sus flores y sus stands, y sabe cómo cultivar clientes tan bien como cultivar orquídeas. ¡Y si no, vayan ustedes a su casa! Si les gustan las flores, los pájaros exóticos con plumaje iridiscente, las piscinas de color turquesa con un mosaico de Vandas en el centro, los estanques con rocas de coral y cascadas y un tipo especial de peces moteados que ascienden veloces a la superficie cuando se les ofrece alimento, las terrazas de tarima de madera en las

que sentarse a mirar las cascadas y los peces, las casas espaciosas y espectaculares, llenas de porcelanas de Limoges y de Royal Worcester decoradas con orquídeas, los muebles de excelente calidad, los trofeos de caza con cabezas de gamos africanos, los huevos de oro y rubíes de Fabergé cuya yema es una diminuta orquídea esculpida, y los jardines con una senda que conduce a un vivero impecable con siete invernaderos repletos de cientos de miles de flores multicolores, entonces les gustará la casa de Bob Fuchs. Una tarde, tras una exposición que hubo en Miami, me acerqué a casa de Bob y, después de enseñarme los alrededores, me condujo a un claro cubierto de hierba que había junto a uno de los umbráculos. Tenía un enorme cobertizo de quincha del tamaño de cuatro habitaciones de hotel. Nos sentamos en unas sillas preciosas junto a una mesa también preciosa. Cerca de nosotros había tiestos de terracota con orquídeas «Miss Joaquin» de hojas delgadas como lápices, y sobre nuestras cabezas giraban un par de ventiladores de techo que hacían tras... tras... tras... con sus aspas, y los cubitos de hielo de la limonada centelleaban y emitían pequeños chasquidos dentro de nuestros vasos. Detrás de Bob había una alfombra de hierba verde y un grupo de palmeras verdes y una mancha verde formada por sus umbráculos y por encima de todo aquel verdor estaba el azul intenso del cielo de Homestead. Una brisa procedente del oeste levantaba y dejaba caer los mechones de pelo rubio de Bob y desde detrás de nosotros llegaba el sonido de los coches sobre la gravilla del camino de entrada, el suspiro que emitían al detenerse, el golpe metálico amortiguado de las puertas de un coche caro al abrirse y cerrarse y, no mucho después, el repiqueteo de una caja registradora dentro de la tienda. Estuve un buen rato en silencio, lo único que quería era sumergirme en el verdor, en las melodías entrecortadas y en la pereza calurosa y densa del día. Bob comenzó a hablar. Me dijo que no sabía qué era lo que provocaba los celos de tanta gente, pero en aquel momento y en aquella enorme cabaña de quincha mecida por la brisa, con todo aquel terciopelo verde rodeándonos, yo sí que lo sabía.

La fama de Bob Fuchs alcanzó su apogeo en la Convención Mundial de Orquídeas que se celebró en Miami en 1984. Estas convenciones mundiales se celebran cada tres años en una ciudad diferente. Las ha habido en Glasgow, Tokio, Honolulu, Saint Louis, Singapur y Long Beach. En Miami sólo ha habido una, la de 1984, que atrajo a un número récord de participantes no sólo de Florida sino del mundo entero. En esos congresos se entregan veintenas de premios, pero toda persona dedicada a las orquídeas sueña con el que se concede a la mejor orquídea de la exposición. Ganar ese premio en la

mayor exposición del mundo, especialmente en Miami, tal vez la capital del cultivo y coleccionismo de orquídeas de los Estados Unidos, equivale a ganar una medalla de oro en las Olimpiadas. El premio a la mejor orquídea de aquella Convención Mundial de 1984 fue a parar a la Vanda Deva «Robert» de Bob Fuchs. La Vanda Deva «Robert» tiene una flor de un rojo encendido con un labelo negruzco y una mota amarilla en el centro, así como unos pétalos grandes cubiertos por unas venillas del color de la sangre. Es una flor redonda y suculenta. La intensidad de su color es cautivadora y sensual, pero al mismo tiempo hay algo en su forma y en su aspecto que la hace parecerse un poco a un osito de peluche. La orquídea «Robert» es inolvidable por su extremada belleza y porque obtuvo el premio más prestigioso en la mayor exposición del mundo celebrada en nuestro país y porque, después de ganar, fue utilizada como reproductora de miles de orquídeas, también de extremada belleza, y convirtió a Bob Fuchs en una estrella. Y también es inolvidable porque el éxito de la Vanda Deva «Robert» marca el momento en que comenzó la animadversión entre Bob Fuchs y otro cultivador llamado Frank Smith.

Frank Smith es un hombre de la misma edad que Bob, dueño de un vivero muy conocido y de gran éxito en Florida, que se llama Krull-Smith Orchids y está situado en Apopka, cerca de Disney World. Frank es además juez titulado en las competiciones de orquídeas, aparte de que ha ganado muchos premios con sus plantas. Bob Fuchs y él son competidores en ese terreno pero la animadversión entre ambos va más allá de la simple competencia. Después de ganar el premio con su espectacular Vanda Deva «Robert», Bob decidió dejar la enseñanza en el instituto y dedicar todo su tiempo al negocio de las orquídeas. Desde el comienzo parece que logró sacar de quicio a la gente. En una ocasión una jueza de orquídeas, de edad avanzada, le demandó exigiendo un millón de dólares porque decía que la había difamado en un memorándum de la Sociedad de Orquídeas del Sur de Florida. La gente parecía sentir una especial satisfacción cuando le ganaban en algún certamen. Una vez, un hombre cuya orquídea había triunfado sobre la de Bob en una competición se acercó a él y le dijo: «Fuchs, ¡no sabe usted cuánto tiempo llevaba esperando poder joderle!» Antes de dedicarse por completo al cultivo de orquídeas, Bob había estado estudiando para obtener el título de juez en las competiciones de la región sur de Florida. Para ser juez hay que pasar por un largo proceso de unos seis años de estudios. Es un título que conlleva cierto prestigio social, pues los que llegan a ser jueces son respetados como máximas autoridades y, con sus decisiones, pueden influir en el rumbo que tome la reproducción de orquídeas. Por ejemplo, un juez que privilegie los pétalos pequeños y redondeados otorgará sus votos a las

plantas que los tengan así y eso hará que los cultivadores se esmeren por conseguir plantas de pétalos pequeños y redondeados, a la vez que aumentará el valor de los especímenes ganadores. En 1983 Bob finalizó con todos los requisitos y presentó su solicitud ante el Comité de la Sociedad Americana de Orquídeas para obtener la acreditación como juez en la región del sur de Florida. Su solicitud fue rechazada. La explicación que le dieron fue que se había recibido una carta en la que se afirmaba que Bob había intentado sobornar a algunos jueces ofreciéndoles esquejes de sus mejores plantas. La carta había sido escrita por Frank Smith y en ella decía que sabía exactamente de qué estaba hablando pues él ha bía sido uno de los jueces a los que Bob había intentado so bornar.

En 1990 fue cuando se produjo el gran robo en R. F. Orchids. La policía investigó, pero, puesto que no había testigos y muy pocas pistas, le dijeron a Bob que era muy improbable que se encontraran las orquídeas o al que las hubiese robado. Unos dos días más tarde, un hombre llamado Robert Perry, aficionado a las orquídeas, estaba visitando viveros de Florida con su mujer. Pararon en Orquídeas KrullSmith y, cuando estaban haciendo el recorrido, Robert vio un manojo de plantas de aspecto excepcional apiladas sin orden ni concierto en la parte de atrás de un umbráculo algo aislado. Entre ellas había una de la que Robert Perry se quedó prendado. Era una flor gris plateada con un labelo rojo púrpura. Por la forma en que estaban apiladas las plantas Robert Perry no alcanzaba la orquídea gris plateada, pero sí podía observarla con detalle, lo suficiente para saber que jamás había visto una semejante. A la salida le preguntó a uno de los que trabajaba en el vivero si podía comprar alguna plantita hija de aquélla, pero el tipo le contestó que las plantas apiladas no estaban a la venta. Un mes más tarde Perry estaba hojeando una revista atrasada y vio un anuncio de R. F. Orchids con una foto de una flor gris plateada que le pareció exactamente la misma que le había cautivado en KrullSmith. Pensó que era muy raro que una orquídea tan especial pudiese encontrarse en más de un vivero y recordó que había oído algo sobre un robo en R. F. Orchids. Perry no conocía a Fuchs personalmente pero decidió llamarle y contarle que había visto aquella orquídea tan excepcional en Krull-Smith. Unos días más tarde Bob Fuchs, Robert Perry y Mike Coronado, el socio de Bob, junto con el sheriff entraron en Krull-Smith Orchids a media noche. Perry les condujo hasta el umbráculo, pero allí no había nada. Las plantas, incluida la gris plateada, habían desaparecido. Perry se quedó atónito. Cuando ya se marchaban, Mike Coronado se metió en otro umbráculo y, minutos más tarde, regresó corriendo para enseñarle al sheriff una etiqueta de las que Orquídeas Fuchs pone a sus plantas, que dijo haber

encontrado en el suelo. El sheriff tomó nota de toda la información, pero al final no consiguieron suficientes pruebas para inculpar a nadie.

Se han barajado muchísimas teorías sobre lo que ocurrió con las orquídeas robadas. Mucha gente pensaba que tal vez la memoria había traicionado a Robert Perry, y aunque las plantas habían desaparecido de R. F. nunca se las vio en Krull-Smith. Otros pensaron que Frank Smith se las había comprado a alguien sin saber que eran robadas. Puede que la etiqueta que Mike Coronado encontró no tuviese nada que ver con las plantas robadas. Bien podía ser la etiqueta de una vieja planta que Frank Smith había comprado directamente en el vivero del padre de Bob y por eso se trataba de una etiqueta de Fuchs y no de R. F. En su declaración Frank Smith llegó incluso a sugerir que todo aquello podía ser un «montaje» de Fuchs para vengarse de él por haber impedido que fuese juez de competición.

Durante el otoño y el invierno posteriores a la presunta aparición y desaparición de las plantas robadas en el umbráculo de Krull-Smith, alguien comenzó a amenazar por teléfono a muchos de los cultivadores de orquídeas del sur de Florida. Frank Smith fue víctima de algunas llamadas durante semanas. La mañana del 20 de febrero de 1991 recibió dos llamadas en el intervalo de una hora. La primera vez contestó al teléfono una amiga de Frank que se llama Jane Daugherty, que aquella mañana estaba en la oficina dando de comer a unos pajaritos que tenían Frank y ella. Según testificó más tarde, el hombre que había al otro lado del teléfono le dijo que, si le importaba algo su amigo Frank, le convenciera para que no asistiese a la exposición de la Sociedad de Orquídeas del Sur de Florida de aquel año, que tendría lugar en Miami la semana siguiente. En su testimonio Jane añadió que quien había llamado se había identificado como Bob Fuchs. Cuando el teléfono volvió a sonar en la oficina de Krull-Smith fue Frank quien contestó. Luego diría en su testimonio que había reconocido la voz de Bob y que le había dicho: «Bueno, mira, así son las cosas, si vas a la exposición de Miami te vamos a joder vivo.» Smith declaró que aquella llamada le había atemorizado porque sabía que Bob estaba furioso por la carta que había dirigido al comité de jueces criticando su falta de ética y que había acabado con sus posibilidades de convertirse en juez. También sabía que Bob seguía sospechando que las plantas robadas habían pasado una temporada en los invernaderos de Krull-Smith. A pesar de que las llamadas le habían atemorizado, Frank seguía dispuesto a acudir a la exposición de orquídeas, que iba a durar cuatro días, así que contrató a dos guardaespaldas para que le acompañasen. El propietario de otro vivero, que también dijo haber recibido llamadas intimidatorias, se presentó ese mismo año en la

exposición protegido por guardaespaldas.

En Florida se considera delito de acoso telefónico recibir más de una llamada en el mismo día con la específica intención de «molestar, insultar, amenazar u hostigar a una persona». Frank Smith alegó haber recibido dos llamadas aquel mismo día de febrero y, por lo tanto, tenía derecho a presentar una denuncia. En el mes de julio se tomaron las declaraciones. A Bob Fuchs se le acusó de acoso telefónico y el 27 de agosto de 1991 el juez Theotis Bronson y un jurado compuesto por doce miembros celebraron la vista de El estado de Florida contra Robert Fuchs. Hoy en día nadie desea hablar de aquel caso, así que para enterarme de qué había ocurrido tuve que escuchar la cinta grabada del juicio. Era más entretenida de escuchar que la mayoría de las grabaciones judiciales, porque contenía muy poco sobre acoso telefónico y competencia comercial y muchísimo sobre la pasión, las flores y las relaciones amorosas ocultas. El juicio comenzaba con el interrogatorio del abogado de Bob Fuchs a la amiga de Frank Smith, Jane Daugherty, sobre la exposición de orquídeas que había catapultado a la fama a la Vanda Deva «Robert»:

ABOGADO DEFENSOR: Veamos, señorita Daugherty, usted afirma que oyó hablar del señor Fuchs por primera vez en la Convención Mundial de Orquídeas que se celebró en Miami en 1984.

JANE DAUGHERTY: Sí.

ABOGADO DEFENSOR: ¿Es ésa la mayor convención de orquídeas del mundo?

DAUGHERTY: Sí, señor.

ABOGADO DEFENSOR: De hecho, ¿no fue la orquídea del señor Fuchs la.... cómo se dice, la... campeona del certamen? ¿La mejor orquídea de la exposición?

DAUGHERTY: No lo recuerdo.

ABOGADO DEFENSOR: ¿No recuerda que la orquídea del señor Fuchs fue la gran campeona?

DAUGHERTY: Él tenía una orquídea que ganó. Creí que usted se estaba refiriendo a su stand.

ABOGADO DEFENSOR: ¡Una orquídea que era la más grande y la mejor de toda la exposición! ¿No es así? Aquello irritaría a más de un

participante, ¿no cree usted? ¿No había una cuestión de celos?

FISCAL: ¡Protesto!

JUEZ: Se admite la protesta.

ABOGADO DEFENSOR: Señorita Daugherty, ¿no estaba Frank Smith celoso porque Bob Fuchs, que en aquel año de 1984 no era todavía juez..., porque Bob Fuchs tenía la mejor orquídea del mundo?

DAUGHERTY: Su orquídea fue la mejor en aquella exposición en concreto.

ABOGADO DEFENSOR: Que era nada menos que la Convención Mundial y que convirtió a Bob Fuchs en el centro de atención de todo el mundo, ¿no es verdad?

DAUGHERTY: A aquellas alturas ya era el centro de atención de todo el mundo.

Jane Daugherty había estado dando de comer a los pajaritos en Krull-Smith la mañana en que se realizaron las llamadas telefónicas intimidatorias. Algunos pájaros eran de Frank, pero otros le pertenecían a ella. La defensa intenta ba dar a entender que Jane Daugherty no era un testigo imparcial ya que estaba predispuesta a favor de Frank Smith, pues tenían tanta intimidad que hasta compartían pájaros.

ABOGADO DEFENSOR: ¿Desde cuando es usted amiga de Frank Smith?

DAUGHERTY: Desde hace nueve años.

ABOGADO DEFENSOR: ¿No sería más justo decir que usted está enamorada de Frank Smith?

DAUGHERTY: No, señor, somos amigos.

ABOGADO DEFENSOR: ¿O sea que no está enamorada de él?

DAUGHERTY: Somos muy buenos amigos.

ABOGADO DEFENSOR: Muy buenos amigos. ¿Y no mantienen ningún tipo de relación amorosa?

DAUGHERTY: No, señor.

ABOGADO DEFENSOR: ¿No van ustedes de viaje juntos?

DAUGHERTY: Yo le ayudo a montar los stands de orquídeas en las exposiciones, pero eso no es viajar juntos.

ABOGADO DEFENSOR: Ya, ya. Bien y… ¿cuánto hace que comparten ese… hobby de los pájaros?

DAUGHERTY: Unos seis años.

ABOGADO DEFENSOR: ¿Y usted tiene sus pájaros en la casa de él?

DAUGHERTY: Allí sólo tengo algunos de mis pájaros.

ABOGADO DEFENSOR: Vamos a ver, ¿cuántos pájaros tiene en casa de él?

DAUGHERTY: Aproximadamente veinticinco de los periquitos ingleses son míos.

ABOGADO DEFENSOR: O sea que usted tiene veinticinco de sus pajaritos particulares en la casa de él. ¿Se trata de algún negocio que usted y él llevan juntos?

DAUGHERTY: No, señor, es un hobby.

ABOGADO DEFENSOR: O sea que se trata de un hobby, un hobby que comparten y que les encanta… Veinticinco de esos pájaros son suyos y están en casa de él, y ¿sólo son amigos?

A partir de ese punto el juicio se convirtió en una especulación pública sobre un posible romance. El fiscal intentó demostrar que Mike Coronado estaba enamorado de su socio Bob Fuchs y, por lo tanto, su testimonio no era fiable. Coronado rechazó semejante sugerencia. Y después el abogado de Fuchs intentó demostrar que no sólo Jane Daugherty estaba enamorada de Frank Smith y no podía ser, por tanto, una testigo imparcial, sino que otra de las testigos presentadas por el fiscal también estaba enamorada de Frank y tampoco era válida como testigo. El fiscal contraatacó diciendo que un testigo que afirmaba haber estado en R. F. Orchids el día de las llamadas telefónicas y servía de coartada a Bob mantenía con él una relación «muy cercana» y, por lo tanto, debía ser desestimado, y que también una administradora que testificó que Frank le había

confesado que no creía que fuese Bob quien hacía aquellas llamadas no era imparcial respecto a Bob y debía también de sestimarse. Nadie explicó jamás por qué Robert Perry, el hombre que había visto la flor plateada en Krull-Smith, se había visto involucrado en el caso, si fue porque estaba enamorado de otra cosa aparte de la flor plateada o de otra persona aparte de su mujer. Bob Fuchs no testificó. En los alegatos finales tanto el abogado como el fiscal admitieron que las sospechas entre ambos implicados estaban tan enturbiadas por su enemistad que era imposible sacar nada en claro. ¿Había amenazado Bob a Frank Smith porque estaba convencido de que éste había robado en su vivero? ¿Intervino Frank Smith en la solicitud de Bob para ser juez de orquídeas porque estaba celoso o porque sabía realmente que Bob estaba actuando de un modo deshonesto? ¿Intentó Bob atribuirle el robo a Smith como venganza por haber sido rechazado por el comité de jueces?

El jurado declaró que Bob Fuchs no era culpable del delito de acoso. En la sentencia lo único que quedaba claro era que Bob Fuchs no tendría que ir una temporada a la cárcel. Todo lo demás no quedaba nada claro. Es imposible saber si los miembros del jurado votaron por la absolución porque no creían que Bob Fuch hubiera realizado aquellas amenazas telefónicas o porque creían que las hizo pero, simplemente, no se ajustaban al pie de la letra a la definición de delito de acoso telefónico del estado de Florida. Y lo cierto es que nada de lo contenido en la sentencia ayuda a resolver el misterio de las orquídeas robadas. La misma noche en que conocí a Bob Fuchs también conocí a Frank Smith. Me pareció agradable y bien educado, pero cuando le pregunté sobre el juicio me miró como si fuera una aparición. Me dijo que no quería volver a hablar nunca jamás de aquel caso ni conmigo ni con nadie y que todo aquel asunto era consecuencia de que alguien «le había dicho algo» y le había «confundido», que eran historias del pasado y que ya estaba todo superado. Accedió a hablar conmigo alguna vez sobre orquídeas si prometía no preguntarle nada referente a aquello.

La guerra entre Fuchs y Smith duró más de una década y es probable que nadie, excepto Frank y Bob, lleguen a saber jamás qué fue lo que sucedió. Aunque también es posible que ni ellos mismos lo sepan. En la actualidad Bob es juez de competición en otra zona del país y tanto él como Frank continúan cosechando éxitos en las exposiciones de orquídeas. Ninguna de las orquídeas desaparecidas de R. F., incluida la inolvidable orquídea plateada, se ha encontrado hasta el momento.

En Florida desaparecen cosas sin cesar pero también aparecen otras. Florida es una zona que ejerce una poderosa atracción. Parece más una esponja que un estado. Absorbe a la gente. Cuando llegaron los colonizadores blancos, fueron poblando los rincones menos inhóspitos y más tarde poblaron incluso los que se pensaba que eran inhabitables, entre los que se incluía la «terrible franja de hierba» de los Everglades, y desde entonces no han dejado de seguir llegando. En la actualidad en el condado de Collier, donde se encuentra el Fakahatchee, cientos de recién llegados construyen casas todos los días. Los urbanistas dicen que en Naples no quedará ningún espacio libre, ninguno en absoluto, dentro de unos ocho años. Florida también absorbe plantas y animales exóticos. Muchos llegan de un modo natural, nadando hasta la costa o empujados por el viento, o bien son transportados inadvertidamente en buques de carga o entran legalmente por cuestiones comerciales, pero un gran número de los animales y plantas que llegan a Florida se han obtenido, transportado y comercializado de un modo ilegal. Miami es uno de los mayores puertos de entrada del contrabando de plantas y animales en los Estados Unidos. El jefe del Departamento de Medio Ambiente de Miami me contó que es un puerto que goza de mucha popularidad entre ese tipo de individuos que se despiertan una buena mañana y se dicen: «Bueno, chico, no estaría mal hacerse con un par de boas constrictor reticuladas.» En 1996, por ejemplo, a través de Miami se introdujeron en los Estados Unidos setecientas mil iguanas de contrabando. Las artimañas que utilizan los contrabandistas son múltiples. En los últimos años los inspectores de aduanas de Miami detuvieron a una mujer que intentaba pasar de contrabando un monito escondido debajo de la blusa, a un hombre que llevaba un chaleco con bolsillos especiales en los que transportaba huevos de cacatúa australiana, a otro hombre que llevaba un osito de juguete repleto de tortuguitas vivas, a otro con una boa constrictor viva debajo de la camisa y a otro con monos tití en la mochila. Detuvieron también a un individuo que intentaba pasar un gibón abrazado a su cuerpo y oculto bajo una camisa muy amplia. Los inspectores de aduanas han encontrado halcones escondidos en cartones de leche, periquitos metidos en rulos para el pelo y monos ocultos bajo sombreros. Detuvieron a un hombre llamado Lenin Oviedo procedente de Caracas (Venezuela), cuya maleta contenía cuarenta y siete boas arco iris, once boas de cola roja, cuarenta y cuatro tortugas de patas rojas, veintisiete tortugas amazónicas, veintisiete tortugas de río y doce serpientes crótalo. Hace poco detuvieron a otro contrabandista

venezolano que llevaba en un bolso de mano una tarántula comedora de pájaros, doscientas crías de tarántula y trescientas ranas «envenenadora de flechas» del tamaño de un dedo pulgar. Y, además, llevaba catorce crías de boa constrictor dentro de los pantalones.

El contrabando de plantas en general y de orquídeas en particular constituye un negocio muy fructífero en todo el mundo. Esa actividad se ha incrementado a partir de la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies en Peligro de Extinción de Flora y Fauna Salvajes, conocida actualmente en el mundo anglosajón como CITES, en la que más de cien naciones llegaron al acuerdo de prohibir o restringir el comercio internacional de cualquier especie salvaje. El grado de restricción varía según las especies. Las orquídeas se dividen en dos categorías: las consideradas raras y en vías de extinción se engloban en el estricto Apartado I del CITES, que prohíbe la recolección y el comercio de dichas plantas. Todas las demás orquídeas del mundo se encuadran en el Apartado II, que permite el comercio personal o empresarial limitado, siempre que el país exportador lo autorice.

CITES no cuenta con aceptación universal. Mucha gente del mundo de las orquídeas piensa que la amenaza real para las plantas no radica en quienes las recogen o comercializan, sino en la pérdida de los hábitats salvajes. Se quejan de que los países en vías de desarrollo están destruyendo la selva con una rapidez enorme y de que en ese proceso arrasan todo tipo de plantas poco comunes. Por lo tanto, consideran a los que las recogen y las sacan de esas zonas la única oportunidad de preservar especies que, de otra forma, desaparecerían para siempre. Las plantas pueden así cultivarse y multiplicarse del mismo modo que las especies animales en peligro de extinción se trasladan a zoológicos en los que se les aplican programas para su reproducción. En 1992 se creó el Banco Internacional de Semillas de Orquídeas para preservar las especies raras. Estas semillas tienen una vida de treinta y cinco años, así que pueden permanecer en ese banco durante un periodo de tiempo bastante largo y algún día se puede hacerlas germinar y, quizá, devolverlas a la jungla. El Banco de Semillas cuenta con almacenes en Texas y California. Según su director es necesario tener semillas en diferentes lugares por si alguno de los almacenes es objeto de un sabotaje organizado (supongo que por parte de alguien que desee la destrucción de esas semillas). Entre la gente del mundillo de las orquídeas también hay otros muchos que apoyan a CITES porque sostienen que, a lo largo de la historia, los buscadores de orquídeas han arrasado los bosques siempre que se les ha presentado la oportunidad y que las orquídeas son tan valiosas que

hay que protegerlas de esa gente a la que mueve más el ánimo de lucro que la conservación de las especies. La primera vez que oí, durante mis incursiones en el mundo de las orquídeas, aquellos discursos tan vehementes ridiculizando el trabajo de CITES me quedé sorprendidísima de que los amantes de las plantas se opusiesen a un tratado de protección del medio ambiente. Pero luego no dejé de oír historias sobre buscadores que habían visto cómo quemaban las selvas de Java y Belize para convertirlas en tierra cultivable y, en lugar de permitir que los buscadores penetrasen en la selva a recoger las orquídeas antes de prender fuego, los representantes de CITES les impedían recoger las plantas y tenían que limitarse a ver cómo se convertían en humo.

Desde la creación de CITES las orquídeas difíciles de conseguir se han elevado de precio en todo el mundo y son casi inaccesibles. Henry Azadehdel, un armenio enamorado de las plantas y experto en ovnis, que se trasladó a vivir a Inglaterra en 1979, explicó recientemente que en un año había ganado cuatrocientos mil dólares comerciando en el mercado negro de orquídeas. Vendió una «zapatilla de dama» Rothschild, robada en Borneo, por diecinueve mil dólares y varios ejemplares de otras especies diferentes de zapatilla de dama a seis mil dólares la planta y alardeó de habérselas comprado a los nativos por sólo dos dólares cada una. Estos hechos salieron a la luz cuando se condenó a Azadehdel en 1989 por cuatro delitos de «contrabando, tenencia y venta de orquídeas en peligro de extinción». Antes de que se dictara la sentencia, Azadehdel había declarado: «He sufrido un naufragio, me han perseguido traficantes de drogas y he comido con el jefe de una tribu de cazadores de cabezas. He estado en lugares en los que ningún hombre blanco ha estado jamás. Estoy orgulloso de haber extendido los límites de la ciencia.» Su abogado defensor argumentó que «ha abandonado el hobby de toda su vida... Ya no posee una colección ni deseo alguno de coleccionar», pero a pesar de todo a Azadehdel se le impuso una multa de treinta mil dólares y se le condenó a un año de cárcel. Después de su puesta en libertad, desapareció. Su abogado insiste en que a él le había jurado que no quería ver una orquídea más mientras viviera. Parece que desde entonces ha adoptado diversos seudónimos como los de doctor Armen Victorian, doctor Alan Jones o Kasaba Ntumba y se ha dedicado a promocionar la teoría de que existe una conspiración de ovnis y que una nave espacial extraterrestre ha aterrizado en Sudáfrica. Aunque también se dice que continúa buscando nuevas especies de plantas.

Hace pocos años en el Gran Premio de Japón, que se celebra en Tokio y atrae a más de medio millón de visitantes, hubo una redada espectacular. La flor que la provocó era una de las llamadas orquídeas

perdidas, una especie norvietnamita, descubierta a principios de 1900 y que ya no se encontraba en la jungla. No hace mucho los buscadores de orquídeas descubrieron de nuevo esas plantas, pasaron miles de ellas de contrabando a Hong Kong, Taiwan y Japón y proporcionaron algunos ejemplares a varios jueces muy prestigiosos del Gran Premio de Tokio. Fue un escándalo mayúsculo a nivel mundial. Se detuvo a los contrabandistas, se les confiscaron las plantas, y los jueces tuvieron que cesar en sus cargos. En 1990 las autoridades belgas pusieron en marcha la operación Nero Wolfe, con la que confiscaron miles de orquídeas de contrabando procedentes de Tailandia. Recientemente el Departamento Forestal de Tailandia ha publicado que, según sus estimaciones, cada año se exportan ilegalmente cerca de seiscientas mil orquídeas silvestres, sobre todo a Japón y a Europa. Y hace poco Suman Sahai, un especialista hindú en medio ambiente, pidió que la India patentase su flora y su fauna autóctonas puesto que «La riqueza biológica de la India está siendo totalmente saqueada..., ya se trate de semillas de variedades especiales de arroz que se llevan las compañías norteamericanas o bien se trate de orquídeas con las que las compañías europeas están consiguiendo ganancias millonarias». A menudo esas orquídeas acaban camino de los Estados Unidos. Los agentes de aduanas de Houston detuvieron hace poco a dos hombres que llevaban dieciséis orquídeas cada uno, valoradas en diez mil dólares cada ejemplar, atadas con alambre por todo el cuerpo. Una de las detenciones por contrabando de orquídeas más famosa en los Estados Unidos tuvo lugar en 1994, cuando Harto Kolopaking, de veintiocho años de edad, vendió 216 orquídeas «zapatilla de dama» excepcionales a un agente secreto de la Agencia para la Protección de la Pesca, la Fauna y la Flora por trece mil dólares. Kolopaking había estado llevando orquídeas a California desde 1993 en paquetes donde ponía «Material de muestra». En el juicio admitió que ya en 1992 había introducido de contrabando otras mil orquídeas para un mayorista de Malibú. Kolopaking era muy conocido en el ámbito de las orquídeas. Su familia es propietaria de un vivero muy selecto al este de Java y la Paphiopedilum kolopakingii recibió este nombre por su padre. Kolopaking fue la primera persona en los Estados Unidos que ingresó en la cárcel por contrabando de orquídeas. En el juzgado de San Francisco se confesó culpable de todos los delitos que se le atribuían y se le sentenció a pasar cinco meses en una prisión federal.

Justo antes de que yo conociera a Laroche los agentes federales echaron el guante a un cargamento de dos mil orquídeas «zapatilla de dama» muy raras cuando iban a introducirse de contrabando en Miami procedentes de China. Se trataba de unas orquídeas especialmente atractivas. El gobierno federal las donó a los Jardines Botánicos Selby

de Sarasota y, tras la llegada de las plantas, el director de los jardines instaló nuevas cerraduras y un sistema de seguridad en la zona de las orquídeas. Unas semanas más tarde asistí a la vista de un juicio en el juzgado federal de West Palm Beach. Era el caso Los Estados Unidos contra Michael Cohen, en el que se juzgaba a un traficante de plantas exóticas de Lake Worth, acusado del contrabando de plantas cántaro, unas plantas carnívoras procedentes de Malasia. Cohen había etiquetado las plantas como especies comunes no protegidas, pero un inspector gubernamental las identificó como plantas cántaro y, además, interceptó un fax que Cohen había enviado a su suministrador de Malasia diciendo: «No olvides que no las vamos a identificar correctamente.» Durante la vista, Cohen parecía deprimido. El juez comenzó por preguntarle: «Señor Cohen, ¿está usted bajo los efectos de algún tipo de medicamento?» Supongo que puede ser una clásica pregunta de las que hacen los jueces antes de que comience a declarar el acusado, pero me puse a pensar que la pasión por las plantas constituye para mucha gente que he conocido una droga más potente que ninguna otra.

Una vez que comprendí la naturaleza del contrabando internacional, empecé a comprender la lógica del proyecto de Laroche sobre las orquídeas fantasma. CITES ha convertido en algo ilegal la exportación o venta de orquídeas silvestres, cosa que obviamente incluye todas las especies originarias de Florida y, entre ellas, la orquídea fantasma. La mayoría de las especies silvestres no se cultivan con fines comerciales. Ahora cualquiera que desee una orquídea silvestre tiene que robarla del pantano o comprársela a alguien que ya lo haya hecho. Laroche estaba convencido de que existía un gran mercado para las orquídeas del Fakahatchee. Me contó que conocía un montón de gente en Australia que se moría de ganas de tener una orquídea originaria americana y que los ingleses perdían la cabeza por ellas. Para avalar su teoría me envió un artículo en el que se hablaba de un inglés propietario de un vivero al que se había detenido en el aeropuerto de Heathrow con unas novecientas «zapatillas de dama» americanas en su equipaje de mano. Laroche pensaba que si pudiera robar unas cuantas plantas del pantano –amparado por la inmunidad de los seminolas frente a las leyes federales sobre especies en peligro de extinción– podría clonarlas con su técnica secreta y lograría millones de orquídeas fantasma y de orquídeas almeja y de orquídeas de espuela curva, que podría comercializar legalmente, pues habrían sido creadas en un laboratorio y no arrancadas de la jungla. Los coleccionistas no tendrían ya ninguna razón para comprárselas a los furtivos pues las podrían obtener legalmente de Laroche y con ello

acabaría con el mercado negro. Me pareció que tenía tal dominio de las leyes y las prohibiciones relacionadas con el comercio internacional de plantas que le pregunté si se había dedicado alguna vez al contrabando en algún lugar fuera de Florida y si había introducido cosas en Florida en vez de sacarlas. Creo que íbamos en el coche en dirección al pantano cuando le formulé esa pregunta, y durante kilómetro y medio más o menos continuó mirando fijamente la carretera sin contestar. Por fin dijo que había estado «involucrado en cierto asunto en América del Sur», pero se negó a añadir nada más sobre ello. Me dijo que su padre no sabía nada de ese «asunto» y que no quería que se enterase, que puede que algún día me contara algo sobre todo aquello pero, mientras su padre viviera, no pensaba soltar prenda.

Ya que Laroche no quería hablar de la cuestión, pedí a otras personas del mundillo de las orquídeas de Florida que me presentasen a algún contrabandista internacional. Todos me aconsejaron que me pusiese en contacto con un individuo llamado Lee Moore, el Aventurero, un coleccionista y contrabandista de orquídeas que se había dedicado antes al coleccionismo y contrabando de arte precolombino, un tipo anarquista, antiguo fumador de marihuana, que estaba a punto de marcharse del sur de Florida para instalarse en Perú. Antes de conocerle, alguien me enseñó una fotografía suya. Estaba tomada en Iquitos (Perú) y en ella aparecía junto a dos niños peruanos. Entre los tres sostenían un helecho asta de ciervo tan grande como un Volkswagen Escarabajo. Cuando le sacaron aquella fotografía Lee tenía veintidós años y el aspecto exultante de un joven guapo, delgado, de piernas largas, pelo color arena y piel muy tostada por el sol. Pertenecía a una familia de la aristocracia de Washington. Su padre, Phillips Moore, había sido subsecretario de Comercio con Truman, director de Administración de la Aviación Federal y miembro del Congreso. Los Moore se trasladaron a Florida cuando Lee era todavía un niño. Se adaptó inmediatamente. Mientras sus compañeros de instituto se pasaban el tiempo corriendo en sus coches con motores preparados, él se lo pasaba metido en los Everglades. Para ganar algún dinero cogía víboras de agua y se las vendía al Parque de Reptiles de Miami y cogía serpientes de cascabel que luego vendía a una compañía de extracción de veneno. Cuando terminó los cursos del instituto cogió el coche y se fue a hacer un viaje por América Central. Un amigo suyo estaba allí poniendo en marcha un negocio de exportación de peces tropicales, así que Lee comenzó a acompañarle en sus constantes vuelos a América Central. Más tarde fue a Perú con Ronald Wagner, otro amigo suyo que quería poner en marcha un negocio basado en el veneno de las serpientes, que consistía en

extraerles el veneno y someterlo después a un proceso para la obtención de antídotos contra las mordeduras. El sueño de Lee era descubrir plantas nuevas. Solía decirles a los cultivadores de orquídeas de toda la vida como Fred Fuchs o Tom Fennell que iba a aventurarse en la jungla y a descubrir nuevas especies. «Ellos siempre se burlaban de mis locuras» le gusta contar, «y decían: "Aquí está Lee, el Aventurero", y así me quedó ese sobrenombre.»

Llamé a Lee una tarde muy húmeda en que Laroche había ido con su equipo de seminolas a recoger hierbas acuáticas. El tono de su voz sonaba como si estuviese agobiado por las preocupaciones y me dio unas indicaciones complicadísimas para llegar a su apartamento. Una vez que acabó con todas las explicaciones, añadió: «Por cierto, es mejor que venga cuanto antes porque estoy a punto de marcharme al Perú. Odio vivir aquí.»

Cuando fui a visitarlo vivía con Chady, su mujer, en el barrio Kendall de Miami, en un apartamento pequeño de un complejo de edificios sin árboles ni jardines, de esos construidos a todo correr con paredes de guijarros y puertas baratas. En lugar de jardín, delante de la casa había una explanada de cemento tras una verja de hierro. Era más pequeña que una mesa de picnic. Junto a la puerta de acceso había una docena de tiestos con bromelias. Según el gobierno de los Estados Unidos y la CITES, la actividad principal de Lee era el contrabando de plantas. Cuando le conocí estaba a la espera de que se celebrase el juicio que se denominaba Los Estados Unidos de América contra unas 493 orquídeas (Orchidaceae) del vivero Agro-Oriente de Moyobamba (Perú); y unas 680 orquídeas (Orchidaceae) del vivero Agro-Oriente de Moyobamba (Perú). Se trataba de unas Cattleyas que había traído de Perú. El gobierno sostenía que Lee las había arrancado ilegalmente de la selva y que las había etiquetado mal intencionadamente para hacerlas pasar por plantas de vivero. Lee, por su lado, había demandado al Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos, al Departamento de Protección de las Plantas y a los encargados del Almacén de Cuarentena de Miami por un millón de dólares. Según su denuncia, los inspectores del Ministerio de Agricultura habían retenido injustamente otro de sus cargamentos de plantas peruanas y mientras las plantas estaban retenidas habían muerto por falta de cuidado. Había intentado conseguir un abogado de oficio en un bufete pero no tuvo suerte, así que iba a defenderse a sí mismo.

En aquel entonces Lee rondaba los sesenta años y el pelo color arena se le había vuelto blanco, pero por lo demás seguía pareciendo

aquel muchacho de la foto con el helecho asta de ciervo, de aspecto delgado, piernas largas y la piel tostada por el sol. El día que fui a verle iba vestido con pantalones muy amplios y ese tipo de camisa de manga corta y co lores claros que usan los cubanos. Cuando llegué, su mujer también estaba en casa. Era la mitad de alta que Lee, tenía el pelo oscuro, era muy dinámica y vestía una blusa de color rosa fuerte abotonada por delante, unos pantalones blancos superajustados y unos zapatos blancos de tacón alto. En cuanto entré en el apartamento ella se plantó en la mitad del salón y comenzó a hablar a cien por hora. Rebosaba energía verbal. Hasta cualquier bobada sin el menor interés sonaba, dicho por ella, muy interesante.

–Lee, ¡tienes que contarle lo del arte! ¡Lo de nuestra colección precolombina! –exclamó señalándome–. Cuéntale todos los detalles. ¡Ay, Dios mío, todas las cosas por las que hemos tenido que pasar!

–Se lo voy a contar ahora mismo, mami –dijo Lee.

–Nosotros éramos muy, muy importantes, pero que muy importantes en el mundo del arte –continuó diciendo ella–. Siempre estábamos pasando cosas de contrabando o pagándole a alguien para que lo hiciese.

Lee se volvió hacia mí y me dijo:

–¿No quiere usted sentarse?

Yo asentí con la cabeza y me senté.

–En México figurábamos en la lista de los diez más buscados –continuó diciendo Chady–. Pasamos por tantas aventuras, por tantas situaciones, ¡Oh, Dios querido!

–Estábamos amasando una fortuna con el arte precolombino –dijo Lee–. Lo de las plantas se estaba poniendo cada vez más difícil. Antes cogías una orquídea en la selva, la metías en un paquete, la mandabas por avión y, cuando llegabas a Miami, la inspeccionaban. Pero luego metieron a esos malditos yuppies en la Administración y ahora te lavan las plantas y te las fumigan y te las inspeccionan mientras tú sigues en la jungla y, después, tienes que transportarlas en un camión hasta Lima y, como estás en zona de tráfico de drogas, te someten a una inspección por si llevas estupefacientes, luego viene a inspeccionarte un botánico y, por fin, tienes que tener un permiso de CITES y un certificado de sanidad vegetal. Para entonces un tercio de tus plantas ya se ha muerto. Esos tipos de aduanas siempre me estaban buscando las vueltas porque mis plantas tienen un aspecto que llama

la atención. Son plantas de la jungla. Parecen salvajes pero no lo son. Trabajo con un vivero de Moyobamba que se dedica a cultivar plantas en unas condiciones que casi es como si siguieran en la selva. Conseguir piezas de arte precolombino era mucho más fácil. Comenzamos alrededor de 1966 y… en menos que canta un gallo ya estábamos en órbita. No tardamos ni un minuto en comenzar a vender piezas a los mejores coleccionistas de Europa y de Australia.

Chady dio unos golpecitos en el suelo con uno de sus tacones.

–Vivimos tantas aventuras que no se puede creer. Lee, tienes que contarle cuando fuimos fugitivos en México.

–Se lo estoy contando, mami –dijo Lee.

–La policía, los agentes, los contrabandistas, todos persiguiéndonos, ¡era increíble! –dijo Chady–. ¿Sabe usted una cosa? Indiana…, ¿cómo se llama?, Indiana Jones, ¿sabe usted quién es? Bueno, pues Indiana Jones a nuestro lado es…, es una mierda. Y Butch Cassidy es una mierda comparado con nosotros. ¿No es verdad, Lee? A nosotros nos pasaron muchas más cosas, pasamos por más situaciones peligrosas que Indiana Jones. ¡Oh, Dios querido!

Lee se puso de pie y dijo que iba a buscar unos recortes de prensa sobre los problemas legales por los que estaba pasando. Dijo que una de las razones por la que estaba dispuesto a demandar al gobierno por haber dejado morir sus plantas era que una de las Cattleyas mooreana tenía una vaina de semillas que podía haberle proporcionado millones de plantas.

–Me ha costado más de treinta años encontrar una que tuviese una vaina con semillas –me dijo–. He sido la única persona del mundo que tenía una vaina de semillas madura de una mooreana. Ahora tendría cincuenta mil plantas que se venderían a cien o ciento cincuenta dólares por ejemplar. Si no fuera por esos condenados yuppies, habría hecho una fortuna.

–Bueno, con el arte ya estábamos haciendo una fortuna – dijo Chady–. ¡Eran millones! Lee tenía un Lincoln, no, tuvo dos coches Lincoln Continental. Pero resulta que estábamos llevándonos patrimonio cultural. Era ilegal sacarlo del país de origen.

Fuera del apartamento se oyó el chirrido de un camión y después un bocinazo. Una puerta se cerró de golpe haciendo vibrar todos los cristales. Un perro emitió un ladrido que arecía de aburrimiento y luego se calló. Dentro del apartamento de los Moore había una

sensación de abatimiento, de encierro.

–Nos convertimos en forajidos –dijo Chady, dando golpecitos con el pie–. ¡Oh, Dios mío, no se puede creer!

La verdad es que Lee Moore el Aventurero, pasó por muchas aventuras y descubrió bastantes plantas. Encontró las últimas especies de Cattleyas que se han registrado, una fantástica orquídea cartujana con salpicaduras rojas y bordes ondulados que llamó Cattleya mooreana. Descubrió la Catasetum moorei y la Encyclia lemorea, dos especies que en la actualidad se utilizan para hibridaciones con fines comerciales. Encontró una bromelia casi negra, la Aechmea chantinii, y otra de un color carmesí sorprendente que llamó Neoregelia moorei, y otra, con la forma de un rosetón de fuegos artificiales, que llamó Guzmania bismarkii. Durante un viaje para recoger plantas en Perú con un pastor baptista de Japón redescubrió una especie de helecho asta de ciervo de tamaño gigante, el Platycerium andinum, que no se había visto en los últimos cien años. En 1962 la Sociedad de Bromelias le nombró Hombre del Año. En 1965 descubrió una bromelia grande, con ramas y con flores de color rosa apagado y azul claro. La llamó Tillandsia wagneriana en memoria de su amigo Ronald Wagner, el de la empresa de veneno de serpientes, que había muerto en un accidente de aviación durante uno de sus viajes a Colombia. Según Lee, en aquel funesto avión iban a viajar los dos, pero no quedaba más que un asiento libre y Ronald y él se lo jugaron echando una moneda al aire. De aquel accidente lo único que sobrevivió fue Buck, el perro de Lee, y una caja de metal que contenía su lista de clientes. El accidente inspiró a Lee la publicación de una gacetilla. La tituló El aventurero de salón de Lee Moore. En ella narraba sus viajes para recoger plantas y su vida en la jungla, e incluía fotografías de plantas poco comunes, de indígenas, arañas, tapires y de escenas en el Amazonas. En el primer número había una fotografía de la que entonces era su mujer, Helen, con un vestido de andar por casa y jugando con un loro, y otra de la hija de Lee cuando era un bebé acariciando a un capibara, el roedor de mayor tamaño que existe en el mundo. Aquel primer número estaba dedicado por completo al accidente de avión en el que murió Ronald Wagner. También incluía consejos para viajeros. En el segundo número explicaba cómo funcionan las cerbatanas y que el único antídoto para su veneno mortal es una solución azucarada: «Si alguna vez te alcanza un dardo venenoso... recuerda que hay que beber agua azucarada... si te da tiempo.» El aventurero de salón de Lee Moore tuvo una vida limitada. En el tercer número decía que iba a suspender la publicación porque «me parece que, con tantos desastres, mis trabajos han sufrido muchos retrasos». Uno de esos desastres fue otro

accidente de avión en el que murieron siete amigos suyos. También en aquella ocasión había intentado ir en ese vuelo, pero lo perdió porque llegó tarde por culpa de un problema en la carretera. Como su nombre constaba en la lista de pasajeros figuró como una de las víctimas. Su familia y sus amigos recibieron una gran sorpresa cuando se supo que estaba vivo. Dedicó el último número de su gacetilla a contar la historia del accidente. Se abría con el siguiente editorial:

Éste es un cuento terrible y cargado de amargas verdades sobre el precio que pagan los aventureros durante la búsqueda de plantas exóticas al exponerse a situaciones terribles, más allá de lo que pueda imaginarse. No puedo revelar la totalidad de los hechos que conozco porque pienso que son demasiado peligrosos para publicarlos de momento.

¿Ha visto usted alguna vez cuerpos despedazados, retorcidos, sin cabeza, desparramados por el suelo mientras los buitres acaban con lo que ha quedado de esas personas que uno conoció? Eran siete hombres que, como yo, iban a la búsqueda de algo ... Estoy casi a punto de dejarlo, pero, antes de hacerlo, quiero que se sepa por qué no se puede llamar cobarde a Lee Moore.

Voy a poner mi empresa a la venta. ¿Le interesa a usted?

En sus viajes para recoger plantas Lee entró en contacto con el arte precolombino y los objetos preincaicos. «En otras palabras, con los tesoros enterrados», me dijo en una ocasión. En aquella época no había ninguna prohibición que impidiera comerciar con objetos históricos ni impuestos que gravaran la importación de antigüedades. Lee pensó que recoger aquellos objetos sería un buen complemento a la recolección de plantas. Su primer proyecto consistió en sacar un muro de un antiguo templo maya en el que había un fresco de incalculable valor. La extracción duró tres meses y, durante ese tiempo, Lee y Zadith, una peruana con la que se había casado y estaba embarazada de siete meses, vivieron en un campamento que levantaron en aquel lugar, subsistiendo a base de palomas a la parrilla. La excavación estaba financiada por un estafador armenio que tenía negocios de drogas y prostitución y por un marchante de arte húngaro, que se quedaría parte del mural en su galería neoyorquina, mientras que el resto iría a parar al Metropolitan Museum de Nueva York. El fresco era, en realidad, una propiedad cultural robada. Una tarde un empleado gubernamental mexicano asistió a una recepción en el Metropolitan, vio que en la planta baja

del museo se hallaba expuesta una obra que había desaparecido de su país y exigió que la devolvieran de inmediato. Al marchante húngaro no le quedó más remedio que embalar el mural y enviarlo de vuelta a México, donde hoy se exhibe en el Museo de Antropología. Lee no recibió pago alguno por aquel trabajo, pero considera que constituyó una buena experiencia de la que aprendió mucho. Una vez que él y Chady, su actual esposa, ya sabían bastante sobre el negocio del contrabando de arte, planearon saquear otro emplazamiento maya repleto de frescos pero desecharon el proyecto al enterarse de que había unos agentes federales que tenían orden de seguirles y detenerles. Después de eso Lee y Chady decidieron dedicarse al contrabando de objetos que cupieran en una maleta, como vasos mayas, antiguos objetos peruanos, máscaras funerarias de oro y enseres de plata. Durante aquella época Lee voló entre América del Sur y Miami cientos de veces. El contrabando de arte les iba tan bien que dejó el negocio de las plantas. Pronto se convirtió en uno de los cinco traficantes más importantes en arte precolombino. Tenía un avión privado, dos coches Lincoln Continental, una casa de ensueño y un millón de dólares en el banco.

Ahora, sin embargo, Lee ha vuelto al negocio de las plantas. Lo ha hecho tras el bajón sufrido en el contrabando de arte después de varios litigios con el servicio de aduanas de los Estados Unidos, que en su mayor parte han ganado los de aduanas. Ha perdido una fortuna con una colección enorme de objetos antiguos de plata peruanos, ya que los agentes de aduanas se los confiscaron y le obligaron a donarlos a un museo de Perú. Y sufrió una pérdida aún mayor con un cargamento de arte precolombino que pensaba vender en Australia, pero que los inspectores aduaneros le confiscaron tras identificarlo como propiedades sustraídas. Una de sus mayores inversiones, una máscara funeraria preincaica de dos mil años de antigüedad tallada en oro, también le fue confiscada y devuelta al Perú. Está convencido de que los inspectores de aduanas van tras él. Después del fiasco de lo de Australia tuvo que vender el avión y sus Lincoln Continental, tuvo que dejar su mansión de ensueño y declararse en bancarrota. Anduvo a la caza de un trabajo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Después del huracán Andrew trabajó incluso como jornalero reconstruyendo los viveros de la zona. Poco a poco fue convirtiéndose en una especie de intermediario. Compraba plantas interesantes en los viveros de Miami y luego las metía en un camión y las vendía a viveros pequeños a lo largo de una ruta. Se paraba en un pueblo como Jacksonville, se iba a la cabina telefónica de una gasolinera y allí, de pie y a pleno sol, buscaba en las Páginas Amarillas y llamaba a los viveros locales para preguntar si querían alguna planta. Era un trabajo pesado que apenas

le reportaba unos dólares, pero le sirvió para regresar al mundo que siempre había amado.

Al día siguiente Lee iba a salir muy temprano a hacer uno de sus viajes para vender plantas, así que aquella misma tarde tenía que ir a buscar algunas y me invitó a acompañarle. Cuando nos estábamos subiendo al camión, le pregunté si conocía a John Laroche. Me parecían cortados por el mismo patrón pero sospechaba que no se conocían. Creo que el universo hubiese estallado en pedazos si hubiesen coincidido alguna vez en algún sitio. Lee entrecerró los ojos y se acarició la barbilla.

–No, creo que no conozco a ese tipo –dijo–. Pero he oído hablar de su caso. Lo que no entiendo es su pasión por las orquídeas fantasma. Están bien, es cierto que están bien, pero yo no las encuentro tan especiales.

Puso en marcha el camión y salió chirriando del aparcamiento.

–Yo conozco bastante bien a todos los del mundo de las orquídeas –continuó diciendo–. A Martin Motes fui yo quien le proporcionó su primer trabajo en un vivero. Era el chico que se encargaba de regar mis plantas. Y Fred Fuchs, el padre de Bob, financió mi primer viaje para buscar orquí deas, el que hice en mi Volkswagen bajando la Panamericana. Y el viejo Fennell me compraba para su Jungla de las Orquídeas las plantas que yo recogía. –Se limpió el sudor de la frente–. Todos eran verdaderos monstruos en el ambiente de las orquídeas. Gente como Fred Fuchs... No puedo creer que ahora yo me encuentre al mismo nivel que ellos.

En aquel camión atiborrado recorrimos kilómetros y kilómetros de carreteras comarcales de gravilla a cuyos lados había bungalows del tamaño de cajas de cerillas y vallas en cadena. El primer sitio en el que nos detuvimos se llamaba Bromelias Bullis. Lee aparcó y fue en busca del gerente.

–Vengo a buscar cuatro Lunas Tristes y ocho Lluvias Púrpura –dijo.

El gerente nos condujo a través de un invernadero donde Lee había depositado sus plantas pocos días antes. Las contó, chasqueó la lengua y dijo:

–Me parece que alguien se ha largado con una de mis Lunas Tristes, ¿sabes?

Luego fuimos a otro vivero.

–Harvey, quiero una caja de Hechizos –le dijo al gerente–. Unas plantas que sean grandes, bien grandes. Hoy no me voy a llevar demasiadas orquídeas porque si las meto en el camión se van a estropear con este calor y luego nadie las quiere y tengo que comérmelas.

Después fuimos a Bromelias DeLeon.

–Este vivero siempre tiene lo último –me dijo mientras entrábamos. Me señaló una zona al otro lado del terreno–. Mira ese umbráculo nuevo que están construyendo. ¡Guau, qué barbaridad! –Y ya en la oficina sacó la lista de pedidos–. Vamos a ver, quiero unas cuantas piñas abigarradas Ramosas, de las que no tienen espinas. Ah, y también voy a llevarme veintiuna Fascinis, treinta y seis Eileens y doce piñas normales.

Eran diferentes especies de bromelias, algunas con hojas delgadas y pinchos, otras con unas hojas moteadas amplias y rígidas, y algunas más pequeñas con un manojo de hojitas de borde dentado.

–Yo siempre ando buscando algo nuevo –me dijo–. Ése ha sido siempre mi objetivo. Cosas nuevas, cosas realmente especiales. Si te encuentras con un ejemplar que merezca un premio puede producirte unos cinco mil dólares; por planta, quiero decir. De alguna de las que he descubierto ya están produciendo miles de millones. ¿Y cuánto he sacado yo de eso? –Movió la cabeza de un lado a otro–. Un par de dólares, y tendría que haber sacado millones.

Me dijo que la mayoría de las veces que había descubierto especies nuevas no contaba con el dinero suficiente o con las instalaciones adecuadas para clonarlas y sacarles beneficio, así que sólo llegaba a vender unos cien ejemplares. Después algún cultivador comercial las clonaba y las vendía a miles en los supermercados o en las tiendas Kmart a bajo precio. Por un lado parecía exasperado por tantas ocasiones en las que había estado tan cerca de hacer mucho dinero sin lograrlo pero, por otro, era como si despreciase algo tan patético como conseguir diez millones de dólares vendiendo bromelias en las tiendas Kmart. Parecía la historia de su vida: se salvaba por los pelos de los desastres, de los accidentes de avión, de los animales salvajes y siempre estaba a punto de hacer mucho dinero sin lograrlo. Sospecho que le habría encantado echarle el guante a una parte de ese dinero, pero sólo si le hubiera caído en medio de alguna aventura en la que existiese el riesgo de perderlo o estuviera jugándose la vida o a punto

de que lo metieran en la cárcel. Realmente me pregunto cuál sería el tipo de vida que le producía tanto rechazo como para abandonar su casa y partir hacia América del Sur en cuanto pudo. Supongo que no hubiera sido una mala vida, simplemente una vida algo monótona y carente de emociones para un romántico como Lee Moore. Probablemente habría sido una vida en la que nunca hubiera necesitado meter peces tropicales en una bomba hidráulica para lograr que su avión aterrizase en Colombia. Nunca habría tenido que vivir en una cabaña infestada de víboras con una caja en la que transportaba a su perro como único mobiliario, ni nunca habría tenido que huir de agentes federales que le persiguieran por Perú. Tampoco habría llegado a ser el primero en ver algunos seres vivos y presentarlos al resto del mundo y, al igual que Adán, darles nombre. Me daba la sensación de que cada día conocía más gente que, como Lee, parecían totalmente ajenos a este mundo moderno –lleno de problemas nimios, obligaciones, limitaciones, cinismo y aburrimiento– porque sus vidas estaban llenas de optimismo. Amaban las cosas de verdad, confiaban en la perfección de algunos seres vivos, vivían para un mito de sí mismos y para la aventura, estaban convencidos de que había cosas por las que realmente merecía la pena morir y creían que podían llevar a cabo cualquiera de sus sueños.

Lee cargó el resto de sus plantas en el camión y dijo que ya no pararíamos en ningún vivero más, pues tenía que acostarse temprano. Siempre emprendía sus viajes para vender plantas antes del amanecer para que el calor no las marchitase. No se llevaba todas las plantas consigo para que el camión no fuese demasiado cargado. Si se quedaba sin existencias, llamaba a su mujer para que le enviase más, con lo que podía continuar viajando hacia el norte. A mí me resulta inimaginable eso de andar vagando por el Amazonas, pero lo de ir conduciendo hasta sitios remotos y ponerse a llamar por teléfono a gente que uno no conoce es algo que sí puedo imaginar, aunque me da pavor. Le pregunté a Lee si se consideraba una persona valiente. Jugueteó con los dedos sobre el volante.

–Oh, no. No soy valiente. Simplemente estoy seguro de mí mismo. Recuerdo que una vez, cuando era niño, íbamos a hacer un viaje en canoa por los Everglades. Algunos amigos míos no fueron porque iba a ser un recorrido lleno de dificultades e inconvenientes. Pero sí vinieron a despedirnos cuando partimos y recuerdo que levanté la mirada mientras nos alejábamos y vi las caras tristes de los que se quedaban en tierra. Ahí comenzó mi vida de aventurero. En aquel instante supe que yo no quería estar entre los que se quedaban en tierra.

En el último número de El aventurero de salón de Lee Moore, publicado en la primavera de 1966, decía :

Muchas personas me escriben cartas diciendo que me envidian, que desearían poder estar en mi lugar viajando y explorando, y que la vida que yo vivo es la que ellos habrían querido llevar pero que no pudieron llevar por una cosa u otra. Los problemas que yo les he relatado, en realidad, no tienen que acompañar necesariamente ni este tipo de empresas ni una vida normal. Ustedes han estado siguiendo los problemas de una vida que no es la normal y que no puedo cambiar sea cual sea la actividad que emprenda. Una persona normal no tiene por qué enfrentarse a esas dificultades. Parece que la aventura me persigue haga lo que haga. No es algo que tenga que ver con el tipo de trabajo, tiene que ver conmigo. La aventura y la emoción me perseguirán el resto de mi vida. Desde que era pequeño me he escapado de la muerte por los pelos en nueve ocasiones. Llevo en la sangre el deseo de explorarlo todo.

LA CABEZA DE OSCEOLA

Unas semanas más tarde, uno de esos días densos en los que el sol de Florida está tan pulido y plateado como una moneda y el cielo está blanquecino, la jueza municipal Brenda Wilson anunció que ya había tomado una decisión en el caso de las orquídeas fantasma. Poco antes, aquel mismo mes, Laroche y los tres seminolas –Russell Bowers, Dennis Osceola y Vinson Osceola– habían presentado un recurso a la acusación de apropiación ilegal de plantas procedentes de una propiedad estatal. La jueza Wilson declaró que rebajaba la pena a los seminolas, a los que imponía una multa de sólo cien dólares a cada uno, pero que encontraba a Laroche culpable de los cargos que se le imputaban y le imponía una multa cinco veces mayor que a los seminolas y ampliaba a seis meses la prohibición de acercarse al Fakahatchee. Al día siguiente el Miami Herald publicó un artículo que decía:

NAPLES – Ayer lunes en el juzgado del condado de Collier se llegó a una conclusión poco clara en el caso que podía haber establecido si los indios pueden tratar las plantas de los territorios públicos de Florida como si fuesen suyas.

La jueza municipal Brenda Wilson impuso multas a tres indios seminolas y a un cultivador de orquídeas de Miami por el intento de sustracción de ejemplares raros de orquídeas y bromelias de la Reserva Estatal del Fakahatchee el pasado mes de diciembre.

Los abogados defensores de los indios sostienen que los miembros de la tribu deberían tener libertad para coger cualquier planta que quieran de los parques y reservas estatales, aunque esté en peligro de extinción, pues así lo establece una ley estatal. «Esto no tiene ningún sentido», ha dicho Wesley Johnson, abogado de los seminolas. «La única razón por la que presentamos el recurso fue porque nos pareció legalmente conveniente, pero no son culpables de ningún delito.»

Los amantes de las orquídeas y los directores de los parques y reservas estatales seguían el caso muy de cerca, pues temían que se sentase un precedente si a los indios y a Laroche se les permitía recolectar plantas. Laroche había afirmado que estaba trabajando para la tribu, pues es un gran conocedor de orquídeas y de otras plantas. «Yo sólo les acompañé para asegurarme de que lo hiciesen correctamente», dijo refiriéndose a la recolección que efectuaron el

año pasado.

Buster Baxley, director de planificación y desarrollo de la tribu, dijo que, basándose en la exención que figura en la ley estatal, creía que la tribu podía coger esas plantas. «Pero, igual que ocurre con todos los tratados que ustedes firman, no vale ni siquiera el papel en el que está escrito», dijo Baxley refiriéndose a todos los tratados que el gobierno ha firmado con tribus indígenas.

El día siguiente a la sentencia judicial me cité con el fiscal, Randy Merrill, que había llevado la parte de la acusación. Merrill había sido oficial de la policía antes de ser abogado y tenía pensado presentarse a un cargo estatal después de que terminase el caso de las orquídeas. Al principio, cuando se formularon las acusaciones, Merrill me dijo que había decidido a pedir la condena para todos. Estaba especialmente deseoso de echarle el guante a Laroche porque le parecía un tipo desquiciado. Todo el caso era una locura. En él se mezclaban varias leyes confusas, dos de las cuales eran contradictorias. Una era la Ley de enjuiciamiento criminal. En el estado de Florida es ilegal arrancar plantas silvestres en peligro de extinción y hacerlo conlleva penas de cárcel. La única excepción que figura en la Ley se refiere a «los indios de Florida» que están exentos de cumplirla en todo lo que respecta a sus prácticas tradicionales en relación con la caza y la pesca. Eso quiere decir que, según la Ley de enjuiciamiento criminal de Florida, no puede procesarse a los seminolas por recoger orquídeas, aunque sean plantas en peligro de extinción. Por otra parte, todos los parques, reservas y demás territorios estatales, incluido el Fakahatchee, se rigen por un reglamento que prohíbe sacar ningún animal o planta, esté o no en peligro de extinción. Esto significa que, dentro de una reserva estatal como el Fakahatchee, cualquier persona que coja algo –una brizna de hierba, una lombriz o una orquídeas fantasma– puede ser detenida y procesada. Teniendo en cuenta la contradicción existente entre la Ley de enjuiciamiento criminal y el reglamento que rige en los parques estatales, ¿pueden o no pueden los seminolas coger orquídeas silvestres en el Fakahatchee? ¿Debe aplicarse la exención de «los indios de Florida» que figura en la ley o debe predominar el reglamento de los parques?

Esa ambigüedad era justamente lo que Laroche había estado buscando en la biblioteca jurídica. Se dio cuenta de que, en lo que se refería a las especies protegidas, la Ley de enjuiciamiento criminal y el reglamento del parque eran contradictorios, así que contaba con que si les cogían a él y a su equipo, un juez haría prevalecer la Ley criminal sobre un reglamento administrativo para parques. En otras palabras,

que un juez dictaminaría que la exención de los seminolas podía hacerse extensiva a todos los territorios estatales, aunque en la Ley de enjuiciamiento criminal no figurase expresamente, y que por lo tanto tenían derecho a recoger orquídeas fantasma en el Fakahatchee. También contaba con que la mayoría de los jueces de Florida no querría dictar una sentencia que no reconociera los derechos de los seminolas, pues eso crearía, sin duda, una gran polémica.

Merrill decidió que la mejor forma de acabar con el plan de Laroche era evitarlo. Empezó por retirar las acusaciones contra los seminolas para no tener que enfrentarse a la cuestión de la «exención» de los indios. Pero no sólo se les había atrapado con orquídeas y bromelias protegidas, sino también con las ramas de los árboles en las que crecían las plantas, pues Laroche había insistido en llevarse las plantas adheridas a las ramas en lugar de arrancarlas porque así tendrían más posibilidades de sobrevivir. La Ley sobre especies protegidas no es de aplicación a los árboles comunes y corrientes, así que la exención de los «indios de Florida» no podía aplicarse a los árboles, que se rigen por el reglamento del parque, que considera ilegal que cualquier persona se lleve algo de la reserva estatal del Fakahatchee. Si los seminolas se hubiesen llevado sólo las plantas en vías de extinción, el juez habría tenido que decidir cómo interpretar el conflicto entre lo que establece la Ley de enjuiciamiento criminal y el reglamento del parque. Pero llevarse ramas de un parque constituye un asunto legal normal. Nadie, sin ninguna excepción, está autorizado a sacar ningún elemento vivo de un parque estatal. Merrill comprendió que vencería a Laroche centrándose en aquel punto que no admitía discusión alguna. Dejaría la tarea de reconciliar leyes y reglamentos para otro juez y otro caso. Los seminolas tendrían que admitir que no están exentos de cumplir los reglamentos de los parques en lo que se refiere a robles, manzanos y otras hierbas comunes y corrientes de Florida. No les quedaría más remedio que establecer un recurso rebatiendo lo de la sustracción de árboles de un parque estatal, cosa que acabaron haciendo.

La situación de Laroche presentaba más complicaciones que la de los seminolas. Puesto que era un empleado de la tribu, había pensado que estaría cubierto por todas las exenciones a la ley que se aplican a los seminolas. Y, por si acaso no funcionaba el concepto de exención, había evitado deliberadamente tocar las plantas el día de la apropiación. Fueron los seminolas quienes llevaron a cabo la recolección, trepando a los árboles, cortando las ramas, metiéndolas en bolsas y sacándolas de allí. No era porque Laroche fuese un vago, sino porque, en el caso de que los detuviesen, quería poder alegar que estaba allí como consejero botánico y no como ejecutor de ninguna

acción. Pero la jueza Wilson hizo caso omiso de todos los argumentos expuestos por Laroche. Según ella, era empleado pero no miembro de la tribu, así que no tenía derecho a ninguna de las consideraciones especiales que se aplicaban a los seminolas. Además, la jueza creía que era culpable de todo: de sustraer las ramas de los árboles, las orquídeas y las bromelias; de aconsejar a los tres seminolas que hicieran lo mismo y, además, era el culpable moral de todo el asunto porque había tramado el plan.

Los «indios de Florida» son descendientes de los yuchi, los creek y los cherokees que vivieron en Georgia y Alabama hasta el siglo XVIII, cuando los colonizadores blancos les echaron de las tierras fértiles. Cuando se instalaron en Florida comenzaron a denominarse a sí mismos seminolas o mikasukis, que significa «nómadas salvajes» o «los sin tierra» o «fugitivos». Después de que en 1821 Florida dejara de pertenecer a la corona española y pasase a pertenecer a los Estados Unidos, los colonos blancos empezaron a dirigirse hacia el sur y no tardaron mucho en querer apropiarse también de las tierras que ocupaban los indios. El gobierno federal se gastó más de 40 millones de dólares en tres «acciones de represión y desplazamiento» de los seminolas. La última de las tres guerras contra los seminolas, la llamada Guerra de Billy Piernas Arqueadas, acabó en 1848. Para entonces el ejército de los Estados Unidos había «reprimido y desplazado» a más del noventa por ciento de los seminolas hacia Oklahoma. El diez por ciento restante, que ascendía a unos trescientos miembros, había huido hacia los Everglades y el pantano del Big Cypress y había establecido campamentos de tiendas en los límites de la zona pantanosa. El gobierno persistió en sus acciones de desplazamiento ofreciendo al jefe Billy Piernas Arqueadas 215.000 dólares para que condujese al resto de la tribu también a Oklahoma. Él rehusó. Más tarde le persuadieron para que fuese a Washington a negociar. El jefe Billy Piernas Arqueadas viajó hasta la capital a caballo acompañado por otro jefe seminola y un grupo de «especialistas en desplazamientos» gubernamentales. Durante el trayecto pararon en Tampa, Palatka, Orange City y en Savannah, en el estado de Georgia. En los hoteles el jefe Billy Piernas Arqueadas se registraba como «Sr. William P. Arqueadas». Las conversaciones no tuvieron el menor éxito. No lograron persuadir a los seminolas para que abandonasen sus tierras, como tampoco lo logró la ley de 1853 que declaraba ilegal que vivieran en Florida y tampoco lo consiguieron las posteriores incursiones de soldados gubernamentales. En 1858 el ministro de Defensa Jefferson Davis admitió que los seminolas habían «frustrado los enérgicos esfuerzos de nuestro ejército

para lograr su represión y desplazamiento». Puesto que jamás se rindieron, los seminolas de Florida empezaron a referirse a sí mismos como los Inconquistables. Hasta el día de hoy sus descendientes siguen sin haber firmado jamás ningún tratado de paz con los Estados Unidos.

Uno de los líderes de los Inconquistables era un joven guerrero llamado Osceola, hijo de un comerciante británico y una mujer que tenía sangre de indios creek, de negros y de escoceses. Osceola nació en el norte de Alabama. En 1818 su madre y él fueron capturados por los soldados de Andrew Jackson. Cuando los soltaron, se trasladaron a Silver Springs (Florida) a vivir con los parientes creek de la madre. El nombre que le impusieron al nacer a Osceola fue Billy Powell. Probablemente «Osceola» provenga del título ceremonial que le otorgaron los creek, «asi yahola», que significa Pregonero de la Bebida Negra. La bebida negra era un purgante amargo y fuerte que se obtenía destilando hojas de acebo. Un «yahola» era una especie de monaguillo que portaba esa bebida negra en las ceremonias religiosas y cantaba. Osceola era guapo, alto y delgado. Le gustaban las joyas, las polainas rojas y los tocados de plumas. No tenía ningún derecho hereditario a ser jefe y, por lo tanto, técnicamente no lo era, pero se había ganado el máximo respeto de la tribu por la pasión con que se ocupaba de ella, por sus habilidades en el popular juego del béisbol indio y por la seguridad en sí mismo que desprendía. Ya desde muy joven, Osceola se había forjado una gran reputación como guerrero. Sin embargo, también tenía muchos admiradores y amigos entre los blancos. Mantuvo una gran amistad con un teniente blanco de Fort King (Florida) al que había conocido durante la Segunda Guerra Seminola, y con Frederick Weedon, un médico blanco que le atendió cuando le capturaron y le metieron en una prisión militar. También contaba con muchos seguidores entre los abolicionistas blancos que creían que las guerras contra los seminolas eran injustas y que se llevaban a cabo sólo para beneficiar a los propietarios de las plantaciones y para castigar a los indios por dar refugio a los esclavos que habían logrado escapar. Se daba la coincidencia de que los seminolas tenían gran número de esclavos, aunque la relación entre un amo seminola y su esclavo negro era bastante especial: los esclavos se mezclaban y casaban con miembros de la tribu y todos vivían humildemente. Una de las mujeres de Osceola era descendiente de un esclavo fugitivo a quien capturaron más tarde, provocando con ello que Osceola se comprometiera en una guerra personal contra el hombre blanco. Sin embargo, cuando estalló la Guerra de Secesión, la tribu firmó un tratado con los confederados, probablemente porque vivían en el sur pero, sobre todo, porque los indios admitían la esclavitud igual que los confederados.

La tribu respetaba a Osceola por su inteligencia a la hora de atacar y por ser implacable en la venganza. Hasta los blancos le admiraban por su sentido de la justicia, su caballerosidad y su desprecio por los actos terroristas. Se dice que nunca robó ni una sola pertenencia de un colono o de un soldado blanco, ni siquiera un caballo, que era el trofeo de guerra más común. Aborrecía la deslealtad, la corrupción y la falta de principios en cualquier individuo, fuese blanco o indio. La hazaña de la que Osceola estaba más orgulloso y que le había acarreado gran parte de su fama fue el asesinato de Charley Emanthla, el jefe seminola que había cedido ante el gobierno y había acordado el desplazamiento de la tribu a Oklahoma. Emanthla había aceptado dinero a cambio de cooperar. Después de matarlo, Osceola sacó el dinero del soborno de la bolsa de Emanthla y lo desparramó por encima de su cadáver.

En 1837 Osceola y Coa Hadjo, otro jefe seminola, aceptaron acudir a las conversaciones de paz con el general Thomas Jesup que tuvieron lugar en Fort Peyton (Florida). Es posible que Osceola decidiera negociar para conseguir más tiempo de tregua para la tribu o porque veía que no podría aguantar otro año más de luchas. Coa Hadjo y él viajaron a Fort Peyton acompañados por una delegación de setenta y un guerreros, seis mujeres y cuatro miembros de la tribu seminola de raza negra. Osceola acudió al encuentro de buena fe, pero no sucedió lo mismo con Jesup, que había ordenado en secreto a Joseph Hernandez, delegado ante el Congreso y general de la milicia de Florida, que detuviera a los seminolas en cuanto llegasen. Nada más entrar la delegación de Osceola en el fuerte, les golpearon, les ataron y les encarcelaron. A Osceola lo embarcaron en el vapor SS Poinsett y llegó a la prisión militar de Fort Moultrie, en Carolina del Sur, el día de Año Nuevo. Se lo llevaron lejos de Florida porque Jesup temía la influencia que pudiera ejercer sobre los seminolas aun estando entre rejas. Osceola era un personaje con gran poder. Incluso estando prisionero tenía carisma, y pronto se convirtió en una celebridad dentro del fuerte. Se le permitió moverse libremente dentro de los límites de Fort Multrie y siempre iba bien vestido, especialmente cuando los artistas que le admiraban iban a visitarle para pintar su retrato. Dos de sus mujeres vivieron con él durante su cautiverio. Solía charlar con el doctor Weedon, médico jefe del fuerte. Según los registros históricos, alguna vez se les permitió, a él y a otros guerreros seminolas, salir del Fuerte Moultrie. Una vez viajaron con escolta a Charleston para ver una obra llamada Medialuna o Luna de miel. Osceola tenía poco más de treinta años cuando le detuvieron, pero estaba muy aventajado y tenía problemas de salud causados por enfermedades diversas, entre ellas la malaria. En 1938 tuvo anginas,

una especie de amigdalitis, y pidió que le atendiera un curandero en lugar del doctor Weedon. Cuando su enfermedad llegó a un punto crítico, se levantó de la cama y se vistió con su atuendo preferido: grandes pendientes de plata, un tocado de plumas, pintura roja de guerra, plumas de avestruz, espuelas de plata, un cuerno labrado para la pólvora y una bolsa para las balas muy decorada, una manta de rayas y un bastón de barba de ballena. Cuando hubo acabado de vestirse y de ponerse todos sus adornos cayó muerto. El doctor Weedon fue el encargado de preparar el cuerpo de Osceola para el entierro, pero cuando nadie lo veía le cortó la cabeza. Para el funeral la colocó en su sitio ocultando el corte con un pañuelo de colores. El cuerpo y la cabeza fueron enterrados en el fuerte de Carolina del Sur, a pesar del deseo expreso de Osceola de ser enterrado en Florida.

Después del funeral, Weedon regresó al lugar donde estaba la tumba, abrió el ataúd, robó la cabeza y la sacó fuera del fuerte. No existe explicación lógica de por qué lo hizo, pero es cierto que una de las bisnietas de Weedon escribió en sus memorias que su antepasado el médico era «un hombre raro». Embalsamó la cabeza utilizando una fórmula propia que elaboró en su casa y durante una época la exhibió en el escaparate de la farmacia y perfumería que tenía en San Agustín (Florida). Luego la guardó en casa durante muchos años y solía colgarla en la cama de sus hijos pequeños como castigo cuando alguno se portaba mal. Posteriormente se la regaló a uno de sus yernos, Daniel Whitehurst, que también era médico y había estudiado con el doctor Valentine Mott, que entonces era el cirujano y patólogo más importante del país. Mott estaba acostumbrado a tratar con figuras destacadas, entre las que se contaba Edgar Allan Poe, a quien había examinado a causa de sus lesiones cerebrales. Poseía en Nueva York una gran biblioteca médica y un museo de especímenes anatómicos que era el mayor del país dentro de su especialidad y del que se decía que era «particularmente rico en tumores, aneurismas, huesos, articulaciones, arterias y vejigas anómalos», muchos de los cuales procedían de operaciones realizadas por el propio cirujano. Se dice que llegó a amputar más de mil miembros del cuerpo humano durante el ejercicio de su profesión. En 1843 Whitehurst le envió la cabeza de Osceola con una carta para que la incluyese en el «gabinete de cabezas» de su museo. El catálogo ilustrado del museo de 1858 señalaba que el espécimen n.º 1132 era la «Cabeza de Osceola, gran jefe seminola (sin lugar a dudas). Donación del doctor Whitehurst, de San Agustín.» El «sin lugar a dudas» que aparece entre paréntesis hacía alusión a las tres autentificaciones solicitadas por Weedon a los oficiales del ejército que habían conocido a Osceola, y que estaban deseando atestiguar que aquella cabeza era la del jefe indio. Parece ser

que Mott estaba preocupado porque consideraba demasiado valioso aquel espécimen como para exhibirlo en su gabinete de cabezas y temía, según le dijo por carta a Whitehurst, que «representase una tentación muy grande y alguien acabase robándola», así que le prometió guardarla en el estudio que tenía en su casa. No se sabe si finalmente la mantuvo en el museo o se la llevó a casa. El museo estaba en la Facultad de Medicina de la calle Catorce, pero se incendió en 1866. La mayoría de la gente cree que la cabeza se destruyó en aquel incendio. El resto del cuerpo de Osceola permanece en su tumba de Fort Moultrie.

Osceola luchó por sus principios, fue capturado ignominiosamente, tuvo una muerte prematura y dejó tras de sí a un pueblo sin conquistar. Aunque dirigió a los seminolas durante un periodo de tiempo corto, nunca ha caído en el olvido. Walt Whitman le dedicó varios versos, los retratos que le pintaron en prisión han recorrido las galerías de Europa y sus pertenencias se encuentran expuestas en museos de todo el mundo. Existen por lo menos veinte pueblos y condados que se llaman Osceola en su honor y casi la mitad de los seminolas de Florida llevan el nombre de Osceola como apellido.

Laroche sostenía que uno de los muchos legados de Osceola era el de los derechos de los seminolas y de quienes trabajaban para ellos –o sea, el propio Laroche– a recoger orquídeas fantasma en el Fakahatchee Strand. Al día siguiente de que la jueza emitiera su veredicto me llamó para quejarse.

–¡Me han crucificado! –dijo gritando, y después comenzó a toser como una foca–. Te dije que me iban a crucificar. Soy un jodido crucificado. La jueza esa es una imbécil. No sabía una mierda de los derechos de los indios y no sabe una mierda de nada. Está loca si se cree que con eso me va a mantener apartado de los pantanos. Y deja que te diga una cosa, te juro que Buster va a acabar consiguiendo una bulldozer y volviendo al Fakahatchee a destrozarlo todo si no se tranquiliza un poco.

Paró de toser y empezó a reírse entre dientes. El sonido le brotaba lentamente de la garganta como si transitara sobre gravilla. Hablar con Laroche siempre suponía una sorprendente experiencia auditiva compuesta por su tos de fumador, la redondez con la que pronunciaba ciertas palabras como «bien», que sonaba a «pieen» o «Fakahatchee», que pronunciaba «Fokajauchee», todos los matices de su risa, como el «ajajá» que significaba que acababa de burlarse de alguien o el «¡ja!» que significaba algo así como «¡espera un momento!», y su risa entre

dientes para subrayar que algo le parecía una locura, algo invariablemente hecho por otra persona. Me parecía fascinante que un tipo al que cualquiera podía tomar por loco considerase locas a tantas otras personas. Comenzaba a darme cuenta de que Laroche creía que todos los seres humanos, con la sola excepción de sí mismo, adolecían de mentes estrechas y pocos sutiles, que los guardas forestales, por ejemplo, eran incapaces de pensar en otra cosa salvo en la conservación del parque, que los seminolas no podían ver más allá de su orgullo herido y que la jueza no podía comprender nada que estuviera fuera de los límites convencionales de la legalidad. Laroche se vanagloriaba de poseer una lógica y una capacidad de razonamiento impecables. Admitía haber robado las orquídeas, lo cual no era legal ni ético, pero, según él lo veía, sólo había robado un número limitado cada vez y nunca había sacado todas las plantas del mismo árbol y, lo que es más importante, las había robado para ayudar a la conservación de especies puesto que iba a reproducirlas en su laboratorio convirtiéndolas en plantas baratas y al alcance de todos los bolsillos. Él era el único capaz de sopesar los pros y los contras y de saltarse las leyes basándose en un razonamiento válido. Pensaba que no había nadie más en el mundo que pudiera ver las cosas como él porque los demás tenían una capacidad muy limitada y ningún sentido común en absoluto. Para una mente tan lunática como la de John Laroche, mantener esa postura le debía de parecer tremendamente audaz.

La primera vez que me topé con Buster Baxley, jefe de Laroche en el vivero de los seminolas, fue cuando asistí a la vista del juicio en Naples, y a la siguiente noche cené una parrillada de carne con él en mi hotel. Me cayó bien inmediatamente porque me pareció muy listo y divertido, pero nunca he sabido qué pensaría él de mí. Era un hombre fornido, con doble papada, pecas y el pelo largo del color de las pelotas de baloncesto. Casi todas las veces que le vi iba vestido de modo informal con ropa de estilo vaquero, amuletos y gafas de espejo como las de los aviadores. Tenía un aire de profunda seriedad. Miraba de soslayo de un modo desconcertante y ladeaba la cabeza con actitud dogmática. Siempre que le preguntaba algo, hacía una pausa realmente larga antes de contestar (durante la cual yo no tenía ni idea de si iba a reírse de mí, iba a negarse a hablar o se pondría a parlotear amablemente contándome cosas interesantes sobre su vida y sobre la tribu). Una de las veces en las que estaba parlanchín y amable me llevó a almorzar a un restaurante cercano a la reserva llamado El Guisante de Ojos Negros. Pedimos tacos y té helado y mientras comíamos me contó que él pertenecía al clan seminola de las Panteras

y que su mujer era miembro del clan de los Pájaros, y que su boda había sido muy polémica porque había mucha reticencia respecto a las uniones entre clanes diferentes. También me contó que eran las madres las que determinaban la pertenencia a un clan u otro entre los seminolas, así que sus hijos eran «pájaros» y no «panteras», pero que lo que más le preocupaba era que no llegasen a integrarse jamás en ningún clan ni en la vida india. Me dijo que él mismo tenía tres cuartas partes de sangre blanca pero que había crecido en la reserva y se sentía totalmente indio, tal vez más que otra gente que era totalmente india y ya daba eso por hecho y nunca había tenido que elegir como él tuvo que hacerlo en su momento. Me contó que estaba al mando de los negocios de la tribu, lo cual significaba que pasaba gran parte de su jornada laboral relacionándose con el mundo blanco, con gente blanca, que se sentía como cualquier otro hombre de negocios del sur de Florida, no como un hombre de negocios seminola, pero tan pronto como acababa su trabajo y se dirigía a casa, volvía a sentirse totalmente indio.

Uno de los negocios que Buster supervisó fue el vivero, así que el día que comimos juntos le pedí que me enseñara las instalaciones. Sacudió la cabeza y dijo:

–Bueno, es que ahora mismo no me es posible. Tengo a unos inversores japoneses aquí y debo ocuparme de ellos.

–¿Y eso le ocupa mucho tiempo?

–Demasiado –dijo. Cogió la carta de postres y empezó a leerla. Después levantó la mirada–. Les dije a esos japoneses que volaran de Japón a Orlando y que así podrían pasar un día en Disney World. Después fui hasta allí a recogerles, les llevé a mi rancho de Brighton y les preparé una gran fiesta con parrillada india, repollo del pantano, pan frito y pan de calabaza. Les dio como un shock porque nunca en su vida habían visto tanta comida junta.

Un par de días después me llamó para decirme que ya se habían ido los japoneses, que el negocio de los limones había quedado en nada y que disponía de un poco de tiempo para enseñarme el vivero. Cogí el coche y fui a encontrarme con él en las oficinas de la tribu, compuestas por una serie de caravanas y pequeñas edificaciones en el Camino Stirling. Al otro lado de la calle se estaban construyendo las futuras instalaciones de las oficinas permanentes de la tribu. Cuando llegué había media docena de vehículos en el aparcamiento y todos, a excepción de uno, eran camionetas. La recepcionista avisó a Buster de mi llegada y luego volvió a concentrarse en hacer globos con el chicle.

Hojeé un par de revistas sobre rodeo y escuché a alguien que hablaba por teléfono en una oficina contigua y que decía: «Oiga, usted me dijo que para estas fechas ya lo habría resuelto, y cuando alguien me dice que va a resolver algo, yo doy por sentado que lo resolverá, ¿me explico?» Después de un rato Buster salió de su oficina. Parecía un poco contrariado y apenas abrió la boca. Fuimos hacia el aparcamiento, subimos a su camioneta, la puso en marcha, se metió un chicle en la boca y partimos. Después de una serie de giros por debajo de un paso elevado de la autopista pasamos por delante de un pequeño edificio con un cartel que decía IGLESIA CHICKEE DE LOS BAPTISTAS BÍBLICOS INDEPENDIENTES, y por delante de calles con aceras nuevas y de casitas que según dijo pertenecían a miembros de la tribu. Cuando paramos en un semáforo me miró fijamente a los ojos y me dijo:

–¿Y qué le pareció la jueza esa de la vista de Naples?

–Creo que estuvo bien.

–No estuvo bien en absoluto –dijo, tamborileando con los dedos sobre el volante–. Por cierto, supongo que sabe que los seminolas no han firmado jamás un tratado de paz con el gobierno. Nosotros seguimos en guerra con los Estados Unidos.

Cambió el semáforo y seguimos nuestro camino. Buster reanudó la conversación.

–Mire, ya sé que todos pensaron que John estaba aprovechándose de unos inditos para poder hacerse con plantas y organizar su propio vivero. Bueno, pues fui yo quien autoricé todo eso. Les dije que fueran y cogieran todo lo que necesitasen. John me había traído el estatuto que había encontrado y en él se decía que los indios estábamos exentos del cumplimiento de la ley sobre la recolección de plantas, así que pensamos que el vivero tenía que tener algunas plantas silvestres para reproducirlas y exhibirlas. Le pregunté a John varias veces sobre ese tema porque quería estar seguro. Le hice esperar un mes para poder investigar yo mismo el asunto. Lo que hicimos fue totalmente legal. Tenemos todo el derecho. Y es mejor que el estado de Florida no se meta con mis derechos. –Respiró hondo y añadió–: Si no, si se meten conmigo, me voy al Fakahatchee y me llevo todo ser viviente que encuentre.

Se metió por un sendero y cruzamos una alambrada que rodeaba el vivero. Todavía no había llegado la mayor parte de las plantas que Laroche había encargado, así que en aquel momento en el vivero no

había más que una hectárea de gravilla y tierra y unas cuantas plantas metidas en tiestos. Cerca de la alambrada había una pila de borriquetes, macetas, bolsas de plástico con mantillo, la estructura de un umbráculo y unos círculos de metal que parecían aros de croquet gigantes. No había ninguna zona con sombra. La luz era tan intensa que la gravilla y la tierra brillaban. La brisa agitaba las banderitas de plástico que Laroche había colgado sobre el portón. En el extremo opuesto del terreno tres hombres revisaban otros aros de metal y una pila de tela plastificada para umbráculos. Al cabo de un rato se acercaron y se pusieron a charlar con Buster. Reconocí a uno de los hombres pues lo había visto en el juicio. Se llamaba Vinson Osceola y era uno de los tres seminolas que habían sido detenidos junto con Laroche. Era un joven de rasgos delicados, con una larga trenza negra y ancho de hombros. Aquel día llevaba una camiseta verde llena de calaveras estampadas. Después de que Buster nos presentase dijo «Hola», y añadió: «No voy a hablar mucho con usted, pero no es que tenga nada en su contra. Los indios somos así.»

La oficina de Laroche estaba en una caravana color beige que descansaba sobre unos bloques de cemento cerca del portón de entrada. Vinson se dirigió hacia allí y dijo que Laroche estaba dentro. Pegado a la puerta de la caravana había un folleto en el que ponía: «Maydell's. La mejor comida de la reserva. ALMUERZO especial: carne guisada o fiambre de cerdo y tomates con arroz, 5 dólares». Y había también una nota escrita por Laroche que decía: «Martes 24 de enero GRAN INAUGURACIÓN del vivero. Todos los miembros de la tribu están invitados a una parrillada gratis al aire libre». Buster empujó la puerta y entramos, sorteamos montones de papeles, cajas y revistas de jardinería y nos dirigimos a su oficina. Laroche estaba sentado detrás de un escritorio de metal leyendo un catálogo de artículos de magia. Dejó el catálogo a un lado y nos enseñó una postal.

–¡Eh! Mirad esta postal que me ha mandado mi amigo Walter. Está en Botsuana –dijo–. A Walter le encantan los nenúfares. Es capaz de irse a donde sea en cuanto oye que hay un nenúfar raro. En algunas ocasiones trae plantas, pero la mayoría de las veces sólo va a observarlas. Me alegra comunicaros que esta postal es muy expresiva. Dice: «John: Aquí las plantas están muy bien. Hasta pronto.» ¿Sabéis una cosa? Walter está un poco loco. –Dejó la postal sobre el escritorio.

Buster se quedó de pie en la puerta de la oficina y no prestó ninguna atención a Laroche mientras éste hablaba de Walter. En ese momento tuve la sensación de que ambos consideraban al otro como un ser necesario pero irritante, era una combinación de aprecio y falta

de respeto mutuos. Buster señaló hacia la ventana y dijo:

–Oye, John, ¿qué tal trabajan esos chicos?

–Muy bien, Buster –dijo Laroche, arrastrando muchísimo las palabras, que sonaron como muyyy pieeen–. Tenemos varios pedidos de hierba por un valor de treinta y dos mil dólares y un pedido de nueve mil dólares en plantas. Ha sido el estado de Florida. Querían setenta mil dólares en plantas para la mediana de la autopista nueva entre Tampa y Naples, pero en este momento sólo podemos servirles nueve mil dólares.

Laroche puso los pies encima del escritorio y comenzó a balancearse en la silla. A veces llevaba un bigotito fino, que se dejaba crecer o se afeitaba sin razón aparente. Aquel día se lo había afeitado. Llevaba unos pantalones anchos con dibujo de camuflaje, una gorra de los Miami Hurricanes y una camiseta de los Chicago Blackhawks, cuyo logotipo es un jefe indio. Más tarde me confesó que no le interesaban nada los Blackhawks, pero que la camiseta sólo le había costado un dólar y le pareció divertido ponérsela para cabrear a los seminolas.

–Estoy a punto de recibir cosas muy especiales –dijo–, guisantes pichón, higos, almendros y ciruelos gobernador. Voy a pedir algunos guayabos. Y hoy he recibido una planta que se llama arbusto confeti. –Se levantó la visera de la gorra y continuó diciendo–: Oye, Buster, hoy hace un calor ahí fuera que te mueres.

–Estamos en Florida, chico –dijo Buster. Se volvió hacia mí– Las plantas están empezando a llegar ahora pero llevamos años con este proyecto. La planificación ha durado años. Ya desde el principio tuvimos problemas, incluso antes de que arrestaran a estos chicos. Hubo que buscar un terreno, y cuando lo encontramos, tuvimos que conseguir que la compañía eléctrica nos pusiese la conexión y después tuvimos que entrevistar a un montón de gente hasta encontrar a alguien que pudiera dirigir esto. Y después tuvimos que buscarle un nombre al vivero. A John se le metió en la cabeza que no podía tener un nombre común y corriente. Empezó a darme la lata preguntándome sin cesar cómo se decía todo en seminola. Cada dos minutos venía: «Buster, ¿cómo se dice esto en seminola? Buster, ¿cómo se dice aquello en seminola?» Quería saber cómo se decía jardín y vivero e invernadero en seminola. Pero algunas de esas palabras ni siquiera existen en nuestro idioma. Yo lo único que quería es que organizara todo esto y después saliera a recoger las orquídeas que necesitase. Sabía que él también se moría de ganas de meterse en el pantano, pero aun así continuaba persiguiéndome y preguntándome

palabras en seminola hasta que al final me harté y le dije: «Por Dios bendito, John, ponle cualquier nombre a este jodido vivero.»

Por supuesto que Laroche no le caía bien a todo el mundo. Después de aquel verano regresé a Nueva York y escribí una historia sobre el caso para el New Yorker. A continuación recibí una carta de un jardinero muy experimentado que opinaba que Laroche me había tomado el pelo. Sostenía que le parecía un ser irresponsable y siniestro. «Dicho de un modo general y discreto, [Laroche] pertenece a un medio cuyos miembros se dedican a la horticultura en parte como terapia y en parte para encontrar un refugio donde evitar las responsabilidades», me escribió el jardinero. «No se comprometen con nada que no sea sus propios impulsos, que son incontrolables. No son auténticos profesionales... Entran en el negocio de forma caótica y, por lo general, no se hacen "famosos", sino que consiguen cierta notoriedad. No llevan una vida regular y cambian de intereses y ocupaciones con frecuencia. Allí donde se centran sus intereses no rige principio alguno. Sólo cuentan los impulsos. Sobreviven milagrosamente, y aunque nunca dejan de ser pobres, siempre logran sacar algún dinero.» También algunos seminolas comenzaron a replantearse la opinión que tenían de Laroche. La gente de la reserva empezó a llamarle Blanco Loco o Buscapleitos en lugar del acostumbrado «John», y se quejaban de que había metido a los seminolas en un problema legal por una razón que no valía la pena. Algunos miembros de la tribu empezaron a cuestionar hasta los planes de estructuración ideados por Laroche para el vivero, para la hectárea dedicada a pimenteros con forma de pene y para las plantas de zanahorias marroquíes y para el laboratorio de clonación de orquídeas fantasma. Pero Laroche es muy bueno a la hora de eliminar discordancias. Lo que hace es ignorarlas. Logró seguir adelante con sus planes para el vivero. Terminó de construir los mil trescientos metros cuadrados de invernaderos y los miles de plataformas para los macizos de plantas. Encargó más judías coloradas de Argentina, más palmeras africanas y más enebros de los que crecen en espiral. Organizó una parrillada para la gran inauguración del vivero y le dijo a Buster que tenía muchas otras cosas en mente mientras el proyecto de las orquídeas fantasma se encontraba suspendido temporalmente. «Es el momento de experimentar con otras cosas del mundo de las plantas», le había dicho a Buster. «El momento de intentar otro tipo de multiplicación. Hay que comprar plantas pequeñas, hacerlas crecer y venderlas con un buen beneficio. Luego se traen más y se repite el proceso. Una simple multiplicación de plantas para vendérselas a las masas.»

Pasó el verano. Llegó el otoño y las plantas se multiplicaron, pero también se multiplicaron las quejas de los miembros de la tribu respecto a los Jardines Seminolas. Por esa época Laroche comenzó a discutir con la gente que trabajaba con él. Acusó a algunos de fumar marihuana en el trabajo y se quejó de ello a Buster y a Carl, el hermano de Buster, que era miembro de la junta directiva de la tribu. Buster le sugirió que se tomara unas vacaciones largas y agradables en cualquier lugar del mundo siempre que se encontrase a muchos kilómetros de distancia de la reserva seminola. Laroche empezó a sospechar que la tribu había decidido que el Blanco Loco ya no era bienvenido en la reserva, pero no entendía por qué motivo. «Es probable que sea por el maldito politiqueo», dijo en aquel momento. «Dios mío, no puedo creer que me esté pasando esto. Pero me importa un carajo. Si me echan, los demando. Ya hice algunas averiguaciones legales cuando estuve estudiando las leyes sobre las especies protegidas. Sé que no pueden despedirme y yo no me voy a marchar. No tienen nada que hacer.»

De todos modos se tomó unas vacaciones y el día que regresó se encontró con un cheque de indemnización por cese esperándole en la oficina del vivero y a otra persona sentada detrás de su escritorio. Fue en ese mismo momento cuando decidió que abandonaría la reserva para siempre. Sería otro de sus finales apasionados y sin condiciones, igual que el final de la fase de las tortugas y de la fase de los fósiles de la Época Glaciar: era el final absoluto de su fase india. Recogió sus papeles y sus catálogos y los cargó en su camioneta. Por encima de su cabeza ondeaban las banderitas de plástico que colgaban de un hilo en la entrada del vivero. Estaba cayendo el sol que teñía de negro las plantas de los viveros, proyectando sombras de enormes dimensiones sobre la pared blanca del umbráculo, las sombras de gigantescos pimenteros argentinos, de gigantescos arbustos de espinacas, de gigantescas plantas de guisantes pichón, de gigantescos rosales. La vieja caravana que servía de oficina, los cables medio caídos que había colocado la compañía eléctrica Florida Power & Light suspendidos encima de él, la gravilla polvorienta bajo sus pies, la luz sofocante de la calima y el laboratorio donde iba a reproducir millones de orquídeas fantasma. Laroche volvió la espalda a todo aquello, se subió a su camioneta, recorrió el sendero polvoriento y lleno de baches, salió a la carretera y dejó todo aquello atrás. Juró que no volvería a poner los pies en territorio indio nunca más y por lo tanto no volvería a ver su vivero, aquel lugar en el que había soñado crear millones de flores raras y conseguir millones de dólares y cambiar el mundo para siempre. Yo no hubiera podido hacerlo jamás, no podría haber renunciado tan rápidamente a algo en lo que había

puesto tantas ilusiones, pero Laroche lo superó inmediatamente. «No me importa un carajo», dijo.

Después de su marcha, el vivero quedó abandonado a su suerte bajo el tórrido cielo de Florida mientras la tribu se dedicaba a deliberar qué medidas tomar. Durante las deliberaciones murieron más de la mitad de las plantas. Hasta los cactus (Laroche había reunido unos cuatro mil) se secaron. Al final, Buster decidió contratar a otro gerente, un joven musculoso de Jacksonville que se llamaba Rick Warren y que había trabajado en la instalación de aspersores y en algunos viveros durante su tiempo libre. Warren no se parecía a Laroche. No era un Blanco Loco. Era un blanco cortés, que hablaba suavemente y sus planes para los Jardines Seminolas eran tan prosaicos como chiflados habían sido los de Laroche. «No pueden tener un vivero que sólo se dedique a plantas exóticas», les dijo a los seminolas. «Tienen que tener algunos productos sólidos como árboles de Navidad y palmeras en tiestos.» Presionó para convertir el vivero de plantas originales que Laroche había montado en la Avenida Sesenta y cinco en una tienda de plantas al por mayor y para trasladar las plantas de venta al público a un nuevo emplazamiento en la Carretera Estatal 441, una carretera de muchísimo tráfico que bordea el lado este de la reserva. Alegó que el emplazamiento en la Carretera Estatal 441 le permitiría regar las plantas con el agua de la ciudad, que no tenía óxido, en lugar de tener que usar el agua dura del pozo que había en el viejo vivero. Además estaría en un área comercial buena, cerca de una tienda de tabaco de la tribu, de otra tienda que vendía jaulas para pájaros y para monos y del casino seminola, en lugar de estar en aquel rincón apartado que había elegido Laroche. De hecho, el local de la 441 había sido antes una tienda de productos alimenticios. «Vi que ese local estaba vacío y pensé que sería un sitio fantástico», me comentó Rick.

Yo no podía imaginarme el vivero seminola sin Laroche, y el propio Laroche tampoco podía imaginarse el vivero seminola sin Laroche ni que yo estuviera planeando ir en algún momento al vivero-sin-Laroche para conocer a Rick Warren y ver el nuevo emplazamiento.

–Un instalador de aspersores, ¡por Dios bendito! –decía Laroche entre dientes–. ¡Vaya un profesional con visión de futuro!

Una tarde en la que atravesaba Hollywood en el coche rumbo a una exposición de orquídeas decidí detenerme en el nuevo vivero. A la entrada de las instalaciones había una caravana blanca y reluciente

que servía de oficina y detrás de ella había plantas dentro de cubos de plástico colocados en fila. Tres hombres andaban por allí ocupándose de ellas y regándolas. Los tres llevaban camisetas de color turquesa que decían JARDINES SEMINOLAS. VIVEROS ESPECIALIZADOS EN DISEÑO PAISAJÍSTICO. ¡REGRESA A LA NATURALEZA! En la cabeza llevaban pañuelos de colores mojados. Unos minutos más tarde apareció Rick Warren y me enseñó el lugar. Iba vestido con una de aquellas camisetas turquesa y unos pantalones de jardinero manchados de hierba. Me condujo por el pasillo central del vivero.

–Esto es muy diferente del primer vivero que usted vio – dijo–. Ahora tenemos proyectos muy sólidos. La tribu es nuestro cliente número uno. En Navidad todos los miembros de la tribu compran un árbol, así que he decidido que nuestro primer proyecto sería tener árboles de Navidad. Quiero decir que, ya que los de la tribu van a comprar árboles de todos modos, lo mejor es que los compren en su propio vivero.

Se detuvo frente a un árbol encorvado y nudoso que me llegaba a la altura de las rodillas y que estaba dentro de un pequeño tiesto negro.

–Es un bonsai –dijo, jugueteando con una de las ramitas del árbol–. Ha sido mi hobby desde que era un crío. Hice el primero cuando tenía dieciséis años. Éste es un Palmetto hidropónico de hoja dentada que estoy cultivando en musgo. He hecho más de doscientos bonsais. Todos los chicos del equipo tienen uno propio y les estoy enseñando a podarlos y a conseguir que no crezcan. Es un gran pasatiempo y puede llegar a ser una buena especialización para el negocio. –Sacó un guijarro que había en el tiesto del bonsai, lo tiró al suelo y después arregló el musgo de la base–. Ya ve que ahora el vivero es un sitio totalmente diferente de cuando estaba Laroche. Ahora somos más prácticos. La tribu quiere hacer dinero, así que estoy llevando a cabo proyectos sensatos. Estoy dedicándome a las plantas que aguanten bien la sal y que aguanten bien las sequías, como la palmera cola de caballo, la Ixora enana y la Loriope abigarrada. Necesitamos plantas fuertes que puedan sobrevivir bien en esta zona, como la palmera abanico y la palmera reina. Mi objetivo es poder coger una planta de setenta y cinco centavos, cuidarla durante dos semanas y venderla por cinco dólares. Incluso he puesto a mi equipo a cortar hierba y la idea ha ido tan bien que ahora la tribu quiere que forme una división de mantenimiento de jardines.

Uno de los hombres que estaba regando las palmeras cola de caballo se acercó para hablar con Rick y éste me lo presentó. Se

llamaba Herbert Jim, tenía el pelo largo y negro y un rostro triste. Me dijo que había crecido en una cabaña en el Big Cypress y que si tuviese un rato libre me llevaría hasta allí para que conociese a su abuela y viera animales salvajes. Rick y él hablaron sobre los turnos para segar la hierba en los días siguientes, luego Herbert Jim se despidió con una inclinación de cabeza y volvió para seguir regando las palmeras. Las hojas estaban cubiertas de gotitas y la fina cortina de agua que salía de la manguera dibujaba ramilletes de garabatos plateados en el aire. Era un sitio totalmente diferente a pesar de que hacía apenas un mes que Laroche se había marchado. En el vivero ya no trabajaba ninguno de los hombres que habían ido con él al Fakahatchee, incluso uno de ellos se había marchado de la reserva. Ninguna de las plantas del vivero tenía ya el aspecto fantástico y a la vez descuidado que tenían las plantas y las verduras cultivadas por Laroche. Las plantas de Rick parecían normales y muy limpias, ese tipo de plantas que puede tener cualquier persona corriente. De hecho, hasta yo pude identificar alguna.

–Lo que Laroche estaba haciendo con el vivero..., bueno, para ser sincero, a mí no me parecía nada realista –me dijo Rick–. Yo no le conozco, pero es evidente que tenía unos proyectos impracticables. Llenó el vivero de cosas rarísimas que eran imposibles de vender. En primer lugar, tenía todas esas orquídeas. Y luego, todas esas plantas procedentes de lugares como África o la India, y toda una serie de cosas extrañas que llegan a medir kilómetros de largo y kilómetros de alto.

En 1957 un grupo de seminolas de Florida del que formaban parte Bill Osceola, Betty Mae Jumper, Laura Mae Osceola, Jimmy Osceola, John Henry Gopher, Miles Osceola y Charlotte Osceola había redactado el borrador de unos estatutos y unos derechos que en su momento aprobó el Ministerio del Interior y fueron aceptados por la mayoría de los miembros de la tribu. Los estatutos otorgaban reconocimiento federal a la tribu seminola de Florida y establecían la sociedad Tribu Seminola de Florida, Inc. para supervisar los negocios de la tribu y su desarrollo económico. En 1971 decidieron organizar en Hollywood una feria y un rodeo anuales con carácter oficial. En la primera feria se organizaron concursos de lazo, de corte de troncos, de lucha con caimanes, una asamblea indígena y una exposición de artesanía. Con el tiempo la feria fue creciendo hasta convertirse en un encuentro de cuatro días de duración con torneos de golf, bolos y baloncesto, la elección de una Miss Seminola, de otra Miss Seminola Junior y de una parejita infantil seminola; un concurso de jóvenes talentos, un espectáculo musical y una exposición de serpientes. El año en que Laroche entró y salió de la tribu resultó ser el del vigésimo

quinto aniversario de la feria y los indios me dijeron que iba a ser algo espectacular. Yo me moría de ganas de ir y sobre todo quería ir con Laroche, pero él estaba decidido a no volver a pisar la reserva. Tal era su determinación en evitar todo contacto con la tribu, que incluso había empezado a comprar los cigarrillos en las tiendas normales en lugar de hacerlo en las tiendas libres de impuestos de los indios, lo cual significaba un sacrificio considerable dado su hábito de fumar.

–No voy a volver allí nunca jamás –me dijo el día antes de que se inaugurara la feria–. Mi relación con los indios se ha acabado por completo. Por Dios bendito, ni siquiera puedo creer que haya estado aguantando toda esa mierda ni un minuto.

Le pregunté qué hacía.

–El ganso –contestó.

–Quiero decir desde el punto de vista profesional –insistí.

–Estoy buscando algo que no tenga nada que ver con los indios. Estoy harto de las plantas. Voy a dedicarme a algo que no tenga ninguna relación con cosas que se mueran. Eso, seguro. No puedo soportar volver a trabajar con cosas que siempre se están muriendo.

Comprendí que no era posible decirle que me acompañase a la feria, así que a la mañana siguiente fui sola en mi coche hasta la reserva. Ya me estaba acostumbrando a hacer aquel trayecto: primero había que bajar hacia la autopista desde Palm Beach Oeste, luego bajar por el Camino Stirling, pasar delante de las paradas de autobús que anunciaban el establecimiento comercial y las tiendas de tabaco seminolas, pasar el Festival de Alimentación y Polkas del Club PolacoAmericano, pasar por delante de todos los portones de metal blanco que estaban a la entrada de las urbanizaciones, por delante de la escuela para trabajadores del casino y por delante del camión que suele estar aparcado en el cruce del Camino Stirling con la Carretera 441 y que vende langostinos frescos a tres dólares el medio kilo. El recinto ferial se encontraba al oeste del camión de langostinos y al este de las oficinas centrales de la tribu. Era una finca enorme con un ruedo en el que se celebraban los rodeos, varias hectáreas para las casetas, un foso profundo para los caimanes y un estadio nuevo que llevaba el nombre de Laura Mae Osceola en honor de la seminola que ayudó a confeccionar el borrador para los estatutos de la tribu en 1957. Aquella mañana en el aparcamiento había una veintena de camionetas y remolques para caballos y varias personas que estaba descargando comida y objetos de artesanía que llevaban a las casetas.

Divisé a Buster y me dirigí hacia donde se encontraba para saludarle. Estaba junto a un camión de alquiler conversando con un hombre bajito, de piernas y brazos gruesos y un tórax como un armario. La parte trasera del camión estaba abierta. Parecía vacío, pero llevaba un caimán de tres metros y medio que estaba dormido junto a la portezuela trasera.

–Hola –me dijo Buster.

–Hola –me dijo el hombre bajito–. Encantado de conocerla.

–Es el luchador de caimanes –me dijo Buster, señalándole con un gesto de la cabeza.

–Me llamo Thomas Storm –me dijo el hombre–. Storm, como «tormenta», «mal tiempo».

–Ya, ya... –le dije.

Storm se volvió hacia Buster.

–No te lo vas a creer, pero te juro que es verdad. He estado intentando que la compañía Lloyds de Londres me asegurase pero no han querido, ¡maldita sea! –dijo encogiéndose de hombros.

–Mientras no me lleves a juicio... –dijo Buster–. Ese bicho tiene un aspecto horrible. –Miró hacia donde estaba el caimán dormido, que de pronto se resbaló hacia la puerta trasera y abrió uno de los ojos. Era color verde musgo y la pupila tenía la forma del canto de una moneda. También tenía una nariz enorme, una mandíbula terrible y unas garras que parecían instrumentos quirúrgicos.

–Lo de luchar con los caimanes no me interesa, pero no me importa nada comérmelos –dijo Buster–. Saben a pollo y a pescado a la vez. No es que sea una maravilla pero bueno, es algo diferente.

La fiesta estaba a punto de comenzar. Lo primero era una gran marcha inaugural de dignatarios con la Miss Seminola del año anterior. A continuación, la apertura de las casetas que vendían accesorios para vaqueros como lazos, esposas, látigos y espuelas de juguete, y accesorios indios como hebillas de cinturón de plata y faldas bordadas con peto. Había otras casetas en las que se vendía de todo un poco, desde patas de caimán hasta tirachinas de plástico, tomahawks de goma, broches de plata y turquesas, incienso y pequeños búfalos tallados a mano en madera de pino. Se podía comprar pan frito, carne hecha a la parrilla, pasteles esquimales,

cestillas de carne de caimán por siete dólares, cestillas de ancas de rana también por siete dólares, cestillas de un combinado de ancas de rana y carne de caimán por diez dólares y perritos calientes con patatas fritas por dos dólares, con el descuento de estudiante. La caseta de carne de caimán más grande se llamaba La Cabaña del Caimán y sobre ella colgaba un cartel que decía en español CARNE DE COCODRILO. Cuando pasé junto a ella, un hombre gordo con barba estaba mirando el cartel y le decía a la vendedora: «Quiero una ración de caimán pequeña y una Coca-Cola grande, por favor.» A una mesa pequeña que se hallaba en la sombra estaban sentadas cuatro señoras mayores, todas arrugadas, con chales de lana, faldas seminolas y medias hasta la rodilla. Estaban comiendo pan de calabaza. Un chico joven que estaba sentado con ellas llevaba una gorra de béisbol de los Cleveland Indians con la insignia del jefe Wahoo, que tenía cara de tonto. Otra mujer que estaba detrás del joven también llevaba una gorra igual, una camiseta de Bob Marley, una preciosa falda bordada tradicional seminola y un reloj de pulsera con una cara fosforescente. Nadie me dirigió la palabra y yo tampoco hablé con nadie. Me pasé las siguientes horas escuchando retazos de las conversaciones: «La verdad es que estoy muy ocupado, ahora tenemos un cura español»; «He oído que un tipo se disparó en la cara»; «Estoy cosiendo esta piel de ciervo. ¿Te molesta que los hombres hagan trabajos de mujer?»; «Hola, Molly, pero ¿dónde has estado, en Francia o en la luna?»; «Voy enseguida. Estoy decorando mi tomahawk». Por los altavoces se escuchó una voz masculina con tono solemne: «Búfalo Andador, pase por la caseta de seguridad, por favor.» «Río Rojo y Rastro de Nutria, diríjanse inmediatamente a la puerta principal.» «Montaña Grande, vaya al estadio, por favor.» Mientras yo me entretenía ante una caseta que vendía paquetitos de artemisa y lavanda, pasó una chica paseando una iguana con una correa y una fila de girlscouts de Hollywood. A medida que transcurría la mañana iban llegando más blancos con pantalones vaqueros y chaquetas de gamuza o con pantalones cortos y camisetas de la Universidad Estatal de Mississippi o con ropa deportiva de colores claros y viseras de plástico. Unos se dirigían a la zona del rodeo y otros se inclinaban tímidamente sobre los mostradores de las casetas.

En el estadio empezó el concurso de la parejita infantil de la fiesta seminola. Las niñas que aspiraban a Miss estaban esperando en la tribuna y los niños estaban en fila en el escenario. Algunos iban vestidos con sus mejores trajes seminolas y otros con traje de adulto en miniatura. Bajo la luz amarillenta del sol relucían como bombillas. La brisa hacía que los banderines de papel de plata colgados sobre el escenario emitieran un susurro y en algún punto fuera de la vista

alguien hacía retumbar un tambor. El maestro de ceremonias empezó la presentación:

–Bien, señoras y señores, aquí tenemos al concursante número seis, Randy Osceola, que tiene cinco años y ha venido de la reserva de Hollywood... El siguiente es Justin Troy Osceola, de tres años. Justin pertenece al clan de las panteras y ha venido de la reserva de Hollywood... Y aquí tenemos a Keith Kelly Jumper, perteneciente al clan de pueblo grande, que ha venido de la reserva de Big Cypress.

Tres jueces estaban sentados en sillas plegables en medio del estadio mordisqueando sus lápices y haciéndose comentarios en voz baja unos a otros.

–Muy bien, un aplauso para estos niños –dijo el maestro de ceremonias–. Ellos no entienden mucho de lo que está pasando pero de todos modos lo están haciendo muy bien. Es un gran esfuerzo para unos niños tan pequeños. Hay Misters y Misses seminolas infantiles que viajan a las asambleas indias fuera de sus estados y otros no, depende de su capacidad económica, pero, en cualquier caso, representan a su tribu y estamos muy orgullosos de todos ellos.

Justo en aquel momento dos aspirantes a Mister seminola infantil se salieron de la fila y empezaron a perseguirse por el escenario con unos palos.

–Mientras los jueces deliberan, quiero presentarles a Tigresa Pelirroja, que ganó el título de princesa en 1980 – anunció el maestro de ceremonias.

Una mujer se puso de pie y saludó moviendo una mano exageradamente de un lado a otro. La multitud aplaudió. Alguien detrás de mí dijo: «Oye, ¿pero quién es ésa? ¡Vaya pasada!»

El maestro de ceremonias preguntó:

–¿Hay por ahí alguna Miss seminola más que se esté escondiendo? Rita Gopher, ¿estás por ahí? Levántate y saluda. Vamos, levántate y bríndanos un saludo principesco.

Yo estaba sentada en las tribunas descubiertas junto a una de las chicas que bailaban en la asamblea. Era alta y delgada, de unos dieciséis años más o menos, tenía los ojos separados y largas trenzas apretadas. Me contó que no era seminola, que era india ojibwa y que vivía en Manitoba (Canadá), pero que había venido a Florida con un grupo de ojibwas para bailar en la gran asamblea india. También me

dijo que asistía a alguna asamblea casi todos los fines de semana. Eran su pasión. Llevaba un increíble vestido de satén grueso de color púrpura intenso, cuello alto y mangas largas, con la falda amplia hasta el suelo. La falda estaba completamente cubierta de chapas plateadas de latas de picadura de tabaco Copenhagen y McPherson. Cada chapa metálica tenía un agujero cerca del borde y estaba cosida a la falda de tal modo que quedaba casi suelta y tintineaba como si fuera un cascabel. Me dijo que se suponía que las faldas para las danzas de las asambleas tenían que tener exactamente 365 cascabeles, uno por cada día del calendario, pero que la suya necesitaba 150 más para cubrirla completamente por su excepcional largura. Parecía tan pesada como una cota de malla. Me dijo que pesaba más de cinco kilos pero que no le molestaba en absoluto. Pasados unos minutos, se puso de pie para que yo pudiera contemplar mejor su atuendo. El satén púrpura refulgía, sus trenzas delgadas azotaban el aire cuando giraba y las quinientas chapas metálicas repiqueteaban unas contra otras produciendo un sonido frío, seco y suave que caía en cascada desde la falda al suelo.

Entretanto, Thomas Storm había descargado el caimán junto al foso y se estaba preparando para su primer espectáculo de aquel día. Media docena de personas andaban por los alrededores mirándole y asegurándose de que sus cámaras de fotos funcionaban bien. El foso estaba rodeado de arena. Storm iba descalzo. El caimán estaba sujeto y parecía que todavía estuviera adormilado. De repente Storm gritó:

–Eh, en esta arena hay hormigas de todas las clases. ¿Alguien tiene un spray contra bichos?

Nadie de los que se hallaban cerca del foso se movió. La esposa de Storm, una mujer menuda con el pelo rubio rizado, estaba a su lado con una niñita en brazos.

–Thomas –dijo–, voy a ir a buscar algo de comer. Dejo a Chelsea aquí, pero no quiero que se meta en el agua. ¿Me has oído?

Storm estaba removiendo la arena con el pie a la búsqueda de hormigas.

–¡Thomas! –dijo su mujer bruscamente–. ¿Me has oído? ¡Ya sabes que no tengo mucha paciencia! No quiero que Chelsea se meta en el agua.

El caimán estiró una de sus correosas patas. Casi todo el mundo

dio un salto atrás. Thomas, poniendo los ojos en blanco, contestó a su mujer que sí la había oído. Ella colocó a la niñita en la arena y se fue despacio mirando por encima del hombro hacia atrás. Por la dirección opuesta aparecieron los miembros de un equipo de televisión. Buster iba hablando con un chico que llevaba un traje gris oscuro y parecía que estaba al mando.

–Necesitamos algo de acción al fondo –le dijo a Buster–. ¿Qué puede proporcionarme?

–Seguro que puedo organizar algo –contestó Buster–. Tengo por aquí bailarinas de todo tipo y al que lucha con los caimanes.

Storm levantó la mano y les saludó. Su hijita balanceaba los pies sobre el foso del caimán.

–Muy bien. Hace buen tiempo. Empezaremos con los caimanes –dijo el tipo de la televisión–. Tendremos que ajustar bien los ritmos. Me gustaría coger un buen primer plano del caimán en un cuerpo a cuerpo. También me gustaría mucho ver a algunas de las bailarinas. Creo que quedaría bonito.

–Puedo proporcionarle algunas bailarinas, pero eso me va a llevar un poco más de tiempo. –Sacó un teléfono móvil del bolsillo y marcó un número–. Sí..., soy yo –dijo al teléfono–. Necesito algunas bailarinas para el Canal 10... Bueno, pues llama a Charlotte Gopher. ¡Que ellas las reúna! –Colgó–. ¡Hecho! –dijo dirigiéndose al de la televisión–. También tengo un ventrílocuo indio, si le interesa.

–No, está bien así –contestó el tipo–. Creo que con el luchador y las bailarinas ya tenemos bastante.

A la mañana siguiente volví a la feria para ver la actuación del jefe de la tribu, James Billie, con su grupo de música country-rock. Era la primera vez que veía al jefe Billie en carne y hueso, aunque había visto un retrato suyo que ocupa toda una pared en el casino de los seminolas y los carteles de los «Safaris Jefe Billie» en el camino al Fakahatchee y el vídeo para promocionar los safaris que proyectaban sin cesar en una de las casetas de la feria. Parecía que él nunca andaba por allí, pero no se podía hablar con ningún miembro de la tribu sin escuchar el nombre del jefe Billie. Era un ser omnipresente, legendario, pero imposible de ver. Era el equivalente humano de la orquídea fantasma: omnipresente, legendaria e imposible de ver. James E. Billie había nacido en Hollywood en 1943 y había sido

adoptado inmediatamente por Max Osceola, propietario de un rancho de ganado y miembro destacado del clan seminola de los pájaros. Billie creció siguiendo las tradiciones de la reserva, pero siempre se refiere a sí mismo como «un mestizo de piernas torcidas», porque tiene las piernas torcidas y porque su padre biológico era irlandés. Tras acabar la escuela, Billie fue paracaidista en Vietnam. Cuando volvió a Florida se hizo peluquero y guía de cacerías. Según su propia descripción, en aquel entonces era un joven con aspecto hippie que luchaba contra los caimanes, era veterano de Vietnam, tenía las ideas confusas y llevaba pantalones acampanados. En su tiempo libre intentaba encontrar algún modo de que la tribu ganase dinero. Por aquellos años los seminolas de Florida eran pobres, tenían un alto índice de desempleo y recibían solamente cien dólares trimestrales como dividendos por los asentamientos federales en sus tierras y los negocios de la tribu. Una de las primeras ideas de Billie fue establecer una franquicia de turismo en los Everglades. En 1976 se enteró de que existía una norma del Tribunal Supremo que confirmaba la consideración de las reservas indias como naciones soberanas. Junto con un abogado de Miami, Billie investigó si la soberanía podía aplicarse también a actividades como el bingo y el póquer con apuestas de poca monta. En 1979 la tribu abrió una sala de bingo en Hollywood y ganó un pleito contra el estado de Florida gracias a lo cual consiguió que se considerase legal que los seminolas colocasen máquinas tragaperras en sus casinos, algo que no había ocurrido nunca en ninguna reserva india de los Estados Unidos. Al año siguiente Billie se presentó como candidato a presidente de la tribu e hizo campaña volando en una avioneta Cessna de cuatro plazas de una reserva a otra. Se pasó la noche de la elección cazando caimanes con Bingo, su perro. Ganó la elección por aplastante mayoría y durante la siguiente década la tribu incrementó su cabaña de ganado, comenzó el negocio de los cítricos, estableció criaderos de gambas y tortugas y contrató a John Laroche para que montase un vivero. Se construyeron casinos seminolas en Tampa, Hollywood e Immokalee y el actor Burt Reynolds, que es medio cherokee y cuyo primer papel en la televisión fue el de un mestizo en la serie Gunsmoke, aceptó ser la figura representativa de los casinos. La sociedad Tribu Seminola de Florida, Inc., se había convertido en un negocio que facturaba 35 millones al año. La renta trimestral de un seminola medio creció de 100 dólares a 600 dólares y los ingresos de la tribu procedentes de los negocios pasaron de 500.000 dólares anuales a más de 10 millones. El jefe Billie y toda la tribu empezaron a recibir con cierta regularidad ofertas para emprender negocios a medias con otras empresas. Con la vista puesta en los casinos, Donald Trump se puso en contacto con ellos en 1996. El jefe Billie contestó que mantendría conversaciones con

Trump solamente si la reunión tenía lugar en el pantano del Big Cypress y si Trump se avenía a pasar la noche viendo luchas con caimanes y comiendo pan frito y ancas de rana al modo seminola. La reunión tuvo lugar en los términos establecidos por el jefe Billie. No se llegó a ningún acuerdo, pero al año siguiente Trump invitó al jefe Billie a participar como juez en el concurso de Miss Universo que él organizaba.

Tras convertirse en presidente de la Tribu Seminola de Florida, Billie visitaba a menudo las reservas en su Corvette de color dorado. También grabó varios álbumes de música, en los que combinaba rock, bluegrass, country y salsa, con un pequeño sello independiente llamado Seminola Records. Sus canciones «Big Alligator» y «Old Ways» fueron muy bien recibidas por la crítica. Hizo giras con su grupo, los «Shack Daddies», tocando en clubs y festivales de música country y folk. Fuera de eso, llevaba una vida muy sencilla. Sus principales empresas eran cazar y servir de guía por los pantanos. La noche del 1 de diciembre de 1983 Billie y su amigo Miguel Contu se encontraron para comer unas hamburguesas en Ruby's, una cafetería que había dentro de la reserva. Como estaban aburridos, después de comérselas decidieron ir a cazar ciervos deslumbrándolos en la oscuridad. Fueron en la camioneta de Billie hasta la zona de Cowbone en la reserva del Big Cypress. Billie preparó las escopetas mientras Contu se sentaba en la parte trasera de la camioneta dirigiendo un foco hacia los árboles. En un camino de gravilla por entre los gruesos matorrales, Contu divisó un par de ojos del mismo verde dorado que las luciérnagas. Billie disparó al animal y le hirió en una paletilla.

Cuando acercaron la luz resultó que el animal no era un ciervo sino una especie de pantera, probablemente perteneciente a la subespecie Felis concolor coryi, que es el animal oficial del estado de Florida. En aquellos momentos sólo se sabía de la existencia de veintiséis ejemplares. Hubo una época en que las panteras de Florida se extendían por todo el sudeste y por el norte hasta Tennessee, pero a finales del siglo XIX los granjeros y los promotores inmobiliarios emprendieron un programa de exterminación (de represión y desplazamiento) que logró tal éxito que en 1960 los biólogos expertos en la vida salvaje creían que esa subespecie se había extinguido. Pero parece ser que un pequeño número logró esconderse en los pantanos de Florida y salvó la vida. En 1973 se descubrieron hasta unos treinta supervivientes. Su territorio inicial, que ocupaba un tercio de los Estados Unidos, se había reducido a sólo unos mil doscientos kilómetros cuadrados en los Everglades, el pantano de Big Cypress y el Fakahatchee Strand. Habían mantenido una relación tan endogámica

que habían desarrollado muchos rasgos anormales: la cola curvada en el extremo, un remolino en el pelo de la nuca, un sistema inmunológico muy bajo y, en el caso de los machos, un escasísimo número de espermatozoides y un defecto en los testículos que se conoce como criptorquitis.

Justo dos años antes de que el jefe Billie matara a aquella pantera, el estado de Florida había empezado a intentar salvar la especie. Las panteras fueron capturadas y se les colocaron collares con transmisores. Unidades veterinarias móviles les suministraron antibióticos, vitaminas, oxígeno, les hicieron estudios endotraqueales y les colocaron vendas elásticas. Sus movimientos estaban continuamente controlados por telemetría y se publicaban en Internet en una página sobre las panteras de Florida con la dirección http:// supernet.net/ chrisd/ gene15/html. Durante un tiempo el estado pensó en capturar a todas las panteras salvajes que quedaban en Florida, llevarlas a varios zoológicos, donde los científicos pudieran observarlas y ayudarlas a la hora de procrear, y más adelante, devolverlas a la selva. El proyecto fue rechazado por los defensores de los derechos de los animales, que alegaron que aquello entrañaba un riesgo demasiado alto y que, si la especie estaba destinada a su desaparición, debía permitírsele una extinción digna en los pantanos. Entonces el estado de Florida decidió emprender un programa de cruce. En el hábitat de las panteras se soltaron pumas de Texas, parientes genéticos muy cercanos, para que se mezclasen. Las crías del cruce entre pumas y panteras se beneficiarían de nuevo material genético en vez de tener que cargar con los genes anormales de las panteras. A través de esa diversidad se pretendía fortalecer a los animales y, con el paso del tiempo, incrementar esa nueva población. Algunas personas se opusieron a aquel proyecto porque significaba que la pantera de Florida sobreviviría, pero no sería ya genéticamente pura. Aunque, de hecho, la pantera de Florida tampoco es un ejemplar de absoluta pureza. Los científicos han estudiado el ADN mitocondrial de siete de las panteras del Fakahatchee y han encontrado algunos genes comunes con los pumas de Chile y Brasil introducidos en Florida por los coleccionistas de animales salvajes y liberados en las selvas durante las décadas de 1950 y 1960.

Después de haber herido al animal, el jefe Billie volvió a hacer fuego pero erró el tiro. Entonces sacó un rifle de alta precisión y lo mató de un disparo en la cabeza. De vuelta en su casa de Big Cypress posó para una fotografía con su perro Bingo y la pantera, sosteniéndola por las orejas.

El 7 de diciembre los oficiales de la Comisión de Caza y Pesca de Río de Florida, después de recibir un chivatazo, se presentaron en casa de Billie y vieron la piel y el cráneo de la pantera puestos a secar. El 13 de diciembre el juez del condado de Hendry firmó la orden de detención del jefe James E. Billie, acusado de matar a una pantera de Florida, delito castigado con cinco años de cárcel o cinco mil dólares de multa o con ambas cosas. Billie anunció que se iba a declarar inocente basándose en que los seminolas tenían derecho a matar animales de especies protegidas dentro de las tierras de la reserva y que la caza de la pantera constituía parte de las ceremonias espirituales y de sanación de la tribu y, por lo tanto, estaba protegida por la libertad de culto. Durante la vista oral llevada a cabo en el mes de mayo, el jefe Billie explicó al juez que había estado estudiando dos años para ser curandero y que matar a una pantera era un requisito fundamental para obtener tal rango. Uno de los curanderos de la tribu, Sonny Billie, le contó a un periodista: «La pantera posee efectos medicinales muy poderosos y quiero decir que estoy muy orgulloso de James Billie.»

La historia del jefe Billie y la pantera se fue enredando con el paso del tiempo. Poco después de haber sido acusado, Billie presentó una demanda contra las leyes de Florida que prote gían a las panteras por atentar contra la libertad religiosa de los seminolas. Y entonces el juez de distrito del condado de Hendry, Hugh Hayes, dictó una orden de veintitrés páginas retirando los cargos contra Billie, pero el Tribunal de Apelaciones rechazó la decisión del juez Hayes y volvió a restablecer las acusaciones. Así que Billie tuvo que comparecer en dos juicios: uno porque la Ley sobre las especies en peligro de extinción violaba la libertad religiosa, y otro por las acusaciones restablecidas por el Tribunal de Apelaciones. Los fiscales federales habían estado esperando el resultado de la revisión de un caso de Dakota del Sur en el Tribunal Supremo. Era el caso de un indio sioux que había matado un águila de cabeza blanca. Una vez que el Tribunal Supremo manifestó que la Ley que protegía las águilas de cabeza blanca invalidaba los derechos establecidos en los tratados con los indios, se reafirmaron las acusaciones contra Billie y el proceso federal comenzó en agosto de 1987, antes que el proceso estatal. Durante todo aquel tiempo nadie se había preocupado de conservar los restos de la pantera. Cuando el animal fue presentado como prueba su olor era tan nauseabundo que algunas de las personas que se encontraban en la sala se desmayaron. Durante el proceso Billie permaneció sentado con un pañuelo negro sobre la boca y la nariz a causa del hedor y más tarde se quejó a un periodista: «¡La han dejado inservible! ¡No le han puesto sal!» Y, de hecho, uno de los oficiales había hervido el cráneo y

otro había mantenido la piel de la pantera en el congelador de su casa durante año y medio. El resto del cuerpo del animal había desaparecido porque Billie se lo había comido. A pesar de que durante el juicio había sostenido que jamás había visto una pantera antes de aquella noche en la que mató a una de un disparo y que creía que estaba disparando a un ciervo, más tarde le contó al St. Petersburg Times que sabía que estaba apuntando a una pantera y que quiso disparar para obtener una piel sagrada que poder mostrar a sus hijos y que las acusaciones criminales y la actitud del gobierno le parecían estúpidas. También dijo que la carne de pantera sabía muy bien con salsa Progresso y algunos condimentos.

Los argumentos para la defensa de Billie fueron diversos. Su abogado mantenía que la Ley sobre especies en peligro de extinción no podía aplicarse en el caso de la caza sin fines de lucro dentro de la reserva y que las acusaciones violaban la libertad religiosa de Billie, pues las garras de las panteras eran utilizadas por los curanderos y las pieles y los cráneos las usaban los seminolas como prueba de poder, y que la piel de la pantera le había sido confiscada ilegalmente puesto que los oficiales no tenían ninguna orden de registro cuando entraron en su casa en Big Cypress y, para finalizar, que Billie no sabía que era una pantera a lo que estaba disparando, que creía que era un ciervo y que, aunque hubiera sabido que se trataba de una pantera, tampoco habría podido saber que se trataba de una de las subespecies protegidas en Florida en vez de una pantera común y corriente. Y, yendo aún más lejos, el abogado del jefe Billie argumentó que el gobierno no podía probar con pruebas definitivas que aquel animal fuese realmente una pantera protegida puesto que es casi imposible distinguir la subespecie Felis concolor coryi de otras subespecies. Aquélla no era una táctica nueva en Florida. Durante muchos años los ladrones acusados de robar cerdos se habían defendido alegando que creían que los cerdos que habían robado eran cerdos salvajes y por lo tanto carecían de dueño y por lo tanto no se los habían robado a nadie y, en caso de haberlo hecho, no había sido una acción premeditada, y que se trataba de un caso de identificación zoológica errónea. En 1937, los legisladores de Florida acabaron con la defensa del «yo-no-sabía-que-era-un-cerdo-de-granja-creí-que-era-salvaje» decretando por ley que no existían cerdos salvajes en aquel estado. El jurado del proceso federal contra Billie deliberó durante dos días para acabar comunicando al juez que tenían una insalvable división de opiniones sobre si el fiscal había probado con certeza absoluta que el animal era una pantera de Florida. En consecuencia el juez federal declaró nulo el juicio. Un mes después comenzó el juicio estatal, El estado de Florida contra James E. Billie. Tras menos de dos horas de deliberación el

jurado le absolvió y más tarde los miembros del jurado manifestaron que no estaban convencidos de que el animal hubiera sido identificado sin lugar a dudas como un Felis concolor coryi. Al día siguiente de la absolución estatal se retiraron las acusaciones federales contra Billie, probablemente porque los fiscales tomaron la absolución estatal como un mal presagio. Llegados a ese punto, el jefe Billie presentó una demanda para que el Departamento de Pesca y Fauna Salvaje de los Estados Unidos le devolviera la piel de la pantera, pero su demanda fue desestimada pues, según los agentes del Departamento de Pesca y Fauna Salvajes, era un artículo de contrabando. Por fin, a finales de octubre, acabó el chaparrón de juicios. En mayo el jefe Billie fue reelegido para ocupar el cargo de presidente de la sociedad Tribu Seminola, Inc., durante un nuevo periodo de cuatro años. Poco tiempo después el gobierno federal anunció que se aplicaría una disposición llamada de Apariencia Similar, que iba a incluirse en la Ley sobre especies en peligro de extinción, a cualquier felino de gran tamaño de Florida; lo cual quiere decir que, a partir de ese momento, cualquier cosa que pudiese confundirse con un Felis concolor coryi se hallaba protegida por leyes federales.

Mientras su grupo afinaba los instrumentos, el jefe Billie se dedicó a contar chistes a los asistentes. Hablaba en hitchiti o en muskogee, no sé exactamente, pues no hablo ninguno de esos idiomas. Era una mañana resplandeciente y los asientos de la tribuna estaban tan calientes como planchas de cocina. Después de acabar con los chistes, el jefe Billie dijo en inglés, «Bueno, y ahora a todos los indios: mucho cuidado con comprar garras de oso en la feria. He oído que hay guardabosques observando para darle un gran disgusto a quien lo haga.» Apoyó la guitarra contra la cadera y guiñó un ojo. Tenía el pelo largo y mal cortado, los pómulos altos, las cejas oscuras y una cara de zorro con la barbilla estrecha que daba muy bien sobre el escenario. Aquella mañana iba vestido con una espléndida camisa vaquera, unos pantalones vaqueros negros y una corbata estrecha. Volvió a guiñar un ojo.

–Uf, me encantaría tomarme unas sardinas con galletitas saladas ahora mismo –dijo en tono bajito–. Qué raros somos los seminolas, ¿verdad? Ahora tenemos un casino y ganamos mucho, pero en vez de tener un nuevo estilo de vida, hemos intensificado nuestro viejo estilo. Hemos crecido a base de sardinas y galletitas. Y ahora que todos tenemos dinero, ¿qué es lo que hacemos? Bueno, pues simplemente compramos montones de sardinas y de galletitas, ¿no es verdad? –Soltó una carcajada–. Desde mi más remota infancia recuerdo haber ido al pantano con mis abuelos. Lo que matábamos por el día nos lo

comíamos por la noche. Es difícil cambiar. Yo soy así. Todos somos así.

El grupo empezó a tocar «Down in the Boondocks» . La muchedumbre batió palmas durante toda la canción. Cuando estaban cantando el último verso, un niño (el hijo pequeño del jefe Billie) entró corriendo perseguido por un caimán pequeño y gordo con las mandíbulas sujetas con cinta aislante. El niño era delgado e iba con el torso desnudo y los pies descalzos. En un abrir y cerrar de ojos arrinconó al caimán y se sentó encima de él a horcajadas. La multitud comenzó a aclamarle y el jefe Billie sonrió acariciándose los labios con el micrófono. El niño arqueó la espalda y el caimán arqueó el lomo. Con una mano el niño agarró el hocico del animal y lo levantó. Con la otra mano en alto hizo el signo de la victoria.

A media tarde me encontré a Vinson Osceola cerca de la entrada. Era el único de los acusados en el caso de las orquídeas, aparte de Laroche, al que llegué a conocer un poco y me caía muy bien a pesar de que era callado y sardónico y de que nunca había sido especialmente amable conmigo. Yo había conocido a Sandy, su novia, en la elección de Mister y Miss seminola infantiles el primer día del festival y, entre un pequeño Mister seminola que cantó «el rock de la cárcel» y otro pequeño que cantó una versión horrible y chillona de «Deseo vivir para Jesús», me contó cómo había sido su infancia en la reserva del Big Cypress en una cabaña compartida con sus abuelos y tíos, cómo sonaban las gotas de lluvia al golpear el techo de lata como si fueran perdigones y cómo se pasaban toda la noche despiertos inventando historias sobre lo que pretendía decir la lluvia. Ahora vivía en Hollywood, que le parecía bonito pero demasiado acelerado, un sitio demasiado urbano, con demasiados coches y drogas y bares y esquinas que hacían que fuese demasiado duro tener niños y educarlos a la manera india.

Cuando fui al encuentro de Vinson, estaba esperando a Sandy para ir juntos a la cena de la comunidad india. Ella tenía que ayudar a preparar la cena y él había quedado en supervisar los doscientos filetes que se iban a hacer a la parrilla. Como era habitual, Vinson llevaba gafas de sol de espejo, así que yo no sabía si me miraba a mí, más allá o a mi lado, aunque parecía que por lo menos me escuchaba. Le pregunté si había vuelto al Fakahatchee después de la decisión judicial y me contestó:

–No, no, desde entonces no.

Me preguntaba si habría visto a Laroche o habría hablado con él después de que dejase la reserva.

–Pues no. No le he visto ni he hablado con ese tipo – dijo, acariciándose la barbilla–. Él fue el que nos metió en todo ese lío.

Le pregunté si había recogido orquídeas después de que Laroche se fuera.

–No, en absoluto –dijo–. Antes del lío con el Blanco Loco también fueron las orquídeas las causantes de todos los demás líos.

Yo quería asistir a la cena de la comunidad, pero era sólo para indios y nadie de los que llamé para obtener permiso movió un dedo. Vinson me explicó que la presencia de un blanco en aquella cena molestaría a los viejos, que por más años que hubieran estado relacionándose con los blancos seguían siendo recelosos y distantes.

–A lo que los blancos se dedican es a hacer dinero –me dijo–. Los indios nos dedicamos a otra cosa. Nos dedicamos a cuidar la tierra. Somos diferentes de ustedes y siempre lo seremos.

Así que me fui a ver el final del rodeo. El de la primera noche era sólo para los indios, pero en el del sábado se admitía toda clase de vaqueros o vaqueras, y muchos de los equipos de lanzamiento de lazo estaban compuestos por un seminola y un no seminola. Estuve viendo al equipo compuesto por Gato Montés Saltador y Sean John correr de un lado al otro alrededor de un toro de cuello grueso que se llamaba Jimmy Lee mientras el sol se ponía por detrás de las palmeras. Tenía que conducir bastante y ya era tarde, así que sólo vi a un equipo más intentando enlazar a un toro que se llamaba Negocio Arriesgado y después me marché. Por el camino pasé ante el Casino Seminola, con sus hectáreas y hectáreas de aparcamiento con torres de vigilancia como pelos erizados aquí y allá y su fachada pintada de color gris. Era cerca de medianoche, pero había gente entrando: parejas muy trajeadas, una señora mayor, de espaldas anchas, con un andador de aluminio; un par de chicas rubias de grandes pechos con falditas y botas vaqueras; un hombre con gruesas gafas de plástico y expresión alerta como de vigilante nocturno. Por dentro el casino no valía gran cosa, lo único de interés era el retrato del jefe Billie colgado de la pared con el saludo seminola «Sho-naa-bish» en letras gigantescas a un lado. El resto se reducía a un gran espacio silencioso con mesas y más mesas en las que los hombres jugaban a diversos juegos de cartas junto a un cartel que decía EL PÓQUER ES DIVERTIDO Y RELAJANTE. El único sonido que se oía era el ruido de las fichas del

póquer. Era una sala llena de miles de movimientos precisos, intensos y silenciosos, como un quirófano durante una intervención en el cerebro. En otra sala cientos de personas sentadas ante largas mesas jugaban al bingo. Muchas tenían junto a los cartones un montón de amuletos –patas de conejo, elefantes de plástico, imágenes de la Virgen María, fotos, juguetitos de felpa, rosarios– y guardaban silencio hasta que el tipo cantaba «B-veintitrés» u «Osiete». Entonces la gente se movía en sus asientos y se producía un murmullo como el del sonido del agua cuando se desborda una bañera. Pero si alguien gritaba «¡Bingo!», se producía un sonido de manos que caían sobre cartones y los exasperados perdedores barrían las fichas para empezar de nuevo. Todos eran blancos: los camareros, las camareras, los que repartían las cartas de póquer, los que cantaban el bingo, los aparcacoches y los cajeros del casino. Todos tenían la piel del color de los tubos fluorescentes e iban peinados con laca. Los clientes también eran blancos, algunos tenían bronceado de turista y los ojos inyectados en sangre y, a pesar de que se estaba celebrando el vigésimo quinto aniversario del festival anual de la tribu seminola a sólo unos pocos kilómetros y de que el jefe de la tribu observaba desde la pared todas y cada una de las mesas de los juegos de cartas, allí dentro no se percibía nada de todo aquello. Lo único que se sentía era la fiebre y la concentración que producía el juego y la desesperación de la gente por ganar.

Aunque me maravillaba la absoluta entrega de Laroche a las cosas que le interesaban, me maravillaba aún más su capacidad para distanciarse de ellas. Por ejemplo, apenas prestó atención a mi relato sobre la feria y el vivero nuevo de la tribu puesto que entonces ya había perdido todo interés por los seminolas. Durante dos años había estado absorbido por ellos. Se había involucrado hasta el fondo. Así que yo entendía que estuviera furioso porque la tribu le había echado y que se sintiera herido al comprender que nunca había constituido parte de ella ni nunca lo constituiría. Pero para él se trataba de algo más, era como si la tribu hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

También había perdido completamente el interés por el mundo de las plantas. Cuando le estaba hablando de la asamblea india me dio a entender que estaba harto del mundo de las orquídeas. Yo no le creí. Sin embargo, así fue. No volvió a preocuparse por las orquídeas fantasma que había sacado furtivamente del Fakahatchee ni por las hoyas que había intentado recuperar del vivero de su amigo ni por las Cattleyas mutantes que había creado en el microondas ni por su colección de bromelias excepcionales ni por las orquídeas que había reunido después de que el huracán Andrew destrozara su primera colección ni por las plantas que había salvado de las excavadoras en los terrenos en construcción ni por las especies raras con las que había comerciado o cuya obtención había estado a punto de llevarle a la ruina. Había perdido el interés por todo aquello. Cuando nos conocimos ya me explicó que así era como terminaba con las cosas, pero nunca imaginé que el tránsito de una pasión a otra fuese tan contundente. «Se acabó», me dijo al día siguiente de la asamblea india, cuando yo le estaba hablando del grupo musical del jefe Billie y del caimán frito. «Ya te lo dije. Cuando se acabó, se acabó.» Desde el primer momento en que oí hablar de Laroche, me pareció fascinante la capacidad que tenía para sentirse satisfecho y realizado con actividades tan limitadas como los fósiles de la Era Glaciar, las tortugas, los espejos antiguos o las orquídeas. Creo que lo que estuve haciendo en Florida fue eso, tratar de entender cómo encuentra la gente un orden y un sentido en el universo centrándose en una sola cosa o en una creencia o en un deseo. En aquel momento también intentaba entender cómo podía alguien poner fin a un deseo tan intenso sin que dejara en él el más mínimo rastro. Si se ha amado algo de verdad, ¿no se conservará siquiera un poquito de eso para siempre? Al menos un par de plantas de interior o una Phalaenopsis muy mona de Home Depot en una lata de café… Yo personalmente encuentro mil

veces más difícil abandonar algo que empezarlo, pero evidentemente, cuando Laroche ponía punto final, lo hacía de un modo rotundo y absoluto y, lo que es más, excluía cualquier posibilidad de rectificación. Ponía en marcha la defensa emocional que tienen algunos hombres que siempre pierden el número de teléfono de su ex mujer, cosa que Laroche había hecho. No tenía ni idea de dónde vivía ella ni de su número de teléfono y decía que no le importaba en absoluto, lo cual parecía verdad, a pesar de que tenía la costumbre de hablar mal de las flores que a ella le gustaban siempre que las veía en alguna exposición de orquídeas.

La exposición de la Sociedad de Orquídeas del Sur de Florida estaba programada para pocos días después de la feria de los seminolas y creí que Laroche y yo íbamos a ir juntos hasta que me dijo que nada le preocupaba menos que las orquídeas y las exposiciones y que, por lo tanto, no tenía intención de ir. Tenía nuevas ocupaciones. En el intervalo de tiempo entre el momento en que los seminolas le echaron y la celebración de la asamblea india había aprendido todo lo que hay que saber sobre ordenadores y ya estaba ganando dinero diseñando páginas web para negocios e introduciendo pornografía en Internet como actividad complementaria. Estaba enamorado de los ordenadores. Incluso de la parte pornográfica de su trabajo. No es que le gustara la pornografía, sino que ser editor de pornografía en Internet era, según su modo de pensar, una oportunidad más de obtener beneficio de las debilidades humanas, cosa que le gustaba especialmente. Decía que era increíble que la gente le pagara por enviarles por Internet fotografías de personas gordas desnudas, igual que le había parecido increíble que la gente pagara por aquella guía para cultivar marihuana que vendía cuando yo le conocí.

–La gente se gasta una fortuna en toda esa basura y yo cobro cada vez más –me explicó una mañana por teléfono–. Puede que en algún momento todos esos cerebros de mierda se den cuenta de que se están gastando un pastón en fotografías asquerosas y lo dejen. Les estoy haciendo un favor ayudándoles a darse cuenta de lo ridículos que son. Así que cuanto más cobro, más les ayudo. Y, entretanto, estoy consiguiendo una pasta gansa.

Aquel día tenía una voz horrible, como si se estuviera muriendo, pero me dijo que eran unos simples problemas renales causados por el pesticida venenoso, que llevaba enfermo unos cuatro meses pero que iba mejorando y que, de todos modos, su estado de ánimo era estupendo.

–Mira, lo principal es que Internet tiene buen rollo –me dijo–. No

se muere como algunas plantas ni me va a joder como los seminolas.

Su trabajo consistía en diseñar páginas web para una compañía que se llamaba NetRunner y el nombre que utilizaba en Internet era Sibergato. Un día busqué su página. Decía: «Algunos me conoceréis por Sibergato, Amo y Señor del ya muerto SiberEspacio… Si habéis llamado a la oficina de NetRunner y habéis hablado con un individuo un poco arrogante y "distinto", era yo. A diferencia de la mayor parte de los personajes "raros" que os podáis cruzar en Internet, yo no me hago el raro por el anonimato que proporciona Internet, es que soy así y punto.»

Seguimos hablando unos minutos más y volví a sugerirle que fuéramos juntos a la exposición de orquídeas. No cambió de idea, pero acabó accediendo a que le mantuviera al corriente de mis planes y a verme unos minutos si realmente estaba desesperada por estar en su compañía. Así eran siempre las cosas con Laroche. Todo era extremo. El mundo habitual le resultaba demasiado moderado. No era suficiente que yo quisiera que viniera conmigo como cualquier persona normal quiere que otra persona normal le acompañe. Sólo si estaba realmente desesperada podría tenerme en cuenta.

Exceptuando a Laroche, casi todas las demás personas que conocía en Florida iban a ir a la exposición, Martin Motes, Tom Fennell, Bob Fuchs, Frank Smith y todos los de la Sociedad Americana de Orquídeas que había conocido en la gala. La exposición de la Sociedad de Orquídeas del Sur de Florida es la mayor del estado, y si exceptuamos la exposición de Santa Bárbara (California), también es la más importante del país. Yo no tenía demasiadas esperanzas de que me brindase la posibilidad de ver una orquídea fantasma en flor, pero, aun así, no me la hubiera perdido por nada en el mundo. Unos días después de mi conversación con Laroche llamé a mi amigo Martin Motes, el cultivador de Vandas, y le dije que Laroche se resistía a acompañarme. Me dijo que me olvidara de Laroche y que fuera con él. A pesar de la reciente y desafortunada experiencia con su perro, me pareció estupendo ir con Martin, porque siempre me enseñaba cosas interesantes. Y, además, me juró que últimamente el perro estaba de mejor humor.

Al día siguiente fui a su casa. «¡Ay, pobre de mí, tengo un millón de cosas que hacer!», dijo al saludarme. Antes de dedicarse completamente a las orquídeas, tanto Mary, su mujer, como él habían sido profesores de lengua y literatura inglesa; de hecho, Martin dejó su puesto de profesor de la Fulbright en Yugoslavia y volvió en 1976

para montar Motes Orchids. Incluso en el invernadero, vestido con sus pantalones caqui gastados, con musgo y vermiculita hasta los nudillos, seguía conservando el aspecto de un profesor delante de una pizarra dando vueltas a distintas teorías sobre Yeats. Su casa, su jardín, su guardarropa, todo tenía un gastado aspecto académico. El único elemento ajeno al mundo de la enseñanza era un sedán BMW, adquirido gracias al Benlate. Al igual que otros muchos cultivadores de orquídeas de Florida, Martin había perdido muchas plantas tras haber utilizado el fungicida Benlate de Du Pont. Y, aunque la Du Pont seguía manteniendo que el Benlate no era el responsable, llegó a un acuerdo con varios cientos de cultivadores para pagarles indemnizaciones que ascendían a millones de dólares. Solamente en Florida la compañía desembolsó casi cuatrocientos millones. Cuando Martin se compró el BMW con el dinero de la indemnización le puso una pegatina en el parachoques que decía MEJOR NIVEL DE VIDA GRACIAS A LA QUÍMICA. La Du Pont sigue pagando todavía hoy indemnizaciones por el Benlate. El de las orquídeas es un negocio con grandes riesgos, pero en algunos casos las indemnizaciones del Benlate los han recompensado con creces. Algunos cultivadores cogieron el dinero de la Du Pont y se jubilaron. Hasta llegó a rumorearse que había gente que vendía bolsas del fungicida a medio usar a los cultivadores que querían presentar una prueba con visos de credibilidad a la Du Pont, tanto si lo habían usado realmente como si no.

Desde mi última visita a casa de Martin habían florecido docenas de orquídeas. En aquel mar verde oscuro de hojas y tallos se mecían boyas de color azul y de color lavanda y, junto a ellas, una hilera de color crema rosado, como si fuera un juego de tazas de té de porcelana Wedgwood.

–Esta mañana tengo que hacer un recado, venga, ¡volando! –dijo Martin–. Voy a visitar al rey de la industria de los frutos tropicales, ¿quieres acompañarme?

Así que nos subimos a una camioneta cuya placa de matrícula decía VANDA1 y nos dirigimos por el caminillo de entrada hacia la carretera.

–Voy a visitar a un caballero que se llama Gary Zill –me explicó–. Lo hago porque creo que un hombre tiene que encontrar el modo de conseguir aguacates siete meses al año, preferentemente de árboles propios.

Gary Zill era dueño de muchos árboles de aguacates. Martin me

explicó que iba a cambiar esquejes de un ciruelo suyo por uno de los aguacates de Gary. En el asiento delantero de la camioneta estaban los esquejes dentro de bolsitas de plástico con agua. En Florida hubo muchas ocasiones en que me sentí como en otro mundo y ésa fue una de ellas. Estaba en un mundo en el que frutos, vegetales y esquejes eran moneda de cambio legal: un brote de ciruelo equivalía en el mercado a un árbol de aguacates y los plátanos estaban muy por debajo de las naranjas. Martin se detuvo después de pasar una señal que decía PLANTAS DE ALTO RENDIMIENTO ZILL y aparcó. Nada más bajar le entró una gran emoción y me dijo que a su lado había un árbol que quería que viese.

–Es una fruta cubana, se llama mamey colorado –me dijo arrancando un fruto redondo y correoso de una rama–. Se venden al por menor a unos doce dólares la pieza. Son tan caros que ya nadie los cultiva porque se los roban. –Dio un mordisco. Por dentro era de color ladrillo–. Mi querido vecino tiene cinco hectáreas de estas frutas y las va a liquidar –dijo después de tragar–. Ni siquiera con vigilancia permanente podría conservarlos.

Mientras Martin se comía el mamey, Gary Zill se había acercado a la camioneta, había abierto la puerta de atrás y había visto las cerca de cien orquídeas que llevaba Martin.

–Ohhhh, ¡qué cruce tan magnífico! –exclamó Gary a gritos–. Martin, ¿qué demonios es esto? –En unos instantes apareció a nuestro lado. Era tan rubio como un surfista. En una mano llevaba una tablilla con un sujetapapeles y en la otra una fruta que yo no había visto jamás. Era de color oliva apagado y tenía el tamaño de una pelota de béisbol con bultos. La mordió y arrancó un pedazo tan rojo como una herida. Vio que le estaba mirando fijamente y me dijo:

–Es una papaya. Procede de Yucatán. Me comí una allí hace unos quince años y le saqué las semillas. Realmente no sé qué esperaba cuando las planté.

–Sí –dijo Martin–. Nosotros también las vimos allí. Tienen unos frutos enormes, del tamaño de la cabeza de un niño.

Gary levantó la vista hacia el cielo entrecerrando los ojos y, luego, dijo:

–Mira, Martin, éstos deberíamos intentar propagarlos. Traje algunos de Guatemala la semana pasada. Por dentro son de un color naranja brillante, simplemente maravillosos. Incluso les podemos

poner tu nombre. Les llamaremos Motes reticulata. Y haremos una fortuna.

Martin ladeó la cabeza como un gorrión.

–Ajá –dijo–. ¡Benditos sean esos frutos naranja brillante!

En ese momento uno de los que trabajaban en el vivero de Gary se acercó a hablar con él. Era un tipo delgado y tímido, con nombre judío, que me contó que había nacido en Michigan pero había crecido en Brasil. No era una historia personal muy corriente, pero allí nada era común y corriente. Las frutas eran extrañas y todas las cosas y todas las personas tenían un pedigrí exótico. A veces en Florida te sientes como si estuvieras en el fin del mundo y el resto del planeta fuera y viniera con la misma regularidad que las mareas y trajera consigo cosas extrañas y singulares, como un judío brasileño de Michigan que cultivaba frutas guatemaltecas de color salmón. Estuve hablando un rato con aquel tipo del vivero y entretanto Gary y Martin se pusieron a tratar el asunto del trueque de aguacates por ciruelos mientras bajaban por el sendero que iba desde el vivero de frutos tropicales hasta la casa de Gary, donde dijo que tenía unas veinte mil plantas, orquídeas sobre todo, y quería que Martin les echara un vistazo antes de irnos.

–El ordenador que controla el sistema de riego sufrió una descarga eléctrica la noche que me fui a Costa Rica a recoger semillas de mango, así que está todo patas arriba –nos advirtió.

–Ya me imagino –le dije.

–Oye, Martin, si te interesa un poco de polen, sírvete tú mismo. Hay mucho, así que cógelo.

Martin sonrió.

–Pues sí, muy bien, porque la vida es corta y el arte largo. Quizá podamos preparar algo ingenioso.

Entramos en el umbráculo de Gary avanzando bajo una especie de palio formado por las orquídeas que colgaban de unos arcos enrejados. Algunas se inclinaban hacia adelante como marineros mareados durante la travesía, otras estaban derechas como soldados y tenían brotes rosa fuerte o amarillo intenso o púrpura apagado.

–¡Qué graciosas! –dijo Martin mirando las plantas. Se detuvo ante una Vanda de color azul cobalto y se quedó observándola durante un

rato. Gary le observaba.

–Creo que... –dijo Martin–. Pues sí, sí, estoy seguro de que esta planta la creé yo hace veinticinco años. ¿Cómo ha llegado a su casa, señor Zill?

–A mí me la regaló mi tía –dijo Gary–. Y creo que a ella se la había dado Mona Church.

–Ajá –dijo Martin–. Y yo fui el que se la dio a Mona. –Frotó una hoja entre los dedos–. Pues va a vivir mucho más que usted, señor Zill. Eso es lo maravilloso del mundo de las plantas. En él nosotros no somos más que meros visitantes.

Esa misma tarde Martin fue al Centro de Convenciones a montar el stand para la exposición. Aquel año Miami celebraba su centenario y ése era el tema de la exposición de orquídeas, así que se suponía que los stands debían hacer alusión a hechos de la historia de Florida. Martin iba a construir un escenario que representase un pantano con montones de Vandas y una piragua de madera de tamaño infantil.

–No tiene mucha relación con la realidad –dijo–. Pero ¿hay algo que lo tenga?

El stand que le había tocado a Martin ocupaba un cuadrado pequeño en el último pasillo, cerca del de Tom Fennell hijo, y a la vuelta del de Bob Fuchs. Antes de que llegáramos, Viv, la ayudante de Martin, había cubierto el suelo del stand con cinco centímetros de arena de playa.

–Queda muy bien, pero aquí necesitamos un poco de espacio vacío –dijo Martin quitando arena de una zona.

Había llevado casi trescientas Vandas y Cattleyas para el montaje y tenía unos híbridos muy especiales que quería que se vieran bien. Viv y él comenzaron a colocar las plantas y a cubrir las macetas con arena.

Mientras trabajaban se hacían comentarios:

–Creo que voy a utilizar esta valla de bambú pequeña aunque sea algo nuevo dentro de nuestro estilo.

–Ah, Martin, esta Oncidium es preciosa pero es demasiado roja.

–Sí, tienes razón. Pon esta blanca. Quedará muy bien junto a la

piragua.

El enorme Centro de Convenciones de Miami, antes vacío, se iba llenando de cultivadores que montaban sus stands y daban instrucciones a sus ayudantes; todo bullía con el repiqueteo de martillos contra marcos de metal, el crujido de cajas arrastradas de un lado a otro por el suelo, el olor levemente ácido de la porquería, el perfume fresco y dulzón de las flores y el chirrido de las ruedas de los camiones en la zona de descarga. Martin me dijo que su stand contenía flores por un valor de cuarenta mil dólares. Aquella noche se estaban montando unos sesenta stands y algunos tenían el doble de plantas que el de Martin, lo cual quería decir que el valor de lo allí expuesto podía llegar a los cuatro millones de dólares. Pensé para mis adentros: Estoy rodeada de millones de dólares en flores. Respiré hondo y contuve el aliento mientras giraba la cabeza para que los cuatro millones de floridos colores me acariciaran la piel. Esa abundancia, esa enorme riqueza de seres vivos, forma parte de la naturaleza de Florida. Hay tanto de todo, que se entremezcla y hay que decidir si se quiere formar parte de esa mezcla o continuar siendo un ser independiente y diferenciado.

Martin y Viv continuaron trabajando durante una hora más o menos, rodeados de otras gentes del mundo de las orquídeas y de sus ayudantes, que también trabajaron muchísimas horas. Cuando habían puesto la última planta, Martin se alejó y observó el stand con el dedo índice apoyado sobre la nariz. Su rostro traslucía una gran concentración.

–Viv –dijo por fin, señalando una Cattleya particularmente grande y de color naranja brillante–, tendríamos que quitar de ahí esa flor tan exagerada. Me temo que parece una explosión nuclear.

La gente recorría el Centro de Convenciones para ver cómo iba el montaje de los demás expositores. Se pedían prestado musgo, bambú para las vallas, helechos de los pequeños, de unos diez centímetros de altura, y plantas de relleno. Un cultivador de Hawai que estaba montando un stand enorme se acercó a saludar a Martin.

–Este año no voy a ir a la exposición de Nueva York –dijo–. Ya he expuesto todo lo que tengo. Cuando tengas un minuto, acércate a ver el humidificador electrónico que he traído nuevo.

Martin se tomó un descanso y se fue hasta el stand de la Sociedad de Helechos del Sur de Florida, que estaba un poco más abajo por el mismo pasillo. El que lo estaba montando se llamaba Jack. En el

centro del stand había un caimán de casi dos metros de largo.

–Está bien ese caimán, ¿no te parece, Martin? –le dijo Jack–. Es de cemento. Voy a llamar a este montaje «Atracción peligrosa», ¿verdad que es un buen título?

El siguiente stand, que pertenecía a un vivero llamado Grow-Mor, representaba un salón de estilo victoriano. Tenía una chimenea dorada con una repisa antigua, dos sillones, una mesita francesa y dos pinturas al óleo buenas.

–Hemos traído todos los muebles de casa –dijo el señor Grow-Mor a Martin–. Hemos arrancado la repisa del comedor porque pensamos que aquí quedaría fantástica. ¡Maldita sea!, Martin, ¿puedes creer que mi mejor «Toledo Azul» no ha florecido todavía? Ya lleva dos semanas de retraso. Ah, por cierto, ¿no te sobrará un poco de musgo?

–Sí, tenemos tres cajas de musgo español, coge lo que necesites –contestó Martin–. Es de una tienda muy buena de Kentucky que se dedica únicamente al musgo. Me gusta imaginar que arrancan bancos de musgo de las cristalinas aguas de alguna jungla para conseguirlo.

Pasamos junto a un maniquí vestido con ropajes de pionero de Florida y luego al lado de un cocodrilo disecado de unos cien kilos, colocado sobre una réplica de un famoso pico llamado Portrait Rock, hecha de espuma de poliestireno de tres metros de alto.

–La forma irregular se la he dado yo mismo con la motosierra. Es increíble lo que puede lograrse con poliestireno y acetona.

Pasamos por delante de stands con nombres como ORQUÍDEAS SOBRE MIAMI, ARCO IRIS DE DIAMANTES VIVOS, LA CIUDAD MÁGICA DE LAS ORQUÍDEAS, EL SENDERO DEL CAIMÁN o EL PARAÍSO PERDIDO. Martin me dijo que creía que en realidad había muy poca gente dentro del mundo de las orquídeas que estuviera loca. E inmediatamente me presentó a un cultivador con una cabellera y unos ojos salvajes que se llamaba Waymon Bussey y que acababa de aterrizar procedente de México.

–¿Quieres saber cómo me va últimamente, Martin? –dijo a gritos nada más vernos–. Me va genial. La vida es genial. Estoy cultivando minicymbidiums en México a dos mil metros de altitud. –Martin arqueó las cejas–. Además, acabo de recuperarme del ataque de unas abejas asesinas. Me picaron cuando estaba salvando unas plantas. Unas orquídeas. Unas orquídeas silvestres. Te juro, Martin, que las pobres me pedían socorro a gritos mientras todas las abejas

revoloteaban a su alrededor. Tenía que salvarlas. No era una caza furtiva, ¡era una misión de rescate!

Martin se puso a juguetear con la barba. Después de un rato Waymon continuó diciendo:

–Martin, quiero que sepas que he dejado el tabaco, el alcohol y el sexo. La única adicción que me queda son las orquídeas.

–Pues se dice que Dante siempre encontraba tiempo para la lujuria –dijo Martin moviendo la cabeza solemnemente–. No me desilusiones, Waymon.

Waymon se volvió hacia mí y me guiñó un ojo. En su rostro había una sonrisa pícara y guasona.

–Oye, ¿quieres saber una cosa? –me preguntó–. ¿Sabes que sólo tengo cuarenta y un años y ya he visto dos platillos volantes?

Al girar una esquina nos encontramos con Bob Fuchs. Bob era famoso por los espléndidos stands que montaba. En aquella ocasión había construido una cabaña típica de Florida, tal como eran en 1886, a tamaño casi natural. Estaba muy bien hecha, tenía un pequeño porche y un tejado a dos aguas. Las orquídeas colgaban de la barandilla del porche, alfombraban el jardincillo delantero, bordeaban el sendero de piedra que serpenteaba hasta la puerta de entrada y rodeaban la cabaña. Había flores prácticamente de todos los colores. La cabaña era de ese marrón típico de 1886. Bob nos saludó y Martin dijo que me quedara allí porque tenía cosas que hacer.

–Tengo que volver a mi stand a poner más mantillo. «Ha llegado la hora, dijo la morsa, de hablar de muchas cosas, / de zapatos, de barcos, de lacre»... y de mantillo. Mi contable me ha dicho que vendría a echarme una mano.

Martin y Bob siempre buscaban alguna excusa para mantenerse alejados. Martín saludó a Bob con la cabeza y se alejó a toda prisa.

Hay un montón de cultivadores de orquídeas que no se caen bien, igual que hay montones de gente que no se cae bien o, para ser más exactos, igual que hay montones de personas dentro de una misma familia que se llevan mal. Les gustan orquídeas diferentes o tienen una visión distinta sobre la forma de cultivarlas. Bob, por ejemplo, quería conseguir Vandas más grandes y maravillosas, mientras que Martin quería conseguir Vandas con un aspecto lo más parecido posible a las

que descubrió Carl Roebelin en sus primeros viajes a Filipinas. Había cultivadores que creían que sus plantas eran mejores que las de los demás pero no se las apreciaba lo suficiente o que eran mejores y por eso provocaban grandes envidias, y había cultivadores que se caían mal porque sí. Aquel año nadie había contratado guardaespaldas para la exposición como había ocurrido el año de la denuncia contra Bob Fuchs, pero todavía se podía sentir cierta tirantez entre algunas personas, como si estuviesen a punto de saltar. Si en algún momento dudé que las orquídeas constituyesen todo un mundo, una cultura o una familia, aquel antagonismo era la prueba definitiva de que así era. En el mundo de las orquídeas existía la intimidad y las peleas de una familia. Igual que una familia proporcionaba una manera de encajar en el mundo, de encontrar el propio lugar dentro de un círculo reducido, a veces abarrotado y otras veces lleno de conflictos, que se englobaba a su vez en un círculo más amplio y luego en otro más amplio todavía, hasta acabar abarcando todo el ancho mundo. Era una especie de forma de conseguir el equilibrio entre la condición de individuo y la de miembro de una estructura mayor que uno mismo, aunque esos extremos estén en permanente lucha. Para mí siempre había constituido un misterio cómo lograr pertenecer a una comunidad conservando la individualidad, cómo conseguir estar aislado pero integrado, cómo hacer para no perder la soledad ni la compañía. Los dos estados oscilan como un subibaja, primero se da uno y luego el otro, consiguiendo un equilibrio intermitente. Si optas por un camino en soledad, siendo tú mismo tu único dueño, desconectado de familia, religión, nacionalidad, tradición y clase social, muy pronto te sentirás demasiado solo, demasiado hecho por ti mismo, demasiado único y demasiado consciente de que no hay en el mundo nadie como tú. Pero si te sumerges completamente en algo, ya sea tu ciudad o tu profesión o tu afición, muy pronto tendrás que emerger a la superficie porque necesitarás tener la seguridad de que, aunque formes parte de algo mayor que tú, de una comunidad, sigues existiendo como un ser aislado con una mente individual. Es la contradicción fundamental de los Estados Unidos de América, esa noción optimista pero irreal de que se puede crear una unión de individuos en la que todos sean reyes. Yo envidiaba a toda la gente del mundo de las orquídeas que estaban a mi alrededor en el Centro de Convenciones y a todos los amantes de las orquídeas que iban a entrar allí al día siguiente como un enjambre. También envidiaba a los miembros de la tribu de los seminolas por la misma razón, porque habían encontrado su lugar dentro de un círculo pequeño y abarrotado y porque, cuando tenían que salir de ese círculo y reivindicar su independencia respecto a él, parecía que podían hacerlo y luego podían volver a entrar en él sin problemas. Hasta envidiaba a

la gente como Laroche o Lee Moore, que pertenecían al grupo de los que no pertenecen a nada, que es un círculo reducido y abarrotado que da forma a sus vidas, aunque sea en bajo relieve.

Es frecuente que la gente aparezca temprano por las exposiciones de orquídeas. Son gente seria, gente que quiere ir a toda prisa y encontrar las mejores plantas antes que los demás. Hacen cola desde bien temprano, armados con bolsas de compra y cestas de alambre con un objetivo fijo.

«Quiero una Phalaenopsis blanca con un labelo totalmente rojo. Ya tengo una, pero tiene una motita blanca en la parte externa del labelo que no me gusta.»

«Quiero una Paphiopedilum concolor, pero una muy concreta, es un cruce entre una “Walter” y una “Gordo de Krull”. Tiene el color de la mantequilla y unas pintitas marrones.»

«A estas exposiciones tengo que venir con esposas porque es que lo quiero todo.»

«Si no he ido a ver alguna exposición desde hace meses, sencillamente es que tengo que ir.»

«He oído que las Cymbidiums están cayendo en desgracia.»

«Yo me gastaría diez mil dólares en una planta si me gustase lo suficiente. Porque, si ves una que te gusta y no la puedes conseguir, es que te vuelves loco.»

«Adoro esas plantas. Las quiero. Me traje un montón de Jamaica metidas en el sostén, pero la mayoría se me murió.»

«Quiero una Magnificum de un tamaño colosal. Ésta tiene un tamaño bastante bueno, pero no me voy a ir hasta que consiga una de tamaño realmente colosal.»

Yo quería una orquídea fantasma del Fakahatchee en plena floración, prendida tal vez a un trozo retorcido de chirimoyo, y quería que sus raíces se extendieran como mi mano pero que no tuvieran más grosor que el de un palillo de dientes. Quería que la flor fuera tan blanca como la nieve, como el azúcar, como la espuma, como los dientes. Sabía de memoria qué forma tenía que tener, la de un rostro picudo con un bigote colgante formado por los pétalos, la de un sapo albino con unas patitas mullidas. No sería la más grande ni la más

espectacular ni la más extraña ni la más delicada de las flores de la exposición para nadie más que para mí, porque yo la quería. En el universo no hay más que unos pocos valores absolutos. Las cosas tienen un valor porque pueden servir como alimento o pueden utilizarse como arma o pueden convertirse en ropa o, simplemente, porque uno las quiere y cree que poseerlas le hará feliz. En ese caso adquieren el valor que uno quiera darles, todo o nada, el que uno otorgue a algo que cree que quiere tener. Me ahorré todo tipo de problemas al saber que no encontraría allí una orquídea fantasma, porque así no tenía ni siquiera que buscarla. Era un alivio no abrigar ninguna esperanza, porque así tampoco tenía ningún temor. En medio del desorden del universo es un consuelo buscar algo concreto que se desea, pero saber que no se tiene que buscar nada significa que tampoco existe la posibilidad de sufrir una desilusión. Unos días antes había conocido a un tipo que me contó que había estado en un mercadillo en Lake Worth en el que vio a un vendedor de canastas de macramé que contenían unos amasijos de raíces que crecían agarradas a ramitas silvestres. Estaba convencido de que eran raíces de orquídeas fantasma, pero en aquel momento ninguna tenía flor y el vendedor le dijo que no sabía de qué plantas se trataba. Se las había dado un chico al que, a su vez, se las había dado otro. Yo no contaba con ver en aquella exposición ninguna canasta de macramé. Vi libros como Lista provisional de orquídeas híbridas registradas entre 1991 y 1994 por Bishop y Terminología descriptiva para clasificar orquídeas y Cómo cultivar Cattleyas y Cómo cultivar Phalaenopsis y jerséis, camisetas, pendientes y corbatas con motivos de orquídeas. Había orquídeas que se vendían a cien, doscientos, trescientos o quinientos dólares; una locura de orquídeas de todos los colores y formas, con hojas anchas y con hojas estrechas y sin hojas, con labelos gruesos y prominentes, con labelos ahuecados con forma de dedal, con caperuzas rojas negruzcas y pintitas, con ondulaciones, con pliegues, con rizos como tirabuzones, grandes como puños, pequeñas como uñas, con olor a miel, a hierba, a cítricos, a canela o sin olor, sin ningún olor, simplemente con la calidad espesa y tibia que tiene el aire tras haber estado en contacto con una flor.

En la caseta de Martin había un hombre rezongando.

–Oiga, el año pasado les compré una planta que estaba en mal estado –dijo–. Es el resultado de una mutación. La tengo en el coche. Voy a buscarla.

–Le creo –contestó Martin–. No necesito verla. ¿Por qué no elige otra entre éstas tan bonitas?

–Oiga –dijo otro tipo que se acercó al stand levantando una de las Vandas de color azul–. ¿Cuánta sal necesita esta planta? Quiero decir qué grado de sal resiste. Y ¿se llama «Temperamento Índigo» o «Índigo Temperamental»? ¿Hay que regarla mucho?

Martin le iba contestando mientras envolvía la planta que había elegido el que se había quejado de la mutante. Otro hombre, alto y con aspecto de desconcierto, pasó junto al stand y le dijo a Martin:

–¡Preciosas! ¡Absolutamente preciosas! Por cierto, Martin, tienes que hacerte una limpieza dental.

–¡Oh, Dios mío! –dijo Martin suspirando–. No hay quien se libre de su dentista.

La escenografía de la piragua que había montado Martin no se llevó ningún premio en el concurso. De hecho, la secretaria del comité que los otorgaba me confió que a los jueces no les había gustado nada.

–La verdad es que les ha parecido horrible –me susurró.

Me contó que los jueces encontraron muy feas las etiquetas que Martin había puesto a las plantas, que el conjunto del montaje era agobiante y que, a la hora de otorgar los premios, ni siquiera habían tenido en cuenta a Motes Orchids. Le pregunté sobre los demás stands. Dijo que les había gustado el de los hawaianos pero que no les había convencido del todo el musgo que habían colocado sobre las orquídeas y que el que les había encantado era el stand que se llamaba EL AYER porque «la imitación del agua les pareció magnífica». El salón de estilo victoriano no había logrado ningún premio porque el señor Grow-Mor había utilizado un telón de fondo blanco horroroso en el que no resaltaban los colores de las plantas. Me hizo una lista detallada y plagada de críticas. Sin embargo, a los jueces sí les había gustado el stand de Bob Fuchs. Casi todos los premios importantes fueron a parar a la cabaña típica de Florida de R. F. Orchids: el premio al montaje más artístico, el premio al montaje de mayor tamaño y el más importante, el premio de la exposición. Ganarlo era un asunto de orgullo, de prestigio profesional y de satisfacción personal, pero también era un asunto de dinero porque las plantas que lograban el premio de la exposición subían de precio. Además ganar un premio así tenía más consecuencias puesto que afectaba a la posible evolución de las plantas, ya que las ganadoras se hacían famosas y otros cultivadores las utilizaban para crear híbridos nuevos y como modelo para las que producían ellos mismos. El ganador arrasaba con todo, incluso con el futuro. Durante todo aquel primer día de la exposición

cada vez que me volvía veía el cabello anaranjado de Bob, su rostro pálido y luminoso con la actitud resplandeciente y desenfadada del que se sabe vencedor.

Estuve paseando un rato con un señor que estaba buscando una Phalaenopsis con un labelo dorado y rojo y que no tuviera ninguna motita. Me contó que había sido un loco del bridge pero que había dejado de jugar porque pensó que las personas que se dedicaban a ese juego eran demasiado raras y tenían demasiados problemas emocionales y que el mundo de las orquídeas le hacía mucho más feliz. Tenía tres sistemas de alarma diferentes en su invernadero para detectar los fallos de temperatura, luz y humedad, así que siempre podía estar tranquilo. Ya era bastante tarde y había oscurecido. Recordé que Laroche me había dicho que podía llamarlo si me sentía desesperada. En realidad, no me sentía desesperada pero quería verle allí, en aquel mundo que había intentado conquistar, aunque mentalmente se encontrara ya a miles de kilómetros. Cuando le llamé estaba en su casa y me dijo que intentaría ir a buscarme después de llevar a su novia y a su hijo a un partido de fútbol o a una fiesta de cumpleaños o a algo que no le entendí bien. Me dijo que no me fuera del Centro de Convenciones, que él ya me encontraría allí dentro, cosa que yo sabía que era imposible porque era un lugar tan grande como todo un pueblo y uno podía perderse en él durante horas y horas. Ni por un momento creí que fuese a ir y tampoco me quedé para comprobarlo. Simplemente fui revoloteando de una orquídea a otra, de un stand a otro, de un cultivador a otro, hasta que me sentí tan mareada como una abeja.

TOMAR UN RUMBO

Un guarda forestal del Fakahatchee me contó una vez una historia sobre una mujer de Georgia que había llamado una mañana para preguntar si había alguna orquídea fantasma en flor en los pantanos. El guarda le dijo que hacía poco que había visto algunas cerca de Deep Lake. Aquella mujer estaba locamente enamorada de las orquídeas fantasma y había dicho que iría a cualquier sitio para verlas. Así que, en cuanto el guarda le comentó aquello, se subió al coche, fue conduciendo hasta Atlanta, a la mañana siguiente tomó un avión a Miami, alquiló un coche en el aeropuerto, fue hasta el Fakahatchee, le pidió al guarda que le explicara cómo llegar y se pasó varias horas caminando rumbo a Deep Lake, rumbo a las orquídeas fantasma. Había pasado menos de un día desde la llamada telefónica de aquella mujer, pero las orquídeas son caprichosas y, cuando llegó, las flores se habían marchitado y ya no volverían a florecer hasta el año siguiente. Estuvo mirando un largo rato el verde revoltijo de raíces que quedaban. Después giró en redondo y se puso a caminar hasta salir del pantano y volvió a Georgia aquella misma tarde. Yo supuse que aquella señora se habría sentido muy desilusionada por haber hecho un viaje tan largo para nada, pero el guarda forestal me dijo que no, que no parecía desilusionada en absoluto y que le hizo prometerle que la llamaría en el preciso momento en que viera una orquídea fantasma en flor porque estaría encantada de volver en otra ocasión.

Laroche me había prometido que iría conmigo al Fakahatchee antes de que me fuese de Florida y también me había prometido que, cuando fuera conmigo al Fakahatchee, veríamos orquídeas fantasma. Me lo creí a medias. Había comenzado a dudar de que pudiese ver una en flor. Y hasta había comenzado a sospechar que Laroche y yo nunca iríamos de excursión por el Fakahatchee juntos. Parecía como si todos los intentos que yo había hecho estuviesen gafados. La primera vez que le pedí a Laroche que me acompañara no pudo porque había una orden del juzgado prohibiéndole acercarse a la zona y más adelante no pudo porque estaba demasiado ocupado con el vivero de los seminolas, y más adelante no pudo porque se negaba a entrar en los pantanos como protesta contra los seminolas, el mundillo de las orquídeas y el mundo en general, y más adelante porque estaba muy ocupado con su trabajo nuevo con los ordenadores y no podía sacar ni un ratito. Entretanto el invierno estaba a punto de finalizar y se nos venía encima un nuevo calor primaveral. Cada día el sol estaba más alto y abrasaba más y yo sabía que, si no íbamos enseguida, la

temperatura se haría insoportable y habría que esperar hasta la siguiente temporada.

Un par de días después de la exposición de la Sociedad de Orquídeas del Sur de Florida llamé a Laroche y le conté todo lo que había visto y los premios que se había llevado Bob Fuchs y la desilusión de Martin Motes. Después abordé la cuestión de nuestro paseo al Fakahatchee. Me anunció que ya podía acompañarme y que quería que organizáramos el viaje para el sábado siguiente. Me quedé atónita. Metí todas las cosas que tenía en West Palm Beach en la maleta y busqué un hotel en Miami Beach para estar un poco más cerca de Laroche. El viernes por la noche apenas pude dormir. No quería pensar en la caminata, pero no podía evitarlo. Soñaba todo el rato con mi primera excursión al Fakahatchee, cuando fui con Tony, el guarda forestal, y vi por primera vez aquella magnífica cúpula de bromelias y los árboles plagados de raíces de orquídeas, pero en mi sueño me encontraba sola, y cuando me había adentrado en el pantano, caía en una de las pozas negras y un instante después algo desagradable se me enrollaba en las piernas como si fuera un lazo, perdía el equilibrio y caía golpeando con los brazos la luminosa superficie esmaltada del lago. Me desperté de golpe, con los ojos totalmente abiertos y las sábanas alrededor de las piernas. No recuerdo cómo pasé las horas siguientes, pero por fin amaneció. Laroche y yo habíamos quedado en ir al pantano a primera hora de la tarde. Después de comer, mientras me estaba vistiendo, puse la radio y oí en las noticias que el vuelo 592 de la compañía Valujet que iba de Miami a Atlanta se había estrellado en los Everglades y había desaparecido en un margal con arena y lodo. El lugar del impacto se hallaba a tan sólo veinte kilómetros de la ciudad de Miami, a sólo veinte kilómetros del aparcamiento de un centro comercial, lo suficientemente cerca como para ir en bici desde el Hotel Biltmore, pero en realidad era como si se tratara de otro mundo, salvaje y casi inaccesible. El avión se había estrellado en el límite de la Reserva Mikasuki, entre el Canal L-67 A y el L-67 C de los Everglades, una zona del pantano a la que la gente de por allí llamaba El Bolsillo. Se cerraron al tráfico todas las carreteras cercanas, incluidas las que iban al Fakahatchee. Cuando oí las noticias llamé inmediatamente a Laroche, que obviamente estaba durmiendo todavía, a pesar de que, según sus propios planes, yo ya iba con retraso. Coincidimos en que sería imposible acceder al pantano aquel día y decidimos dejarlo para el domingo. Le dije que teníamos que hacerlo ese domingo pasara lo que pasase porque había sacado el billete para regresar a casa en el vuelo del lunes por la mañana.

Me pasé el sábado viendo en la televisión las noticias sobre el

accidente aéreo y una entrevista de la CNN a un mikasuki que se llamaba Búfalo Atigrado y que dijo que el accidente lo habían provocado los espíritus de la naturaleza que estaban furiosos por los destrozos que el hombre había causado a los Everglades, que ya en otras ocasiones los Everglades se habían tragado a otros hombres para saciar su ira y que incluso había miembros de su tribu que se habían internado en el pantano a los que nunca más se volvió a ver. Cuando estaba viendo la entrevista me llamó Laroche para proponerme que nos encontráramos en una exposición de orquídeas en los Jardines Fairchild de Miami. No había acudido a ninguna exposición desde que los seminolas le despidieron y yo no entendía bien por qué quería ir a aquélla aquel día, pero me alegré de ello. Cogí el coche, fui hasta los jardines y le esperé en el aparcamiento. Apareció poco después con un humor excelente e insistió en que nos pasáramos un momento por la tienda de regalos y, cuando estábamos en ella, se empeñó en comprarme un pez de caucho de color rojo que me había encantado. Después estuvimos deambulando por allí. La exposición tenía lugar en una sala llena de stands, impregnada del fresco olor vegetal que desprenden las plantas y en la que por todas partes se oía el ruido de las bolsas de papel al abrirse y llenarse de plantas que valían cientos de dólares. Recorrimos un pasillo tras otro, todos llenos de orquídeas, nos detuvimos a admirar una mesa de Dendrobiums con lunares de color melocotón y luego a examinar una Laeliocattleya que desde lejos se parecía de un modo asombroso a un chico rubio con los dientes para afuera que conocí en el instituto. En un determinado momento Laroche me arrastró a ver unas orquídeas almeja originarias de Florida.

–Mañana veremos miles de éstas –me dijo, jugueteando con las raíces de una de ellas–. El Fakahatchee está plagado de estas jodidas plantas.

La propietaria de la caseta de las orquídeas almeja estaba de espaldas a nosotros y, al oír lo que Laroche había dicho, se volvió y le lanzó una mirada. Después, le miró más detenidamente y se le iluminó el rostro.

–¡John Laroche! –exclamó–. Pero, John, ¿dónde diablos te había metido? ¿A qué te dedicas ahora?

–¡Barbara! –contestó él. Luego se volvió hacia mí–. Ésta es la amiga de la que te hablé, ¿te acuerdas? La que llevé al Fakahatchee y tuve que matar con el machete un par de víboras que aparecieron delante de ella cuando estaba mirando una orquídea fantasma.

Barbara sonrió de oreja a oreja.

–Pero, John, ¿cómo estás?

–Fenomenal –le contestó Laroche–. Ahora soy editor de páginas de Internet, ¿sabes? Ya no tengo ni una orquídea. No tengo ni una sola planta –dijo muy orgulloso.

–Me alegro mucho, John –dijo con tono cariñoso–. Estaba muy preocupada por ti. Aquello iba a acabar contigo. Era como un mal matrimonio.

Laroche asintió con la cabeza.

–Bueno, ahora estoy enamorado de los ordenadores– dijo, mientras acariciaba una de las orquídeas que tenía delante–. Realmente es un alivio no tener que depender nunca más de seres vivos.

A continuación se quedó mirando una bromelia que había en la mesa de al lado. Barbara le observó unos instantes y luego me dijo en voz baja:

–Ahora tiene mucho mejor aspecto. Algunas personas se toman este asunto de las orquídeas con demasiada vehemencia. Les afecta más que una enfermedad. A John le estaba destrozando.

Pocos minutos más tarde, cuando estábamos en el extremo opuesto de la sala, otro tipo de un stand le reconoció.

–¡Ahora me dedico a editar en Internet! –le dijo Laroche–. ¡Ya no tengo ni una sola orquídea! –Lo decía casi como alardeando.

«¡He dejado ese vicio!», le dijo más tarde a otro conocido. Después de una hora más o menos salimos y estuvimos pa seando. El huracán Andrew había arrasado hectáreas enteras de los Jardines Fairchild y, aunque habían replantado bastante, todavía ofrecía el aspecto de una cabeza recién rapada. El estropicio de los jardines puso a Laroche taciturno.

–Tendrías que haber visto esto antes del huracán –me dijo mirando alrededor–. ¡Ay, Dios mío! Ahora tiene un aspecto horrible. –Dio unas palmadas cariñosas al tronco de una palmera botella–. Éstas me encantan. Siempre me han gustado las plantas raras con tonos plateados. Tuve un hibiscus de esos que son gris plateado, no era más que una cosita feúcha y esmirriada cuando lo descubrí en un vivero y me lo llevé a casa. Lo cuidé, lo mimé y, ¡joder!, se acabó convirtiendo

en una de mis plantas preferidas. Tenía el color más bonito que he visto en mi vida. –Se recostó contra otro tronco y me dijo–: Dime el nombre de este árbol. Bueno, olvídalo. Nunca lo vas a adivinar. Es una palmera zombi. ¿Por qué crees que una planta puede tener este aspecto? Eso es lo que siempre me ha fascinado. La imaginación en la botánica. Intento ponerme en el lugar de la planta y comprenderla. Soy una planta. ¿Por qué quiero tener una corteza áspera en vez de una lisa y suave? ¿Por qué quiero tener las hojas estrechas en vez de anchas? Siempre se me ha dado muy bien eso de imaginar lo que sienten las cosas.

–¿Y lo echas de menos? –le pregunté.

Laroche resopló y encendió un cigarrillo.

–¡Por supuesto! –contestó entre dientes–. ¡Por Dios bendito! Hay que tener algo con que llenar la vida.

Laroche quería que, de camino a casa, le acompañase un momento a visitar a un amigo suyo que se llamaba Dewey Fisk. Creía que conocerle me resultaría interesante.

–La casa de Dewey está aquí al lado –me dijo–. Tienes que conocerlo, de verdad. Tiene toneladas de cosas preciosas y es un loco de las plantas. Entenderás a qué me refiero cuando digo que hay todo un mundo de personas que sólo viven para sus plantas.

Le dije que durante las últimas noches había dormido fatal y que creía que sería mejor que me volviera al hotel a descansar antes de la excursión del día siguiente.

–Pero escucha, creo que realmente te vendría muy bien conocerle y, además, no nos costará nada. Menos de un minuto. Está a la vuelta de la esquina. Sé exactamente dónde es.

Una hora más tarde, después de haber ido con el coche arriba y abajo por calles desconocidas y sin letreros del condado de Dade, enfilamos, por fin, el camino de entrada de la casa de Dewey. Estaba en una callejuela infestada de insectos, una de esas calles de Florida con zanjas para recoger la lluvia, bordeadas de hierbajos e hileras de cabañas de una sola planta, con porches cerrados con malla metálica, coches estropeados, bicicletas estropeadas, electrodomésticos estropeados, abandonados todos para que se pudran, del mismo modo que hacen los seminolas con sus muertos. Aquella zona de Florida no tenía nada que ver con la otra, la resplandeciente Florida en continua

expansión, llena de grandes almacenes y gigantescos hoteles. Aquélla era la parte humilde y desdichada del estado, tan silenciosa como una capilla, a no ser por el canto de los grillos, el sonido de los árboles al mecerse, el de las puertas al cerrase y el del paso de algún coche de vez en cuando. Dewey estaba en el umbráculo cuando llegamos. Salió al oír el ruido del coche. Llevaba unos pantalones anchos de color caqui, una camisa gastada y unas tijeras de podar rosales en la mano. Su aspecto me recordó al de Laroche, un Laroche más viejo y canoso, con más carne sobre los huesos pero con el mismo aire desaliñado y la misma pinta de chiflado.

Laroche y él no se habían visto desde hacía varios meses.

–Hola, Dewey, ¿has dejado de fumar? –le preguntó Laroche a modo de saludo.

Dewey le fulminó con la mirada y dijo:

–Pues no, ¡maldita sea!

Se puso a rebuscar en los bolsillos hasta que encontró un paquete de cigarrillos todo arrugado. Laroche nos presentó y le explicó que yo estaba interesada en las plantas. A Dewey no pareció importarle lo más mínimo. Pasado un ratito me miró.

–¿Ves ese perro amarillento? –me preguntó, señalando con la cabeza hacia donde había un perro delgaducho de pelo rubio rojizo–. Muerde. No te estoy diciendo que puede morder, sino que muerde.

–Gracias por avisar –contesté, y me pregunté si no sería mejor que esperara en el coche.

–Ah, venga, vamos adentro –dijo dirigiéndose hacia el umbráculo. Se detuvo y me alargó una tarjeta que decía:

EL FENÓMENO DE LOS FILODENDROS

Plantas raras y exóticas

DEWEY FISK, CHIFLADO POR LAS PLANTAS

Se dio media vuelta y continuó caminando hacia el umbráculo. Laroche y yo le seguimos, esquivando montones de tiestos de plástico verde y pilas de esquejes de plantas, agachándonos para no dar con la

cabeza contra canastas de las que colgaban helechos rizados y pasando encogidos una vieja verja de jardín oxidada sobre la que había docenas de plantas y algunos árboles en miniatura con corteza de color bronce y flores de un rosa intenso.

–¿Ves ésta? –preguntó Dewey señalando una lata de litro–. La trajo de Vietnam un amigo mío. Es una Amorpha- phallus henrii. ¿Y aquélla? La que está allí. Julius la trajo de Trinidad. ¿Te acuerdas de Julius, John? Aquel árbol es el que da la flor que se utiliza en ese perfume, el Chanel n.º 5. –Rebuscó entre las plantas que estaban en un bancal y cogió algo–. ¡Santo Cielo! No sé si esto será una flor. John, ¿a ti qué te parece?

Laroche estaba examinando otra planta y apenas levantó la vista.

–Pero ¡qué demonios, Dewey! –dijo señalando con la cabeza la planta que estaba examinando–. Si ésta ha sido siempre mi planta aérea favorita.

–Me la envió un tipo y me dijo que no era muy nociva – dijo Dewey, que seguía sosteniendo la planta que había sacado del bancal–. ¡Laroche! Dime cómo se llama ésta –dijo a gritos levantándola en alto.

Laroche estudió la planta unos instantes y después dijo un nombre en latín.

–¿De las grandes o de las pequeñas? –siguió preguntando Dewey con una sonrisa de suficiencia.

–Veamos –dijo Laroche, entrecerrando los ojos–. Por Dios, Dewey, que ahora soy editor en Internet. Ya no soy tan rápido como antes, aunque me atrevería a decir que es de las grandes.

–¡Y una mierda! –contestó Dewey con aire triunfal–. Estás perdiendo facultades, compañero. Estás acabado.

Fue una tarde extraña y lenta, como un día visto a través de un velo, el tiempo deslizándose indolente. Era algo que el contacto con las plantas producía. Cuando empecé a conocer a gente del mundo de las orquídeas todos me decían que el tiempo que pasaban en los invernaderos tenía una extraña cualidad indescriptible. Si estaban entre sus orquídeas, podía transcurrir todo un día sin que se dieran cuenta. Aquella tarde en casa de Dewey la luz fue transformándose y desvaneciéndose hasta que llegó la oscuridad y el tiempo fue pasando y nosotros seguíamos dando vueltas por el umbrácu lo cogiendo

plantas, oliéndolas, pasando los dedos por hojas resbaladizas o hundiéndolos en la tierra. Cada pocos minutos Dewey y Laroche se paraban y encendían un cigarrillo y se quedaban ante algún delicado brote verde, fumando y admirándolo en silencio. Yo no tenía ninguna prisa por irme, aunque debería haberla tenido. Pero estar en aquel umbráculo producía una paz que nunca se alcanza entre la gente y daba una vitalidad que jamás puede obtenerse rodeado de objetos inertes. Y estar envueltos en el aire del atardecer era como un sueño fantástico.

Antes de irnos cada uno a su casa, Laroche y yo hablamos sobre nuestros planes para el día siguiente. El Fakahatchee quedaba a dos horas y media en coche desde Miami y Laroche quería salir antes del amanecer.

–Si no, llegaremos cuando el sol esté muy alto y los bichos estarán insoportables y acabarás con la piel abrasada –dijo–. Créeme, te lo advierto. Creo que lo mejor es que mañana me recojas a las cuatro y media de la madrugada. O a las cinco, como muy tarde. Yo estaré preparado y esperándote a las cuatro y media. ¿Y cómo hacemos con la comida? Bueno, yo me encargo. ¿Qué te apetece?

Le dije que a mí me gustaban las galletas saladas y él contestó:

–Pero eso no es suficiente. ¿Qué te parece si, aparte de las galletas saladas, llevamos mantequilla de cacahuete y algo de queso. Y tal vez algo dulce, también. Y mucha agua. Y tendríamos que llevar un filtro solar y ropa para cambiarnos después. Bueno, yo me ocupo de todo. Yo llevo las cosas para los dos. –Repasó la lista ayudándose con los dedos–. Galletitas saladas, mantequilla de cacahuete, una tableta de chocolate, queso...

–¿Te parece que llevemos una brújula o un mapa? –pregunté. Yo había visto que los guardas forestales llevaban brújula.

Laroche se quedó mirándome.

–No necesitamos ningún mapa. Lo tengo todo controlado. Conozco el Fakahatchee como la palma de mi mano, quiero decir que hay que conocerlo a fondo para adentrarse en él, porque es peligroso. Está lleno de lodazales y de extensas superficies de agua... Uno puede desaparecer o morirse en el pantano.

Puse el despertador a las tres de la madrugada pero no lo oí y cuando me desperté eran las cuatro y media. Me sobresalté

imaginándome a Laroche esperando a la entrada de su casa, fumando tan nervioso que echaba chispas. En un minuto estaba vestida. Ya había dejado la ropa preparada antes de irme a dormir (los leotardos, las zapatillas baratas, la camiseta blanca de manga larga), una muda para cambiarme después de la excursión y una cámara pequeña para sacar fotos a las orquídeas fantasma en flor, aunque estaba casi segura de que no vería ninguna. Cogí los bártulos y atravesé a todo correr el hall del hotel, desierto y en penumbra a aquella hora, a no ser por el resplandor rosáceo de la luz de un reloj de pared. La calle también estaba desierta y en penumbra y todos los hoteles de alrededor en silencio. La marea estaba baja y dejaba al descubierto kilómetros y kilómetros de playa y el agua apenas lamía la arena de la orilla. La playa también estaba vacía exceptuando un grupo de sombrillas plegadas y la estructura de una silla a la que le faltaba el asiento. No hay nada más melancólico que ver vacíos los lugares de recreo, así que me alegré cuando por fin subí al coche y bajé hacia la autopista para recoger a Laroche.

Cuando llegué no le vi en el camino de entrada a su casa. Supongo que estaba dentro, en el recibidor, porque al oír mi coche abrió la puerta de golpe, me hizo señas de que no hiciera ruido y después salió. Laroche lograba sorprenderme cada vez que lo veía. Cada vez me parecía más alto, más delgado y más pálido. Tenía la complexión de un perchero. A pesar de que había pasando gran parte de su vida caminando por los bosques, era enjuto y carecía de musculatura. No estaba envuelto por un aura de paz y tranquilidad, sino que recordaba a una liebre.

Su ropa no me pareció apropiada para ir al pantano. Llevaba una gorra de los Miami Hurricanes, unos pantalones de pana fina, una camisa ligera de manga corta y zapatillas de aerobic. No llevaba ni galletitas, ni agua, ni tabletas de chocolate, ni queso, ni mapas, ni brújula, ni bengalas de emergencia. Le pregunté dónde estaban nuestras cosas, todo lo que necesitábamos para ir al Fakahatchee. Se dio unas palmaditas sobre el bolsillo de la camisa y sacó un paquete de Marlboro.

–Un paquete sin empezar. Lo compré ayer por la noche –dijo–. Ya tengo todo lo que necesito.

Puse el coche en marcha y me quedé con la mirada clavada en el volante. Laroche me miró y se encogió de hombros.

–Mira, no te preocupes. Pararemos y compraremos todo lo que necesitemos en la tienda india de la Avenida Alligator. Oye, ¿quieres

que conduzca yo?

No habían dado las siete de la mañana cuando por fin partimos, pero ya hacía mucho calor. La carretera resplandecía bajo la luz brillante y el alquitrán reblandecido alrededor de los baches producía un ruido de borboteo bajo los neumáticos. Laroche conducía apoyando sólo la mitad de un dedo en el volante. Podía hacerlo porque la Avenida Alligator es muy recta y se extiende sobre el terreno como una alfombra a lo largo de un pasillo, pero lo hacía más que nada porque no parecía importarle que nos saliéramos de la carretera de vez en cuando. Yo sabía que él era de esas personas que por la mañana están de mal humor, pero aquel día estaba muy conversador. Me estuvo explicando cómo trabajaba con su nuevo ordenador y algunos programas nuevos que estaba elaborando y que creía que le harían rico. Mientras estaba hablando, se fijó en un coche que venía en dirección contraria y que le recordó al coche de su madre, así que empezó a contarme otra vez los paseos por el pantano con ella y el día en que iban caminando por una pradera toda reseca del Fakahatchee y llegaron hasta un lugar en el que había una Polyrrhiza lindenii en flor de un blanco níveo. Lo contaba de un modo que parecía un cuento de hadas o una historia bíblica: un viaje difícil con un final feliz, un viaje lleno de esperanza a través de la oscuridad hasta la luz. Una historia más convencional y más común no habría tenido aquel ritmo de lucha y victoria, sino que habría tenido el tempo monótono de lo cotidiano y lo habitual, una especie de reiteración mortal. Nunca pensé que en el mundo hubiera mucha gente como John Laroche, pero cada vez me daba más cuenta de que no se trataba de una aberración, porque la mayoría de la gente lucha de un modo u otro por lograr algo excepcional, por algún objetivo, aunque sea peligroso, antes de tener que soportar una vida vulgar, pero él lo llevaba al extremo.

Justo entonces coronamos una pequeña elevación. A nuestra derecha estaba la tienda india. Laroche se metió por la desviación de salida y fue hasta el aparcamiento.

–Ve entrando y coge todo lo que quieras –me dijo–. Nos encontraremos ahí dentro. –Miró hacia la tienda sin bajarse del coche–. Esto va a ser muy interesante. Aquí me odian.

Ya en la tienda cogí algunas galletitas, agua embotellada y enseguida entró Laroche y compró cigarrillos y unos Doritos. Nos quedamos unos minutos fuera en el aparcamiento, con un calor sofocante, antes de volver a meternos en el coche y regresar a la carretera.

–Estoy sorprendido. Ahí dentro nadie me ha hecho ni caso. Todos los indios me conocen y me odian por el asunto de las orquídeas. Antes solía pararme aquí siempre que iba al pantano. –Entrecerró los ojos y miró hacia adelante, a lo lejos–. La verdad es que yo tenía grandes planes para los seminolas, ¿sabes? Lo que realmente quería era poner en marcha un laboratorio de orquídeas. Lo del vivero estaba bien, pero lo que iba a dar realmente dinero era el laboratorio. Podíamos haber clonado orquídeas día y noche y haber llevado a cabo una operación verdaderamente importante. Y en el futuro yo quería dejar el vivero y dedicarme sólo a tener un laboratorio inmenso, del tamaño de la sala de bingo de los seminolas. Ése era el plan maestro. Porque entonces ya no necesitaríamos el vivero. Estaríamos clonando orquídeas originarias de Florida y vendiéndolas por todo el mundo y después nos expandiríamos y no sólo clonaríamos orquídeas sino todo tipo de cosas. Y entretanto yo les habría enseñado algunos conocimiento básicos de botánica a mis ayudantes. Y algo habrían aprendido. Habríamos llevado a cabo algunas mutaciones, algunas hibridaciones curiosas. Habríamos asombrado al mundo. Habría sido un buen rollo. Un rollo cojonudo.

Bajó a toda velocidad por la Avenida Alligator y después se metió por la carretera estatal 29, la que va por debajo de tres pasos elevados, pasa junto a la Cárcel de Copeland Road y llega hasta la entrada de la Reserva Estatal del Fakahatchee Strand. A la velocidad que conducía Laroche los árboles parecían líneas verdes. Cuando redujo a ochenta, más o menos, vimos que la mancha de un color naranja sucio que había en el cielo era una columna de humo que se movía lentamente, procedente de un incendio en una plantación de caña de azúcar o, tal vez, del avión estrellado. Pasamos a toda velocidad junto a cabañas abandonadas convertidas casi en meras pilas de troncos y junto a señales de PROHIBIDO EL PASO con más agujeros de disparos que un queso de Gruyère, y junto a una barca oxidada encallada en el camino de entrada de una casa, y junto a vallas inclinadas como viejas señoras, y casi nos pasamos un letrero escrito a mano que llamó la atención de Laroche, así que pisó a fondo el freno y estiró el cuello para leerlo.

–¡Mira eso! –exclamó.

El letrero decía: SE VENDEN CABRITOS, GUAYABAS Y CACTUS.

–Jo, esto sí que es extraño, ¿no te parece? Yo me pregunto, ¿cómo acaba uno vendiendo esas tres cosas tan raras? ¿Es puro azar o uno se despierta un buen día y dice «Oye, cariño, vamos a montar un negocio de cabritos y guayabas»? ¿Por qué no otra cosa? ¿Por qué no, por

ejemplo, corderos, helechos y frambuesas? O, ¡qué sé yo! –dijo suspirando–, vacas, tulipanes y zumo de naranja... ¡Joder! ¡Qué rara es la gente! –exclamó después de un rato.

Por fin llegamos a la entrada del Fakahatchee. Empezamos a dar botes al meternos por el camino de tierra dura, dejando atrás las casas y los remolques junto a los que se pasa antes de cruzar los límites de la reserva. El camino iba bor deando un arroyo para luego atravesar el pantano en diagonal, a través de arbustos, hierbas altas y árboles entretejidos unos con otros. Cada pocos kilómetros había un claro junto a la carretera que conducía a un atracadero con techo plano, restos de los viejos funiculares construidos por la Compañía de Cipreses Lee Tidewater en 1947 cuando cortaron los cipreses del Fakahatchee. Todos los atracaderos eran exactamente iguales al siguiente y cada trecho de pantano también era idéntico al siguiente. Miré a Laroche. Su rostro denotaba una gran concentración. Se dio cuenta de que le estaba observando y sonrió. Unas semanas antes había dicho que estaba pensando en ponerse una dentadura para remplazar las piezas que se había roto en el accidente de coche en el que murió su madre, pero todavía no lo había hecho, así que su sonrisa seguía mostrando un hueco, era como una valla en la que faltaban algunas tablas.

–No te preocupes. Sé exactamente dónde estamos. Me conozco esto como la palma de la mano.

Siguió conduciendo unos kilómetros más. El camino estaba totalmente vacío. Por fin se detuvo en uno de los claros y pegó un acelerón antes de apagar el motor. Señaló hacia adelante, hacia la espesura verde, y dijo que aquél era el sendero que andábamos buscando y que lo mejor era que nos pusiésemos en marcha antes de que el calor apretara demasiado.

El atracadero era alto y estaba reseco y caminamos dos o tres kilómetros para cruzarlo. El agua en la que nos metimos era oscura como el café. Era difícil saber qué profundidad tenía, y cuando nuestros pies tocaron el fondo, éste cedió como si fuera un flan. Los hierbajos que flotaban en el agua se nos enredaron en las pantorrillas. En el Fakahatchee hay un profundo silencio pero ni un momento de calma física. Siempre hay algo que te está arañando o saltándote encima, o enganchándosete o enredándose entre las piernas, y el sol siempre está destrozándote la piel y la humedad te deja el pelo tan rizado como un cable de teléfono. En un pantano nunca se respira aire puro, siempre se está rodeado del penetrante olor del lodo y de las

hojas en putrefacción, y del fresco aroma de las hojas nuevas y el perfume de millones de flores diferentes, todos distintos y transparentes como pompas de jabón. Ni la cifra mayor del universo sería suficiente para enumerar las cosas que allí se ven. Cada centímetro de tierra alberga una mata de hierbas o de arbustos o un árbol, y cada arbusto o cada árbol tiene una guirnalda de raíces de otras plantas, y cada raíz está coronada con una flor o un helecho o un bulbo hinchado, y cada una de las flores o helechos es el eje alrededor del cual gira un mundo de abejas, de mosquitos, de arañas y de libélulas. Los sonidos que se oyen provienen de palitos que crujen bajo los pies y de ramas que silban cuando pasas a su lado y de hojas que emiten un murmullo y de agua que salta sobre los viejos troncos de árboles muertos y todos los sonidos imaginables e inimaginables de los insectos y todo tipo de trinos, gorjeos y graznidos de pájaros y todos esos sonidos de algo que se mueve a toda prisa que uno no sabe bien a qué atribuir, algo pequeño o grande, del tamaño de un caballo o del de una lagartija o tal vez del de una víbora. En el pantano uno se siente como si le hubieran conectado todos los sentidos a un enchufe. Un pantano es una cosa torpe y de movimientos lentos, pero, al mismo tiempo, resulta muy estimulante. Hasta en los lugares más sofocantes y oscuros, en lo más profundo de la espesura, es fácil estar muy despierto.

La primera orquídea que nos encontramos fue una orquídea mariposa, una Encyclia tampensis que crecía en la horquilla de un fresno. Era una planta pequeñita con un pseudobulbo verde lustroso. La flor era amarilla y tenía un labelo blanco con unas venillas purpúreas. Laroche, después de señalármela, encendió un cigarrillo y lo sujetó entre los dientes.

–Que hija de puta tan bonita, ¿verdad? –me dijo, examinando la flor–. ¡Preciosa!

Yo la miré de lejos porque el suelo estaba en pendiente y había decidido que me sentiría más segura si el agua del pantano no me llegaba a la cintura. Giramos hacia el norte y fuimos avanzando con dificultad. Caminábamos despacio. El agua era espesa y el fondo cubierto de musgo se nos pegaba en los pies y cada paso que dábamos era en realidad como si diéramos tres: un movimiento para ver si había caimanes; otro para ver si había codos de ciprés, esos nudos que sobresalen de las raíces para ayudarlas a respirar y que te destrozan las espinillas; y, por fin, el paso de verdad. Después de una hora de avanzar palmo a palmo por el agua, llegamos a una zona menos profunda y seguimos un sendero alfombrado con hojas de palmera y

ramas caídas que estaban tan empapadas del agua del pantano que se deshacían bajo nuestros pies. Laroche se detuvo bajo un laurel cubierto de plantas trepadoras.

–Al final de mi etapa como cultivador de plantas las trepadoras con flor eran mis grandes amores –dijo–. Es triste, pero hay que admitir que era un amor no correspondido. –Frunció el entrecejo y después vio una pequeña orquídea almeja en un árbol cercano y quiso que fuera a verla–. Con ésta ya te he enseñado dos –dijo emocionado–. Hoy te voy a mostrar un ejemplar de todas las orquídeas que querías ver. Te voy a enseñar una jodida orquídea fantasma aunque me muera.

Unos minutos más tarde se detuvo y señaló con aire triunfal un manzano de los pantanos con raíces de orquídeas fantasma alrededor de una rama baja. Me encantó el aspecto de aquellas raíces, su verdor brillante, su forma tubular aplastada y el modo en que se enroscaban alrededor de la rama como si fueran un vendaje.

–Ésas ya han perdido la flor –dijo Laroche–. Bueno, pero habrá otras que podamos ver. No cabe la menor duda de que veremos una en flor.

Rodeamos una poza, después atravesamos un túnel de palmeras calabaza y llegamos a un claro de sauces llorones. Nos detuvimos junto a un arbusto.

–Aquí tienes una orquídea horrible –dijo Laroche estirando el brazo–. Es una Epidendrum rígida. Es horrible. Pero yo no soy un snob, siempre me han interesado todas las orquídeas, no sólo las bonitas. Cuando íbamos a cogerlas furtivamente nos llevábamos las bonitas y las feas, no sólo las vistosas. Para mí todas tienen su rollo.

Para entonces ya habían transcurrido algunas horas desde que empezamos a caminar y el sol se filtraba entre los árboles. Cada vez hacía más calor y un enjambre de mosquitos se había instalado a mi alrededor. Hasta los dedos me suda ban. Por delante, por detrás y a ambos lados tenía una maraña de matorrales, hojas de palmera y de juncias y por encima toda la pelambrera de las bromelias y los troncos grises de los árboles. El suelo era tan plano y liso como una mesa de billar. Yo no tenía ni idea de dónde estábamos y me preguntaba si faltaría mucho para llegar a donde estaban las orquídeas fantasma.

–Estamos muy cerca –dijo Laroche–. Tú sígueme.

Echó a andar en una dirección y después se detuvo y cambió de

rumbo y después volvió a detenerse y a cambiar de rumbo otra vez. Aquello empezó a deprimirme.

–Laroche, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

Se dio la vuelta y frunció el entrecejo.

–No estamos perdidos, si es eso lo que vas preguntarme –dijo–. Éste es el camino. Antes hemos pasado por la derecha de ese árbol, ¿verdad?

El árbol al que se refería tenía un tronco grueso y lleno de bultos y unas hojas verdes. El mismo tronco grueso y lleno de bultos y las mismas hojas verdes que por lo menos otros diez mil árboles del Fakahatchee. Empezó a caminar hacia la izquierda de aquel árbol. Yo le seguí. Empezaba a estar cansada y a moverme torpemente. Empezamos a caminar más deprisa y sin detenernos, haciendo mucho ruido al abrirnos paso entre los matorrales y al chapotear en las pozas. Yo estaba convencida de que estábamos caminando en círculos. El Fakahatchee consta de veinte mil hectáreas de terreno y estoy segura de que dentro de esas veinte mil hectáreas pueden trazarse muchísimos círculos.

Llegamos a un pequeño claro en el que el suelo estaba casi seco, así que nos detuvimos a comer algo y a reconsiderar nuestra situación. La verdad era que estábamos perdidos. Laroche lo sabía y yo lo sabía.

–No estamos perdidos –dijo Laroche, y se palpó la ropa en busca de un cigarrillo–. Sólo estoy un poco confundido. De todos modos, te diré lo que vamos a hacer. –Rebuscó en el suelo hasta encontrar un palito recto–. Voy a hacer un reloj de sol. Vamos a colocar esto aquí y vamos a esperar unos minutos par ver hacia dónde va el sol. Tenemos que dirigirnos al sudeste. No es tan difícil –dijo lanzándome una mirada de soslayo.

Clavó el palito en la tierra y se puso en cuclillas.

–¿Sabes una cosa? Estaba pensando que estaría genial tener un pequeño parque de atracciones con orquídeas –dijo–. Sin víboras, sin bichos, nada más que orquídeas. Una especie de safari de orquídeas. –Se rió–. Todo me parece interesante, especialmente si existe alguna posibilidad de sacar dinero. – Estiró las piernas y golpeó si querer nuestro reloj de sol. Sin levantar la vista buscó otro palito y lo clavó en el suelo.

–¿Tú coleccionas alguna cosa? –me preguntó.

–La verdad es que no –le dije.

–La cosa no está realmente en lo que coleccionas –siguió diciendo Laroche–. Lo importante es meterse a fondo en algo y aprender sobre ello y convertirlo en parte de tu vida. Es como tomar un rumbo. –Se detuvo en la palabra «rumbo» y se rió entre dientes–. Si alguien tenía una planta que yo no tenía, intentaba conseguirla por todos los medios. Era como la adicción a la heroína. Si hubiera tenido mucho dinero lo hubiera gastado todo en plantas. Cuando mi mujer y yo teníamos el vivero, teníamos cuarenta mil plantas que no te puedes ni imaginar.

–¿Y cuál era tu favorita?

Removió la tierra con un talón.

–Creo que era una pequeña Boesenbergia ornata, una planta de jengibre magnífica que un amigo me trajo de Nueva Zelanda. Se descubrió hace cien años y creo que yo tenía el único ejemplar cultivado. Tenía unas hojitas diminutas y redondas, de color marrón y con una marquitas plateadas en forma de V. Te juro que parecía de cristal. Y también tenía una flor naranja de un tamaño increíble.

Le pregunté que si la seguía conservando.

–Ya no tengo ninguna planta –dijo con tono enfadado–. Ésa la vendí por novecientos dólares y mandé un esqueje a los jardines Kew.

–Este reloj de sol no funciona.

Él lo miró, después alzó la mirada hacia el sol y a continuación me miró a mí entrecerrando los ojos.

–Sí que funciona –dijo.

Se levantó un poco de aire y me recordó la salida de humos de una pizzería. Era grasiento, espeso y caliente. Me latían las sienes. Me sentía muy inquieta como muchos otros exploradores del Fakahatchee: «El lugar tiene un aspecto salvaje y solitario. Hacia las tres de la tarde a Henry le dio un ataque de nervios, rompió a llorar y no podía decirnos el porqué. Simplemente estaba muy asustado.» Yo quería ver una orquídea fantasma en flor a toda costa para completar el ciclo, para que todo lo que había estado haciendo en Florida tuviese sentido, pero en aquel momento lo que quería por encima de todo era no pasar la noche en el pantano. También quería matar a Laroche, asesinarlo y dejar su cuerpo allí. No es que yo tenga una especial inclinación hacia

el asesinato por naturaleza ni por educación, y tampoco es que pensase que matarlo me iba a ayudar a encontrar el camino para salir del pantano. Simplemente es que estaba furiosa con él, sobreexcitada, y tenía los nervios de punta. Definitivamente el reloj de sol no funcionaba. Se oyó un zumbido en la maleza y un cuervo se lanzó en picado graznando. Hace cien años los buscadores de plumas iban allí y conseguían plumas suficientes para decorar diez mil sombreros de señora de los que se usaban entonces. Si algún guarda forestal intentaba detenerlos, le mataban.

–Lo que tienen los ordenadores, lo que me gusta de ellos, es que absorben toda la atención y no son seres vivos que te vayan a dejar y tampoco se mueren ni nada de eso. Me gusta tener el menor número posible de seres vivos por los que preocuparme en la vida.

–John, ¿pero hay realmente algún ser vivo del que tú te preocupes? –le pregunté.

–Pues sí, mi padre y mi novia –dijo–. Y además tengo cuatro gatos, Puffy, Zippy, Bill y Bob. Pero, de momento, eso es todo. No sé si alguna vez podré soportar volver a tener plantas.

De pronto sentí pena por él, porque había sufrido un fracaso tras otro, y después empecé a sentir pena por todo, por la gente que no había ganado ningún premio en la exposición de orquídeas a pesar de que se habían preocupado tanto por sus plantas, por la manera en la que el Fakahatchee había sido destrozado y quemado y arrasado, y por toda la gente que había comprado un trozo de un paraíso imaginario en la franja pantanosa de Los Bloques y por los seminolas que querían seguir viviendo en cabañas cerca del pantano y por todos aquellos jugadores de bingo apretujados en el casino y por los cientos y cientos de bromelias Elaine que habían acabado de un modo horroroso y por Lee Moore, que estaría yendo a Jacksonville con la camioneta llena de orquídeas, sin ver ante él la aburrida autopista sino soñando con su ciudad de oro peruana, y por cualquiera que se hubiera preocupado por algo que no hubiera salido bien y por mí misma, perdida en el Fakahatchee Strand, sin la menor idea de qué hacer. Después, como ocurre con todas las penas, las mías fueron dejando de agobiarme y decidí que era mejor ponerse a caminar en la dirección que fuera antes que continuar allí sentada perdiendo el tiempo y desesperada, dándole vueltas a la cabeza como si fuese un neumático medio enterrado en la arena. Sabía que Laroche quería que yo viera una orquídea fantasma tanto como yo o quizás incluso más, pero en aquel momento lo único que quería era volver a casa. A aquellas alturas me di cuenta de que me daba lo mismo no haber visto

una orquídea fantasma, así que era imposible que me desilusionase y siempre me quedaría el deseo de ver una.

–Vale, al carajo con el reloj de sol –dijo Laroche–. Vamos a caminar todo recto y ya llegaremos. Quiero decir que llegaremos a alguna parte. Fuera de aquí. Lógicamente, si caminamos en línea recta tendremos que llegar a alguna salida. He hecho esto millones de veces. Siempre que algo está a punto de acabar conmigo, me digo para mis adentros, «que se joda, tú sigue de frente y todo recto».

Abandonamos el claro y volvimos a la espesura. Cada hectárea que atravesábamos estaba poblada de montones de cosas idénticas, de demasiados seres vivos como para que alguno en particular nos llamase la atención, así que ninguno nos llamó la atención. Simplemente caminamos siguiendo un rumbo lo más recto posible durante todo el tiempo que pudimos, agachándonos para evitar las plantas trepadoras, las bóvedas de ramas y los viejos árboles imperturbables. Era una magnificencia de una intensidad enorme, un esplendor, una riqueza tal que nadie podía pasar por allí sin esperar encontrar algo. Después de horas o tal vez minutos o tal vez una eternidad, atravesamos chapoteando las últimas aguas oscuras y llegamos a un embarcadero seco. En principio giramos hacia la derecha pero no se veían más que cipreses, palmeras y hierba, así que giramos hacia la izquierda y allí, a lo lejos, en diagonal, vimos el resplandor del parachoques de un coche y seguimos ese rumbo, como si fuera un faro, hasta llegar a la carretera.

BIBLIOGRAFÍA

Los siguientes títulos me resultaron de gran utilidad como fuente de trabajo:

BLANCHAN, Nelte, Nature's Garden. Doubleday, Doran & Co., 1926.

COVINGTON, James W., The Seminoles of Florida. University Press of Florida, 1993.

DODRIL, David, E., Selling the Dream. University of Alabama Press, 1993.

DOUGLAS, Marjory Stoneman, The Everglades: River of Grass. Mockingbird Books, 1947.

LAMME, Vernon, Florida Lore not found in the history books! Star Publishing, 1973.

LUER, Carlyle A., The Native Orchids of Florida. New York Botanical Garden, 1972.

NEILL, Wilfred, The Story of Florida's Seminole Indians. Great Outdoors Publishing Co., 1956.

REINIKKA, Merle A., A History of the Orchid. Timber Press, 1995.

SILVER, Doris, Papa Fuchs' Family 1881-1981. Jane Fuchs Wilson, 1982.

SWINSON, Arthur, Frederick Sander: The Orchid King. Hodder Publishing, 1970.

TEBEAU, Charlton W., Florida's Last Frontier. University of Miami Press, 1957.

—, Man in the Everglades. University of Miami Press, 1968.

WHITTLE, Michael Tyler, The Plant Hunters. Lyons & Burford, 1997.

WICKMAN, Patricia R., Osceola's Legacy. University of Alabama Press, 1991.

WILLOUGHBY, Hugh, Across the Everglades: A Canoe Journey of Exploration, 1898. Florida Classics Library Edition, 1992.

WRIGHT, J. Leitch, Jr., Creeks and Seminoles. University of Nebraska Press, 1986.

Título de la edición original:

The Orchid Thief

Edición en formato digital: marzo de 2019

© imagen de cubierta, Lisa Charles Watson

© de la traducción, Cecilia Ceriani y Txaro Santoro, 2001

© Susan Orlean, 1998

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4035-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

Table of Contents